BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 29

ISÓCRATES

DISCURSOS

II

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIONES Y NOTAS DE

JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., este volumen ha sido revisado por MERCEDES LÓPEZ SALVÁ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, España, 1980.

Depósito Legal: M. 9488-1980.

ISBN 84-249-3543-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5129.

SOBRE LA PAZ (VIII)

INTRODUCCIÓN

El año 357 a. C., Quíos, Rodas, Cos y Bizancio abandonan la segunda liga marítima, fundada veinte años antes. Estalla entonces la guerra de los confederados que durará hasta el 355 a. C. El discurso *Sobre la paz* se ha pronunciado entre esos años, probablemente en 356 a. C., porque los datos que nos dan sus parágrafos 19 y 20 nos hacen pensar que la guerra dura ya algún tiempo.

Según P. Cloché[1], el tema dominante del discurso es criticar el imperialismo marítimo, ambición común de atenienses y espartanos, y reclamar el cese inmediato de las hostilidades.

W. Jaeger[2], que sitúa el discurso *Areopagítico* antes que el *Sobre la paz*, considera que Isócrates estaba ya desengañado del renacimiento de Atenas, precisamente cuando las ideas expuestas en el *Areopagítico* habían comenzado a arraigar en la juventud de su ciudad. Para Jaeger el *Sobre la paz* representa la abolición de todos los planes de Isócrates, que aconseja abandonar

---

1 *Isocrate...*, págs. 76-77.
2 *Paideia...*, pág. 916.

toda pretensión de imperio y lograr la paz con todo el mundo.

Dentro de este panorama de política exterior, Isócrates aprovecha para hacer algunas consideraciones sobre la política interna de la ciudad. Mathieu [3] ha hecho notar que este es el primero de los discursos políticos en que Isócrates se dirige directamente a los atenienses, ya que el *Panegírico* iba dirigido a todos los griegos y el *Panatenaico* lo pronunciaba otro. Sin embargo, es evidente que Isócrates habla en nombre de una minoría conservadora partidaria de la paz, uno de cuyos líderes era Eubulo, un experto financiero.

Tenemos testimonios [4] de que la situación financiera de Atenas era catastrófica por estos años; precisamente Eubulo, con Calístrato y Licurgo introdujeron el orden en estas finanzas. Una guerra costosa en estas circunstancias era, desde luego, una enorme dificultad.

El esquema del discurso es el siguiente:

1-15. Exordio. Dificultad de decir la verdad a los atenienses.

16-25. Es forzoso firmar la paz que traerá ventajas materiales y éticas.

26-60. Los estados, como los individuos, han de tener su propia moral; la política interior y exterior de Atenas ha sido peligrosa.

61-116. Crítica de la política imperialista; la causa es la corrompida educación del pueblo y sus dirigentes. El comienzo del imperio marítimo fue también el comienzo de todos los males. Crítica también de la política agresiva de Esparta.

117-131. Pequeños pueblos, como los tesalios y megarenses han logrado grandes éxitos; pero la soberbia del poder y los demagogos que sólo piensan en su interés personal, han llevado a Atenas a la ruina.

132-145. Propuestas de reformas; posible hegemonía de Atenas como honor concedido por los demás estados, no impuesta. Invitación a otros oradores para que ayuden al autor en su tarea.

[3] *Isocrate...*, III, pág. 3.

[4] En DEMÓST., *Sobre la Corona* 234, y JENOF., *Sobre los ingresos públicos*.

Mathieu señala [5] que los parágrafos 132-134 del *Sobre la paz*, introducidos en el discurso *Sobre el cambio de fortunas*, presentan un texto bastante diferente al que aquí tenemos. Las razones de este cambio vendrían dadas por la situación política que aconsejarían la corrección de las ideas vertidas en este pasaje.

Argumento de un escritor desconocido

Cares fue enviado a someter Anfípolis, que en aquella época era autónoma y dirigía sus propios asuntos, porque los lacedemonios estaban en mala situación después de la batalla de Leuctra, y los atenienses debilitados. Cares pensaba que conquistaría Anfípolis sin trabajo y, como ansiaba devolver a los atenienses su antiguo poder, atacó a los quiotas, a los rodios y a los restantes aliados. Estos resistieron y Cares sufrió tal derrota que no sabía qué hacer. Porque si se retiraba y marchaba contra Anfípolis, los aliados en venganza atacarían el Ática. Conocedores de esto, los atenienses solicitaron treguas que establecieron de inmediato los quiotas y los rodios junto con los demás. Esta fue la llamada guerra con los aliados.

En estas circunstancias se reunió la Asamblea Popular para tratar de poner fin a la guerra. Isócrates se levantó para aconsejar [6] que no había que inmiscuirse en cosas ajenas, sino man-

[5] *Isocrate...*, III, pág. 6.

[6] El discurso, como todos los de la etapa política de Isócrates, jamás se pronunció en público. El anónimo autor del argumento cree que realmente se dijo ante la asamblea popular.

tenerse tranquilos. Y dividió el discurso en dos partes: en la primera decía que se permitiera a los quiotas y a los demás ser autónomos, y en la segunda que se abandonara la hegemonía marítima. Se dice que a esta última parte Arístides opuso su discurso *Refutación de la paz*. Este es el argumento. El fundamento del discurso es la utilidad y es una obra práctica porque es un consejo sobre la paz.

Si alguna vez te vieras obligado a pronunciar un exordio general, emplea en él una afirmación particular, como la que aparece en el *Sobre la paz* de Isócrates, cuando dice: «Venimos a hablar de cosas importantes: de la guerra y de la paz». Lo más hermoso en estos discursos es el método, que metódicamente hagamos hincapié en unas mismas cosas, por más tradicional que sea el tema.

1 Todos los que llegan aquí tienen por costumbre afirmar que van a aconsejar sobre los asuntos más importantes y más dignos de cuidado para la ciudad. Aunque tal advertencia fue adecuada también a algunos otros asuntos, me parece que conviene empezar así a tratar
2 sobre la situación actual[7]. Porque venimos a deliberar en asamblea sobre la guerra y la paz, asuntos que tienen la mayor influencia en la vida humana. Quienes deliberan correctamente sobre ellos es forzoso que actúen mejor que los demás. Tal es la importancia del asunto por el que nos hemos reunido.
3 Veo que vosotros no concedéis idéntica audiencia a todos los oradores, sino que a unos les prestáis atención, y de otros, en cambio, ni soportáis la voz[8]. Y no hacéis nada sorprendente. Pues ya antes solíais expulsar a todos menos a quienes hablaban de acuerdo con
4 vuestros deseos. Cuaquiera os censuraría con razón esta

7 Lugar común, empleado también por DEMÓST., en *Contra Timócrates* 4.

8 Lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 22.

actitud, porque, a pesar de saber que muchas y grandes casas han quedado destruidas por los aduladores y aunque odiais a quienes emplean este sistema en los asuntos privados, no pensáis lo mismo sobre ellos cuando se trata de asuntos públicos[9]. Por el contrario, mientras acusáis a quienes aceptan y lo pasan bien con gentes así, mostráis que vuestra confianza es mayor
en ellos que en otros ciudadanos. Habéis hecho que los 5
oradores pongan su cuidado y pensamiento no en tratar lo conveniente para la ciudad, sino en cómo pronunciarán discursos que os agraden. A ese tipo de discursos se precipita[10] ahora la mayoría de los oradores. Pues está claro para todos que disfrutaríais más con quienes os exhortan a la guerra que con los que os aconsejan la paz. Los primeros producen la expectación al 6
decir que recuperaremos las propiedades en las ciudades[11] y recobraremos de nuevo el poder que antes tuvimos. Los segundos no prometen nada parecido. Dicen que hay que mantenerse en paz y no intentar grandes empresas contra justicia, sino contentarse con lo
presente. Esto es precisamente lo más difícil de todo 7
para la mayoría de los hombres. Pues tan atados estamos a las esperanzas y somos tan insaciables de lo que nos parece ventajoso, que ni los que han adquirido la mayor riqueza quieren conformarse con ella,

9 Moral privada y moral pública no deben contradecirse entre sí. Por eso Isócrates afirma ahora la validez de la moral privada incluso para las relaciones entre los estados (JAEGER, *Paideia...*, pág. 919).

10 MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 12, n. 1, compara el verbo aquí utilizado (*erry̆ēken*) con la imagen del torrente usada por PLAT., en *Rep.* 485 D.

11 Una de las claúsulas de la segunda liga marítima era que Atenas no utilizaría su hegemonía para instalar ciudadanos en otros estados griegos (cleruquías). A pesar de ello, Atenas los había establecido en el Quersoneso, Potidea y Samos (DIODORO, XV 81, 5).

sino que, por desear más, corren peligro en lo que
poseen. Esto es lo que hay que temer, que también
8 ahora nosotros resultemos reos de estas locuras. Me
parece, en efecto, que algunos se sienten muy inclina-
dos a la guerra, como si no fueran sus consejeros unos
cualquiera sino que hubieran oído a los dioses que
prosperaremos en todo y venceremos con facilidad a
los enemigos. Es necesario que las gentes con sentido
no deliberen sobre lo que saben —cosa superflua— sino
que actúen de acuerdo con lo que han resuelto, y si
deliberan sobre algo, que no crean saber lo que ocu-
rrirá, sino que piensen que manejan una opinión, pero
9 las cosas sucederán de acuerdo con el azar. Vosotros
no hacéis ninguna de estas dos cosas, y, en cambio,
os encontráis en la mayor confusión posible. Os ha-
béis reunido, en efecto, con la idea de que tenéis que
elegir la mejor propuesta de todas las que se digan,
pero, como si ya supiérais bien lo que hay que hacer,
no queréis oír sino a quienes hablan ante la asamblea
10 buscando vuestro agrado [12]. Convendría que vosotros
si queréis buscar lo ventajoso para la ciudad, prestá-
rais mayor atención a los que se oponen a vuestra
manera de pensar que a los que os dan la razón por
agradaros, y que supiérais que de los oradores que aquí
vienen, los que hablan de acuerdo con vuestros deseos,
pueden engañaros con facilidad —porque lo que se dice
para daros gusto os oscurece la visión de lo que es
mejor— y en cambio, no os ocurrirá lo mismo con los
11 que no os aconsejan cosas de vuestro agrado. Porque
no podrían cambiar vuestra manera de pensar si no
demostraran con claridad la utilidad de sus consejos.
Aparte de esto, ¿cómo podrían las personas juzgar
bien sobre lo pasado o deliberar sobre el porvenir si

12 Es éste un lugar común en la oratoria judicial.

no examinasen los discursos de los adversarios y ellos
mismos no estuvieran dispuestos a oír con imparciali-
dad a las dos partes? Me causa asombro el que los 12
viejos no recuerden ni los jóvenes hayan oído que nun-
ca sufrimos mal alguno a causa de los que nos acon-
sejaron mantener la paz, mientras que hemos caído ya
en muchas y enormes desgracias por culpa de quienes
eligieron fácilmente la guerra. De esto nosotros no nos
acordamos, sino que estamos dispuestos, con perjui-
cio de nuestro futuro, a equipar trirremes, a imponer
tributos monetarios, a ayudar y a hacer la guerra a cual-
quiera, como si corriéramos peligro en una ciudad
extraña. La causa de estas cosas es que vosotros de- 13
bíais aplicaros por igual a los asuntos públicos y a
los privados, pero no tenéis sobre ellos la misma ma-
nera de pensar. Por el contrario, cuando tomáis una
resolución sobre vuestros asuntos particulares, buscáis
como consejeros a quienes son más inteligentes que
vosotros mismos, pero cuando os reunís en asamblea
en favor de la ciudad, desconfiáis de tales consejeros
y los aborrecéis. Rodeáis de elogios, en cambio, a los
peores de cuantos suben a la tribuna y pensáis que son
más útiles al pueblo los embriagados que los sobrios,
los necios que los inteligentes, los que se reparten los
fondos estatales que quienes sostienen un servicio pú-
blico con sus fortunas particulares [13]. Por eso hay que
sorprenderse si alguno espera que la ciudad mejore
utilizando tales consejeros.

Yo sé que es difícil oponerse a vuestro pensamiento, 14
y que, aunque estemos en una democracia, no existe

13 Isócrates defiende a la minoría conservadora, a la que él pertenece, de los ataques que se le hacen, acusándola de antidemocrática. Esta minoría, con su dinero empleado en los servicios públicos, es la que más ha contribuido a la conservación del estado (Jaeger, *Paideia...*, pág. 903).

libertad de expresión salvo aquí, para los insensatos
que no piensan en vosotros y, en el teatro, para los
autores de comedias [14]. Lo peor de todo es que a quie-
nes sacan a la luz ante los demás griegos los errores
de la ciudad les tengáis un agradecimiento que no de-
mostráis a quienes obran bien [15], y que tratéis tan mal
a los que os reprenden y advierten como a quienes ha-
15 cen algún daño a la ciudad. A pesar de que las cosas
están así, no renunciaré a mi proyecto. He venido no
para agradaros ni para pretender vuestro voto, sino
para declarar lo que sé, en primer lugar, sobre lo que
los prítanes proponen, y después, sobre otros asuntos
de la ciudad. Porque no resultará ninguna utilidad de
lo que ahora resolvamos sobre la paz, si no delibera-
mos correctamente también sobre el resto de los asun-
16 tos. Sostengo que es preciso hacer la paz no sólo con
los quiotas, rodios y bizantinos, sino con todos los
hombres y que utilicemos no los tratados que ahora
algunos han suscrito, sino aquéllos que se firmaron con
el rey y los lacedemonios, donde se fija que los griegos
sean autónomos, que las guarniciones salgan de las ciu-
dades ajenas y que cada uno tenga su propio territo-
rio [16]. No hallaremos tratados más justos que éstos ni
más útiles para la ciudad.

14 La crítica de la libertad de lenguaje en los autores cómicos, va siempre referida a la comedia del s. V, no a la del IV (Mathieu, *Les idées...*, pág. 29).

15 Recuérdese que éste fue el argumento empleado por Cleón para denunciar a Aristófanes tras la representación de *Los Babilonios*.

16 Isócrates aconseja retornar a la paz de Antálcidas (año 387 a. C.) como base para la política exterior, lo que equivalía a renunciar a la hegemonía marítima ateniense; este programa presenta una gran afinidad con el escrito de Jenofonte, *Sobre los ingresos públicos*, de la misma época (Jaeger, *Paideia...*, pág. 917).

Si terminara aquí mi discurso, sé que daría la im- 17
presión de perjudicar a la ciudad, si nosotros abando-
namos sin necesidad las ciudades que tenemos y los
tebanos, en cambio, van a quedarse con Tespis, Platea
y las demás ciudades que ocuparon en contra de los
juramentos [17]. Pero si, prestándome atención, me escu-
cháis hasta el final, creo que todos comprenderéis la
enorme insensatez y locura de quienes piensan que la
injusticia es una ventaja, de los que retienen por la
fuerza ciudades ajenas y de los que no cuentan con
las desgracias que se derivan de tal situación. Esto 18
es lo que intentaremos enseñaros a través de todo el
discurso. En primer lugar, vamos a hablar sobre la
paz y a examinar qué cosa querríamos que nos ocu-
rriese en la actualidad. Porque si esto lo delimitamos
bien y con inteligencia, desde esta base reflexionare-
mos mejor sobre los demás asuntos [18].

¿Sería suficiente para nosotros vivir con seguridad 19
en la ciudad, tener abundancia de medios, el mismo
parecer entre nosotros mismos y gozar de buena fama
entre los griegos? Yo creo que con estas cosas la ciu-
dad sería completamente feliz [19]. La guerra, en cambio,

17 Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 16, n. 1, precisa que la ocupación de Tespis y Platea efectuada por los tebanos, no violaba la paz de Antálcidas, sino la llamada «paz del rey», suscrita el año 374 a. C.

18 Igual que Platón, Isócrates parte de lo generalmente reconocido; a este sistema de determinar un principio supremo le llama «hipótesis» y de ella arranca la deducción política contenida en este pasaje (Jaeger, *Paideia...*, pág. 880, n. 57).

19 El objetivo de la cultura retórica de Isócrates es crear el estado de perfección de la vida humana, que llama, con los filósofos *eudaimonía*; esta idea es siempre la base del pensamiento político de Isócrates. Aquí, en este pasaje, se reconoce la *eudaimonía* como meta de sus aspiraciones políticas. Este concepto encierra los siguientes postulados: 1) seguridad, 2)

nos ha privado de todo lo dicho. Porque nos hizo más
pobres, nos obligó a soportar muchos peligros, nos ene-
mistó con los griegos y nos ha agotado con toda clase
20 de desastres. Por el contrario, si hiciéramos la paz y
nos adaptáramos a lo que mandan los tratados comu-
nes[20], habitaríamos la ciudad con enorme seguridad y
alejaríamos las guerras, peligros y desorden en que
ahora nos enfrentamos entre nosotros. Además aumen-
taría nuestra abundancia de recursos para cada día,
pondríamos fin a los tributos, trierarquías y demás ser-
vicios públicos para la guerra, cultivaríamos sin miedo
la tierra, navegaríamos por el mar[21] y emprenderíamos
mos las demás actividades que ahora están abandona-
21 das por culpa de la guerra. Veríamos que la ciudad
recibiría el doble de ingresos que en la actualidad, que
estaría llena de comerciantes, extranjeros y metecos,
de los que ahora está desierta[22]. Y lo más importante:
tendríamos a todos los hombres como aliados, no por
la fuerza, sino por convicción, y nos acogerían no por
nuestro poderío en momentos de seguridad para deser-
tar en los de peligro, sino que se portarían con nos-
otros como deben hacerlo auténticos aliados y amigos.
22 Además de estas ventajas, adquiriríamos con facilidad
mediante embajadas aquéllos que ahora no podemos
recobrar por culpa de la guerra y del enorme gasto.
No creáis que Cersoblepto lucharía por el Quersoneso

prosperidad, 3) armonía interior, 4) prestigio ante el exterior (JAEGER, *Paideia...*, pág. 878, n. 37, y 881, n. 59).

20 Alusión a la paz de Antálcidas.

21 La libertad de los mares que aquí propugna Isócrates se cumplirá en una de las cláusulas de la liga de Corinto (MATHIEU, *Les idées...*, pág. 212).

22 Los extranjeros pagaban un impuesto especial (*xenikà télē*) y los metecos el *metoíkion*, 12 dracmas el varón y 6 la mujer.

ni Filipo por Anfípolis si vieran que nosotros no desea-
mos ningún territorio ajeno[23]. Porque ahora temen con
razón que nuestra ciudad se haga vecina de sus rei-
nos. Ven, en efecto, que nosotros no nos conforma- 23
mos con lo que tenemos, sino que siempre deseamos
más. Si cambiáramos nuestro modo de ser y consi-
guiéramos mejor fama, no sólo se marcharían de nues-
tro territorio, sino que nos darían parte del suyo. Pues
les convendría tratar con cuidado el poder de la ciudad
para tener seguros sus propios reinos. Podríamos con- 24
seguir en Tracia tanto territorio como para no sólo
estar nosotros en la opulencia sino poder proporcio-
nar una vida apropiada a los griegos necesitados y
que por su pobreza andan errantes. Porque en un lugar
donde Atenodoro[24] y Calístrato[25], el primero un sim-
ple particular, el segundo, un desterrado, han sido ca-
paces de fundar ciudades, nosotros, si queremos, po-
dríamos ocupar muchas poblaciones semejantes. Es
preciso que quienes están al frente de los griegos con-
sideren que es mucho mejor guiar tales empresas que
guerras y ejércitos mercenarios, precisamente lo que
ahora nosotros deseamos.

Sobre lo que anuncian los embajadores, es esto 25
suficiente y quizá cualquiera añadiría más cosas a és-
tas. Creo que nosotros debemos no sólo votar la paz
antes de abandonar la asamblea sino también deliberar
cómo la mantendremos sin hacer lo que acostumbra-

23 Cersoblepto había ocupado el año 359 casi todo el Quersoneso, del que había sido expulsado por el ateniense Cares el 357. En cuanto a Filipo, se había apoderado de Anfípolis el 357 a. C.

24 Ciudadano ateniense, capitán de una tropa mercenaria al servicio del rey persa; más tarde pasó al Quersoneso y fundó una colonia no conocida.

25 Orador ateniense que, acusado de traición, marchó a Tracia. Colaboró en el restablecimiento de la ciudad de Dato.

mos: dejar pasar algún tiempo para volver a los mismos desórdenes, y cómo lograremos no un aplazamiento sino una liberación de los males presentes.
26 Nada de esto se puede conseguir antes de persuadiros de que la tranquilidad es más útil y provechosa que el afán de novedades, más la justicia que la injusticia, y más el cuidado de los asuntos particulares que la ambición de los ajenos. Sobre esto ningún orador se atrevió a hablaros jamás[26]. Yo, en cambio, quiero dedicar a estos temas la mayoría de mis palabras hacia vosotros, porque veo que está en ellos la felicidad y no en lo que
27 ahora hacemos. Quien intente hablar ante el pueblo de manera distinta a lo habitual, y quiera cambiar vuestra manera de pensar, debe tocar en su discurso muchos asuntos, expresarse con prolijidad, recordar unas cosas, criticar otras, aplaudir algunas y aconsejar sobre otras. Difícilmente con todo esto uno podría induciros a pensar en lo mejor[27].

28 La situación es la siguiente: me parece que todos desean su conveniencia y tener más que otros, pero no saben qué acciones conducen a esto, sino que sus opiniones difieren mucho entre sí. Unos tienen una manera de pensar conveniente y que puede tender a su provecho, pero la opinión de otros les hace apartarse
29 totalmente de su utilidad[28]. Esto es precisamente lo que le sucede a la ciudad. Porque nosotros creemos que si navegamos por el mar con muchas trirremes, si

---

26 Lugar común en la oratoria.

27 Para JAEGER, *Paideia...*, pág. 919, en este pasaje queda clara la voluntad de Isócrates de cambiar las ideas y los sentimientos de los atenienses en la cuestión del poder.

28 KENNEDY, *The Art...*, págs. 183-184 destaca la síntesis moral de los argumentos que Isócrates emplea a partir de este parágrafo. Debe extirparse la tendencia ambiciosa del estado ateniense a dominar sobre las demás ciudades (JAEGER, *Paideia...*, pág. 916).

obligamos a las ciudades a pagarnos tributos[29] y a enviar aquí consejeros[30], lograremos algo provechoso. Pero nos engañamos por completo. Nada de lo que esperábamos ha sucedido, y de eso mismo nos han venido enemistades, guerras y gastos enormes. Cosa lógica. Antes, partiendo de un afán parecido nos pusi- 30
mos en los peores peligros. Pero cuando ofrecimos la ciudad como garantía de justicia, socorrimos a los agraviados y no deseamos lo ajeno, recibimos la hegemonía de los griegos que nos la dieron de buen grado. Ahora, desde hace ya mucho tiempo, los despreciamos de manera absurda y muy a la ligera. Algunos han 31
llegado a tal grado de insensatez como para creer que la injusticia es censurable, pero ventajosa y útil para la vida diaria, mientras que la justicia es estimada, pero perjudicial y capaz de ayudar más a los ajenos 32
que a quienes la poseen. No saben que para la riqueza, la fama, las buenas acciones y, en una palabra, la felicidad, nada reúne tanto poder como la virtud y sus partes. Pues con los bienes que tenemos en el alma adquirimos también las demás ventajas que necesitamos. Por eso los que descuidan su inteligencia se olvidan de que al mismo tiempo desdeñan pensar y actuar 33
mejor. Me asombra que alguno crea que quienes se ejercitan en la piedad y en la justicia y son firmes y perseverantes en ellas esperen quedar en inferioridad ante los malvados y no crean que conseguirán de los

---

29 El tributo (*phóros*) pagado por los aliados de la primera confederación ático-délica, que era muy impopular, fue sustituido por las «contribuciones» (*syntáxeis*) durante la segunda liga marítima.

30 Los diputados (*sýnedroi*) enviados al consejo común de los aliados; ellos eran en teoría los encargados de aprobar los impuestos pero, de hecho, los estrategos atenienses los elevaban a su arbitrio.

dioses y de los hombres más que otros[31]. Yo estoy convencido de que sólo ellos son superiores en lo que se debe desear, mientras que los demás lo son en cosas
34 peores. Porque veo que quienes prefieren la injusticia y consideran el mayor bien apoderarse de lo ajeno, sufren lo mismo que los animales atraídos por un cebo: disfrutan al principio de lo que cogieron, pero poco después se encuentran en las mayores calamidades. En cambio, quienes viven con piedad y justicia, pasan con seguridad el tiempo presente y tienen las
35 más dulces esperanzas para la eternidad[32]. Y si esto no suele suceder siempre de esta manera, al menos así ocurre la mayoría de las veces. Es preciso que los inteligentes demuestren que escogen lo que sirve frecuentemente de ayuda, ya que no somos capaces de distinguir lo que siempre puede aprovecharnos. En cambio, son los más insensatos cuantos piensan que la justicia es una hermosa práctica y más grata a los dioses que la injusticia, pero creen que vivirán peor los que la usan que los que prefieren la maldad.

36 Me gustaría que tan fácil como es aplaudir la virtud, igual lo fuera persuadir a los oyentes a practicarla. Pero mi temor ahora es que hablemos inútilmente. Pues hace ya mucho tiempo que estamos corrompidos por hombres que no pueden hacer otra cosa sino engañar. Ellos desprecian tanto al pueblo, que, cuando quieren dirigir la guerra contra alguien, reciben dinero para atreverse a decir que debemos imitar a los antepasados y no permitir que se rían de nosotros ni que naveguen por el mar quienes no quieren pagarnos tributo.
37 Con gusto preguntaría a esos individuos a qué antepasados nos ordenan parecernos; ¿acaso a los que vivieron las guerras pérsicas o a los que gobernaron la ciudad antes de la guerra de Decelia?[33]. Si se refieren a estos últimos, no nos aconsejan otra cosa que volver a correr el riesgo de la esclavitud. Si se trata, en cambio, 38
de los que vencieron a los bárbaros en Maratón y de sus antecesores, ¿cómo no serían estos consejeros los más desvergonzados de todos si, aplaudiendo a los que entonces gobernaban, os inducen a hacer lo contrario de aquéllos y a cometer errores tan graves que no sé qué hacer, si servirme de la verdad como en otros casos o callar por temor a vuestra enemistad? Me parece que lo mejor será hablar de ello, aunque veo que vosotros tratáis peor a quienes critican el mal que a los que lo han producido. No me daría vergüenza mos- 39
trarme como alguien que piensa más en su propia fama que en la salvación común. Es tarea mía y de otros que se preocupan por la ciudad elegir no los discursos más gratos, sino los más útiles. Por vuestra parte, debéis saber que los médicos han encontrado muchos remedios de todo tipo para las enfermedades del cuerpo, pero que para las almas ignorantes y cargadas de malos deseos no hay otro remedio que el discurso que se atreve a reprender a los equivocados[34]. Debéis sa- 40
ber también que sería ridículo soportar las cauterizaciones y amputaciones de los médicos para librarnos de dolores mayores, y, en cambio, rechazar los discur-

---

31 Es una cínica confesión, repetida en *Nicocles* 2 y *Sobre el cambio de fortunas* 282.

32 Idea repetida en *A Demónico* 39.

33 Crítica de la hegemonía ateniense deplorando sus actos de violencia; más hábil que Andócides y Esquines, Isócrates apenas comenta la prosperidad financiera de Atenas fundada sobre su imperio (MATHIEU, *Isocrate...*, pág. 22).

34 Como hace Sócrates en el *Gorgias* platónico, Isócrates se compara aquí con el médico que ha de quemar y cortar para curar. Para JAEGER, *Paideia...*, pág. 922, n. 3, esta comparación no cuadra muy bien al antagonismo de partidos al que Isócrates la aplica.

sos antes de saber con claridad si tienen tanto poder
como para ayudar a los oyentes.
41 Adverti estas cosas porque quiero hablaros del resto
sin ocultar nada, sino con completa libertad. Un hom-
bre que venga de fuera, que nunca se haya corrompido
con nosotros, sino que se entere de pronto de lo que
ocurre, ¿no pensaría que nosotros estamos locos o
deliramos? Nosotros, que nos ufanamos con las haza-
ñas de los antepasados y que creemos conveniente en-
salzar a la ciudad por las acciones de entonces, no ha-
cemos nada parecido a aquéllos, sino todo lo contrario.
42 Nuestros antepasados emplearon su vida guerreando
con los bárbaros en provecho de los griegos, nosotros,
en cambio, trasladamos desde Asia a los que allí viven
y los conducimos contra los griegos[35]. Ellos merecieron
la hegemonía al liberar las ciudades griegas y soco-
rrerlas, pero nosotros, esclavizándolas y haciendo lo
contrario que aquéllos, nos enfadamos si no tenemos
43 su mismo honor. Tanto nos hemos alejado en obras y
pensamientos de los que vivieron en aquella época,
que ellos se atrevieron a abandonar su propia patria
para salvar a otros, y vencieron a los bárbaros en lu-
cha terrestre y naval[36], mientras que a nosotros ni
siquiera por nuestra codicia nos parece bien correr
44 peligros. Por el contrario, buscamos mandar sobre to-
dos, pero no queremos ir a una expedición militar[37],
y nos falta poco para emprender la guerra contra todos
los hombres, pero para ella no nos ejercitamos a
nosotros mismos, sino a hombres desterrados, deser-

[35] El general ateniense Cares empleó mercenarios asiáticos en la guerra de los aliados.

[36] Alusión a Maratón y Salamina.

[37] La misma crítica dirige a los atenienses DEMÓSTENES, en *Filípica* I 7-8 y 43-44.

tores o que proceden de otras maldades, gente que si
uno les paga un sueldo mayor, irá con él contra nos-
otros. A pesar de todo, tanto les apreciamos que, si 45
hicieran daño a alguno de nuestros hijos, no querría-
mos presentar querella, y cuando caen sobre nosotros
las acusaciones por sus saqueos, violencias e infrac-
ciones, no sólo no nos indignamos, sino que incluso
disfrutamos al oír que han hecho algo de este estilo.
Hemos llegado a tal grado de locura que, faltándonos 46
el sustento cotidiano, hemos intentado mantener tro-
pas mercenarias y maltratamos e imponemos un tri-
buto especial a nuestros aliados para proporcionar un
sueldo a enemigos comunes a todos los hombres[38].
Somos tan inferiores a nuestros antepasados, no sólo 47
respecto a los ilustres, sino también a los que fueron
odiados, que aquéllos, si habían votado hacer la gue-
rra a alguien, creían que tenían que poner en peligro
sus propias personas para defender su opinión, aun-
que la acrópolis estuviera llena de plata y oro. Nos-
otros, en cambio, a pesar de haber llegado a tanta
miseria y de ser tantos, utilizamos, como el gran rey,
tropas mercenarias. En aquella época, si equipaban 48
trirremes, embarcaban en ellas como marineros a los
extranjeros y a los esclavos, y enviaban con armas a
los ciudadanos. Ahora utilizamos hoplitas extranjeros
y obligamos a los ciudadanos a remar, de forma que
cuando desembarquen en tierra enemiga, los que pre-
tenden mandar a los griegos saldrán de la nave con un
cojín de remero, y aquéllos, cuya manera de ser referí
hace poco, soportarán el peligro con las armas.

Si uno viera que las cosas de la ciudad están bien 49
administradas, podría también enfrentarse al resto,

[38] Véase la *Carta* IX 10; Demóstenes llama a estos mercenarios «enemigos comunes de todo territorio» (*koinoí katà pãsan chōran echthroí*).

pero ¿no se enojaría especialmente por aquéllas? Nos-
otros decimos que somos autóctonos[39] y que esta ciu-
dad fue fundada antes que las demás, y cuando debía-
mos ser un ejemplo para todos de buen gobierno y
organización, administramos nuestra ciudad peor y con
más desorden que las ciudades fundadas recientemen-
50 te. Además, nos vanagloriamos y enorgullecemos por
haber nacido mejor que los demás, pero extendemos
esta nobleza de origen a los que la desean más fácil-
mente que los tríbalos[40] y lucanos[41] hacen participar a
otros de su bajo nacimiento. Establecemos muchas
leyes[42], pero nos ocupamos tan poco de ellas —si oís
un sólo caso, conoceréis también los demás— que vo-
tamos a mano alzada como estrategos a quienes con
toda evidencia han sido convictos de corrupción[43],
delito para el que está fijada pena de muerte, y pone-
mos al frente de los asuntos más importantes al que
51 pudo corromper más ciudadanos. Nos preocupamos de
la constitución política no menos que de la salvación
de toda la ciudad, y aunque sabemos que la democracia
crece y se mantiene en la tranquilidad y la seguridad
y que ya ha sido destruída por dos veces en la guerra,
sin embargo, a los que desean la paz los aborrecemos
como si fueran simpatizantes de los oligarcas, mien-
tras que tenemos por buenos y preocupados demócra-
52 tas a los partidarios de la guerra. Siendo muy exper-

[39] Lugar común ya repetido en *Panegírico* 24-25: también se encuentra en Tuc., I 2, Plat., *Menéx.* 237 D, etc.

[40] Los tríbalos eran una tribu salvaje del interior de Tracia; su grosería era proverbial en Atenas desde el s. v (véase Aristf., *Aves* 1529 sigs.).

[41] Los lucanos eran un pueblo feroz del sur de Italia.

[42] Cf. *Areopagítico* 40 y 41.

[43] Una alusión a Cares; así piensa G. Norlin, *Isocrates*..., II, pág. 40, n. a.

tos en palabras y acciones, nuestro comportamiento
es tan absurdo que no siempre opinamos lo mismo
sobre un mismo asunto en el mismo día. Por el con-
trario, lo que censuramos antes de subir a la asam-
blea, después que entramos lo votamos a mano alzada,
y sin dejar pasar mucho tiempo, cuando nos vamos
volvemos a criticar lo que allí se votó. Pretendiendo
ser los más sabios de los griegos, usamos tales conse-
jeros que no hay quien no los desprecie, y hacemos
dueños de todos los asuntos públicos a gente a la que
nadie confiaría los suyos particulares[44]. Y lo más fu- 53
nesto de todo: consideramos los más fieles guardianes
de la constitución a quienes reconocemos como los peo-
res ciudadanos, pensamos que los metecos son iguales
a sus patronos, pero nosotros mismos creemos que no
tendremos la misma fama que quienes nos mandan.
Tanto nos diferenciamos de nuestros antepasados, 54
que ellos hacían jefes de la ciudad y elegían como
generales a los mismos[45], por pensar que el que puede
aconsejar lo mejor en la tribuna de oradores, ése
también deliberará lo mejor por sí mismo. Nosotros
hacemos lo contrario. A las personas que usamos como 55
consejeros para asuntos de importancia no las consi-
deramos dignas de ser votadas como estrategos, como
si no tuvieran inteligencia. En cambio, a quienes nadie
consultaría un asunto privado ni público, a ésos los en-
viamos fuera con plenos poderes[46] como si fueran a
ser allí los más inteligentes y los que resolvieran los

[44] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 316 sigs.

[45] Alusión a Pericles.

[46] Mathieu, *Isocrate*..., III, pág. 27, n. 1, señala que era raro el que un estratego tuviera plenos poderes, al menos durante el s. v; en cambio, en el iv el hecho fue frecuente, quizá porque los jefes de los mercenarios no aceptarían órdenes de la asamblea popular.

asuntos griegos con más facilidad que los que aquí se
56 tratan. Cuando digo esto no me refiero a todos sino a los comprendidos en mis palabras [47]. Me vendría corto lo que queda de día, si intentara examinar todos los errores que hay en esta manera de obrar.

57 Quizá alguno de los más comprometidos por mi palabra me preguntaría irritado: «Si deliberamos tan mal, ¿cómo es que estamos a salvo y hemos adquirido un poderío superior a cualquier otra ciudad?». Yo respondería a esto que tenemos como adversarios a gente
58 que no piensa mejor que nosotros. Porque si los tebanos, tras la batalla en la que vencieron a los lacedemonios [48], hubieran liberado el Peloponeso y, tras conceder la autonomía a los demás, se hubieran mantenido tranquilos y nosotros nos equivocásemos como ahora, este individuo no podría haberme hecho esa pregunta y nosotros sabríamos cuánto mejor es reflexionar que
59 meterse en cosas ajenas. Pero ahora han cambiado tanto las circuntancias que los tebanos nos salvan y nosotros salvamos a los tebanos, que ellos nos proporcionan aliados y nosotros a ellos. Por eso, si fuéramos inteligentes nos procuraríamos unos a otros dinero para las asambleas. Pues los que de uno y otro bando se reúnen más frecuentemente, ésos hacen que las cosas
60 salgan mejor para sus contrarios. Es preciso que incluso quienes reflexionan poco no pongan sus esperanzas de salvación en los errores de los enemigos, sino en sus propias acciones y planes. Porque el bien que nos ha venido por su ignorancia podría cesar y cambiar, mientras que el producido por nosotros mismos se

[47] Lo mismo en *A Nicocles* 47.
[48] La de Leuctra, ocurrida el año 371 a. C., que marca el final de la hegemonía espartana y el comienzo de la de Tebas.

hará más firme y permanecerá más tiempo con nosotros.

No es difícil responder a quienes hacen censuras a 61
la ligera. Pero si uno de los que son razonables se me acercara y reconociera que digo la verdad y que critico con razón lo que ocurre, y dijera que es justo que quienes reprenden con afecto no sólo ataquen lo ya realizado, sino que también aconsejen de qué cosas nos 62
debemos apartar y a cuáles acercarnos para que dejemos de tener esta manera de pensar y de cometer errores semejantes, haría que mi respuesta careciera no de verdad y utilidad, pero sí de vuestro agrado. Ya que me he dispuesto a hablar con total sinceridad, no hay que abstenerse de sacar a luz también estas cosas.

Hemos dicho hace un poco lo que deben tener los 63
que desean ser felices: piedad, prudencia, justicia y los demás tipos de virtud. Cómo nos educaremos para llegar a ser así con la mayor rapidez, sinceramente lo diré aunque quizá al oírlo os parezca raro y muy diferente de lo que opinan los demás. Yo creo que gober- 64
naremos mejor nuestra ciudad, que nos haremos mejores y progresaremos en todas las acciones, si dejamos de desear el dominio del mar [49]. Pues él nos ha llevado al desorden, ha destruido aquella democracia en la que viviendo nuestros antepasados fueron los griegos más felices, y es la causa de casi todos los males que tenemos y de los que producimos a los demás. Sé que es 65
difícil decir algo que parezca tolerable cuando se critica un poderío deseado por todos y que ha sido objeto de combate. A pesar de ello, ya que habéis aguantado mis otras palabras, que, aunque verídicas, eran des-

[49] Postula Isócrates la renuncia al dominio marítimo; compárese con el parágrafo 142 donde se recomienda una hegemonía basada en la sumisión voluntaria de otros estados griegos.

66 agradables, os suplico que también aguantéis ésto, y
que no me acuséis de una locura tan grande como
para discutir de asuntos tan ajenos a vuestra manera
de pensar sin poder decir algo verídico sobre ellos.
Creo que ahora demostraré a todos claramente que de-
seamos un imperio injusto, imposible de realizarse e
inconveniente para nosotros.

67 Que no es un imperio justo os lo puedo demostrar
por lo que aprendí de vosotros. Cuando los lacedemo-
nios tenían este poderío, ¿qué discursos dejasteis de
pronunciar para criticar el imperio de aquéllos y para
exponer que era justo que los griegos fueran autóno-
68 mos? ¿A qué ciudad ilustre no invitamos a la alianza
que se organizó para defenderlos? [50]. ¿Cuántas embaja-
das enviamos al gran rey para explicarle que no era jus-
to ni conveniente que una sola ciudad fuera señora de
los griegos? No dejamos de luchar y de correr peligros
por tierra y por mar hasta que los lacedemonios qui-
69 sieron firmar los tratados sobre la autonomía. En aque-
lla época reconocimos que era injusto que los fuertes
mandaran a los débiles y ahora también lo reconoce-
mos en la constitución que tenemos establecida.

Que tampoco podríamos conquistar este imperio,
creo que os lo aclararé con rapidez. Porque si no fui-
mos capaces de conservarlo con diez mil talentos [51],
¿cómo podríamos adquirirlo con nuestra actual penu-
ria, y sobre todo si nuestras costumbres no son aqué-
llas con las que lo conquistamos, sino las mismas que

[50] Referencia a la alianza anti-espartana de Corinto, formada por Atenas, Tebas, Argos y Corinto.

[51] Es la cifra que da Isócrates en *Sobre el cambio de fortunas* 234 del dinero que Pericles había reunido en la Acrópolis; en el parágrafo 126 de este mismo discurso habla de 8.000 talentos; Tucídides, II 13, 3, habla de 9.700 talentos.

nos hicieron perderlo? [52]. Me parece que por lo que 70
voy a decir a continuación comprenderéis muy pronto
que este imperio no le conviene aceptarlo a la ciudad
ni aunque se lo regalaran. Prefiero, sin embargo, decir
antes algunas pocas cosas, pues tengo miedo de que
por censurar a muchos parezca a algunos que me pro-
pongo acusar a la ciudad.

Sería verosímil que fuera responsable de esta incul- 71
pación si intentase explicar las cosas de esta manera
ante otros. Pero ahora os hablo a vosotros, y no deseo
calumniaros ante los demás, sino que quiero aparta-
ros de tales conductas y que la paz, tema de todo el
discurso, la observen con firmeza la ciudad y los de-
más griegos. Es necesario que los que aconsejan y los 72
que acusan utilicen discursos semejantes, pero que sus
maneras de pensar sean lo más contrapuestas posi-
ble. Por eso no conviene que vosotros tengáis siempre
la misma opinión sobre los que hablan de cosas idén-
ticas: por el contrario, debéis odiar como a enemigos
de la ciudad a quienes censuran para hacer daño, y,
en cambio, a los que reprenden para ayudar, tenéis que
aplaudirlos y considerarlos los mejores ciudadanos,
sobre todo al que de ellos pueda aclarar mejor la mal- 73
dad de las acciones y las desgracias que de ellas se
derivan. Porque este individuo muy pronto haría que
vosotros odiárais lo que lo merece y deseárais las
acciones mejores. Esto es lo que tengo que deciros en
defensa de la severidad de mis palabras, tanto de las
que he dicho como de las que diré. Comenzaré de nue-
vo desde donde lo dejé.

[52] El mejoramiento de la situación política aparece supeditado, como en el *Areopagítico*, a un cambio radical de la actitud ética, cambio apoyado por la bancarrota de Atenas. El imperio naval se ha perdido y Atenas no se halla en condiciones de recuperarlo (Jaeger, *Paideia*..., pág. 919).

74 Decía entonces que vosotros os daríais cuenta perfectamente de que no os conviene tomar el dominio del mar, si examináis de qué manera se encontraba la ciudad antes de haber adquirido este poderío, y cómo cuando lo tuvo. Pues, si comparáis una y otra situación en vuestro pensamiento, sabréis de cuántos males fue causa para la ciudad.

75 La constitución era mejor y superior a la que se estableció después, igual que Arístides, Temístocles y Milicíades eran hombres mejores que Hipérbolo, Cleofonte y los demagogos actuales [53]. Descubriréis que el pueblo que entonces gobernaba no estaba lleno de pere-
76 za, indecisión ni de esperanzas vacías, sino que podía vencer en los combates a todos los que invadían el territorio, era considerado digno de premio en los peligros corridos defendiendo Grecia, e inspiraba tal confianza que la mayoría de las ciudades se entregaban a él de
77 buen grado. Estando así las cosas, en lugar de la constitución que gozaba de prestigio entre todos, ese dominio del mar nos condujo a tal libertinaje que ningún hombre lo aprobaría. En vez de vencer a los invasores, educó de tal forma a los ciudadanos que ni se atreven a combatir a los enemigos delante de las murallas [54].
78 En lugar del afecto que les tenían sus aliados y de su fama entre los demás griegos, tanto odio levantó (la hegemonía marítima) que la ciudad hubiera sido esclavizada, de no ser porque los lacedemonios, enemigos

[53] Los demagogos imperialistas citados por Isócrates son los de finales del s. v a. C. y la fórmula empleada parece de la misma época (MATHIEU, *Isocrate...*, pág. 22).

[54] Todo lo que hay de malo y desenfrenado en el presente se atribuye a la educación corrompida del pueblo y sus dirigentes por obra del poder (JAEGER, *Paideia...*, pág. 920). Parece que aquí Isócrates reprocha a Pericles lo mismo de lo que le habían acusado sus adversarios: Cf. PLUT., *Pericles* 33, 6-8.

nuestros al principio, fueron con nosotros más benévolos que nuestros anteriores aliados. Y a éstos no les 79
podríamos echar en cara con justicia que se portaron mal con nosotros. Pues no fue tomando la iniciativa, sino defendiéndose y después de haber sufrido muchas y graves desgracias, cuando adoptaron semejante actitud con nosotros. ¿Quién soportaría la insolencia de nuestros padres que convocaban a los más inútiles de toda Grecia y a los que participaban en todas las maldades, llenaban con ellos las trirremes [55], se hacían odiosos a los griegos, expulsaban a los mejores en las demás ciudades y distribuían sus bienes entre los peores de los griegos? [56]. Si me atreviera a hablar con deta- 80
lle de lo ocurrido bajo aquella forma de actuar, quizá lograría que vosotros resolviéseis mejor lo presente pero yo mismo sería acusado. Pues acostumbráis a odiar no tanto a quienes son responsables de errores, como a quienes los denuncian. Por tener vosotros esa 81
manera de pensar, tengo miedo de que al intentar ayudaros yo mismo obtenga alguna desgracia. No renunciaré totalmente a lo que pensé, pero dejaré a un lado lo más amargo y lo que más os molestaría, y me acordaré sólo de aquellas cosas con las que comprenderéis la insensatez de quienes entonces gobernaban. Aquéllos 82
tan bien descubrieron la manera de que los hombres los odiasen en extremo, que votaron que el dinero sobrante de los ingresos públicos se repartiera talento a talento y se llevara a la orquesta en las fiestas Dionisíacas, cuando el teatro estuviera lleno [57]. Y así lo ha-

[55] Véase TUC., I 121.

[56] Alusión a las confiscaciones de bienes de las familias aristocráticas; quizá aquí Isócrates está pensando en la desaparición de su fortuna familiar (G. NORLIN, *Isocrates...*, II, pág. 55, n. f).

[57] ¿A qué se refiere aquí Isócrates? MATHIEU, *Isocrate...*, III,

cían e introducían subrepticiamente a los hijos de los muertos en la guerra, y mostraban a los aliados que la compensación de su fortuna se la llevaban asalariados[58], y a los demás griegos la multitud de huérfanos
83 y las desgracias producidas por esa ambición. Al hacer esto, ellos consideraban feliz a la ciudad y muchos insensatos la estimaban dichosa y no tenían previsión alguna de lo que ocurriría por culpa de estos hechos, a saber, que al admirar y envidiar la riqueza que entraba en la ciudad injustamente, iba a perder con rapidez al mismo tiempo la que le pertenecía en justicia.
84 Llegaron a descuidar tanto sus asuntos privados por desear los ajenos que, cuando los lacedemonios se habían lanzado sobre el territorio y ya había sido levantada la fortificación de Decelia, equipaban trirremes para Sicilia y no les daba vergüenza ver con indiferencia arrasada y destruida su patria mientras enviaban una expedición contra pueblos que nunca nos habían he-
85 cho nada malo[59]. Y fue tanta su locura que sin dominar su propia comarca, quisieron gobernar Italia, Sicilia y Cartago[60]. Tanto aventajaron en estupidez a todos los hombres, que si a los demás les acobardan y hacen

pág. 33, n. 1, se pregunta si la situación financiera se exponía en una asamblea reunida en el teatro pero la presencia de extranjeros es inexplicable. G. NORLIN, *Isocrates...*, II, pág. 57, n. e, cree que durante las Dionisíacas se admitía la presencia de algunos visitantes no oficiales de otros estados.

58 Pasaje difícil; hemos traducido *timás* por «compensación», y *misthōtṓn* por «asalariados», entendiendo con este término a los soldados mercenarios.

59 Referencia a la desastrosa expedición a Sicilia, aconsejada por Alcibíades, y llevada a cabo el año 415 a. C. En cambio, la ocupación de Decelia ocurrió el 413 a. C. Isócrates convierte en simultáneos ambos sucesos.

60 Tal era la idea de Alcibíades (cf. TUC., VI 15, 1).

más sensatos las desgracias, ellos ni con éstas se educaron. Mientras duró este imperio cayeron en los ma- 86
yores y más graves desastres acaecidos a la ciudad en todo tiempo. Doscientas trirremes que navegaban hacia Egipto[61] fueron destruidas con toda la tripulación y ciento cincuenta en torno a Chipre. En Dato perecieron diez mil hoplitas propios y aliados[62], en Sicilia cuarenta mil hombres y doscientas cuarenta trirremes, y en el Helesponto[63], por último, otras doscientas.
¿Quién podría llevar la cuenta de las trirremes des- 87
truidas de cinco en cinco, de diez en diez o más y de los hombres que murieron de mil en mil o de dos mil en dos mil? Una de sus costumbres era celebrar funerales cada año, a los que acudían muchos de los vecinos y otros griegos, no para llorar conjuntamente a los muertos, sino para regocijarnos con nuestra desgracia.
Finalmente, se olvidaron de que llenaban las sepultu- 88
ras oficiales con ciudadanos y, en cambio, las fratrías y los registros estatales[64] con gente que en nada convenía a la ciudad. Cualquiera se daría cuenta por esto del enorme número de muertos. Y descubriremos que las familias de los hombres más renombrados y las casas más importantes que lograron escapar a las revueltas de los tiranos[65] y a la guerra pérsica, queda-

61 Estas naves fueron enviadas para ayudar a Ínaro de Egipto cuando éste se sublevó contra Persia el año 460 a. C. (cf. TUC., I 104 sigs.).

62 Cifra sin duda exagerada; según TUC., II 13, el número de combatientes atenienses al empezar la guerra del Peloponeso no pasaba de 29.000.

63 Referencia a la batalla de Egospótamos (405 a. C.); la cifra de naves dada por JENOF. (*Hel.* II 1, 20) y DIOD. (XIII 105) era de 180.

64 Todos los ciudadanos debían estar inscritos en los registros de las fratrías (*phratorikà grammateia*) y en los registros estatales (*lēxiarchicà grammateia*).

65 Pisístrato y sus hijos. Cf. ARISTÓT., *Const. de Aten.* 18.

ron destruidas cuando teníamos ese mismo imperio
89 que deseamos. Por eso, si alguno quisiera examinar otras cosas tomando esto como ejemplo, se vería que somos casi iguales. No debe ser feliz una ciudad que congregue a la ligera a todos los hombres, sino la que mantenga mejor que otras la familia de quienes la habitaron al principio. Hay que envidiar no a los hombres que poseen la tiranía, ni a los que adquirieron más poder de lo justo, sino a quienes merecen el mayor honor y se contentan con lo que les dé la mayoría.
90 Porque ningún hombre ni ciudad podría conseguir una posesión más preciosa ni más segura ni de mayor valor que ésta. Al tenerla los que vivieron en las guerras pérsicas no pasaron su vida como los piratas, con más de lo necesario unas veces y encontrándose otras en carestías, en asedios y en los mayores males. Antes bien no tuvieron ni falta ni exceso de lo necesario para cada día y por la justicia de su constitución política y sus propias virtudes fueron honrados y pasaron
91 una vida más dulce que los demás. Al estar privados de esto los que nacieron después de aquéllos, desearon no mandar, sino tiranizar, cosas que parecen tener el mismo significado pero que se diferencian muchísimo entre sí [66]. Porque es tarea de los que mandan, hacer más felices con sus cuidados a los gobernados, mientras que los tiranos tienen la costumbre de procurarse sus propios placeres con los trabajos y males de otros. Es forzoso que quienes emprenden actos así, caigan en las desgracias propias de los tiranos y sufran
92 lo mismo que hicieron a otros. Esto es lo que le ocurrió a la ciudad. En lugar de poner guarniciones en las ciudadelas ajenas, vio que los enemigos fueron señores

[66] La oposición entre tirano y el que manda fue un tema típico del pensamiento político del s. IV a. C. Cf. PLAT., *Rep.* 565 D y sigs., y ARISTÓT., *Pol.* 1310 b (MATHIEU, *Isocrate*..., III, pág. 36, n. 1).

de la suya [67]. En vez de tomar como rehenes a niños quitándolos a sus padres y madres [68], muchos ciudadanos fueron obligados durante el asedio a educar y criar a sus hijos peor de lo que les convenía. En vez de cultivar las tierras ajenas ni pudieron ver las suyas durante muchos años. Por eso, si alguien nos preguntase 93
si aceptaríamos gobernar tanto tiempo viendo a la ciudad sufrir cosas semejantes, ¿quién estaría de acuerdo en aceptarlo, a no ser alguien totalmente insensato y que no pensase en los templos, ni en sus padres, ni en sus hijos, ni en otra cosa que no fuera sólo el tiempo de su vida? No habría que envidiar la manera de pensar de esta gente, sino mucho más a quienes obran con mucha previsión, ponen su ambición no menos en la buena fama de todos que en la suya privada y prefieren una vida moderada con justicia a mucha riqueza injusta. Porque nuestros antepasa- 94
dos, al mostrarse así, transmitieron a sus descendientes una ciudad más feliz y dejaron un recuerdo inmortal de su virtud. De ambas situaciones es fácil deducir que nuestra tierra puede criar hombres mejores que los demás, mientras que el que llamamos imperio, una desgracia en realidad, tiene por naturaleza la facultad de hacer peores a todos los que se sirven de él.

La mayor prueba es la siguiente: nos destruyó no 95
sólo a nosotros, sino también a la ciudad de los lacedemonios, de manera que quienes acostumbran a elogiar las virtudes de aquéllos no pudieron decir el argumento de que nosotros dispusimos mal los asuntos públicos por tener un gobierno democrático, pero que si los lacedemonios hubieran conseguido ese poderío, habrían hecho felices a los demás y a sí mis-

[67] Se refiere a la guarnición espartana que ocupó la Acrópolis de Atenas durante el gobierno de los Treinta.

[68] Así ocurrió en Samos el año 440 a. C., según cuenta TUC., I 115.

mos[69]. Mucho más pronto en aquella situación se mostró su auténtica manera de ser. Pues su constitución política, que nadie sabe que en setecientos años hubiera sido alterada ni por situaciones de peligro ni por desgracias, en breve tiempo se tambaleó y faltó
96 poco para que fuera destruida[70]. Este poder cambió las costumbres establecidas y llenó a los ciudadanos de injusticia, despreocupación, desprecio de las leyes, codicia, y al gobierno de la ciudad de desprecio hacia los enemigos, deseo de lo ajeno e indiferencia con los juramentos y tratados. Tanto aventajaron a las nuestras sus faltas contra los griegos, que añadieron a las de antes, matanzas y discordias en las ciudades, cosas
97 que produjeron entre ellos enemistades inextinguibles. Un pueblo que en otro tiempo era más cauto que otros en cuestiones bélicas y no se apartaba de sus aliados ni de sus bienhechores, tuvo tanto amor a la guerra y a los riesgos que, cuando el rey les ofreció más de cinco mil talentos para hacernos la guerra, cuando Quíos[71] había sido la más dispuesta de todos sus aliados para
98 compartir los peligros con su escuadra, cuando los tebanos habían añadido un enorme potencial al ejército de tierra, no se apresuraron a ocupar el imperio. Antes bien, en seguida conspiraron contra los tebanos, enviaron a Clearco y un ejército contra el rey[72], desterraron a los principales ciudadanos de Quíos, sacaron

69 Contra la ambición del poder por parte del estado, tiranía que se impone en todas las formas de este estado, invoca Isócrates el espíritu de la democracia, que se convierte en la renuncia a la tendencia al poder (Jaeger, *Paideia...*, pág. 921).

70 La hegemonía espartana duró desde el año 404 al 371 a. C.; los setecientos años de constitución espartana nos llevan al año 1191 a. C., fecha admitida por algunos para la invasión doria.

71 La rebelión de Quíos contra Atenas ocurrió el año 412 a. C.

72 Referencia a la expedición de mercenarios en apoyo de Ciro el Joven; Cf. Jenof., *Anábasis.*

las trirremes de los arsenales y se marcharon tras apoderarse de todas. No les bastó cometer estos errores 99
sino que por la misma época saquearon el continente, maltrataron a las islas, abolieron los sistemas políticos de Italia y Sicilia y establecieron tiranos, maltrataron el Peloponeso y lo llenaron de revueltas y de guerras. ¿Contra qué ciudad no enviaron una expedición militar? ¿Dejaron de cometer errores con alguna de ellas? ¿No quitaron parte de su territorio a los eléatas, tala- 100
ron la tierra de los corintios, dispersaron a los mantineos, asediaron a los de Fliunte y se lanzaron contra la Argólide?, y, ¿no cesaron de hacer daño a otros, mientras se preparaban para sí mismos la derrota de Leuctra?[73]. Algunos dicen que esta derrota fue la causa de los males de Esparta, pero mienten. Pues sus aliados no les odiaron por ella, sino que fue por sus injurias de otro tiempo por lo que sufrieron esta derrota y corrió peligro su tierra. Hay que atribuir las 101
causas no a los daños subsiguientes, sino a los primeros errores que les precipitaron a este final. Por eso, sería mucho más exacto que se dijera que el comienzo de sus desgracias surgió cuando conquistaron el dominio del mar[74]. Adquirieron, en efecto, un poderío que en nada se asemejaba al que habían tenido antes. A causa de su hegemonía terrestre, de su disciplina 102
y de la firmeza con que se ejercitaban en ella, fácil-

73 La derrota espartana en Leuctra causó una enorme conmoción en todo el mundo griego; hay que tener en cuenta el enorme prestigio que proporcionó a Esparta su victoria sobre Atenas en la guerra del Peloponeso. Platón, Jenofonte y Aristóteles, al igual que Isócrates, explicaban esta derrota acusando a Esparta de no haber utilizado sabiamente su poder (Jaeger, *Paideia*, pág. 897).

74 El comienzo de todos los males fue el comienzo de la dominación naval. La idea que aquí expone Isócrates es absolutamente opuesta a la que mantiene en *Panegírico* y *Areopagítico* (Jaeger, *Paideia...*, pág. 918).

mente obtuvieron el dominio del mar. Pero por el des-
enfreno que les vino de este dominio, rápidamente se
vieron privados también de aquella primera hegemo-
nía [75]. No guardaban las leyes que recibieron de sus
antepasados, ni mantenían las costumbres que antes
103 tuvieron, sino que, por creer que podían hacer lo que
quisieran, cayeron en el mayor desorden. No sabían
que el poder, que todos desean alcanzar, es muy difí-
cil de tratar, que hace delirar a quienes lo aman, y que
su naturaleza es semejante a las heteras que provo-
can el amor hacia ellas, pero destruyen a quienes las
104 tratan. Bien claramente ha demostrado que tiene ese
poder. Si empezara por nosotros y por los lacedemo-
nios cualquiera vería que los más poderosos caen en
las mayores desgracias. Pues estas ciudades que antes
tenían los gobiernos más prudentes y gozaban de la
más hermosa fama, cuando se toparon con el poder y
lo ocuparon, no se diferenciaron entre sí, sino que,
como es propio de quienes están afectados por las
mismas pasiones y la misma enfermedad, emprendie-
ron las mismas acciones, se abandonaron a errores
parecidos y, finalmente, cayeron en desgracias idénti-
105 cas. Nosotros, cuando éramos odiados por los aliados
y corríamos el riesgo de la esclavitud, fuimos salvados
por los lacedemonios [76], y éstos, cuando todos querían
destruirlos, se refugiaron entre nosotros y por nuestra
mediación obtuvieron la salvación. ¿Cómo va a haber
que aplaudir a un imperio que tiene un final tan dolo-
roso? ¿Cómo no odiar y escapar a un imperio que ha

[75] «La hegemonía terrestre se ejercita con la disciplina, pero el dominio del mar con la industria naval», dice Isócrates en el *Panatenaico* 115-116.

[76] Alusión a la propuesta que hicieron los tebanos y corintios al final de la guerra del Peloponeso para que Atenas sufriera lo mismo que ella hizo sufrir; Cf. JENOF., *Hel.* II 2, 19-20.

empujado a ambas ciudades a hacer muchas cosas
terribles y les ha obligado a sufrirlas?
No hay que admirarse de que en otro tiempo les 106
pasara desapercibido a todos que este imperio era cau-
sa de tantos males para los que lo poseían, ni de que
haya sido disputado por nosotros y por los lacedemo-
nios. Descubriréis que la mayoría de los hombres se
equivocan en las elecciones de sus actos, que tienen
más deseo de lo malo que de lo bueno, y que sus reso-
luciones son mejores para los enemigos que para ellos
mismos. Estos se podría ver en los asuntos de mayor 107
importancia. ¿Qué cosa no ha ocurrido así? ¿No prefe-
rimos nosotros actuar de tal manera que los lacede-
monios se hicieron señores de los griegos, y aquéllos
dirigieron tan mal los asuntos que no muchos años
después volvimos nosotros a dominar y fuimos dueños
de su salvación? El espíritu de intriga de los partida- 108
rios de Atenas, ¿no hizo que las ciudades fueran parti-
darias de los laconios?, y la insolencia de los pro-laco-
nios ¿no obligó a esas mismas ciudades a ser filoate-
nienses? ¿No deseó el mismo pueblo la oligarquía esta-
blecida por los Cuatrocientos debido a la maldad de los
demagogos [77], y luego, a causa de la locura de los
Treinta, fuimos todos más demócratas que quienes se
habían apoderado de Filé? [78]. En las cosas de poca im- 109
portancia y en la vida diaria se podría señalar que la
mayoría disfruta con los alimentos y costumbres que
perjudican al cuerpo y al espíritu, que considera peno-
sas y duras las que benefician a ambos y que le parecen

[77] P. CLOCHÉ señala que Isócrates critica tanto a los oradores del s. V a. C. como a los de su época. El régimen de los Treinta siempre recibe sus invectivas.

[78] Trasibulo, al frente de un grupo de demócratas, ocupó la fortaleza de Filé en las alturas del monte Parnes, y desde allí avanzó contra Atenas, donde tomó el Pireo y el fuerte de Muniquia.

110 valientes quienes se mantienen en las últimas. Cuando se ve que un pueblo en su vida ordinaria y en lo que más le concierne, elige lo peor ¿por qué admirarse de que se equivoque y luche entre sí por el dominio del mar si sobre este dominio nunca les pasó por la cabeza reflexión alguna?

111 Y en las monarquías establecidas en las ciudades, observad cuántos seguidores tienen y dispuestos a sufrir lo que sea para conservarlas[79]. ¿Qué rigor o dificultad no les pertenece? Tan pronto como toman el poder, ¿no se encuentran envueltos en tantos males,
112 que están obligados a hacer la guerra a todos los ciudadanos, a odiar a quienes nunca les perjudicaron, a desconfiar de sus amigos y camaradas, a confiar la custodia de sus personas a hombres mercenarios a quienes nunca vieron, a temer no menos a sus guardianes que a los conspiradores, y a sospechar tanto de todos que ni siquiera sienten confianza cuando les
113 rodean sus íntimos?[80]. Y es lógico. Porque saben que de los tiranos anteriores a ellos unos fueron muertos por sus padres, otros por sus hijos, otros por sus hermanos, otros por sus mujeres y que incluso su familia ha desaparecido de entre los hombres[81]. A pesar de ello se exponen a sí mismos, voluntariamente, a tan numerosas desgracias. Y cuando los más nobles y de más prestigio aman males tan grandes ¿por qué asombrarse de que los demás deseen otros males semejantes?
114 No ignoro que aunque aceptéis lo que he dicho sobre

[79] La tendencia hacia el poder es análoga a la tiranía y por tanto incompatible con la democracia (JAEGER, *Paideia...*, página 919). Desde este parágrafo hasta el 115 es clara la crítica a la tiranía.

[80] Cosas parecidas en *A Nicocles* 5 y *Helena* 32.

[81] Todo este pasaje parece describir la vida de los tiranos del s. IV a. C., especialmente de Dionisio el Viejo y de Jasón de Feras.

los tiranos, oís en cambio con mal humor mis palabras sobre el imperio. Os ocurre lo más vergonzoso e imprudente de todo: lo que véis en otros lo ignoráis cuando os ocurre a vosotros mismos. Por eso los hombres inteligentes tienen como característica muy significativa mostrar que reconocen los mismos hechos en todos los casos parecidos. De esto nunca os preocu- 115
pasteis en absoluto. Pensáis que las tiranías son duras y perjudiciales tanto para los que las sufren como para los que las ejercen, y, en cambio, creéis que el imperio del mar es el mayor de los bienes, cuando ni por sus infortunios ni por sus acciones difiere en nada de las monarquías. Consideráis que los asuntos de los tebanos van mal porque injurian a sus vecinos[82], pero vosotros mismos no gobernáis mejor a los aliados que aquéllos a Beocia y creéis que hacéis todo lo necesario.

Si me hacéis caso, tras cesar de tomar decisiones 116
totalmente al azar, os prestaréis atención a vosotros mismos y a la ciudad, estudiaréis y examinaréis qué hicieron las dos ciudades (me refiero a la nuestra y a la de los lacedemonios), para gobernar a los griegos cuando cada una de ellas partía de una situación modesta y cómo, después que alcanzaron un poderío insuperable, llegaron a verse en riesgo de esclavitud.
También veréis por qué causa los tesalios, que habían 117
heredado enormes riquezas y poseían el territorio mejor y más grande llegaron a ser pobres, y, en cambio, los megarenses que al principio tenían pocos y sencillos bienes[83], sin tierra ni puertos ni minas de plata, y que cultivaban un terreno pedregroso, han adquirido las mejores casas de los griegos. Las ciudadelas de 118
los tesalios las ocupaban siempre otros cuando ellos

[82] Especialmente los ataques a Platea y Tespias.

[83] Era proverbial entre los griegos la insignificancia de Mégara.

tenían más de tres mil jinetes e innumerables peltastas; los de Mégara, en cambio, con una pequeña fuerza, gobernaban su país como querían. Además de esto los tesalios luchan entre sí, mientras que los megarenses, que viven entre los peloponesios, los tesalios y nuestra
119 ciudad, pasan su vida en paz. Si vosotros mismos discurrís sobre esto y otras cosas parecidas, descubriréis que el libertinaje y la soberbia son causas de males, y la prudencia, en cambio, de bienes. Esa prudencia la aplaudís en los hombres corrientes y pensáis que quienes la emplean viven con muchísima seguridad y son los mejores ciudadanos, pero no creéis que nuestra
120 comunidad deba procurarse tal virtud. Y conviene que las ciudades mucho más que los simples individuos cultiven las virtudes y rehuyan los vicios[84]. Porque un hombre que sea impío y malvado podría morir antes de pagar el castigo de sus errores. Las ciudades, en cambio, por su inmortalidad sufren la venganza que viene de los hombres y de los dioses.

121 Al reflexionar sobre esto, es preciso que prestéis atención no a los que en el presente os agradan sin tener cuidado alguno del futuro, ni a los que suelen hablar de su amor al pueblo pero hacen daño a toda la ciudad. De esta foma ya antes, cuando tales individuos dominaron la tribuna, llevaron a la ciudad a tanta insensatez, que sufrió lo que os conté hace un
122 poco. Por eso, uno se sorprendería muchísimo de que elijáis como conductores del pueblo no a quienes tienen la misma opinión que los que engrandecieron la ciudad, sino a los que dicen y hacen cosas semejantes a sus destructores, y eso que sabéis que los buenos se diferencian de los malvados no sólo en que hacen feliz
123 a la ciudad. La diferencia está también en que, con

[84] Nuevamente insiste Isócrates en las razones éticas que deben presidir los actos de los estados; véase nota 9.

los primeros la democracia no se alteró ni se transformó durante muchos años y bajo los segundos en poco tiempo fue destruida dos veces[85]. Los destierros decretados por los tiranos y por los Treinta no acabaron gracias a los sicofantas, sino por medio de los que odiaban a éstos y gozaban de la mejor fama por su
virtud. Al mismo tiempo que se nos olvidan tales 124
recuerdos y cómo actuó la ciudad bajo el gobierno de cada uno de ellos, tanto nos agradan las malicias de los oradores que, a pesar de ver que gracias a la guerra y revueltas por ellos producidas, han sido privados muchos ciudadanos de sus herencias paternas[86], y éstos, en cambio, han pasado de pobres a ricos,
no nos indignamos ni envidiamos sus éxitos. Por el 125
contrario, soportamos que se calumnie a la ciudad de injuriar e imponer tributos a los griegos, mientras que esta gente recibe el provecho, y de que el pueblo, que según dicen ellos debe mandar a otros, esté en peor situación que los esclavos de la oligarquía. Entretanto, ellos, que no tienen bien alguno, han llegado a ser los más prósperos desde una situación modesta gracias
a nuestra estupidez. Pericles, que fue jefe popular 126
antes que éstos, recibió una ciudad cuya manera de pensar era peor que antes de tener el imperio, pero con una política aún soportable[87], y no acrecentó su fortuna particular, sino que dejó una hacienda inferior a la que heredó de su padre, pero llevó a la acrópolis ocho mil talentos, además de los tesoros de los tem-
plos. En cambio éstos tanto se diferencian de aquél 127

[85] En los años 411 (gobierno de los Cuatrocientos) y 404 a. C. (derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso).

[86] Puede ser una referencia a la pérdida del patrimonio del propio Isócrates.

[87] No se trata de un elogio entusiasta de Pericles, pero sí de su probidad y desinterés. Un juicio parecido sobre Pericles en Aristót., *Const. de Aten.* 28, 7.

que se atreven a decir que debido a su preocupación por los asuntos públicos no pueden atender los suyos particulares, cuando se ve que esos asuntos abandonados han alcanzado tal prosperidad como nunca se atrevieron a pedir a los dioses. Entretanto, la mayoría de nosotros, de la que dicen que se preocupan está tan mal que ningún ciudadano vive con gusto o facilidad
128 y la ciudad está llena de lamentos. Unos se ven obligados a contar y llorar consigo mismos su pobreza y necesidad, otros, el gran número de mandatos y de impuestos extraordinarios y los males que se producen por las simmorías[88] y los procesos de cambios de fortuna. Esto produce tales desgracias que vivir es más penoso para quienes han adquirido haciendas que para
129 los que siempre han sido pobres. Me sorprende que no podáis comprender que no hay raza más hostil a la mayoría que los malos oradores y demagogos. Además de otros males, ellos desean principalmente que carezcáis del sustento cotidiano, al ver que quienes pueden gobernar sus cosas privadamente son partidarios de la
130 ciudad y de los mejores oradores, mientras que quienes viven de los tribunales, de las asambleas y de los ingresos que allí se producen, se ven obligados por su necesidad a estar a su servicio y les agradecen mucho las denuncias, las acusaciones públicas y las demás calumnias que se originan gracias a ellos.
131 Verían con gusto que todos los ciudadanos se encontraran en la pobreza, gracias a la cual gobiernan. Y la mayor prueba es la siguiente: ellos no buscan de qué manera procurarán medios de vida a los necesitados,

88 La sinmoría (*symmoría*) era la agrupación de los sesenta ciudadanos más ricos de Atenas, que tomaban a su cargo ciertas liturgias o impuestos extraordinarios, sobre todo la trierarquía y el pago de un impuesto destinado a los ciudadanos más pobres (*eisphorá*). Según JENOF., *Hel.* I 7, 32, había veinte sinmorías, dos por cada tribu.

sino cómo igualarían con los pobres a quienes parece
que poseen algo[89]. ¿Cómo podríamos huir de nuestros 132
males presentes? He discurrido mucho sobre estos asuntos no por orden, sino según su oportunidad. Sería para nosotros más fácil de recordar si intentara tratarlos de nuevo recapitulando los más urgentes.

Hay un sistema con el que enderezaríamos los asun- 133
tos de la ciudad y los haríamos mejores: en primer lugar, si tomamos como consejeros de los negocios públicos a los mismos que querríamos que lo fueran de nuestros asuntos particulares, si dejásemos de pensar que los sicofantas son amigos del pueblo y los partidarios de la oligarquía los mejores de los hombres. Porque sabemos que nadie por naturaleza[90] es de un bando u otro, sino que cada uno quiere establecer el sistema político en el que está bien considerado. [Pero si tenéis trato y acogéis a los hombres honrados en vez de a los malvados, como antiguamente, podréis servi-
ros mejor de los demagogos y de los políticos][91]. En 134
segundo lugar, si quisiéramos considerar a los aliados como amigos, sin darles la autonomía de palabra, pero entregándolos de hecho a los estrategos para que hagan con ellos lo que quieran, si les gobernáramos no despóticamente sino en plan de aliados, porque estamos informados de que somos más fuertes que una sola ciudad, pero más débiles que todas. [Teníais que intentar adquirir alianzas no con guerras ni asedios, sino con buenas acciones; pues es lógico que con estas últi-

89 Esta acusación va dirigida a la distribución instituida por el estado ateniense a propuesta de los demócratas Pericles, Cleón, Cleofonte, etc., de indemnizaciones judiciales y políticas, de las que vivían los pobres según la propia expresión de Isócrates (P. CLOCHÉ, *Isocrate*..., pág. 97).

90 Isócrates contradice aquí lo que él mismo defendía en *Contra Loquites*.

91 El pasaje entre corchetes aparece en la cita que Isócrates hace de este discurso en *Sobre el cambio de fortunas*.

mas surjan amistades, y odios, en cambio, por lo que
135 hacemos ahora] [92]. En tercer lugar, si considerárais que
nada es más valioso, además de la piedad hacia los
dioses, que gozar de buena fama entre los griegos.
Porque, a quienes así se comportan, les dan voluntariamente los poderes y las hegemonías [93].

136 Por tanto, si os atenéis a mis palabras y además de
esto os mostráis belicosos en vuestros cuidados y preparativos, pero pacíficos por no hacer nada en contra
de la justicia, no sólo haréis feliz a esta ciudad, sino a
137 todos los demás griegos. Ya que ninguna otra ciudad
se atreverá a hacerles daño, sino que vacilarán y se
mantendrán muy tranquilos cuando vean que nuestra
fuerza está vigilante y dispuesta a socorrer a los injuriados. Además, hagan lo que hagan, nuestra situación
138 será buena y útil. Si las ciudades más sobresalientes
tomaran la decisión de apartarse de las injusticias,
nosotros seremos la causa de este bien, y si, por el
contrario, intentan hacer daño, todos los que tengan
miedo y lo pasen mal se refugiarán entre nosotros,
haciéndonos muchas súplicas y ruegos y nos confiarán
no sólo la hegemonía sino sus propias personas.
139 Porque no careceremos de gente para impedir que
esas ciudades hagan daño, sino que tendremos muchos
con voluntad y ánimo de luchar a nuestro lado. ¿Qué
ciudad o qué individuo no desearía participar de nuestra amistad y alianza cuando vea que somos los más
justos y los más fuertes, que queremos y podemos salvar a los demás mientras que nosotros no necesitamos
140 ayuda de nadie? ¿Qué incremento hay que pensar que
alcanzarán las cosas de la ciudad cuando los demás
nos tengan un afecto tan grande? ¿Cuánta riqueza

[92] Véase nota anterior.
[93] ¿Confía realmente Isócrates en que así se obtienen los poderes y hegemonías?

correrá hacia la ciudad cuando toda Grecia esté a salvo
gracias a nosotros? ¿Quiénes no elogiarán a los que
han sido autores de tantos y tales bienes? Debido a 141
mi edad no puedo abarcar en el discurso todo lo que
tengo en mi pensamiento, salvo que sería hermoso,
entre las injusticias y locuras ajenas, que fuéramos
los primeros que por nuestra sensatez defendiéramos
la libertad de los griegos, fuéramos llamados sus salvadores y no sus destructores y que, famosos por nuestra virtud, recobráramos la fama de los antepasados.

En resumen, puedo decir a qué tiende todo lo 142
mencionado y con qué perspectiva tenéis que examinar
las actuaciones de la ciudad. Si queremos destruir las
calumnias que sufrimos en el presente, es preciso que
abandonemos las guerras inútiles, que adquiramos para
la ciudad una hegemonía para siempre, que odiemos
todos los gobiernos tiránicos y despóticos [94], tras reflexionar en las desgracias producidas por ellos, y que
emulemos e imitemos la monarquía que existe en Lacedemonia. Porque a aquellos reyes no se les permite 143
ser más injustos que los ciudadanos corrientes, pero
son mucho más felices que quienes ocupan por la
fuerza las tiranías, ya que los que matan a los tiranos
obtienen las mayores recompensas de sus conciudadanos, y, en cambio, los que no se atreven a morir en
combate por defender a estos reyes quedan más deshonrados que los que abandonan su puesto o arrojan su
escudo. Hay, pues, que aspirar a una hegemonía de 144
estas características. Por nuestra situación podemos
obtener de los griegos este honor que aquellos reyes
reciben de sus ciudadanos, si los griegos entienden que

[94] Para JAEGER, *Paideia...*, pág. 919, se distingue aquí entre dominación y hegemonía; la hegemonía de Atenas deberá serle dada por los demás estados, cosa que Isócrates no considera totalmente imposible. Compara esta hegemonía con la de los reyes espartanos, que gobiernan con honor y no por la fuerza.

nuestro poderío será causa de su salvación, no de su esclavitud.

145 Muchas y bellas palabras podrían decirse sobre este tema, pero dos cosas me aconsejan terminar: la extensión de mi discurso y mi edad avanzada. A los más jóvenes y a quienes cuentan con la plenitud de sus fuerzas yo les aconsejo y exhorto a que hablen y escriban discursos con los que inclinarán hacia la virtud y la justicia a las ciudades más importantes, acostumbradas a causar daños a las demás, para que suceda que cuando Grecia esté en buena situación también los asuntos de los filósofos resulten mucho mejor.

AREOPAGÍTICO (VII)

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos ante una de las obras fundamentales del pensamiento político de Isócrates. Muchas son las opiniones que se han expresado sobre este discurso, muy controvertido en cuanto a su finalidad real.

Así, Heilbrunn [1] opina que el *Areopagítico* no es sólo un panfleto que urja una reforma política, sino también un análisis de lo ocurrido en Atenas. Jacoby [2] ve en esta obra la clara hostilidad de Isócrates hacia la democracia, hostilidad latente desde mucho antes.

Para Cloché [3], en cambio, las ideas de Isócrates son reaccionarias en cuanto al papel que debe jugar el Areópago (sin condenar el principio de la democracia), ya que propone devolver a este tribunal la autoridad política que le dieron los legisladores del s. VI a. C. Sin embargo por vez primera Isócrates hace una precisión sobre la organización política de Atenas inspirándose en una consideración democrática: la necesidad de acabar con las intrigas de los partidarios de la oligarquía y de respetar la voluntad del pueblo.

---

1 «Isócrates...», pág. 161, n. 29.
2 *Atthis*, Oxford, 1949, pág. 74.
3 *Isocrate...*, págs. 83, 84-85 y 88-89.

En líneas generales, el *Areopagítico* es una exaltación de la antigua democracia, la de Solón y Clístenes, de la *pátrios politeía*; pero no es sólo una obra de política interior, sino también una explicación pormenorizada de la paideía isocrática, como bien ha señalado W. Jaeger [4].

La situación política de Atenas, en decadencia en los tiempos de la segunda liga marítima, es claramente criticada por la minoría conservadora y acomodada ateniense; precisamente la restauración del tribunal del Areópago como fiscalizador de las costumbres de los ciudadanos era desde hacía tiempo un punto establecido en el programa del partido conservador. A Jaeger, tras este análisis, le parece imposible que Isócrates procediese en solitario en un problema tan importante de política interior; sin duda Isócrates hablaba en nombre de un grupo político real, del que también formaba parte Timoteo, discípulo y amigo de nuestro autor.

La división del discurso es la siguiente:

1-14. Exordio. Para Isócrates, la situación de Atenas es crítica, a pesar de la opinión de sus conciudadanos.

15-35. Hay que restaurar la *pátrios politeía.*

36-64. En la antigua democracia, la función del Areópago fue esencial, no sólo por su fuerza política, sino también por su misión educativa.

65-70. Lo que Isócrates desea reformar está dentro de la tradición ateniense y de la auténtica democracia.

71-77. Los atenienses deben abandonar sus antiguos errores y procurar emular a los antepasados.

78-84. Recuerdo de los éxitos del pasado y exhortación para salvar a todos los griegos.

---

4 *Paideia...*, págs. 903 y 908.

La fecha del *Areopagítico* ha sido también discutida. Blass y Drerup lo sitúan en los años 356 ó 355 a. C., Norlin en el 355 y Mathieu en la primera mitad del 354. Jaeger [5], en cambio, sostiene una fecha anterior al 357 a. C., comienzo de la guerra de Atenas con sus aliados. Las razones de Jaeger son que Isócrates alude repetidas veces al potencial de Atenas en el momento de pronunciarse el Areopagítico, y que los ejemplos de decadencia a que se refieren están siempre tomados de lo ocurrido al disolverse la primera liga marítima. E. Mikkola da la fecha del 355 a. C., pero sitúa con interrogación la del 357 a. C. Para nosotros la fecha más probable es la que da Mathieu, quien en la introducción a este discurso en su edición da razones de más peso que Jaeger, y, además de esto, una lectura detallada del discurso nos confirma en ello.

Como ya vimos en el discurso *Sobre la paz*, también adopta aquí Isócrates la ficción de que habla ante la asamblea popular.

Argumento de un gramático anónimo

En este discurso Isócrates aconseja que los Areopagitas recuperen su anterior poder político, según el cual les correspondía la total responsabilidad, por decirlo en suma, de todos los asuntos de la ciudad. Esta responsabilidad la habían perdido por el motivo siguiente: un tal Efialtes y Temístocles habían tomado prestado dinero estatal, y al saber que si les juzgaban los Areopagitas tendrían que devolver todo, convencieron a la ciudad para que los destituyeran y así nunca pudiera juzgar a nadie. (Aristóteles dice en la *Constitución de los atenienses*

---

5 «The Date of Isocrates Areopagiticus and the Athenian Opposition», *Harvard Studies in Classical Philology*, Cambridge, 1941.

(XXV), que también Temístocles fue el responsable de que los Areopagitas no juzgaran todos los asuntos.) Dejaron suponer que hacían esto por propia iniciativa, pero en realidad prepararon todo por este motivo. Después que los atenienses oyeron con gusto este consejo, anularon el Areópago. Tal es el argumento. Es una obra práctica y el fundamento del discurso es la utilidad. Se escribió el discurso en los primeros tiempos de Filipo, como el mismo autor aclara.

1 Creo que muchos de vosotros os preguntáis con
admiración qué es lo que he pensado para tomar como
tema vuestra salvación, como si la ciudad estuviera en
peligro o sus asuntos en una posición incierta. Por el
contrario, la ciudad posee más de doscientas trirre-
mes, mantiene la paz en su territorio, ostenta el domi-
2 nio del mar, incluso tiene muchos aliados dispuestos
a ayudarnos si hiciera falta, y muchos más que pagan
impuestos y que cumplen lo que se les ordena. Siendo
esta nuestra situación, cualquiera diría que es lógico
que tengamos confianza por estar alejados de peligros,
y que es a nuestros enemigos a quienes conviene tener
miedo y pensar en su propia salvación.

3 Sé que vosotros, al utilizar este razonamiento, des-
preciáis mi intervención y esperáis dominar con este
poder a toda Grecia. Eso mismo es lo que yo temo.
Porque veo que las ciudades que creen obrar mejor son
las que deciden peor, y que las más audaces se ponen
4 en los mayores peligros [6]. La causa de esto es que nin-
gún bien ni mal se presenta por sí solo a los hombres,

[6] Isócrates teme que la apariencia de poder haga caer en la catástrofe a Atenas; esta idea tiene su raíz en la tragedia griega. La penuria y pequeñez son factores educativos que engendran el autodominio y la moderación (Jaeger, *Paideia*..., página 896).

sino que la irreflexión y con ella la intemperancia se
une y acompaña a los ricos y a los poderosos, y en
cambio, a los necesitados y humildes, la prudencia y
una gran templanza. Por eso es difícil discernir cuál 5
de estas situaciones uno aceptaría dejar a sus hijos.
Pues veríamos que con la que parece ser más incapaz
de lo mejor, los asuntos van a más y suelen empeorar,
en cambio, con la que se muestra superior [7]. Y puedo 6
aportar muchos ejemplos de esto a partir de asuntos
particulares —pues estos tienen cambios frecuentísi-
mos— y no obstante para mis oyentes serán mayores
y más claros los que nos han ocurrido a nosotros y a
los lacedemonios. Porque nosotros, cuando los bárbaros
destruyeron la ciudad, gracias a nuestro miedo y a la
atención que pusimos en los asuntos, fuimos los pri-
meros de los griegos, pero cuando creímos que tenía-
mos un poderío invencible, por poco llegamos a ser
esclavizados. Los lacedemonios, que partían al princi- 7
pio de ciudades insignificantes y pobres, conquistaron
el Peloponeso por su manera de vivir prudente y gue-
rrera, y después, cuando se engrieron más de lo preciso
y tomaron el poder terrestre y marítimo, fueron a parar
a los mismos peligros que nosotros.

Cualquiera que, sabiendo que se han producido tales 8
cambios y que poderíos tan grandes se han destruido
con tanta rapidez [8], confíe en las circunstancias presen-

[7] La experiencia enseña que las malas situaciones sirven de estímulo hacia lo mejor, mientras que la dicha se trueca en infortunio (como en la tragedia griega), piensa Jaeger, *Paideia*..., págs. 896-897.

[8] Isócrates se basa en los ejemplos de la caída del poder ateniense y espartano para explicar su teoría política de los cambios históricos (*metabolê*). Esta idea, al igual que en Platón y Aristóteles, debía jugar un papel importante en su educación política.

tes, es un completo necio, sobre todo cuando nuestra ciudad es ahora mucho más débil que en aquel tiempo y está de nuevo renovado el odio de los griegos y la enemistad del rey [9], cosas que entonces nos dominaron.
9 No sé si sospechar que no os preocupan en absoluto los asuntos públicos o que, aun pensando en ellos, llegáis a tal insensibilidad que se os olvida en qué desorden cayó la ciudad. Porque os parecéis a hombres que piensan así, cuando, después de haber perdido todas las ciudades de Tracia [10], de pagar en vano más
10 de mil talentos a los mercenarios [11], de estar desacreditados entre los griegos, de haberos hecho enemigos del bárbaro, incluso de veros obligados a salvar a los amigos de los tebanos, y de haber perdido nuestros aliados, ya hemos hecho por dos veces sacrificios [12] como si tales acciones fueran una buena noticia, y convocamos asambleas para tratar de ellas con más despreocupación que quienes ejecutan todo lo que deben.

11 Es natural que obremos así y suframos estas cosas. Pues no les puede suceder nada conveniente a quienes no deciden bien sobre el conjunto de la administración, sino que emprenden con éxito algunas acciones por suerte o por la virtud de un hombre, pero tras dejar un pequeño intervalo vuelven a las mismas indecisiones. Cualquiera se daría cuenta de esto por lo que
12 nos ha ocurrido. Cuando toda Grecia estaba bajo nuestra ciudad, tras la batalla naval de Conón y el

[9] Durante la guerra con los aliados, el general ateniense Cares ayudó con sus tropas al sátrapa Artabazo cuando éste se sublevó contra el rey persa Artajerjes III.

[10] Las ciudades de la Calcídica, como Anfípolis, Pidna, Potidea y Olinto.

[11] Cf. *Sobre la paz* 44-47.

[12] Se celebraron sacrificios en Atenas, en honor de la victoria de Cares (véase nota 9), según nos cuenta Diodoro, XVI 22.

mando de Timoteo [13], no pudimos retener tiempo alguno nuestros éxitos, sino que rápidamente los destruimos y perdimos. Porque no tenemos ni hemos buscado bien una constitución política que nos procure exacti-
tud en los asuntos públicos [14]. Todos sabemos que los 13
éxitos se producen y se mantienen no entre quienes han levantado las murallas más hermosas y mayores [15], ni en los que se reúnen en un mismo lugar con muchos hombres, sino en quienes gobiernan su propia ciudad
de la manera mejor y más prudente. Porque el alma 14
de una ciudad no es otra cosa que su constitución [16], que tiene tanto poder como la inteligencia en el cuerpo. Ella es la que delibera sobre todos los asuntos, la que conserva los bienes y rehuye las desgracias. A ella tienen que acomodarse las leyes, los oradores y los ciudadanos corrientes y actuar de tal manera que cada
uno se mantenga en los límites de la constitución. 15
Aunque la nuestra está destruida, ni pensamos ni buscamos cómo la mejoraremos [17]. Por el contrario, sentados

[13] Victoria naval del almirante Conón en Cnido (año 394 a. C.) y de su hijo Timoteo (entre los años 375 a 373 a. C.); ambos, como sabemos eran amigos de Isócrates y Timoteo, además, discípulo. P. Cloché, *Isocrate...*, pág. 83, n. 2, hace notar que Isócrates, deliberadamente o no, omite los éxitos de otros generales atenienses, especialmente de Ifícrates, rival de Timoteo. También aquí sale al paso, como indica Jaeger, *Paideia...*, pág. 874, el problema político interno de una democracia con un estratego de poderes ilimitados, caso de Timoteo en la guerra contra Esparta tras la fundación de la segunda liga marítima.

[14] Estas reflexiones sobre la *politeia* se refieren a los problemas del momento.

[15] El pasaje recuerda a Tuc., VII 77, «los hombres son la ciudad, no las murallas ni las naves vacías de hombres».

[16] El alma del estado es su constitución; la idea vuelve a aparecer en el *Panatenaico* 134.

[17] Jaeger, *Paideia...*, pág. 914, piensa que aquí por última vez se levanta una voz que reclama una transformación de la

en los talleres [18], criticamos la situación, y decimos que nunca fuimos tan mal gobernados en época democrática, pero en nuestros asuntos y pensamientos amamos más a ésta que a la que nos dejaron nuestros antepasados. En favor de ella quiero hacer mi discurso y para
16 eso me inscribí como orador. Encuentro que lo único que podría evitar los males futuros y cesar los presentes sería que aceptáramos recobrar aquella democracia [19] que Solón, el mayor demócrata, nos legisló, y Clístenes restableció tras expulsar a los tiranos y traer
17 de nuevo al pueblo [20]. No encontraremos ninguna más democrática ni más útil a la ciudad que ésta. Y la mayor prueba es la siguiente: los que se sirvieron de ella, ejecutaron muchas y bellas acciones, tuvieron la mayor fama entre todos los hombres y alcanzaron la hegemonía que les dieron voluntariamente los griegos. En cambio, quienes desearon la constitución vigente, fueron odiados por todos, sufrieron muchas y graves calamidades y les faltó poco para caer en las peores
18 desgracias. ¿Cómo aplaudir o querer esta constitución que fue antes causa de tantos males y ahora cada año va a peor? ¿Cómo no temer que al tomar tanto incremento acabemos por encallar en circunstancias más duras que las que antes se produjeron?

---

educación política de los ciudadanos que les capacite para cumplir con éxito la misión histórica de la hegemonía.

18 Lugares de reunión de los ociosos; eran especialmente las barberías.

19 Hay que volver a la *pátrios politeía*, con un régimen que restrinja la ciudadanía a un limitado número de personas cualificadas (LEVI, *Isocrate*..., pág. 103).

20 Los nombres de Solón y Clístenes solían unirse siempre al hablar de la antigua democracia, a pesar de las enormes diferencias existentes entre las constituciones propuestas por ambos.

Para que no escuchéis sólo un resumen, sino que 19
podáis hacer con conocimiento la elección y el juicio de las dos constituciones, será tarea vuestra que procuréis prestar atención a mis palabras, y yo intentaré, de la forma más breve que pueda, explicaros ambas.

Quienes en aquel tiempo gobernaban la ciudad es- 20
tablecieron no una constitución que tenía el nombre más democrático y dulce pero que por sus hechos no se mostraba así a los que les afectaba, ni la que educaba a los ciudadanos en la creencia de que era democracia el libertinaje, libertad la ilegalidad, igualdad de derechos la libertad de expresión [21] y felicidad la posibilidad de actuar de esta manera, sino la que, al odiar y castigar a los que eran así, hizo mejores y más pruden-
tes a todos los ciudadanos. Lo que más contribuyó a 21
que gobernaran bien la ciudad fue que, de las dos igualdades que se conocen, una la que asigna lo mismo a todos y otra la que da a cada uno lo conveniente [22], no ignoraron cuál es la más útil, sino que consideraron injusta la que estima igual a los buenos y a los malos.
Por el contrario, prefirieron la igualdad que premia y 22
castiga a cada uno según su mérito, y con ella gobernaron la ciudad, sin designar los cargos públicos sacándolos a sorteo entre todos, sino eligiendo para cada empresa a los mejores y a los más capaces [23]. Porque esperaban que los demás se hicieran iguales a quienes

---

21 Crítica a la democracia avanzada al tratar el tema de la libertad de palabra (*parrēsia*); no debe confundirse esta libertad de expresión con la injuria (LEVI, *Isocrate*..., pág. 103).

22 Distinción entre igualdad «matemática» e igualdad «geométrica»; el tema lo trata PLATÓN en *Rep.* 558 C, e Isócrates lo plantea también en *Nicocles* 14 y sigs. y *A Nicocles* 14.

23 A este tipo de elecciones entre un grupo de gentes, seleccionadas anticipadamente, se le llama *prokrínein* o *haireīsthai ek prokritōn* (JAEGER, *Paideia*..., pág. 902, n. 24).

23 eran más diestros en los asuntos públicos. Además, pensaron que este sistema era más democrático que el producido por la suerte. Pues en un sorteo decide el azar y muchas veces los cargos van a parar a quienes desean la oligarquía, pero en una elección de los más adecuados, el pueblo será dueño de escoger a los más
24 firmes partidarios de la constitución establecida. La causa de que agradara a la mayoría y de que los cargos públicos no fueran disputados era que habían aprendido a trabajar y a economizar[24], a no descuidar sus asuntos domésticos, a no desear los ajenos, a no atender sus cosas con los fondos públicos, sino que, si era necesario, abastecían al erario con sus propios bienes, y a conocer los ingresos de los cargos públicos con no
25 menos exactitud que los de su fortuna privada. Tan poco querían lucrarse con los bienes públicos que en aquellos tiempos era más difícil encontrar a quienes quisieran mandar de lo que lo es ahora a quienes no lo deseen[25]. Porque pensaban que el cuidado de los asuntos públicos no era un negocio sino una carga, ni investigaban desde el primer día que llegaban al cargo si los anteriores mandatarios habían dejado alguna ganancia, sino mucho más si habían descuidado algún asunto que precisase urgente cumplimiento.
26 Para decirlo en una palabra, aquéllos habían determinado que el pueblo, como un tirano, debía establecer los cargos públicos, castigar a los infractores y resolver las disputas, y que los que fueran capaces de mandar

---

[24] «Trabajar y ahorrar» es un tópico surgido en la lucha de partidos del s. IV a. C.; aparece también en PLAT., *Rep.* 553 C, para caracterizar al tipo humano oligárquico.

[25] Todo este pasaje muestra, según CLOCHÉ, *Isocrate...*, página 85, una concepción netamente aristocrática de las funciones públicas.

y hubieran adquirido unos medios de vida suficientes[26], se ocuparan de los asuntos públicos como si fueran sus servidores y que, si llegaban a ser justos, fueran aplaudidos y se conformaran con este honor. Además, 27
que no alcanzaran disculpa alguna caso de gobernar mal, sino que cayeran en las mayores penas. Por eso ¿cómo se podría encontrar una democracia más firme o más justa que la que ponía a los más capacitados al frente de los asuntos y hacía al pueblo señor de ellos[27]?

Tal era el conjunto de su constitución política. Es 28
fácil deducir de esto que pasaron cada día actuando con rectitud y legalidad. Pues, por fuerza, quienes habían proporcionado hermosos fundamentos a los asuntos considerados en su totalidad, también actuaban de igual manera en sus partes.

En primer lugar, en cuanto a los asuntos divinos 29
—es de justicia comenzar por aquí— los atendían y celebraban sin desigualdad ni desorden. No hacían una procesión de trescientos bueyes cuando les parecía, ni dejaban abandonados al azar los sacrificios heredados de los antepasados. Tampoco celebraban con magnificencia las fiestas que se añaden a un banquete mientras alquilaban los sacrificios para los cultos más sagrados. Sólo vigilaban esto: que no se aboliera ninguna de 30
las costumbres heredadas de los antepasados ni se añadiese nada fuera de lo acostumbrado. Porque pensaban que la piedad no estaba en el lujo, sino en no

---

[26] Estas eran las condiciones que Solón imponía en su constitución para seleccionar los magistrados, según ARISTÓT., *Política* 1274 a, 15 sigs.

[27] Para que no se le acuse de oligarquía, Isócrates dice que era el pueblo el que mandaba entonces. La frase «la democracia que ponía a los más capacitados al frente de los asuntos públicos» nos remite al mejor período de la democracia ateniense, en contraste con la situación presente.

cambiar nada de lo que los antepasados dejaron[28]. Porque los dioses no les proporcionaban nada fuera de sentido ni confuso, sino la oportunidad para el cultivo de la tierra y la recolección de los frutos.

31 Administraban sus propios asuntos de manera similar a lo ya mencionado. No sólo estaban de acuerdo en los negocios comunes sino que, respecto a la vida privada, actuaban entre sí con la sensatez que deben tener hombres inteligentes y que tienen una misma patria. Los ciudadanos más pobres estaban tan lejos
32 de envidiar a los más hacendados, que se cuidaban tanto de las casas grandes como de las suyas propias, por pensar que la felicidad de aquéllos les procuraba bienestar. Quienes tenían haciendas no menospreciaban a los que se hallaban en una situación más menesterosa, sino consideraban que era para ellos una vergüenza la pobreza de los ciudadanos y socorrían sus necesidades, confiando a unos terrenos de labor a un alquiler moderado[29], mandando a otros a comerciar y suministrando a algunos capitales para otros trabajos.
33 Porque no tenían miedo de sufrir ninguna de estas dos cosas: perder todo o recobrar una parte de lo prestado con muchas dificultades. Tenían igual seguridad en lo que habían entregado que en lo que conservaban en su casa. Veían, en efecto, que quienes juzgaban los contratos no acudían a la benignidad, sino que obedecían
34 las leyes. Y no se permitían ser injustos en los procesos de otros[30], sino que se indignaban más con los ladrones

[28] La crítica a la frivolidad con que se hacen las fiestas religiosas se inscribe dentro de un conservadurismo religioso ligado a un conservadurismo político.

[29] Los *ektêmoroi* eran arrendatarios obligados a pagar a los propietarios un sexto de la cosecha (de ahí su nombre), lo que era realmente moderado, como dice Isócrates.

[30] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 142.

que los propios perjudicados y pensaban que quienes incumplían los contratos dañaban más a los pobres que a los ricos. Porque estos últimos, aunque renunciaran a reclamar, quedarían privados de unos pocos ingresos, mientras que los pobres, al faltarles sus valedores,
quedarían en la miseria más extrema. Con esta manera 35
de pensar ninguno escondía su hacienda ni vacilaba en prestar, pues veía con más agrado a quienes le pedían préstamos que a quienes se los devolvían. Les ocurrían las dos cosas que desean los hombres inteligentes: ayudaban a los ciudadanos y al mismo tiempo hacían productivo su dinero. Y lo más importante de un buen trato mutuo: las adquisiciones eran seguras porque se poseían con justicia y su disfrute era común a todos los ciudadanos necesitados.

Quizá alguno censuraría mis palabras porque alabo 36
las acciones producidas en aquellos tiempos, pero no indico las causas por las que se llevaban tan bien entre sí mismos y gobernaban a la ciudad[31]. Creo yo que he contado algo de esto, pero intentaré desarrollarlo con
mayor amplitud y claridad. Aquellos hombres no te- 37
nían muchos que les dirigieran en su juventud como para poder hacer lo que quisieran al ser declarada su mayoría de edad; ponían, en cambio, mayor interés en los adultos que en los jóvenes[32]. Tanto se preocupaban de la prudencia nuestros antepasados que ordenaron que el tribunal del Areópago se cuidara del orden, y

[31] Isócrates no pone en las condiciones externas la causa de las sólidas y sanas relaciones entre pobres y ricos, sino en la educación de los ciudadanos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 908).

[32] El defecto de la educación es que se limitaba sólo a la enseñanza escolar; todos los preocupados por la educación, sobre todo Platón e Isócrates, estaban de acuerdo en que la *paideía* era un ideal absoluto de cultura, de formación del alma humana.

que este tribunal sólo pudieran formarlo los de noble
nacimiento que hubieran demostrado mucha virtud y
prudencia en su vida [33]. De esta forma, con razón este
tribunal sobresalió de entre todos los que había en
Grecia.

38 Podría utilizarse como señal de que entonces se
estableció lo que ocurre en el presente. Pues toda-
vía ahora que está descuidado todo lo que se refiere a
la elección de magistrados y a su examen, veríamos
que quienes son insoportables en otros asuntos, cuan-
do llegan al Areópago, no se atreven a mostrar su
auténtico carácter y son más fieles a los preceptos de
allí que a sus propias maldades. Tanto es el miedo que
aquellos produjeron a los malvados y tan gran recuer-
do de su propia virtud y prudencia dejaron.

39 Hicieron a este tribunal, como digo, responsable
del cuidado del buen orden, un tribunal que conside-
raba equivocados a quienes pensaban que eran los
mejores hombres los de aquellas ciudades en las que
las leyes estuvieran establecidas con la mayor exacti-
tud. Porque nada impedía que todos los griegos fueran
iguales a causa de lo fácil que era que tomaran las
40 leyes escritas unos de otros. Pero no era por esto por
lo que aumentaba la virtud, sino por las costumbres
cotidianas. En efecto, la mayoría llega a tener costum-
bres parecidas a aquellas en las que cada uno fue edu-
cado. Porque el gran número de leyes y su exactitud
es señal de que esta ciudad está mal gobernada. Al
poner obstáculos a las faltas estamos obligados a esta-

[33] Las condiciones para ingresar en el Areópago eran mucho más precisas y limitadas de lo que aquí dice Isócrates. El Areópago se componía de antiguos arcontes y sólo se dio entrada a los zeugitas, la clase media, en el año 458-457 a. C. (Aristót., *Const. de Aten.* 26, 2).

blecer muchas leyes [34]. Es preciso que los buenos go- 41
bernantes no llenen los pórticos con escritos [35], sino
que establezcan la justicia en los espíritus. Porque las
ciudades se gobiernan bien no con decretos sino con
costumbres, y quienes han sido mal criados se atreve-
rán a transgredir las leyes por bien redactadas que
estén. En cambio los que han sido bien educados tam-
bién querrán ser fieles a las leyes establecidas con
sencillez. Si hubiéramos meditado esto, no examinarían 42
en primer lugar con qué medios castigarían a quienes
obran contra la ley, sino cómo les prepararían para
que no cometieran ninguna acción digna de castigo.
Porque creerían que esto es su tarea y, en cambio, el
preocuparse de los castigos, algo que conviene a los
enemigos.

Estos gobernantes se cuidaban de todos los ciuda- 43
danos pero especialmente de los jóvenes. Veían, en
efecto, que ellos están muy confusos y llenos de mu-
chas pasiones, que sus espíritus tienen enorme nece-
sidad de ser educados en buenas costumbres y gratos
trabajos. Sólo en estas actividades se mantendrían
como hombres criados con libertad y acostumbrados
a tener pensamientos elevados. Ciertamente no era 44
posible inducir a todos a las mismas ocupaciones
porque su modo de vivir no es igual. Pero se podía
atribuir a cada uno una actividad adecuada a su fortu-
na. Los que eran más pobres se dedicaban a la agricul-
tura y al comercio, por saber que la pobreza se produce
por la pereza y la maldad por la pobreza. Al anular el 45

[34] Jaeger, *Paideia*..., pág. 909, señala que aquí se trata de dotar a la ciudad de buenas costumbres y no de muchas leyes específicas. También Platón, en su estado ideal, había creído que debía renunciar a una legislación especializada, pues la educación actuaría automáticamente a través de la libre voluntad de los ciudadanos (Plat., *Rep.* 426 E-427 A).

[35] Cf. *Panegírico* 78.

origen de los males creían que cesarían también los
demás errores producidos por aquél. A quienes tenían
un medio de vida suficiente les obligaban a ocuparse
en la hípica, la gimnasia, la caza y la filosofía[36], porque
veían que a partir de estas actividades se distinguirían
46 y se apartarían de la mayoría de los males. Después
de establecer estas leyes no se pasaron sin hacer nada
el resto del tiempo, sino que dividieron la ciudad en
barrios y el territorio en municipios[37], observaban la
vida de cada uno y a quienes vivían en el desorden los
llevaban ante el Consejo. Éste amonestaba a unos,
amenazaba a otros, y a algunos les castigaba según su
criterio[38]. Porque sabían que dos son los sistemas que
les empujan a la injusticia o les apartan de las malda-
47 des: en las ciudades en las que no se estableció vigi-
lancia alguna de los malvados ni los juicios son severos,
se corrompen incluso las buenas naturalezas, pero don-
de no es fácil que se oculten los injustos ni que alcan-
cen disculpa cuando quedan al descubierto, ahí las
malas costumbres desaparecen. Aquéllos se daban
cuenta de esto y dominaban[39] a los ciudadanos con
48 ambas cosas: con el castigo y con la solicitud. Tan
lejos estaban de que se les ocultaran los que habían

[36] La educación debe adaptarse a la fortuna de cada individuo; la idea aparece ya en el platónico *Protágoras* 326 C, donde se supedita la duración de la educación a la fortuna de los padres. Más tarde, en la *República*, Platón elimina esta idea, pues allí la educación corre a cargo del estado; todo esto le es ajeno a Isócrates, a cuyo modelo de educación es Jenofonte el que más se acerca (JAEGER, *Paideia*..., pág. 410).

[37] Esta división del territorio en municipios o demos se fijó en la reforma de Clístenes (cf. ARISTÓT., *Const. de Aten.* 21, 5).

[38] Aquí ve KENNEDY (*The art*...., pág. 186) una reminiscencia de la oratoria forense isocrática.

[39] JAEGER, *Paideia*..., pág. 911, n. 66, nota que la palabra aquí empleada para «dominar» (*kateîchon*) aparece ya en *Solón*, frags. 24, 22, y 25, 6.

cometido algún delito, que incluso sospechaban quié-
nes serían probables delincuentes. Por eso los jóvenes
no se entretenían en las casas de juego, ni con las flau-
tistas ni pasaban el día como ahora en semejantes
reuniones, sino que se mantenían en las ocupaciones
que les habían mandado, admirando y envidiando a los
que en ellas eran los primeros. Tanto rehuían el ágora
que, si se les obligaba a ir a ella mostraban que lo ha-
cían con mucha vergüenza[40] y sensatez. Replicar a los 49
mayores o criticarlos pensaban que era más terrible
de lo que lo es ahora faltar a los padres. Comer o
beber en una taberna ni siquiera se atrevía a hacerlo
un buen sirviente. Porque se preocupaban de ser res-
petables y no bufones. A los chistosos y a los que eran
capaces de hablar en broma, a quienes ahora se les
llama ingeniosos, aquéllos los consideraban infortuna-
dos.

Y que nadie piense que estoy mal dispuesto hacia 50
la gente joven. Porque creo que ellos no son los respon-
sables de lo que sucede y sé que la mayoría de ellos
aprecian poco esta situación en la que les está permi-
tido pasar el tiempo en semejantes libertinajes. Por
eso no es a ellos a quienes lógicamente censuraría,
sino con mucha más justicia a los que gobernaron la
ciudad poco antes de nuestra época. Fueron aquéllos 51
los que nos empujaron a esta despreocupación y los
que anularon la fuerza del Consejo[41]. Cuando el Conse-
jo gobernaba, la ciudad no estaba llena de procesos,

[40] Toda la vida del joven la presidía la vergüenza (*aidōs*), cuya desaparición lloraba HESÍODO, en *Trabajos y días* 199. Tanto ARISTÓFANES, en *Las Nubes*, como PLATÓN en la *República*, citaban este concepto, al contrastar la antigua y nueva *paideía*. La idea del *aidōs* era una parte heredada de la antigua ética y de la antigua educación de la nobleza griega. (JAEGER, *Paideia*..., págs. 911 y 912).

[41] El Areópago vio limitadas sus funciones por las reformas de Efialtes del año 462 a. C.; Cf. ARISTÓT., *Const. de Aten.* 26.

acusaciones, tributos, pobreza y guerras, sino que se
mantenían tranquilos entre sí y estaban en paz con
todos los demás. Se presentaban fieles a los griegos y
52 temibles a los bárbaros. Porque a los primeros los
habían salvado, y habían tomado tal venganza de los
segundos que aquéllos se contentaban con no sufrir
nada más. Por eso vivían con tanta seguridad que las
casas y los enseres del campo eran más hermosas y
ricas que las del interior de las murallas[42], y muchos
ciudadanos no bajaban a la ciudad para las fiestas,
sino que preferían mantenerse con sus bienes particu-
53 lares antes que disfrutar de los públicos. Ni siquiera
las fiestas, por las que uno vendría, las hacían con des-
enfreno y suntuosidad, sino con inteligencia. Consi-
deraban que no era bienestar el que procede de las
procesiones solemnes, de las rivalidades en las core-
gías ni de la vanidad en cosas parecidas, sino el vivir
con prudencia cada día y el que ninguno de los ciuda-
danos careciera de recursos. Hay que juzgar por estas
cosas quiénes actúan bien de verdad y gobiernan de
54 manera oportuna. Porque ahora, ¿qué persona sensata
no sufriría ante lo que sucede cuando viera que mu-
chos ciudadanos se echan a suertes delante de los
tribunales para tener o no tener lo indispensable[43],
que juzgan conveniente alimentar a los griegos que
quieren guiar sus naves, que forman parte del coro con
mantos de oro pero pasan el invierno con unas ropas
que no quiero decir? Además se producen otras con-

[42] Demóstenes, en la *Olíntica III* 25, nos habla de que las casas particulares de los líderes políticos como Milcíades no eran más ricas que la de un ciudadano corriente; el lujo se reservaba para los templos de los dioses. Como se ve, ya había costumbre de vivir fuera de la ciudad, donde estaban las casas de los más ricos (Tuc., II 62, 3).

[43] Aristófanes, en *Las Avispas* 303 sigs., da un cuadro cómico sobre esta interesada «pleitomanía» ateniense.

tradicciones parecidas en lo referente al gobierno, que
causan la mayor vergüenza a la ciudad. Nada de esto 55
sucedía bajo aquel Consejo. Pues liberó a los pobres
de sus miserias mediante el trabajo y la ayuda de los
ricos, a los jóvenes del desenfreno con ocupaciones y
el cuidado que de ellos se tenía, a los gobernantes de
ambiciones con el castigo y el no pasar por alto a los
que cometían injusticias, y a los ancianos de su des-
ánimo con honores dados por la ciudad y con las aten-
ciones de los jóvenes. ¿Cómo podría existir una cons-
titución más digna que ésta, que tan bien se cuidaba
de todos los asuntos?

Hemos expuesto por separado en su mayor parte lo 56
que entonces estaba establecido. Las cosas que hemos
omitido es fácil deducirlas de lo dicho, porque su
situación era la misma. Ya algunos que oyeron mi dis-
curso[44] aplaudieron lo más posible y consideraron
dichosos a los antepasados porque administraron la
ciudad de esta manera. Pero creían que a vosotros no 57
se os convencería para utilizar tales procedimientos,
sino que por rutina preferiríais sufrir en las circuns-
tancias establecidas a pasar una vida mejor con una
constitución política más perfecta[45]. Dijeron que yo,
al aconsejar lo mejor, también estaría en peligro de
ser considerado enemigo del pueblo y de pasar por
alguien que buscaba arrojar la ciudad a la oligarquía[46].

[44] Se aprecia en este pasaje la costumbre de Isócrates de exponer sus obras ante sus amigos antes de darlas a la publicación. También Platón, en la *Carta VII* 326 A, nos indica que el autor había concebido y expuesto oralmente las ideas que más tarde publicaría en la *República*. Para Jaeger, *Paideia*..., 906, n. 41, las ideas aquí expuestas por Isócrates no eran suyas propias, sino las del círculo de Terámenes.

[45] Aquí Isócrates admite que los atenienses están ya acostumbrados a la corrupción.

[46] Sigue Isócrates esforzándose en defenderse contra su impo-

58 Si yo utilizara como tema de mis discursos asuntos desconocidos y no públicos y os aconsejara que para ellos tomárais consejeros o redactores[47] que antes hubieran destruido la democracia, con razón sería culpable de este delito. Pero ahora nada de esto he dicho, sino que hablo de un gobierno claro para todos, y no
59 oculto. Todos sabéis que ese gobierno es para nosotros una herencia de los antepasados, causante de enormes bienes para la ciudad y para los demás griegos, y que además de esto fue legalizado y establecido por unos hombres de tal categoría que no habría nadie que no estuviera de acuerdo en que eran los ciudadanos más demócratas. Por eso me sucedería lo peor de todo si, al recomendar este gobierno, diera la impresión de que deseaba cambios políticos.

60 Mi opinión es fácil de conocer por lo siguiente: en la mayoría de los discursos pronunciados por mí, se verá claro que critico las oligarquías y los regímenes violentos y que, en cambio, alabo a los igualitarios y a las democracias, no a todas, sino a las bien establecidas, y tampoco a las que lo están así por casualidad,
61 sino a las que poseen justicia y razón. Sé, en efecto, que nuestros antepasados con esta constitución se distinguieron mucho de los demás y que los lacedemonios están muy bien gobernados porque gozan de una gran democracia[48]. Pues en la elección de gobernantes, en la vida cotidiana y en las demás costumbres, vemos que entre ellos la igualdad y la homogeneidad tienen más fuerza que en otros pueblos. Esas cualidades son

pularidad en amplios sectores de Atenas (Jaeger, *Paideia*..., pág. 922).

[47] Estos redactores (*syngrapheîs*) fueron treinta ciudadanos a los que el régimen de los Cuatrocientos (año 411 a. C.) encargó redactar una nueva constitución.

[48] G. Norlin, *Isocrates*..., II, pág. 142, n. c, anota con ironía «excepción hecha de los periecos e hilotas».

las que combaten las oligarquías, y en cuyo uso perseveran las buenas democracias.

Además, si quisiéramos hacer un repaso, descubri- 62
ríamos que a las más brillantes y grandes de las demás ciudades les han aprovechado más las democracias que las oligarquías. Porque también, si comparáramos nuestra constitución política que todos critican no con aquélla de la que hablé, sino con la establecida por los Treinta, no habría nadie que no la considerase obra
de los dioses[49]. Y quiero, aunque algunos dirán que me 63
aparto del tema, aclarar y exponer cuánto aventajó a la de entonces, para que nadie piense que examino con minuciosidad los errores del gobierno popular y que omito, en cambio, lo bueno y respetable que haya podido hacer. El discurso no será ni largo ni inútil para
los oyentes. Cuando perdimos las naves que estaban 64
en el Helesponto[50] y la ciudad cayó en aquellas desgracias, ¿qué hombre de edad no sabe que quienes se llaman demócratas estuvieron dispuestos a sufrir lo que fuera con tal de no cumplir lo ordenado, y que consideraron terrible que alguien pudiera ver sometida a otros la ciudad que gobernó a los griegos?, y, en cambio, ¿no desearon de buen grado los partidarios de la oligarquía arrasar las murallas y permanecer en la
esclavitud? Antes, cuando la mayoría democrática era 65
dueña de los asuntos, ¿no poníamos guarniciones en las ciudadelas de los demás?; pero cuando los Treinta tomaron el gobierno, ¿no tenían la nuestra los enemigos? En aquel tiempo los lacedemonios eran nuestros dueños, pero cuando los desterrados regresaron y se

[49] Según piensa Jaeger, *Paideia*..., pág. 913, Isócrates prefiere el gobierno radical de las masas, aunque necesite tantas reformas, a la tiranía y oligarquía que Atenas conoció bajo el régimen de los Treinta.

[50] Isócrates siempre se refiere a la derrota de Egospótamos, del año 405 a. C.

atrevieron a pelear en favor de la libertad, cuando
Conón obtuvo la victoria en un combate naval[51], ¿no
vinieron embajadores de los lacedemonios y dieron a
66 la ciudad el dominio del mar?[52] ¿Quién de mis coetá-
neos no recuerda que la democracia tanto adornó la
ciudad con templos y monumentos civiles que todavía
ahora nuestros visitantes piensan que ella es digna de
gobernar no sólo a los griegos, sino a todos los demás?
Los Treinta, en cambio, descuidaron algunos de estos
monumentos, otros los saquearon[53] y entregaron los
muelles para su demolición por tres talentos[54], cuan-
do la ciudad había gastado en ellos no menos de mil.
67 En justicia nadie aplaudiría la dulzura de aquéllos más
que la de la democracia. Ellos, que se apoderaron de
la ciudad con un decreto, mataron sin juicio mil qui-
nientos ciudadanos y obligaron a huir hacia el Pireo
a más de cinco mil. En cambio los demócratas, después
de vencer y regresar armados y una vez que quitaron
de en medio a los mayores responsables de los males,
gobernaron a los demás con tanta bondad y legalidad,
que en nada hicieron de menos a los causantes del
68 exilio con respecto a los que de él regresaron[55]. La
prueba más hermosa y mayor de la equidad del gobier-
no popular es ésta: los que permanecieron en la ciuda-
dela habían prestado cien talentos a los lacedemonios
para el asedio de los que ocupaban el Pireo, y como se

[51] La batalla de Cnido, del año 394 a. C.

[52] El pueblo imponía su autoridad sobre otros estados, la oligarquía, en cambio, sobre los propios conciudadanos (Jaeger, *Paideia...*, pág. 914).

[53] Cf. sobre todos estos sucesos el discurso de Lisias, *Contra Eratóstenes*.

[54] Una de las condiciones impuestas a Atenas tras su derrota en la guerra del Peloponeso fue la destrucción de los «muros largos» que unían la ciudad con el Pireo; cf. Jenof., *Hel.* II 2, 20.

[55] Alusión a la amnistía del año 403 a. C.; cf. el discurso *Contra Calímaco*.

celebrase una asamblea para tratar de la devolución
del dinero y muchos dijeran que era justo que fueran
los prestamistas quienes rescidieran el préstamo he-
cho a los lacedemonios y no los sitiados, el gobierno
popular estimó que la devolución sería cosa de todos[56].
Gracias a esta manera de pensar establecieron una 69
concordia tan grande entre nosotros y tanto mejoraron
la ciudad, que los lacedemonios, a quienes bajo la
oligarquía les faltó poco para mandarnos cada día,
vinieron en época democrática a suplicarnos y a pedir
que no viéramos con indiferencia su destrucción. Lo
más importante de las intenciones de cada uno de los
partidos era lo siguiente: quienes tenían por digno
mandar a los ciudadanos se hacían esclavos de los ene-
migos, y los que pensaban que había que gobernar a
otros se mantenían en situación de igualdad con esos
mismos ciudadanos. Me referí a esto por dos motivos: 70
primero, para demostrar que yo no soy partidario de
oligarquías ni de gobiernos tiránicos, sino que deseo
gobiernos justos y ordenados; en segundo lugar, para
señalar que incluso las democracias mal establecidas
son causa de menores desgracias y las bien organizadas
sobresalen por ser más justas, más igualitarias y más
agradables para quienes participan en ellas[57].

Acaso alguno se preguntaría con admiración cuáles 71
son mis intenciones cuando os aconsejo adoptar otra
constitución en lugar de la que ha llevado a cabo tan
numerosas y bellas acciones, y por qué, si ahora he
hecho tan gran elogio de la democracia, quizá cambio
de opinión al criticar y censurar la situación esta-
blecida.

[56] Aplaude Aristóteles esta medida en su *Constitución de Atenas* 40.

[57] Defensa vigorosa de las acusaciones de oligarca que Isócrates sin duda sufría; en *Sobre el cambio de fortunas* volverá a defenderse de manera más completa.

72 Yo reprendo a los ciudadanos que se ocupan poco de su rectitud y, en cambio, cometen muchos errores y pienso que son más despreocupados de lo que debieran; además, a quienes descienden de hombres honrados y son sólo un poco más honestos que los mayores criminales, pero mucho peores que sus padres, los cen-
73 suro y aconsejo que dejen de comportarse así. Sobre los negocios públicos tengo idéntica opinión. Creo, en efecto, preciso que nosotros no seamos soberbios ni nos contentemos con ser más justos que los hombres sumidos en la desdicha y en la locura, sino que debemos indignarnos muchísimo y soportar con pesar si resultamos inferiores a los antepasados. Hemos de emular su virtud y no la maldad de los Treinta, sobre todo cuando nos corresponde ser los mejores de todos los
74 hombres. No es ahora la primera vez que digo esto, sino que ya lo hice muchas veces y ante muchos. Porque sé que en otros lugares se producen frutos, árboles y animales típicos de cada uno de esos sitios y que se distinguen mucho de otros, pero que nuestra tierra es capaz de producir y criar hombres bien dotados para las artes, la acción y los discursos, y muy sobre-
75 salientes también en valor y virtud. Es justo probarlo con los antiguos combates que hicieron contra las amazonas, los tracios y todos los peloponesios, y con los peligros corridos en las guerras pérsicas, en los que solos o con los peloponesios, luchando por tierra y por mar, vencieron a los bárbaros y fueron considerados dignos de premio. Nada de esto hubieran hecho, si no
76 se distinguieran mucho por su manera de ser. Que nadie piense que este elogio nos toca a quienes ahora participamos en la política, sino muy al contrario. Pues tales palabras son un aplauso para aquellos que se mantienen dignos de la virtud de los antepasados, pero acusación para quienes deshonran su buen linaje con su despreocupación y malicia. Esto es precisamen-

te lo que hacemos, si se ha de decir la verdad. A pesar de tener tales condiciones naturales[58] no las cuidamos sino que hemos caído en la insensatez, el desorden y el deseo de acciones malvadas. Pero si me dejo llevar por 77
la posibilidad de criticar y censurar la circunstancia actual temo alejarme demasiado de mi asunto. Sobre estas cosas hemos hablado antes y volveremos a hacerlo si no os persuadimos a dejar de cometer semejantes errores. En cuanto a lo que establecí como tema de mi discurso desde el principio, lo trataré con brevedad para dejar sitio a quienes quieran todavía aconsejaros sobre ello.

Pues si nosotros seguimos gobernando la ciudad 78
como hasta ahora, no habrá forma de que no hagamos deliberaciones, peleemos y vivamos y de que casi totalmente suframos y actuemos de la misma manera que en el momento presente y en el inmediato pasado. Pero si cambiamos la constitución política, está claro que, según el mismo razonamiento, nuestra situación será parecida a la de los antepasados. Porque es forzoso que de idénticas prácticas políticas deriven siempre resultados semejantes e iguales. Tras poner en 79
paralelo los más importantes hemos de determinar cuáles debemos adoptar. En primer lugar, veamos cómo se comportaron con aquella constitución política los griegos y los bárbaros y cómo están ahora con nosotros. Porque estos pueblos influyen en no pequeña parte en nuestra prosperidad cuando se comportan con nosotros de manera conveniente. Los griegos confiaban 80
tanto en quienes nos gobernaban en aquella época que

58 Para Isócrates, toda la historia de Atenas no es más que el despliegue de su naturaleza (*phýsis*); en esto se parece a Tucídides, que habla de las dotes naturales de cada pueblo. A diferencia del concepto de *phýsis* en la medicina griega, donde se entendía como algo general, para Isócrates entraña lo individual, imperecedero y normativo (JAEGER, *Paideia*..., pág. 915).

en su mayoría se ponían gustosamente a disposición de la ciudad. Los bárbaros distaban tanto de meterse en los asuntos griegos que ni navegaban con barcos de guerra más allá de Fasélide ni bajaban un ejército de a pie fuera del río Halis[59], sino que se mantenían en
81 completa calma. Pero ahora cambió tanto la situación, que los griegos odian a nuestra ciudad y los bárbaros nos desprecian. Sobre el odio de los griegos habéis oído a los estrategos. Cómo se porta el rey con nosotros lo aclaró en las cartas que ha mandado.

82 Además, por aquella disciplina los ciudadanos fueron tan educados para la virtud que no se molestaban entre sí y vencían en combate a todos cuantos invadían el territorio. Con nosotros ocurre lo contrario. Porque no pasa un día sin que nos hagamos daño, y tan desatendidos tenemos los asuntos de la guerra que ni nos atrevemos a pasar revista militar a no ser que
83 nos paguen. Y lo principal: en aquella época ningún ciudadano carecía de lo necesario ni avergonzaba a la ciudad mendigando a los transeúntes, mientras que ahora son más los pobres que los ricos. Hay que tener indulgencia con esta gente si no se ocupan de los asuntos públicos sino de cuidar cómo pasarán el día presente.

84 Yo creo que si imitamos a los antepasados nos libraremos de los males y seremos los salvadores no sólo de la ciudad sino de todos los griegos. Por eso me inscribí como orador y pronuncié estas palabras. Vosotros, después de razonar todo, votad a mano alzada lo que os parezca más conveniente para la ciudad.

---

59 Cf. *Panegírico* 113.

SOBRE EL CAMBIO DE FORTUNAS (ANTÍDOSIS) (XV)

INTRODUCCIÓN

Uno de los impuestos extraordinarios (liturgias) más costosos era la trierarquía, consistente en sufragar el mantenimiento de un barco de guerra. Para atender a este impuesto se estableció el año 357 a. C. una ley, llamada de Periandro, por la que los doscientos ciudadanos más ricos quedaban divididos en grupos de veinte (*symmoríai*) y cada simmoría en secciones (*syntéleiai*). Cada sección se hacía cargo del costo de la trierarquía.

Hacia el año 356 a. C. un miembro de una de estas secciones, llamado Megaclides, fue designado para sostener una trierarquía. Megaclides protestó, alegando que Isócrates era más rico que él, y promovió un proceso de cambio de fortunas (*antídosis*). Este tipo de proceso hacía que el perdedor debiera cambiar su fortuna por la de su rival; también había la posibilidad de cambiar de liturgia. Isócrates se hizo defender por su hijo adoptivo Afareo, perdió el proceso y tuvo que pagar la trierarquía.

Sobre este hecho real se apoya Isócrates para publicar una defensa de su persona y de su tipo de *paideía*;

el pretexto que adopta para mantener, como otras veces, la ficción de que habla en público, es que un cierto Lisímaco le ha acusado públicamente (*graphḗ*) de corromper a la juventud y enriquecerse con su enseñanza. Así, supuestamente, el discurso *Sobre el cambio de fortunas,* es una defensa ante esta acusación.

Jaeger[1] califica el discurso *Sobre el cambio de fortunas* de extraña mezcla de discurso forense, autodefensa y autobiografía. Según él, Platón fue el primero que en la *Apología,* convirtió el discurso forense en forma literaria de confesión, mediante la cual una personalidad espiritualmente destacada procura rendir cuenta de sus actos[2]. El discurso *Sobre el cambio de fortunas* se limita a exponer con ciertas variantes las concepciones ya desarrolladas en *Contra los sofistas.*

Es muy evidente el paralelismo que busca Isócrates en este discurso con la defensa que Sócrates hizo de él mismo y que Platón recoge en la *Apología.* Mathieu[3] señala la inquietud que por esta época sentían los filósofos ante la hostilidad de los políticos «realistas», ahora en el poder, y la afirmación de estos filósofos de la superioridad de la especulación sobre la práctica. Esta misma inquietud la testimonia Platón en su *Carta VII* que es, más o menos, contemporánea del *Sobre el cambio de fortunas.*

El esquema del discurso es el siguiente:

1-13. Prólogo. Razones de Isócrates para escribir el discurso.

14-25. Exordio en el que se aducen las dificultades de una defensa ante una acusación, tópico de las defensas judiciales.

25-33. Exposición de la acusación que Lisímaco le ha hecho.

---

[1] *Paideia...,* pág. 923.

[2] Cf. PLAT., *Apol.* 20 C.

[3] *Isocrate...,* III, pág. 90.

33-166. Justificación de la actividad de Isócrates como orador mediante la presentación de diversos fragmentos de tres obras suyas: *Panegírico, Sobre la paz* y *A Nicocles.*

167-292. Defensa del método de educación que Isócrates ha propugnado. Para ello hace un estudio de la pedagogía en la primera mitad del s. IV a. C. Oposición de su educación a la de los filósofos erísticos (Jaeger piensa que más contra Aristóteles que contra Platón).

293-323. Apelación a la opinión del público (como se suele hacer en estos discursos de defensa) con una exhortación a los atenienses para que mantengan la cultura que ha dado gloria a la ciudad.

La fecha del discurso es precisa, pues en el parágrafo 9 Isócrates dice que tiene ochenta y dos años; esto sitúa el discurso *Sobre el cambio de fortunas* en el año 354-353 a. C.

ARGUMENTO DE FOCIO

El discurso titulado «Sobre el cambio de fortunas» parece ser de tipo judicial y es una defensa de las injurias que Lisímaco dijo de Isócrates. Isócrates tenía ochenta y dos años cuando escribió este discurso, el más largo de los suyos. Es un discurso mixto y más complicado que los demás. Presenta algunos fragmentos de otros discursos suyos a través de los cuales Isócrates demuestra que no corrompe a los jóvenes, sino que ayuda a la comunidad.

Si el discurso que va a leerse se pareciese a los que 1
se pronuncian en los pleitos o a los que se hacen como alarde, creo que no tendría proemio. Pero, en realidad, por su novedad y diferencia es necesario decir previa-

mente las causas por las que escogí escribir un discurso tan diferente de los demás[4]. Y si no lo aclarase quizá a muchos les daría la impresión de que es una
2 obra extravagante. Sé que algunos sofistas hablan mal de mi profesión y dicen que me dedico a escribir discursos judiciales[5], y hacen igual que si alguien se atreviese a llamar figurero a Fidias, el autor de la estatua de Atenea, o dijera que Zeuxis y Parrasio tienen el mismo arte que quienes pintan exvotos[6]; a pesar de ello
3 nunca hice frente a su mezquindad de espíritu, porque pensaba que sus charlatanerías no tenían fuerza alguna, y porque yo he demostrado claramente a todos que preferí hablar y escribir no sobre contratos privados, sino defendiendo cuestiones de tal magnitud que nadie se atrevería a hacerlo salvo quienes han sido discípulos míos o quieren imitarles[7].

4 Hasta una edad muy avanzada creí que estaría bien considerado por todos los ciudadanos corrientes debido a esta profesión y a mi vida tranquila[8]. Pero ya

---

[4] Isócrates se desvía de su antigua elocuencia panegírica, porque en la Grecia de estos años ya no daría resultado; lo mismo en *Filipo* 12 (JAEGER, *Paideia...*, pág. 860, n. 11).

[5] Actividad a la que efectivamente se dedicó; la misma estructura de este discurso es análoga a la de un discurso judicial.

[6] Al compararse con Fidias, Zeuxis y Parrasio, Isócrates quiere señalar que hay gente que considera la retórica como algo subalterno. Análogamente hace PLATÓN, en *Rep.* 472 C-D.

[7] Para Isócrates la superioridad educativa de la filosofía radica en la posesión de una suprema meta moral, pero como él no cree ni en la legitimidad exclusiva de esta meta ni en la idoneidad de los medios con los que los filósofos esperan alcanzarla, se pone como objetivo convertir la retórica en verdadera educación, dándole por contenido las «cosas supremas» (JAEGER, *Paideia*, pág. 857).

[8] Mención a la «inactividad» (*apragmosýnē*) que caracteriza su vida y la de sus discípulos. EHREMBERG, («Polypragmosýnē», *Jour. of. Hell. Stud.* 67 (1947), pág. 56) ve en esta actitud una oposición a la política de Atenas y no sólo una política de paz y una búsqueda de prosperidad.

próximo el final de mi vida, al producirse un proceso de cambio de fortuna con motivo de una trierarquía, me doy cuenta de que algunos no se han portado conmigo como esperaba, sino que están muy equivocados con respecto a mis ocupaciones y que otros, bien informados sobre mi trabajo, me envidian y me odian igual que los sofistas y se complacen con quienes tienen de mí una opinión equivocada. Y demostraron que pen- 5
saban así. Pues cuando la parte contraria no dijo nada justo sobre aquello que motivaba el juicio, cuando desacreditó la fuerza de mis discursos y exageró mi riqueza y el número de mis alumnos, sentenciaron que me correspondía pagar el impuesto extraordinario. Soportamos este gasto como conviene a quienes no se turban mucho con cosas así, ni son totalmente pródigos ni avariciosos con su dinero.

Pero al darme cuenta, como dije, de que eran mu- 6
chos más de los que creía quienes no tienen una opinión correcta sobre mí, reflexionaba cómo dejaría claro ante ellos y sus descendientes mi manera de ser, la vida que llevo y la enseñanza a que me dedico[9], y cómo no vería con indiferencia que yo quedara sin juzgar sobre estos extremos ni en manos de quienes acostumbran a calumniar, como ahora me ocurrió.
Al examinar la situación, descubrí que de ninguna 7
manera podría vencerla, a no ser escribiendo un discurso que fuera un retrato de mi pensamiento y de mis otras actividades en la vida. Con este discurso

---

[9] Distingue Isócrates tres finalidades en su obra: exposición de su carácter (*trópos*), de su manera de vivir (*bíos*) y de su *paideía*, llamada muchas veces filosofía (JAEGER, *Paideia...*, página 923, n. 11).

esperaba, en efecto, que se me conociera mejor y que
quedara como recuerdo mío, recuerdo mucho más her-
8 moso que los monumentos de bronce[10]. Veía también
que si intentaba hacer mi autoalabanza no sería capaz
de abarcar todo cuanto me había propuesto explicar
ni tampoco podría hablar de ello de una manera atrac-
tiva ni intachable. En cambio, si suponía que se tra-
taba de un proceso y que corría un riesgo, que el
denunciante y el que me ocasionaba dificultades era
un sicofanta y que aquél utilizaría las calumnias pro-
nunciadas en el proceso de cambio de fortunas, y yo
pronunciaría mis palabras con el esquema de una de-
fensa, así sí que podría desarrollar mucho mejor todo
lo que quiero.

9 Después de razonar de este modo escribí este dis-
curso, no cuando estaba en la flor de la edad, sino a
mis ochenta y dos años. Por ello hay que tener indul-
gencia, si el discurso parece menos consistente que los
que antes ofrecí[11]. Porque no era fácil ni sencillo, sino
10 obra muy trabajosa. De lo que he escrito, algunas par-
tes encajarían con lo que se dice en un tribunal, y otras,
en cambio, no se ajustan a tales juicios, sino que
hablan con libertad de filosofía y demuestran su fuer-
za. Hay también algún apartado que ayudaría, si lo
oyeran, a los jóvenes que se mueven en el campo de
las ciencias y la educación. También se encuentran
mezcladas, entre mis palabras actuales, muchas cosas
escritas por mí hace tiempo, y su inclusión no es
absurda ni inoportuna, sino conveniente al tema.
11 Abarcar de una ojeada un discurso tan largo, adaptar
y reunir tantas ideas tan diferentes entre sí, enlazar

[10] Esta misma idea aparecía ya en *Evágoras* 72 y *A Nicocles* 36.

[11] Parece una confesión de que esta obra es la más floja de las suyas.

lo futuro con lo ya advertido y lograr que todo encaje,
no era tarea muy pequeña. Sin embargo, a pesar de
mi avanzada edad, no renuncié a terminar mi discurso,
pronunciado con mucha sinceridad, y será la opinión
de los oyentes la que diga cómo es en otros aspectos.
Es necesario que quienes hagan la lectura pongan 12
primero atención a que es un discurso variado y
abierto a todos los temas, que luego vuelvan su
mente más a lo que se va a decir que a lo que ya se
haya dicho. Además no deben pretender leerlo todo
seguido, sino en la medida en que no canse a los pre-
sentes. Si os atenéis a esto, podréis observar mejor
si lo que decimos es digno de nosotros mismos.

Era necesario advertir esto. Ahora, leed esta de- 13
fensa que se supone escrita para un juicio[12], que quiere
desvelar la verdad sobre mí, y que puede hacer que la
conozcan los que no la saben y que quienes me odian
sufran más por esta enfermedad. No podría tomar de
ellos una venganza mayor.

Creo que los más criminales de todos y los que 14
merecen un castigo mayor son quienes se atreven a
acusar a otros de los mismos delitos que ellos cometen,
como ha hecho Lisímaco. Este individuo, al leer sus
discursos escritos, ha hablado más de mis propios dis-
cursos que de todo lo demás, actuando igual que si
uno acusa a otro de robo sacrílego y se ve que él
tiene en las manos objetos que pertenecen a la divi-
nidad. Estimaría mucho que él me creyera tan hábil 15
como os ha dicho. Pues no intentaría ocasionarme di-
ficultades. Sin embargo, dice ahora que yo soy capaz de
presentar como más fuertes los argumentos más debi-

[12] Queda bien claro aquí que Isócrates escribe una defensa ficticia, hecha para ser leída.

les [13], y, en cambio, tanto me desprecia, que espera fácilmente vencerme utilizando la mentira mientras
16 yo digo la verdad. Todas las cosas me han salido tan mal que otros deshacen con sus discursos las calumnias, y a mí, en cambio, Lisímaco me ha calumniado mis propios discursos para que, si parece que hablo bien, se me vea culpable de esa habilidad mía que él ha mencionado antes, y si, por el contrario, en mis palabras me muestro inferior a lo que éste os ha hecho suponer, penséis que mis actos son peores.

17 Os pido que no confiéis en sus palabras ni tampoco dejéis de confiar en ellas antes de que oigáis hasta el final las nuestras, y que reflexionéis sobre el hecho de que no se debería proporcionar una defensa a los acusados si fuera posible emitir un voto justo a partir de los argumentos del acusador. Pero ahora mismo ninguno de los presentes podría saber si el acusador lo hace bien o mal. Si se sirve de palabras verdaderas es cosa que a los jueces no les es fácil saber por el discurso de quien ha hablado primero, sino que nos daríamos por satisfechos con que pudieran discernir lo
18 justo por los discursos de uno y otro. No me causan admiración quienes dedican más tiempo a las acusaciones de los mentirosos que a sus propias defensas, ni quienes dicen que la calumnia es el mayor de los males. ¿Qué cosa habría más perjudicial que la calumnia, que proporciona buena estimación a los mentirosos, da la impresión de que delinquen quienes nunca lo hicieron, y de que los jueces cometen perjurio, y, en una palabra, oculta la verdad y destruye injustamente a cualquier ciudadano al proporcionar una opinión
19 falsa a los oyentes? Esto es lo que debe vigilarse, que

13 Era esto lo que tópicamente se achacaba a la sofística; cf. PLAT., *Apol.* 19 B.

no nos ocurra tal cosa y que no acuséis a otros de aquello en que claramente estáis cayendo vosotros mismos. Creo que vosotros no ignoráis que la ciudad con frecuencia sintió tanto pesar por los juicios celebrados en un momento de pasión y sin pruebas que, sin dejar pasar mucho tiempo, deseó tomar venganza de quienes mintieron y vio con agrado que los calumniados estuvieran en mejor situación que antes [14]. Es 20
preciso que recordando esto no confiemos precipitadamente en las palabras de los acusadores ni escuchemos a los defensores con alboroto y severidad [15]. Porque sería una vergüenza que se reconozca que somos los más piadosos y apacibles de todos los griegos en otros asuntos, y, en cambio, en los procesos que aquí se celebran se viera que hacemos lo contrario a aquella buena fama. En otros lugares, cuando juzgan un pro- 21
ceso capital, una parte de los votos se pone de entrada a favor de los acusados; entre vosotros, por el contrario, quienes corren peligro no están en situación de igualdad con los sicofantas, sino que, aunque se jura cada año que se ha de oír igual a los acusadores que a los defensores, vuestra actuación es tan parcial que 22
aceptáis lo que dicen los acusadores, pero ni una vez soportáis el oír la voz de quienes intentan refutarlos [16]. Además, creéis que son inhabitables las ciudades en las que algunos ciudadanos mueren sin juicio, pero ignoráis que hacen lo mismo quienes no ofrecen una buena disposición común a los litigantes. Y lo peor de 23
todo es que alguien cuando corre peligro critica a sus

14 Alusión al proceso de las Arginusas, así como al proceso de Sócrates; piensa así MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 108; cf. JENOF., *Hel.* I 7, 35.

15 Esta era una actitud frecuente de los jurados atenienses; cf. PLAT., *Apol.* 30 C, y ARISTÓF., *Avispas* 624.

16 Cf. *Sobre la paz* 3, y DEMÓSTENES, *Sobre la corona* 1-2.

difamadores pero no opina igual de ellos cuando le toca juzgar a otro.

Es preciso que las gentes sensatas juzguen a los demás igual que ellos querrían ser juzgados, y que piensen que debido al atrevimiento de los sicofantas no se sabe quién se verá obligado a hablar al verse en peligro, como yo ahora, ante quienes emitirán un
24 voto sobre él. No hay que confiar en que por llevar una vida ordenada, se vaya a habitar sin miedo la ciudad. Porque quienes prefieren desatender sus bienes particulares y acechan los ajenos, no se mantienen lejos de los ciudadanos prudentes y traen a juicio ante vosotros a quienes hacen algo malo, sino que, al hacer ostentación de sus fuerzas con los que en nada delinquen, reciben más dinero de los culpables mani-
25 fiestos. Esto es lo que pensó Lisímaco al ponerme en este peligro. Creía que el juicio contra mí le procuraría una ganancia que otros le darían y suponía que si me superaba con sus palabras a mí, a quien llama maestro de otros, daría a todos la impresión de que su fuerza
26 es irresistible. Esperaba conseguir esto con facilidad. Pues veía que vosotros aceptáis con mucha ligereza las acusaciones y las calumnias y que yo no podría defenderme de ellas de manera digna de mi fama, por
27 mi vejez y mi inexperiencia en estos procesos [17]. Pues tal ha sido mi vida hasta ahora que jamás nadie me acusó de abuso o injuria ni durante la oligarquía ni durante la democracia, y está claro que no existe árbitro o juez que jamás haya intervenido en mis asuntos. Porque yo era capaz de no perjudicar a otros y tampoco obtenía satisfacción en un tribunal si era yo el perjudicado, sino que solucionaba mis diferencias

[17] Eco de la defensa de Sócrates en la *Apología* platónica (17 D).

tratando con los amigos de mis adversarios. De esto 28
no he obtenido ventaja alguna, antes por el contrario, habiendo vivido de manera irreprochable hasta esta edad que tengo, me vi en el mismo riesgo que si hubiera injuriado a todos.

A pesar de ello, no estoy totalmente desanimado por la magnitud de la multa, sino que, si quisiérais escucharme con benevolencia, tengo muchas esperanzas en que quienes están engañados acerca de mis ocupaciones y quienes han sido convencidos por los amigos de calumniar, mudarán su parecer y, en cambio, los que me juzgan tal como soy, mantendrán con más firmeza
aún su opinión. Para no molestar en exceso con mucho 29
preámbulo dejaré esto e intentaré contaros el asunto sobre el que emitiréis vuestro voto. Léeme el escrito de acusación.

(Escrito de acusación)

Con este escrito, el acusador intenta calumniarme 30
diciendo que corrompo a los jóvenes [18] al enseñarles a hablar y a llevar ventaja en los procesos contra justicia. Con el resto de sus palabras el acusador me hace aparecer como alguien que nunca ha existido, ni entre quienes rondan los tribunales, ni entre los que dedicaron su tiempo a la filosofía. Porque sostiene que mis discípulos no son sólo hombres corrientes, sino oradores, generales, reyes y tiranos, y que de ellos he recibido un montón de dinero y que todavía ahora lo

[18] Kennedy, *The Art*..., pág. 181, destaca que la acusación de corromper a los jóvenes recuerda especialmente a la *Apología* platónica.

31 recibo. De esta manera ha hecho la acusación, pensando que, al exagerar mi riqueza y el número de mis alumnos, infundirá la envidia en todos los oyentes y por mi actividad en los tribunales os moverá a ira y odio, cosas que hacen que los jueces, cuando las sufren, sean más duros con los acusados.

Que Lisímaco ha dicho más de lo que convenía y que miente absolutamente, creo que lo aclararé con
32 facilidad. Os pido que no prestéis atención a las palabras que antes habéis oído sobre mí de quienes pretenden infamarme y calumniarme. Tampoco confiéis en quienes hablan sin pruebas ni criterio, ni os sirváis de las opiniones que, sin motivo, ellos han hecho nacer en vosotros. Por el contrario, debéis juzgar mi manera de ser por cómo se me vea en la actual acusación y defensa. Porque, al opinar así, demostraréis que juzgáis bien y legalmente, y yo alcanzaré total justicia.

33 El peligro que corro ahora es, creo, la mayor prueba de que ningún ciudadano ha sido perjudicado por mi habilidad ni por mis escritos. Pues si alguno hubiera sido injuriado y hubiera permanecido tranquilo hasta ahora, no descuidaría la actual ocasión, sino que vendría para acusar o para declarar como testigo. En efecto, cuando un individuo que nunca ha oído de mí ni una simple palabra, me trajo a este juicio tan importante, sin duda intentarían vengarse de mí con mucho más motivo quienes hubieran sufrido daño.
34 Porque no es lógico ni posible que si he hecho daño a muchos, esos que han sufrido desgracias por mi culpa se queden tranquilos, no se atrevan a acusarme, y en mis apuros sean más suaves que aquellos a quienes nunca injurié, cuando podían, tras denunciar lo
35 que sufrieron, imponerme el mayor castigo. Ni antes ni ahora aparecerá nadie que me acuse. Si transigiese con el acusador y estuviera de acuerdo con él en que soy el más hábil de todos los hombres y que no ha nacido otro escritor tan capaz como yo de escribir los discursos que os molestan, con mucha más justicia sería considerado un hombre bien dotado que alguien digno de castigo. Cualquiera atribuiría con razón al 36
azar el que haya nacido con ventaja sobre los demás en palabras o en acciones, pero todos aplaudirían con justicia mi manera de ser por emplear con belleza y medida mis cualidades naturales.

Pero ni aunque pudiera hablar así sobre mí, no se verá que me haya dedicado a discursos semejantes [19].
Si observáis mis costumbres os será más fácil conocer 37
por ellas la verdad, que a través de los difamadores. Creo, en efecto, que nadie ignora que todos los hombres acostumbran a pasar el tiempo en aquel lugar de donde obtienen sus medios de vida. Y a quienes 38
viven de vuestros contratos y de la actividad que se despliega en torno a ellos, podéis ver que sólo les falta vivir en los tribunales, mientras que a mí nadie me ha visto en los consejos ni en las investigaciones de un proceso [20], ni en los tribunales ni con los árbitros, sino que estoy tan alejado de todo esto como ningún otro ciudadano [21]. Además descubriréis que aquéllos pueden 39
enriquecerse sólo a costa vuestra, y si navegan a otro

---

19 Este es un pasaje muy significativo en el que Isócrates demuestra su desprecio por los discursos judiciales, a los que se dedicó en su primera época (KENNEDY, *The Art*..., pág. 176, n. 81).

20 Esta investigación (*anákrisis*) era un estudio preliminar de la causa antes de presentarla ante el magistrado correspondiente.

21 Isócrates se defiende contra ataques como los de Aristóteles, que se burlaba del prurito de Isócrates de que no se le confundiese con los escritores forenses (JAEGER, *Paideia*..., pág. 924, n. 14).

sitio, se encuentran faltos de lo cotidiano; mis riquezas, en cambio, que éste ha exagerado, me han venido todas de fuera[22]. Con aquellos individuos tienen trato o quienes están en mala situación o quienes quieren crear dificultades a otros, mientras que a mí se acercan los griegos que se encuentran en la mayor holgu-
40 ra[23]. Habéis oído también al acusador decir que recibí muchos y grandes regalos de Nicocles, el rey de Salamina. ¿A quién de vosotros le parece creíble que Nicocles me los diera para aprender a hablar en tales procesos, cuando él es quien juzgaba como soberano las disensiones entre los demás? De manera que por lo que éste mismo ha dicho es fácil comprender que estoy lejos de las actividades que se crean en torno a
41 los contratos. Está también claro para todos, que son multitud quienes preparan los discursos para los que disputan en los tribunales. Y aunque son tantos se verá que ninguno ha sido considerado digno de tener discípulos, pero yo he tenido, según dice el acusador, más que todos los que se dedican a la filosofía. ¿Cómo, entonces, puede ser lógico pensar que se dedican a las mismas actividades quienes difieren tanto en costumbres?

42 Aunque puedo establecer muchas diferencias entre mi vida y la de los que se dedican a los procesos, creo que rápidamente cambiaríais de opinión si alguien os demostrase que no he tenido discípulos de estas acti-

---

22 De aquí debe proceder la tradición según lo cual Isócrates sólo cobraba sus honorarios a los no atenienses; sin embargo, en la *Vida de Isócrates* del Pseudo-Plutarco, 12-13, se nos dice que Demóstenes no pudo ser discípulo suyo por no tener dinero para pagarle.

23 Isócrates y sus discípulos eran personajes acomodados y políticamente «moderados» (Heilbrunn, «Isócrates...», pág. 159, n. 19).

vidades mencionadas por el acusador y que tampoco soy un hábil orador en los discursos concernientes a contratos privados. Creo que vosotros, si queda refu- 43
tada la acusación que antes se me hizo, intentaréis adoptar otra manera de pensar y querréis oír a qué clase de discursos me he dedicado para obtener una fama tan grande. Si me va a convenir decir la verdad, no lo sé, pues es difícil acertar con vuestra opinión. A pesar de todo, os hablaré con total sinceridad. Sentiría 44
vergüenza ante mis amigos, si después de haberles dicho muchas veces que aceptaría que todos los ciudadanos supieran la vida que llevo y los discursos que pronuncio, ahora no os los aclarara y pareciera que los oculto. Prestad atención, pues vais a oír la verdad.

En primer lugar, debéis saber que los géneros de 45
prosa no son menos que los de las composiciones métricas. Pues unos autores pasaron su vida investigando las genealogías de los semidioses[24], otros filosofaron sobre los poetas, algunos quisieron reunir las hazañas guerreras, y otros se dedicaron a las preguntas y a las respuestas, los llamados dialécticos. No 46
sería pequeña tarea que uno intentase enumerar todos los géneros de la prosa. Haré mención al género al que me dedico y dejaré los demás. Porque hay algunos prosistas que, aunque conocen los géneros literarios antedichos, prefirieron escribir discursos que no se refieren a vuestros contratos, sino que se dirigen a todos los griegos, que atañen a la ciudad y a todo el público que asiste a una fiesta solemne. Estas obras, según todos dicen, se acomodan más a las composicio-

---

24 Sin dedicarse específicamente a ellas Isócrates trabajó en este sentido en su *Elogio de Helena* y *Busiris*; ya hemos comentado muchas veces la frecuencia con que utiliza el mito para justificar algún suceso histórico.

nes que llevan música y ritmo que a las que se pronun-
47 cian en el tribunal. Pues en la expresión aclaran los hechos de manera más poética y adornada e intentan utilizar los pensamientos más dignos y nuevos y además organizan todo el discurso con otros brillantes y útiles procedimientos. Al oírlos, todos disfrutan no menos que con las composiciones métricas, muchos quieren aprenderlos por pensar que quienes destacan en ellos son más sabios, mejores y más capaces de ayu-
48 dar que los que hablan bien en los procesos. Porque saben que éstos llegaron a ser expertos en pleitos gracias a su espíritu de intriga[25], mientras que aquellos discursos a los que antes me referí reciben su fuerza de la filosofía, y que a los que son considerados diestros en pleitear se les soporta sólo el día en el que sostienen el juicio, pero los otros son honrados y alcanzan un prestigio adecuado en todas las reuniones y
49 de manera continua. Además a los primeros, cuando son vistos dos o tres veces en los tribunales, se les odia y desacredita. En cambio, a los segundos, cuantas más veces y con más público se juntan, tanto más se les admira. Más todavía: quienes son hábiles en discursos forenses están lejos de aquellos otros discursos, y éstos, por el contrario, si quisieran, podrían también
50 dominarlos con rapidez. Por pensar así y por juzgar que esta elección es mucho mejor, quieren participar de esta educación, de la que a mí no sólo no se me ve excluido, sino que he alcanzado una reputación muy halagüeña. Habéis oído toda la verdad acerca de mi talento, filosofía u ocupación, como queráis llamarla[26].

[25] Ataque contra la elocuencia judicial similar a la utilizada en *Contra los sofistas* 9-13 y 19-20.

[26] Para G. NORLIN, *Isocrates...*, II, pág. 215, n. b, la expresión de esta sentencia es una reminiscencia de PLAT., *Apol.* 20 D, E.

Quiero que en lo que a mí se refiere se establezca 51
una ley más dura que para los demás, y también pronunciar un discurso más vigoroso de lo que a mi edad corresponde. Considero que si utilizo palabras insultantes, no sólo no debo alcanzar compasión alguna de vosotros sino que debo incurrir en el mayor castigo, si esas palabras son equiparables a las de cualquier otro. No haría una promesa tan arriesgada si no estuviera dispuesto a haceros una demostración de esos discursos y a daros un fácil medio de distinguirlos. La cosa 52
es así: yo pienso que la más hermosa y más justa defensa es aquella que hace comprender a los jueces de la manera mejor posible el asunto sobre el que emitirán su voto, y la que no les equivoca en su opinión ni les impide reconocer quiénes dicen la verdad. Pues 53
bien, si se me acusara de haber cometido algunas malas acciones, no podría ofrecerlas ante vuestros ojos, sino que os veríais obligados a figuraros como pudierais lo ocurrido a partir de lo que se dijera. Pero como es de discursos de lo que me acusan, creo que os podré dar a conocer mejor la verdad. Os enseñaré los 54
discursos que he pronunciado y he escrito, de forma que votaréis sobre ello no a partir de figuraciones, sino después de saber con claridad qué clase de discursos son. No podría decirlos todos en su totalidad, porque el tiempo que se nos ha concedido es breve. Pero intentaré escoger una muestra de cada uno, como si fueran frutas. Después que oigáis un pequeño fragmento, fácilmente conoceréis mi manera de pensar y comprenderéis la eficacia de todos mis discursos[27]. Pido a quie- 55

[27] Para JAEGER, *Paideia...*, pág. 925, la tendencia educativa de Isócrates a base de modelos nos da la clave para comprender el método didáctico de su escuela. Allí no sólo se enseñaban los detalles técnicos del lenguaje y composición, sino que la inspiración final debía venir del modelo artístico del maestro.

nes han leído muchas veces lo que se va a decir que no esperen de mí nuevos discursos en la situación presente y que no me consideren pesado porque pronuncio los que ya están divulgados entre vosotros desde hace tiempo. Porque si los dijera para hacer una demostración, merecería con razón esta acusación. Pero ahora que estoy siendo juzgado y en peligro me
56 veo obligado a utilizarlos de esta manera. Sería el más despreciable de todos los hombres si, al difamarme el acusador diciendo que escribo discursos capaces de dañar a la ciudad y de corromper a los jóvenes, hiciera mi defensa con otros, cuando puedo, mostrando ésos precisamente, deshacer la calumnia pronunciada contra nosotros.

Por eso os pido a vosotros que tengáis consideración conmigo y seáis mis auxiliares y con los demás intentaré cumplir, después de advertirles aún un poco, para
57 que sigan con más facilidad lo que se va a decir. El discurso que se os va a mostrar en primer lugar [28] fue escrito en aquellos tiempos en que los lacedemonios gobernaban a los griegos y nosotros estábamos en mala situación. Exhorta a los griegos a hacer una expedición contra los bárbaros y discute a los lacedemonios su
58 hegemonía. Después de exponer este argumento, demuestro que la ciudad ha sido la causa de todos los bienes que tienen los griegos. Tras separar el discurso que se refiere a tales beneficios y con el deseo de declarar con más claridad aún que la hegemonía corresponde a nuestra ciudad, a continuación intento señalar

[28] El que Isócrates anteponga el *Panegírico* a todas sus demás obras, es señal para JAEGER, *Paideia...*, pág. 925, de que lo hacía tanto por lo ejemplar de su forma como por ser testimonio de su patriotismo, puesto en duda por sus conciudadanos. KENNEDY, *The Art...*, pág. 192, ve aquí que para Isócrates el panhelenismo era cosa del pasado.

que le conviene a la ciudad recibir honores mucho más por los peligros corridos en la guerra que por sus demás beneficios. Creía que podría personalmente refe- 59
rirlo. Pero ahora la vejez me lo estorba y me hace renunciar. Para no desfallecer completamente cuando todavía me queda mucho por decir, empieza desde la nota señalada al margen y léeles lo que se refiere a la hegemonía [29].

Del Panegírico

Creo que hay que honrar a nuestros antepasados por los peligros bélicos no menos que por sus otros beneficios (§ 51).

Hasta

y si tras estar en primera fila para defender a todos, ahora fuéramos obligados a seguir a otros? (§ 99).

Es fácil comprender a través de lo dicho que la he- 60
gemonía pertenecería con justicia a la ciudad. Considerad entre vosotros mismos si os parece que con estos discursos corrompo a los jóvenes y no que los empujo a la virtud y a los peligros en defensa de la ciudad, o si en justicia debo pagar un castigo por mis palabras y no recibir el mayor agradecimiento de vuestra parte.
Tanto he encomiado a la ciudad, a los antepasados y 61
a los riesgos corridos en aquellos tiempos, que todos cuantos escribieron antes sobre este mismo tema, han destruido sus discursos al sentir vergüenza de sus pala-

[29] Como indica MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 118, n. 1, el que Isócrates pida al escribano que lea la obra, como si se tratase de un juicio auténtico, forma parte de la ficción con que se ha construido el discurso.

bras, y quienes ahora pasan por hábiles oradores no se atreven todavía a hablar sobre estos asuntos, sino que reconocen su propia inferioridad.

62 Pero, a pesar de eso, aunque están así las cosas, aparecerán algunos incapaces de encontrar y decir algo estimable, pero que se han ocupado de censurar y desacreditar lo ajeno y ellos dirán que esto está escrito con gracia —pues evitarán decir bien— pero que serían mucho más útiles y superiores los discursos que critican los errores actuales que los que aplauden las hazañas anteriores, y que conviene más aconsejar lo que se debe hacer que contar las obras del pasado.
63 Para que no puedan decir esto, evitaré defender lo ya dicho e intentaré recitaros un fragmento de otro discurso de dimensiones parecidas al de hace un poco, en el que se verá que he puesto mucho cuidado en todo esto. Lo que se dice al principio se refiere a la paz
64 con los quiotas, los rodios y los bizantinos. Después de señalar cuánto conviene a la ciudad terminar la guerra, critico el dominio que impone a los griegos y el imperio marítimo, y señalo que este dominio no difiere en nada, ni en lo que hace ni en lo que sufre, de las monarquías [30]. Recuerdo también lo que por culpa de este imperio ocurrió a nuestra ciudad, a los lacedemonios y a
65 todos los demás. Una vez explicados estos puntos, lamento las desgracias de Grecia, exhorto a la ciudad a que no debe verla con indiferencia en esta situación, y finalmente la invito a que sea justa, reprendo a quienes yerran y doy consejos para el porvenir. Léeles este trozo, empezando desde donde trato estos asuntos:

[30] Esta idea recuerda lo que decía TUCÍDIDES; cf. *Sobre la paz* 89.

DEL SOBRE LA PAZ 66

Creo que nosotros debemos no sólo votar la paz antes de abandonar la asamblea, sino también deliberar cómo la guardaremos (§ 25).

Hasta

Me vendría corto lo que me queda de día si intentara examinar todos los errores que hay en esta manera de obrar (§ 56).

Luego, suprimiendo lo intermedio, continuaría así:

¿Cómo se podría cesar este desorden? y ¿cómo enderezaríamos los asuntos de la ciudad y los mejoraríamos? En primer lugar, si dejásemos de pensar que los sicofantas son amigos del pueblo y los partidarios de la oligarquía los mejores de los hombres (§ 133)[31].

Y el resto del libro.

Habéis oído dos discursos. Pero quiero leeros toda- 67
vía un poco de un tercero, para que os resulte aún más claro que todos mis discursos tienden a la virtud y a la justicia. El que se os va a leer está dedicado a Nicocles el chipriota, que reinaba en aquel tiempo, y en él le aconsejaba cómo debía gobernar a sus ciudadanos. No está escrito con el mismo estilo que los que
ya conocéis. Pues en ellos lo que se dice concuerda 68
siempre con lo anterior y está enlazado estrechamente, pero en éste ocurre lo contrario. Porque yo separé cada parte de lo anterior y al ponerlas por separado como en los llamados resúmenes, intento exponer bre-
vemente cada uno de mis consejos. Escogí este tema, 69
por pensar que a partir de mis exhortaciones ayudaría

[31] Ya indicamos en el discurso *Sobre la paz* los parágrafos que presentaban diversas diferencias con los que aquí se recogen fragmentariamente y cómo el propio Isócrates los había modificado por razones del cambio producido en la política.

muchísimo al propósito de Nicocles y aclararía con rapidez mi propia manera de ser. Con este mismo propósito también ahora escogí mostraros este discurso, no porque esté mejor escrito que los demás, sino porque con su ayuda haría más patente el modo de pensar que acostumbro a seguir con los ciudadanos pri-
70 vados y con los príncipes. Porque se verá que trato a Nicocles con libertad y de manera digna de la ciudad, y que no halago la riqueza ni el poder de aquél, sino que defiendo a sus súbditos y dispongo para ellos, en la medida de mis fuerzas, la constitución política más suave posible[32]. Y puesto que al hablar con un rey, pronunciaba discursos en favor del pueblo, es indudable que a quienes gobiernan en un régimen democrático les aconsejaría con más encarecimiento servir a la
71 mayoría[33]. En el proemio y en los primeros capítulos critico a las monarquías que se educan peor que los simples ciudadanos cuando debían ejercitar su espíritu más que otros. Tras haber hablado de esto, aconsejo a Nicocles que no sea negligente ni piense que ha recibido la realeza como un sacerdocio, sino que se despreocupe de los placeres y preste atención a los asun-
72 tos públicos. Intento también convencerle de que debe considerar terrible el ver que los peores gobiernan a los mejores y que los necios manden a los inteligentes. Le digo que cuanta mayor sea su firmeza en despreciar la insensatez de otros, tanto más dará forma a su propia inteligencia. Comenzando desde donde yo acabé léeles también el resto del discurso[34].

32 Subraya Isócrates que había aconsejado a Nicocles suavizar todo lo posible su gobierno. De esta manera vuelve a defender su espíritu democrático.

33 Mathieu, *Isocrate...*, III, pág. 121, n. 1, destaca el juego que aquí hace Isócrates con la sinonimia que existe entre pueblo (*dêmos*) y mayoría (*plêthos*).

34 Desde el parágrafo 72 al 310 falta el texto en los manuscritos más antiguos. *Andreas Mustoxydis* descubrió el códice *Ambrosianus* O 144 (E) y fue el primero que publicó completo el discurso *Sobre el cambio de fortunas* el año 1812.

Del A Nicocles 73

Tú serías tu mejor colaborador si consideras vergonzoso que los peores manden a los mejores y los más ignorantes estén al frente de los más inteligentes (§ 14).

Hasta

Considera sabios no a los que disputan sobre cosas de poca importancia con prolijidad, sino a quienes hablan bien de las importantes. Usa lo que te he dicho o busca cosas mejores (§ 39).

Bástenos con los discursos leídos, sobre todo sien- 74
do tan largos. Porque no rehusaría leer un fragmento pequeño de los escritos con anterioridad, sino que lo diría, si me pareciese que era adecuado a la ocasión presente. Sería absurdo si, al ver que otros se sirven de mis discursos, yo fuera el único que renunciara a los que he pronunciado antes[35], sobre todo ahora que no sólo decidí utilizar ante vosotros pequeños fragmentos sino ideas completas. Esto lo haremos según nos salgan las cosas.

Dije antes de leerlos que sería merecedor no sólo de 75
vuestra venganza si utilizaba palabras insultantes, sino también que debía incurrir en el mayor castigo si esas palabras eran equiparables a los de cualquier otro. Si algunos de vosotros sospechasteis que lo dicho era muy jactancioso y orgulloso, en justicia no deberíais tener aún la misma opinión. Pues creo que he cumplido mi promesa y que los discursos leídos eran como ofrecí al principio. Quiero hacer ante vosotros una 76
breve defensa de cada uno y evidenciar más aún que antes dije la verdad y ahora también la digo. En pri-

35 Lo mismo dice Isócrates en *Filipo* 93-94.

mer lugar, ¿cómo puede haber un discurso más pia-
doso y justo que el que alaba a los antepasados de
manera digna de su virtud y de las hazañas que aqué-
77 llos hicieron? En segundo lugar ¿quién es más patrio-
ta o más útil a la ciudad que el que demuestra que,
por otros beneficios y por los peligros corridos, la he-
gemonía es más nuestra que de los lacedemonios? Más
aún: ¿Quién se ocupa de asuntos más hermosos e im-
portantes que quien anima a los griegos a hacer una
expedición militar contra los bárbaros y aconseja la
78 concordia entre los propios griegos? Esto es lo que
he dicho en el primer discurso, y en los posteriores,
cosas menores que éstas, pero no inútiles ni menos
apropiadas a la ciudad. Conoceréis su importancia si
los comparáis con otras obras famosas y que parecen
ser ventajosas.

79 Creo que todos están de acuerdo en que las leyes
son las causantes de los mayores y más importantes
bienes para la vida humana [36]. Su utilización sólo ayu-
da, por su naturaleza, a los asuntos de la ciudad y a los
contratos que hacemos entre nosotros. Pero si hacéis
caso a mis discursos, gobernaréis toda Grecia con jus-
80 ticia y utilidad para la ciudad. Es preciso que los inte-
ligentes se apliquen a ambas cosas y que las conside-
ren como las más grandes y estimables. Luego, deben
saber que miles de griegos y bárbaros han sido capaces
de establecer leyes, pero que no son muchos los que
podrían hablar acerca de lo que es útil de manera apro-
81 piada a nuestra ciudad y a Grecia. Por eso, a quienes
tienen como tarea inventar tales discursos hay que esti-
marles tanto más que a los que establecen y escriben
las leyes, por cuanto que sus discursos son más raros,

[36] Cf. *Panegírico* 39 y 40. Lo que sigue parece una crítica a los filósofos que se dedicaban a hacer tratados sobre estados ideales, como PLATÓN con su *República* y *Leyes*.

más difíciles y precisan más dedicación intelectual,
sobre todo ahora. Pues cuando la raza humana comen- 82
zaba a surgir y a vivir en ciudades, era natural que la
búsqueda de leyes y discursos fuera paralela [37]. Pero
cuando hemos llegado a un momento en el que son
incontables los discursos pronunciados y las leyes esta-
blecidas y en el que se aplauden las leyes más antiguas
y los discursos más nuevos, ya no son empresa de una
misma inteligencia. Por el contrario, a los que prefie- 83
ren establecer leyes les ayuda el gran número de las
ya establecidas —porque no necesitan buscar otras,
sino intentar recopilar las que son estimadas en otros
lugares, cosa que haría fácilmente quien quisiera—
mientras que a quienes se ocupan en discursos, debido
a que ya se han tratado la mayoría de los temas, les
ha ocurrido lo contrario. Pues si dicen lo mismo que
otros han dicho antes, dará la impresión de que obran
sin pudor y desvarían, y, si buscan argumentos nue-
vos, los encontrarán sólo con dificultad. Por eso decía
que conviene aplaudir a ambos, pero más a quienes
pueden cultivar lo más difícil. Ahora bien, nosotros 84
somos claramente más sinceros y útiles que quienes
pretenden exhortar hacia la prudencia y la justicia [38].
Pues éstos invitan a una virtud y sensatez desconocidas
por los demás y discutidas por ellos mismos; yo, en
cambio, a una virtud reconocida por todos. A aquéllos 85
les basta si pueden atraer a algunos a su enseñanza
con el prestigio de sus nombres. Pero nunca se verá
que yo haya llamado junto a mí a ningún ciudadano
particular, sino que intento convencer a toda la ciudad
para que emprenda acciones capaces de hacernos feli-
ces y que libren a los demás griegos de los males
presentes. Y si uno se esfuerza en animar a todos los 86

[37] Cf. *Panegírico* 32 y sigs.

[38] Los erísticos, y entre ellos Platón.

ciudadanos a que gobiernen mejor y con más justicia a los griegos ¿cómo va a ser lógico que este hombre corrompa a quienes están con él? Y quien es capaz de componer semejantes discursos, ¿cómo intentaría buscarlos malos y con malos argumentos, sobre todo cuando ha conseguido con ellos lo que yo?

87 Pues después de haber escrito y divulgado estos discursos, obtuve fama entre muchos y recibí numerosos discípulos, de los que ninguno se hubiera quedado si no hubieran encontrado en mí lo que esperaban. Pero ahora, cuando han sido tantos mis discípulos, y de ellos, unos han convivido conmigo tres años y otros
88 cuatro, se verá que ninguno me hizo reproches, sino que al terminar, cuando ya estaban a punto de navegar hacia la casa de sus padres y sus amigos, tanto amaban esta ocupación, que la despedida siempre se hacía con nostalgia y llanto. ¿En quién deberéis confiar vosotros, en los que conocen bien mis discursos y mi manera de ser o en el que sin conocer ninguna de mis cosas, se ha decidido a acusarme falsamente? [39].

89 Ha llegado a tanta maldad y osadía este individuo, que escribió que yo enseño discursos por medio de los cuales se sacará ventaja en contra de la justicia, pero no aportó ninguna prueba de ello. Ha continuado diciendo que es una vergüenza corromper a hombres tan jóvenes, como si alguien se lo hubiera refutado o tuviese que descubrir lo que todos reconocen, en lugar de demostrar solamente que yo estoy haciendo eso.
90 Y si uno, después de llevarle a juicio como ladrón de esclavos, de dinero y de vestidos, no demostrara que él ha hecho algo de esto, pero explicara cuán espantoso

[39] El paralelo con la defensa de Sócrates realizada por Platón en su *Apología* 33 D es evidente; Isócrates se esfuerza en recordar al lector, mediante citas literales, la acusación contra Sócrates y su defensa; ya J. Dolff se dio cuenta de ello (Jaeger, *Paideia...*, pág. 923).

es cada uno de sus delitos, él diría que su acusador obra neciamente y está loco. Él precisamente, que ha empleado palabras parecidas, cree que os pasarán desapercibidas. Yo creo que hasta los más ignorantes 91
saben que las acusaciones más dignas de crédito y poderosas deben ser no las que pueden utilizarse contra inocentes, sino las que no pueden pronunciarse más que contra los culpables. Pero este individuo se preocupa poco de ello y ha pronunciado palabras que nada tienen que ver con la acusación. Pues debería 92
de haber indicado los discursos con los que yo corrompo a mis acompañantes y dar a conocer los discípulos que se han vuelto peores con mi trato. Pero ahora no ha hecho nada de esto y, tras abandonar la más justa de las acusaciones, intentó engañaros. Yo, en cambio, basaré mi defensa en los mismos argumentos, los más justos y convenientes.

Hace poco os dimos a conocer mis discursos, y 93
ahora os señalaré a quienes me han frecuentado desde que era un muchacho hasta mi vejez, y os presentaré como testigos de ellos a aquéllos de entre vosotros mismos que han alcanzado mi edad. Comenzaron a frecuentarme entre los primeros Eunomo, Lisítides y Calipo, y, tras ellos, Onétor, Anticles, Filónides, Filemelo y Carmántides [40]. A todos estos la ciudad los 94

[40] Eunomo podía ser el estratego del año 388 a. C. y embajador en Sicilia el 393, pero su escalada política habría sido rapidísima. Calipo fue adversario de Apolodoro en un proceso en el que Lisítides fue árbitro (cf. Pseudo-Demóstenes, LII 14). Filónides y Onétor eran hermanos y el último de ellos fue adversario de Demóstenes en sus procesos de tutoría (Dem., XXIX 3, XXX y XXI). De Filómelo sabemos que fue muchas veces trierarco; el abuelo de Carmántides había sido tesorero de Atenea. Nada se sabe acerca de Anticles (Mathieu, *Isocrate...*, III, págs. 126 y 127, notas 1 y 2). Sobre los discípulos de Isócrates véanse Blass, *Die attische...*, II, págs. 17 y sigs., y el artículo de R. Johnson, «A Note on the Number of Isocrates Pupils», *Amer. Jour. of Philology* 78 (1957), págs. 297 y sigs.

coronó con coronas de oro, no porque hubiesen deseado lo ajeno, sino porque eran hombres buenos y porque gastaron muchas de sus propiedades en beneficio de la ciudad. Estableced entre ellos y yo la relación que queráis. Pues para la situación presente
95 me vendrá bien por todo. Si creyérais que yo soy su consejero y maestro, con justicia me tendríais mayor gratitud que a quienes por su virtud son alimentados en el Pritaneo. Pues cada uno de ellos se presenta sólo como persona honrada, mientras que yo ofrezco tantos acompañantes como os dije
96 antes. Aunque yo no hubiera contribuido en nada de lo que aquellos han hecho y los hubiera tratado sólo como camaradas y amigos, creo que ésta es una defensa suficiente contra la acusación que se me hace [41]. Pues si era amigo de quienes recibieron recompensas por su virtud y no pienso igual que este sicofanta ¿cómo se podría pensar de mí con razón que corrompo
97 a los que tratan conmigo? O sería el más desdichado de todos si cuando los demás hombres obtienen una reputación peor o mejor según sus costumbres y compañías, fuera yo el único que no alcanzara esta consideración, sino que, después de haber convivido con hombres semejantes y de haberme mantenido como una persona irreprochable hasta esta edad, se me considerara igual que quienes han sido acusados por sus costumbres y por sus demás relaciones. Me gustaría saber qué me habría sucedido en el caso de haber

41 Se muestra dispuesto Isócrates a asumir toda la responsabilidad por sus discípulos. La fama de su escuela y de su sistema educativo dependía de ello; JAEGER, *Paideia...*, pág. 929, recuerda a este respecto cómo los socráticos se habían esforzado por absolver a Sócrates de toda responsabilidad por el papel que jugaron Critias y Alcibíades. El propio Isócrates en *Nicocles* 4 se defendía de que el abuso que hacen los malos de los bienes no es una razón para hacer pasar a éstos por un mal.

tenido trato con alguien como mi acusador, si, por odiar a los que son así y por ser odiado por ellos, me veo en este peligro.

Ni siquiera me podría en justicia perjudicar aquel 98
argumento que se atreverían quizá a decir algunos de mis mayores enemigos, el de que nombré a gentes con las que sólo se me vio charlar, pero que tuve otros muchos e intrigantes discípulos cuya existencia os oculto. Tengo un contraargumento que refutará y deshará todas esas difamaciones. Pido que si algunos de 99
los que tuvieron trato conmigo han resultado hombres honrados con la ciudad, con sus amigos y con su propia casa, vosotros les aplaudáis a ellos y no me tengáis ningún agradecimiento por ellos. En cambio, si entre ellos hay algunos malvados y que sean capaces por su carácter de denunciar y desear lo ajeno, os pido que se me imponga a mí el castigo. ¿Qué invitación 100
sería menos censurable y más humilde que ésta, que no reclama sus buenos discípulos y quiere, en cambio sufrir el castigo por los malos, si es que ha habido algunos? Esta proposición no se ha dicho gratuitamente, sino que cedo el sitio a mi acusador y a cualquier otro que lo desee, si es que se puede citar a un individuo semejante, no porque no hay algunos que gustosamente me acusarían, sino porque en seguida quedarían en evidencia y serían ellos y no yo quienes recibieran el castigo.

No sé cómo podría hacer una demostración más 101
clara de los cargos que se me hacen y de que no corrompo a los que tratan conmigo. Pero Lisímaco recordó la amistad que existió entre Timoteo y yo e intentó difamarnos a ambos. No le dio vergüenza pronunciar palabras insultantes y muy insolentes contra un hombre ya fallecido y que hizo muchos bienes a

102 la ciudad[42]. Yo creía que, aunque se demostrara palpablemente mi falta, sería justo que me salvara por mi amistad con Timoteo[43]. Pero puesto que Lisímaco intenta perjudicarme con lo mismo que justamente me ayudaría, es forzoso que dé una explicación sobre ello. No recordé a Timoteo al mismo tiempo que a mis demás amigos, porque sus ocupaciones eran muy dife-
103 rentes. Pues el acusador no se atrevió a decir nada malo de aquéllos, pero se aplicó en la acusación a Timoteo más que en lo que presentó en el proceso. Porque de mis otros amigos, unos tuvieron poco poder, y otros, en cada cargo que tuvieron, se preocuparon tanto que alcanzaron el honor que expuse antes. Pero Timoteo estuvo durante mucho tiempo al frente de muchos e importantes asuntos. Por eso no convino que hablara al mismo tiempo de él y de los demás, sino
104 que era obligado separarlos y situarlos así. No hay que pensar que está fuera de lugar hablar sobre Timoteo en las circunstancias presentes ni que al hacerlo me salgo de los límites del proceso. Pues a los ciudadanos corrientes les conviene bajar de la tribuna cuando han defendido lo que cada uno hizo o pasarán por indiscretos. Pero quienes son considerados consejeros y maestros tienen que defender a sus discípulos igual

42 Desde el parágrafo 101 al 139 se extiende el elogio de Timoteo, amigo y discípulo de Isócrates, e hijo del almirante Conón, también amigo de nuestro autor. Para los atenienses este elogio de Timoteo, depuesto tres veces por ellos, debía equivaler a una dura acusación. JAEGER, *Paideia...*, pág. 874, indica que aquí sale al paso, como en *Areopagítico* 11-12, el problema político interno de una democracia que convive con un estratego de poderes ilimitados, como fue el caso de Timoteo en la guerra contra Esparta tras la fundación de la segunda liga marítima.

43 Según la *Vida de Isócrates*, del PSEUDO-PLUTARCO (9 y 27), Timoteo había regalado a Isócrates un talento y le había mandado hacer una estatua en Eleusis.

que a sí mismos, sobre todo si es por este motivo por el que son juzgados, que es lo que me ha ocurrido a
mí. A otro quizá le bastaría decir que no es justo 105
hacerle responsable de los desaciertos de Timoteo. Pues nadie le hizo partícipe de los regalos y honores votados para Timoteo, ni ningún orador creyó oportuno alabarle como consejero de aquél. Lo justo sería o participar de los bienes o no cargar con las desgra-
cias. Pero a mí me daría vergüenza hablar así y hago 106
la misma invitación que con los otros. Pido que si Timoteo ha resultado un hombre malvado, y ha cometido muchas acciones deshonestas contra vosotros se me haga responsable, pague la pena y sufra lo mismo que los culpables. Pero si se demuestra que fue un buen ciudadano y un general como ningún otro conocimos, creo que debéis aplaudirle y tenerle agradecimiento, pero en lo que respecta al presente proceso, es por mi actuación por lo que resolveréis lo que os parezca justo.

Lo que puedo decir muy en resumen sobre Timo- 107
teo y sobre todas sus hazañas es que conquistó por la fuerza tantas ciudades como nunca ningún otro general ni de esta ciudad ni del resto de Grecia, y que en algunas de las que tomó, todo el territorio vecino se vio obligado a someterse a la ciudad. Tanto poderío tenía
cada una de ellas. ¿Quién ignora que Corcira está en 108
el lugar más favorable y mejor de las que se sitúan alrededor del Peloponeso, igual que Samos en Jonia, Sesto y Critota en el Helesponto, Potidea y Torona en Tracia? Él las ganó todas y os las entregó sin gran gasto, ni maltratando a los aliados que teníais, ni obli-
gándoos a pagar muchos impuestos. Por el contrario 109
para su navegación alrededor del Peloponeso la ciudad sólo le dio trece talentos y cincuenta trirremes[44]

44 Según JENOF., *Hel.* V 4, 63-65, la escuadra que mandaba Timoteo constaba de sesenta trirremes; con ellas sostuvo a

y con ello tomó Corcira, ciudad que tenía ochenta trirremes, y al mismo tiempo venció en combate naval a los lacedemonios y les obligó a suscribir una paz que produjo mucho cambio en la situación de cada una
110 de las dos ciudades. Tan grande fue, que desde aquel día hacemos un sacrificio cada año, ya que ninguna otra paz fue más conveniente para la ciudad. Y desde entonces nadie ha visto que los lacedemonios hicieran ni una sola navegación dentro del cabo de Malea ni que enviasen un ejército a través del istmo, lo que cualquiera descubriría que fue ocasionado por su de-
111 rrota en Leuctra. Tras estas hazañas navegó hacia Samos, ciudad que Pericles, el hombre que gozó de la mayor fama por su sabiduría, justicia y prudencia, había vencido con doscientas naves y mil talentos [45]. Sin haber recibido de la ciudad o de los aliados ni más ni menos de lo que dije, en diez meses la conquistó con ocho mil peltastas y treinta trirremes y a todos ellos les pagó la soldada con los fondos del enemigo.
112 Si apareciera algún otro que haya realizado una empresa semejante, estaría de acuerdo en que desvarío al intentar alabar sobre todo a un hombre que no ha hecho nada más extraordinario que otros. Desde allí zarpó y conquistó Sesto y Critota e hizo que prestarais atención al Quersoneso, del que antes nunca os
113 habíais ocupado. Finalmente marchó contra Potidea, que había costado antes a la ciudad dos mil cuatrocientos talentos y la tomó con el dinero que él mismo consiguió y con los impuestos de Tracia. Además, venció a todos los calcídicos [46]. Y si hay que hablar en general

los demócratas de Corcira y consiguió su adhesión y la de otros a la segunda liga marítima.

45 Homenaje a Pericles, del que recuerda su empresa victoriosa contra Samos en los años 440-439 a. C., antes de celebrar los éxitos de Timoteo. Éste capturó la ciudad el año 366 a. C.

46 Sesto y Critota fueron conquistadas el año 365 a. C., dentro de la campaña contra Samos, y la Calcídica en 365-364.

y no de cada caso, os hizo dueños de veinticuatro ciudades con menos gastos de los que nuestros padres hicieron para tomar Melos [47].

Querría que así como ha resultado fácil enumerar 114
sus hazañas también lo fuera aclarar brevemente las circunstancias en las que realizó cada una de ellas, y cómo estaban los asuntos de la ciudad y cuál era el poder de los enemigos. Porque sus favores os parecerían mayores y él más estimable. Pero ahora los dejaré debido a su extensión. Creo que oiríais con gusto los 115
motivos por los que hombres que tienen fama entre vosotros y os parecen aguerridos no pudieron conquistar ni una aldea y, en cambio, Timoteo, que no tenía una constitución física robusta ni había pasado su vida en ejércitos errantes, sino que era entre vosotros un simple ciudadano, logró hacer algo tan enorme. La respuesta es, sin duda, insultante pero conviene decirla. Aquél superó tanto a los demás porque no tenía 116
la misma opinión que vosotros sobre los asuntos griegos, los de los aliados y el cuidado de éstos. Vosotros votabais como generales a quienes tenían un cuerpo robusto y habían estado muchas veces en ejércitos mercenarios [48]. Timoteo, por el contrario, se servía de éstos como capitanes y lugartenientes y algunos de ellos resultaron dignos de mención y útiles a la ciudad debido a la expedición que hicieron con él. Fue habi- 117
lidoso en lo que debe mostrar su capacidad un buen general. ¿Qué cosas son éstas y cuál es su valor? Hay que decirlo, no en una palabra, sino de manera suficiente. En primer lugar, hay que tener la capacidad de saber a quiénes hay que hacer la guerra y con quiénes hay que aliarse. Pues ésta es la base de la estrategia,

47 Efectivamente, la campaña de Melos fue muy costosa; cf. TUC., V 84-116.

48 G. NORLIN, *Isocrates*..., II, pág. 250, n. a, cree que aquí Isócrates se refiere a Cares, el rival y enemigo de Timoteo.

y si uno se equivoca en esto, es forzoso que la guerra
118 sea perjudicial, difícil e inútil[49]. Pues bien, en esta resolución nadie fue no ya semejante a él sino ni siquiera comparable. Y esto es fácil deducirlo de sus obras. Pues aunque emprendió la mayoría de las guerras sin la ayuda de la ciudad, en todas ellas triunfó y a todos los griegos les pareció que había actuado con justicia. ¿Quién podría presentar una demostración más suficiente y mejor que ésta de su buena
119 decisión? ¿Qué es lo que precisa un buen general, en segundo lugar? Reclutar un ejército adecuado a la guerra que emprenda, organizarlo y utilizarlo de manera conveniente. Que lo sabía utilizar bien, sus mismas hazañas lo han demostrado. Y que aventajó a todos en prepararlo magníficamente y de modo adecuado a la ciudad, ni siquiera un enemigo se atrevería a contra-
120 decirlo. Además de esto, soportar las penurias y necesidades de un ejército y encontrar de nuevo recursos ¿quién de sus compañeros de armas dejaría de juzgar que aquél sobresalió en ambas cosas? Pues sabían que desde el comienzo de la guerra Timoteo estaba en los mayores apuros por no recibir nada de la ciudad y que desde esta situación pudo cambiar tanto las cosas como para vencer en la guerra y dar toda la paga a los sol-
121 dados[50]. Y con ser estas cosas tan grandes y deseadas, cualquiera le alabaría con más justicia por las consecuencias. Pues Timoteo veía que vosotros considerabais sólo a los hombres que molestaban y atemorizaban a otras ciudades y a quienes siempre hacían innovaciones en las cosas de los aliados[51]. Pero él no se dejó llevar por vuestra manera de pensar ni quiso alcanzar fama con daño para la ciudad, sino que pensó y actuó para que ninguna de las ciudades griegas le tuviera miedo, sino que todas confiaran, salvo las agresoras. Sabía en efecto, que quienes temen, odian a 122
los que les han infundido este miedo, y que nuestra ciudad fue la más próspera y grande gracias a la amistad de las demás, pero que a causa de su odio le faltó poco para caer en las desgracias más extremas. Pensando en ello, sometía con el poder de la ciudad a los enemigos, pero con su carácter se ganaba el afecto de los demás, y creía que esto era una estratagema mayor y más hermosa que conquistar muchas ciudades y vencerlas muchas veces en batalla. Tanto se preocupaba 123
de que ninguna ciudad tuviera la menor sospecha de que él tramaba algo, que cuando iba a navegar hacia las que no pagaban los tributos, enviaba por delante a alguien a avisar a los gobernantes, para que, al ser visto de pronto ante el puerto, no produjese tumulto y desorden entre ellos. Si arribaba a un país, no con- 124
sentía que los soldados saquearan ni robaran ni arruinasen las casas, sino que tenía tanto cuidado de que no ocurriera nada como los propios dueños de las propiedades. Pues no ponía su atención en tener por esto buen prestigio entre los soldados, sino en que nuestra ciudad lo tuviera entre los griegos. Además, gobernaba 125
a las ciudades conquistadas en la guerra con tanta dulzura y legalidad como ningún otro ha tratado a las aliadas. Pensaba que si se comportaba así con los que combatió, habría dado la mayor confianza de que nunca se atrevería a hacer daño a otros. Así, por la 126

[49] La guerra se ve en su aspecto diplomático y no desde una concepción puramente militar (MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 132, n. 2).

[50] La situación financiera de Atenas en los años 70 del s. IV a. C. era desastrosa. Ya indicamos que figuras como Calístrato, Eubulo y Licurgo introducirían un orden en las finanzas atenienses a partir de los años 50 de este siglo; hasta entonces el concepto de establecer un presupuesto no se les había occurrido a los griegos.

[51] Nueva alusión a Cares.

fama que conseguía con estas acciones, muchas ciudades que os eran enemigas le recibían con las puertas abiertas. En ellas, aquél no causaba ningún desorden, sino que con el gobierno con que las encontraba al
127 entrar así las dejaba al salir. Lo fundamental de todo esto es lo siguiente: antes eran habituales entre los griegos muchas desgracias, pero, después de su mando militar, nadie descubriría que se hayan producido devastaciones, ni cambios de constituciones, ni asesinatos, ni destierros, ni ningún daño irreparable, sino que entonces tales desastres tanto remitieron que él fue el único, de los que nosotros recordamos, que hizo a
128 nuestra ciudad irreprochable ante los griegos. Hay que considerar buen y magnífico general no a quien tuvo tanto éxito como Lisandro en un solo momento de suerte, cosa que ningún otro ha conseguido, sino a quien en muchos, variados y desfavorables asuntos siempre ha cumplido con corrección e inteligencia, como Timoteo.

129 Creo que muchos de vosotros os sorprenderéis con mis palabras y pensaréis que el elogio de aquél es una acusación contra la ciudad, ya que, después de conquistar tantas ciudades y de no perder ninguna, la ciudad le juzgó por alta traición y, después de rendir cuentas y aceptar Ifícrates la responsabilidad de las campañas y Menesteo la de los asuntos monetarios, a éstos los absolvió pero a Timoteo le castigó con una multa tan fuerte como nunca impuso a sus anteceso-
130 res[52]. Y esto es así. Pero quiero también hablar en favor de la ciudad. Si vosotros examináis el asunto

[52] Durante la campaña contra Bizancio (año 357 a. C.) surgió un conflicto entre Cares y los demás jefes de la escuadra griega, Timoteo, Ifícrates y Menesteo, hijo de Ifícrates. Al volver Cares a Atenas acusó a sus rivales de traición y corrupción. Timoteo fue condenado a pagar una multa de cien talentos, por haber recibido dinero de Quíos y Rodas.

mirando la justicia, no hay forma de que no os parezca a todos que es terrible y sorprendente lo que se hizo a Timoteo. Pero si reflexionáis en la insensatez que todos los hombres tenemos y en las envidias que surgen entre nosotros, y también en los desórdenes y alboroto en el que vivimos, descubriréis que no ha ocurrido nada ilógico y ajeno a la naturaleza humana, sino que Timoteo ha contribuido en parte a que no se le juzgara de
manera adecuada. Aquél no odiaba la democracia ni 131
a la humanidad ni era orgulloso ni tenía ninguno de estos defectos, pero, a causa de la arrogancia que se produce en el mando de un ejército, lo que no armoniza con las exigencias de lo que sucede a diario, dio a todos la impresión de que era culpable de lo antedicho. Pues estaba tan poco dotado para ser solícito con los hombres como hábil era para el cuidado de los
asuntos. Y por cierto que muchas veces me oyó pala- 132
bras parecidas, en el sentido de que los gobernantes que desean agradar deben proponerse las acciones más útiles y mejores y los discursos más sinceros y justos, pero que deben atender no menos y examinar cómo se presentarán ante todos de manera atractiva y amable tanto en sus palabras como en sus acciones. Que quienes hacen poco caso de estas cosas parecen a sus con-
ciudadanos los más odiosos e insoportables[53]. «Ves 133
que la manera de ser de la mayoría tiende hacia los placeres y que por eso aprecian más a quienes buscan su agrado que a los que obran bien y más a quienes les engañan con alegría y amabilidad que a quienes les ayudan con orgullo y altivez. Nada de esto te ha preocupado, sino que por haberte dedicado con discreción

[53] Todo este discurso que se intercala como exhortación a Timoteo le recuerda a JAEGER, *Paideia...*, pág. 932, el discurso exhortativo a Aquiles que HOMERO pone en boca de Fénix en *Ilíada* IX. El problema era parecido: hay que frenar la grandeza de alma.

a los asuntos de fuera, crees que estarán a bien contigo
134 los que aquí gobiernan. Pero esto no es así, sino que suele ocurrir lo contrario. Porque, si agradas a éstos, no juzgarán realmente todo lo que hagas sino que supondrán lo que te convenga, despreciarán tus errores y lo que aciertes lo pondrán por los cielos. La benevo-
135 lencia pone a todos en esta situación. Si tú buscas por todos los medios adquirir para la ciudad esa benevolencia de otros por pensar que es el mayor de los bienes, pero tú crees que no debes preparártela para ti mismo de parte de la ciudad, aunque hayas sido el causante de los mayores bienes te verás peor que quie-
136 nes no han realizado nada digno de mención[54]. Y es natural. Ellos sirven a los oradores y a quienes en las reuniones privadas pueden hablar y simular que saben todo, pero tú no sólo te despreocupas sino que discutes con los que, de entre ellos, tienen mayor poder. ¿Cuántos crees que han caído en la desgracia o han quedado deshonrados por estos embustes? ¿Cuántos antepasados quedaron en el anonimato cuando habían sido mucho más virtuosos y dignos que quienes fueron
137 cantados en poesías o tragedias? Unos, según creo, encontraron poetas e historiadores, y los otros no tuvieron gente que los celebrara. Si me hicieras caso y fueras sensato, no despreciarías a estos hombres de quienes suele fiarse la mayoría, no sólo en lo referente a cada ciudadano individual, sino a todos los asuntos. Por el contrario, pondrías algún cuidado y solicitud en ellos para alcanzar buena fama por ambas cosas,
138 por tus propias hazañas y por sus discursos». Cuando me oía, decía que eran ciertas mis palabras, pero que no era capaz de cambiar su manera de ser. Que él era

[54] Para HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 159, esta defensa de Timoteo es una denuncia contra el demos y los oradores democráticos.

un hombre honrado y digno de la ciudad y de Grecia, pero que no armonizaba con esta clase de hombres que odian a quienes les superan en cualidades naturales. Por eso los oradores se tomaron la tarea de inventar muchas y falsas acusaciones contra él y la
multitud aceptó lo que dijeron. Con gusto lo defende- 139
ría de estas acusaciones si tuviera oportunidad. Pues creo que vosotros después de oírme, odiaríais a quienes movieron la ciudad a aborrecerle y a los que se atrevieron a decir cosas desagradables sobre él. Pero ahora dejaré a un lado este tema y hablaré sobre mí y sobre el asunto que nos ocupa.

No sé cómo disponer lo que queda y qué mencionar 140
en primer lugar y qué en segundo. Pues el hablar de forma sistemática se me escapa. Quizá será necesario hablar de cada cosa según venga a cuento. Lo que ahora se me ha venido a la cabeza y sobre lo que creo que debo dar una explicación, no os lo ocultaré aunque
alguno me aconsejaba callarme. Cuando Lisímaco pre- 141
sentó la acusación, yo discurría sobre esto como lo habría hecho cada uno de vosotros, y pasé revista a mi vida y acciones y dediqué mucho tiempo a aquellas que, según pensaba, me traerían un justo aplauso. Pero un amigo que me oyó[55] se atrevió a decirme el argumento más insolente de todos, que mis palabras merecerían crédito, pero que él temía que disgustasen
muchísimo a la mayoría de los oyentes. Y decía: «Hay 142
algunos tan exasperados y descontentos por la envidia y la pobreza, que combaten no ya las desgracias sino incluso los éxitos y odian a los hombres más discretos y a las mejores costumbres. Además de estos males, se agrupan con los delincuentes y tienen compasión

[55] Cf. con *Areopagítico* 56 y sigs. y *Panatenaico* 200; los tres casos reflejan la costumbre de Isócrates de discutir y corregir (*epanorthoûn*) sus discursos con sus discípulos antes de publicarlos (JAEGER, *Paideia.*, pág. 933, n. 66).

de ellos, pero destruyen, si pueden, a quienes envidian.
143 Y actúan así no porque ignoren lo que van a votar, sino porque esperan ser injustos y no tienen miedo de ser vistos, pues, al salvar a sus iguales, creen que se ayudan también a sí mismos. Te dije esto para que, al saberlo, te comportes mejor y utilices ante ellos los discursos más seguros. Porque ahora, ¿qué opinión crees que tendrá esta gente cuando cuentes tu vida y tus acciones que en muy poco se parecen a las suyas, sino que son de tal naturaleza que intentas contármelas?
144 Demostrarás, en efecto, que los discursos que has escrito merecen no una censura sino el mayor agradecimiento, que de quienes se han juntado contigo, unos no han delinquido ni fallado en nada, y otros han sido coronados por la ciudad a causa de su virtud, y que tú mismo has vivido con tanta prudencia y orden como no sé que lo haya hecho otro ciudadano, y, además, que nunca te has querellado contra nadie, ni has sido acusado, salvo en un proceso de cambio de fortunas, que no has declarado con otros, ni has testificado, ni has hecho nada de lo que hacen todos los ciudadanos.
145 Además de estas actuaciones tan privadas y extraordinarias[56], dices también que te has mantenido al margen de los cargos y beneficios que de ahí se derivan, y de toda la restante actividad política, y que no te fue bastante estar entre los mil doscientos que pagan impuestos y sostienen un servicio público: junto con tu hijo has sido tres veces trierarco y has sostenido otros servicios al estado con más gasto y grandeza de lo
146 que mandan las leyes[57]. ¿No crees que al oír esto

[56] La participación cívica de Isócrates consiste sólo en pagar las liturgias, destaca HEILBRUNN, «Isócrates...», pág. 159, n. 19.

[57] Isócrates no quiere ocultar su fortuna; además, el éxito material de sus actividades docentes es el criterio supremo para juzgar sus obras. Esto es lo que aquí se lee entre líneas, piensa JAEGER, *Paideia...*, pág. 934, n. 69.

quienes tienen costumbres opuestas a todo lo que has dicho, lo soportarán mal y creerán que censuras su vida porque no es digna? Si entendieran que tú adquieres con trabajo y sufrimiento lo que te gastas en servicios públicos y en tu restante administración, no se preocuparían igual. Pero lo que ahora piensan es que recibes de los extranjeros mucho más de lo que realmente te dan. Creen que tú vives con más comodidad 147
que otros, incluso mejor que quienes se dedican a la filosofía y tienen tu misma ocupación. Porque ven que la mayoría de estos filósofos, salvo quienes se han contentado con una vida y carácter como el tuyo, hacen demostraciones en las fiestas solemnes y en las reuniones privadas, compiten entre ellos, prometen cosas exageradas, se irritan, se injurian y no dejan de cometer maldad alguna. Antes bien, se ponen dificultades 148
unos a otros, permiten a sus oyentes que algunos se rían de lo que dicen y otros les aplaudan, que la mayoría les odien, y también en algunas ocasiones que cada uno piense lo que quiera de ellos. Pero tú no participas en nada de esto[58], sino que vives de manera diferente a los sofistas y a los particulares, a los que tienen mucho y a quienes yacen en la pobreza. Por eso, los que 149
son capaces de razonar y son inteligentes quizá te imitarían, pero quienes obran de modo inferior y están más acostumbrados a disgustarse por los éxitos de otros que por sus propios infortunios, no hay forma de que no se enfaden y lo lleven a mal. Puesto que así piensan, mira qué te conviene decirles y qué callarte».

Yo, tanto entonces al oírle como ahora, creo que 150
los hombres más insensatos y criminales de todos serían quienes escucharan con pesadumbre que yo me ofrezco a la ciudad para sostener un impuesto extraordinario y hacer lo que me mande, pero que no pido ni

[58] Cf. *Panatenaico* 12 y 13.

ser sorteado para magistrado ni recibir lo que a otros da la ciudad, ni defenderme ni acusar ante un tribunal.
151 Me resolví a ello no por dinero, ni por arrogancia, ni porque odiara a quienes no viven de igual manera que yo. Lo que sucede es que me agrada la tranquilidad y el retraimiento, porque veo en general que los que son así gozan de buena fama entre vosotros y entre los demás, y además porque pienso que esta manera de vivir es más agradable que la de los hombres muy ocupados y más convenientes las ocupaciones que adopté
152 desde el principio. Por eso elegí vivir de esta manera. Renuncié a las ganancias que proporciona la ciudad porque me parecía una vergüenza, si podía sustentarme con mis bienes personales, que yo fuera un obstáculo para quienes se ven obligados a vivir aquí [recibiendo lo que les da la ciudad][59] y porque con mi presencia algún necesitado quedaría privado de recursos. Por
153 esto era digno más de aplauso que de calumnia. Pero ahora estoy en el mayor apuro porque no sé qué podría hacer para contentar a éstos. Si durante todo el tiempo me impuse como tarea no injuriar a nadie ni molestarle ni disgustarle y por eso mismo disgusto a algunos ¿qué tendría que hacer para agradarles? ¿Qué me queda sino considerarme a mí infortunado y a éstos ignorantes y desagradables para sus conciudadanos?

154 Ante quienes ignoran los asuntos ajenos y son más duros con los que no han obrado mal que con los culpables, es una locura intentar una defensa. Pues cuanto más demuestre uno que es honrado, está claro que tanto peor luchará con ellos. Pero ante los demás será preciso hablar de lo que Lisímaco me calumnió, esto es, de haber adquirido una inmensa fortuna, no

59 Hirschig piensa que esta es una glosa introducida en el texto; con razón, según Mathieu.

vaya a ser que sea creída su afirmación y nos lance a más y mayores cargas públicas de las que podríamos soportar. En general no se encontrará que ninguno de 155
los llamados sofistas haya reunido muchas riquezas, sino que unos viven con poco y otros con un poco más de desahogo. El que más ganó de los que recordamos fue Gorgias de Leontino, quien vivió en Tesalia[60] cuando sus habitantes eran los más prósperos de los griegos. Vivió mucho tiempo y se dedicó a ganar dinero. No habitó en ninguna ciudad de manera fija ni gastó 156
en asuntos públicos ni se vio obligado a pagar impuestos[61]. Además no se casó ni tuvo hijos, sino que vivió libre de esta carga, la más duradera y costosa, y aunque tanto aventajó a los demás en sus ganancias, dejó sólo mil estateras[62]. Por eso no hay que hacer 157
caso a los acusadores en lo que se refiere a las fortunas ajenas, ni creer que son iguales las ganancias de los sofistas que las de los actores. Hay que confrontar a quienes tienen las mismas ocupaciones y pensar que quienes adquirieron un talento parecido en cada una, tienen también una fortuna semejante. Aunque me 158
equiparéis con uno que ganó más y me pongáis a su altura, no daréis la impresión de hacer un cálculo totalmente irreflexivo ni se verá que nosotros hayamos atendido mal las cosas de la ciudad ni nuestros propios bienes, sino que vivimos con más modestia de lo que

60 Alusión a la actividad retórica de Isócrates con Gorgias en Tesalia (cf. Plat., *Menón* 70 B).

61 A Isócrates le gustaba que le comparasen con su maestro Gorgias, pero no con los demás maestros de retórica, de ingresos modestos (Jaeger, *Paideia*..., pág. 934, n. 71).

62 Como ocurre con la mina y el talento, la estatera era a la vez una medida de peso y una moneda. La había de plata, con un valor de cuatro dracmas y de oro, con un valor de veinte dracmas. Gorgias cobraba cien minas por su enseñanza, y, según Platón, era uno de los tres sofistas más ricos (*Hipias mayor* 281 B y sigs.).

gastamos en los servicios públicos. A no ser que sea justo aplaudir a quienes gastan más en lo privado que en lo público.

159 Pienso, cuando estoy a la mitad de mi discurso, cuánto han cambiado las cosas de la ciudad y cómo quienes ahora gobiernan no tienen una visión de los asuntos igual a la de los anteriores gobernantes. Cuando yo era niño, se consideraba tan seguro y respetable el enriquecerse que faltaba poco para que todos fingieran haber adquirido una fortuna mayor de la que tenían, porque deseaban participar de esta fama.
160 Ahora, en cambio, hay que preparar y examinar una defensa por ser rico como si se tratara del mayor delito, si es que uno quiere estar a salvo. Porque se ha hecho mucho más peligroso parecer rico que delinquir abiertamente. Los delincuentes alcanzaron compasión o fueron sancionados con un pequeño castigo, pero los ricos están totalmente perdidos y encontraremos más gente que ha perecido por sus bienes que
161 quienes han pagado por sus crímenes. ¿Y para qué hablar de los asuntos públicos? Yo mismo fracasé no poco en mis cosas debido a este cambio. Porque cuando empezaba a recuperarme en mis asuntos privados después de haber perdido durante la guerra con los lacedemonios todos nuestros bienes, con los que mi padre fue útil a la ciudad y al mismo tiempo nos dio una educación tan cuidadosa que yo era más conocido entonces entre los de mi edad y entre mis condiscípulos de lo que ahora lo soy entre mis conciudadanos,
162 en ese momento, como decía, comenzaba a tener algunos discípulos. Creía que si era capaz de adquirir y economizar más que quienes se dedican a este mismo tipo de vida, obtendría fama en dos cosas: en destacar en filosofía y en vivir con más arreglo que otros[63].

[63] Isócrates se enorgullece de haber logrado una fortuna considerable a pesar de haber perdido la paterna. Resalta el carácter burgués de Isócrates frente a la actitud aristocrática de Platón, que jamás explotó como negocio la filosofía. En todo este relato se ve la educación «victoriana» de la última generación del s. V a. C., a la que Isócrates pertenecía (JAEGER, *Paideia...*, pág. 934, n. 75).

Pero me ha sucedido lo contrario. Porque si hubiera 163
sido alguien que no merece ninguna consideración y tampoco hubiera ahorrado nada, nadie me habría ocasionado dificultades y hubiera vivido con seguridad, al menos en lo que se refiere a los sicofantas, aunque hubiera sido claramente culpable. Ahora, en lugar de la fama que esperaba me han venido querellas, peligros, envidias y difamaciones. Tanto disfruta la ciudad 164
en el momento presente acosando y humillando a los hombres honrados y permitiendo que los malvados digan y hagan lo que quieran, que Lisímaco, que eligió vivir de las falsas acusaciones y de hacer siempre daño a algún ciudadano, ha subido a la tribuna para acusarnos; en cambio, yo, que nunca perjudiqué a una sola persona, sino que renuncié a las ganancias de aquí y obtuve beneficios de extranjeros y de quienes pensaban que les servía, estoy en un peligro tan grande como si fuera autor de daños terribles. Los hombres 165
inteligentes deberían suplicar a los dioses que aparecieran muchos ciudadanos con esta capacidad mediante la cual podrían obtener de otros cosas útiles como yo ofrecí a la ciudad. De las muchas situaciones incomprensibles que me han ocurrido, la peor de todas sería que me tuvieran tanta gratitud como para ayudarme ahora quienes me han pagado dinero y que vosotros, con quienes gasté lo mío, desearais castigarme. Aún peor sería que si al poeta Píndaro por una 166
sola frase cuando llamó a la ciudad «apoyo de Grecia» nuestros antepasados le honraron tanto que le hicieron próxeno y le entregaron como regalo diez mil

dracmas[64], a mí, en cambio, que he encomiado mucho más y con mayor belleza a la ciudad y a los antepasados ni siquiera se me permitiera vivir tranquilo el tiempo que me queda.

167 Sobre estas y las demás acusaciones creo que basta la defensa que he pronunciado. No vacilaré en deciros la verdad sobre cómo me encuentro ahora ante el actual peligro, ni cómo me encontré antes. Yo tenía muchas esperanzas de defender bien mis asuntos per-
168 sonales[65]. Pues confiaba en mi vida y en mis actos, y creía que tenía para defenderlos muchos y justos discursos. Pero, al ver que no sólo estaban irritados con la enseñanza de la retórica quienes acostumbran a enfadarse con todo, sino que también muchos otros ciudadanos se agitaban contra ella, temía que se hiciera poco caso de mi comportamiento personal y que me ocurriese algo desagradable por la general difamación
169 contra los sofistas. Al pasar el tiempo, cuando me puse a reflexionar y examinar de qué podría servirme en las circunstancias presentes, deseché el temor y la inquietud, no irreflexivamente, sino después de considerarlo
170 de manera razonable y animarme. Pues sabía que quienes de entre vosotros son honrados, a los que dirigiré mis palabras, no se atienen a las opiniones que resultaron injustas, sino que siguen las auténticas, y hacen caso a quienes dicen la verdad. Pensaba que podría demostrar con muchos argumentos que la filosofía[66] ha sido injustamente difamada y que es mucho más

[64] Sólo se conserva un fragmento de este elogio de Atenas hecho por Píndaro; la proxenía era un título honorario que concedía la asamblea popular a aquellos no atenienses distinguidos.

[65] Desde este punto Isócrates hace un análisis general de su método de enseñanza, intentando distinguirlo de otros.

[66] Isócrates llama con el nombre de filosofía a la cultura.

justo amarla que odiarla. Y ahora todavía mantengo la misma opinión.

No hay que asombrarse porque alguna hermosa 171
actividad sea desconocida e ignorada, ni porque algunos estén engañados con respecto a ella. Pues encontraríamos que estamos igual en lo que se refiere a nosotros mismos y a otros incontables asuntos. Nuestra ciudad, que es ahora y ha sido antes causa de muchos bienes para los ciudadanos y para los demás griegos y que está llena de muchos encantos, se halla en una gran dificultad. A causa de su tamaño y del número de sus 172
habitantes no se la puede abarcar de una ojeada ni con exactitud, sino que, como un torrente, según sorprende a cada hombre y asunto, así lo arrastra, y a algunos les atribuyó una fama opuesta a la que les correspondía. Esto es lo que le ha ocurrido a la enseñanza de la retórica. Si pensáis así, no debéis juzgar 173
ningún asunto sin considerarlo, ni comportaros como cuando sois jueces de querellas particulares, sino examinar minuciosamente cada cosa y buscar la verdad, acordándoos de los juramentos y las leyes según los cuales os habéis reunido para juzgar. No es sobre asuntos de poca importancia, sino de mucha, el discurso y el juicio en el que ahora nos encontramos. Porque no sólo vais a votar sobre mí, sino sobre una ocupación en la que muchos jóvenes ponen su atención. Creo que no ignoráis que los ancianos transmi- 174
ten los asuntos de la ciudad a los que nos suceden y a quienes son como vosotros. Al producirse este curso de acontecimientos, es necesario que los jóvenes reciban un tipo de educación que influya en el futuro de la ciudad[67]. Por eso, no hay que hacer a los sicofantas dueños y señores de un asunto tan importante, ni castigar a quienes no les dan dinero, ni permitir que

[67] Quien tiene la juventud tiene el estado.

175 quienes se lo dan hagan lo que quieran. Por el contra-
rio, si la filosofía tiene tanto poder como para corrom-
per a los jóvenes, no sólo se deberá castigar a quien
acuse algún sicofanta, sino expulsar a todos los que
se dediquen a esta actividad. Pero si la filosofía por su
misma naturaleza hace lo contrario y puede ayudar a
volver mejores y más dignos a sus discípulos, habrá
que acabar con las difamaciones, dejar sin derechos
cívicos a los sicofantas, y aconsejar a los jóvenes que
pasen más tiempo en ella que en otras actividades.
176 Me gustaría mucho, ya que me ha tocado defender-
me en este proceso, tener todo mi vigor para enfren-
tarme con este peligro. Pues no estaría desanimado
sino que tendría más capacidad para rechazar al acu-
sador y apoyar a la filosofía. Ahora, en cambio, cuando
gracias a ésta he defendido convenientemente otros
asuntos, tengo miedo de que mi exposición sobre ella
sea peor que sobre otras cosas de menor interés para
177 mí. Y aceptaría —pues hay que decir la verdad, aun-
que la expresión sea una insensatez— que mi vida
acabara ya, cuando hubiera hablado de manera apro-
piada al tema y os hubiera persuadido a considerar tal
cual es el estudio de los discursos, mejor que vivir
mucho tiempo viendo que este estudio está conside-
178 rado entre vosotros igual que ahora. Sé que nuestro
discurso será muy inferior a nuestro deseo. Sin em-
bargo, del modo que pueda intentaré relataros la natu-
raleza y el poder que tiene este estudio, cómo es del
mismo género que otras artes[68], qué utilidad aporta
a quienes le siguen, y cuáles son las promesas que nos-
otros hacemos. Porque creo que cuando conozcáis la
179 verdad, deliberaréis y juzgaréis mejor sobre él. Os
pido que, si se me ve pronunciar discursos muy dife-

[68] Isócrates concebía su *philosophía* como una *téchnē*, cf. *Contra los sofistas* 9-10 (JAEGER, *Paideia...*, pág. 833, n. 12).

rentes de los que soléis escuchar, no os irritéis sino
que me disculpéis, pensando que quienes compiten en
asuntos diferentes de otros, es necesario que utilicen
discursos también distintos. Si toleráis mi manera de
hablar y mi franqueza y si me permitís consumir el
tiempo otorgado a la defensa, podréis votar lo que a
cada uno de vosotros le parezca justo y legal.
Quiero comenzar a hablaros sobre la educación 180
retórica igual que los genealogistas. Está reconocido
que nuestra naturaleza se compone de cuerpo y alma.
De ambos elementos nadie podría negar que el alma
es por naturaleza más capaz de dirigir y más excelsa.
Porque es tarea suya deliberar sobre los asuntos pri-
vados y públicos y la del cuerpo ejecutar lo decidido
por el alma. Al ser esto así, algunos de nuestros remo- 181
tos antepasados vieron que se habían establecido mu-
chas técnicas para otras actividades, pero que no se
había organizado nada semejante para el cuerpo y el
alma. Entonces inventaron dos ciencias y nos las trans-
mitieron; para los cuerpos la educación física, de la
que es una parte la gimnasia y para las almas la filo-
sofía, sobre la que yo voy a hablar. Ambas materias 182
están en correspondencia, unidas y concordantes, y,
gracias a ellas, sus maestros hacen a las almas más
sensatas y a los cuerpos más útiles y no separan mucho
ambas educaciones entre sí, sino que las usan de ma-
nera paralela en sus enseñanzas, ejercicios y demás
cuidados[69]. Cuando reciben discípulos, los profesores 183
de educación física les enseñan las posiciones inventa-
das para el ejercicio gimnástico y los de filosofía
explican a sus discípulos todos los procedimientos que
utiliza el discurso. Después de haberles dado a cono- 184

[69] Las formas del *lógos* corresponden, en lo que se refiere a la cultura del espíritu, a los «esquemas» corporales que el arte del profesor de gimnasia (*paidotribês*) enseña para los pugilatos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 936, n. 83).

cer esto y tras examinarles minuciosamente, de nuevo les adiestran en ellos y les obligan a acostumbrarse al trabajo y a repetir cada cosa de las que aprendieron [70], para que las retengan con más firmeza y sus conocimientos se ajusten mejor a las circunstancias. Y aunque se sepan, es imposible abarcarlas, ya que en todos los asuntos las circunstancias escapan a los conocimientos. Pero quienes ponen más atención y pueden observar lo que suele ocurrir, las alcanzan muy fre-
185 cuentemente. Al preocuparse de este modo, ambas clases de maestros pueden hacer avanzar a los alumnos en su educación hasta que llegan a ser mejores que ellos mismos y tener unos mejor inteligencia, otros más aptitudes físicas. Pero ni unos ni otros pueden conseguir aquella ciencia que haga atletas a quienes quieran ni oradores capaces, sino que contribuyen en parte, pero esas capacidades completas surgen en quienes destacan por sus condiciones naturales y por su dedicación.

186 Tal es el contenido de la filosofía. Pero creo que vosotros mejor aún comprenderéis su poder si os cuento las promesas que hacemos a quienes quieren
187 acercarse a nosotros. Decimos que quienes quieran destacar en la oratoria, en la acción o en otras actividades precisan, en primer lugar, estar bien dotados para aquello que han elegido, en segundo lugar ser educados y haber aprendido la ciencia precisa para cada cosa, y en tercer lugar haberse dedicado y ejercitado en su uso y conocimiento. A partir de estas condi-

[70] El sentido del doble método (*syneírein kath' hén hékaston*) estriba en dar al discípulo una mayor experiencia (*émpeiron poieīn*) y en aguzar en él la conciencia de estas formas (*akriboūn*) para que, de este modo, se acerque más al caso concreto. Este método se basa en la elaboración de un cierto promedio de experiencia. No hay, naturalmente, un saber infalible (JAEGER, *Paideia...*, pág. 936, n. 83).

ciones es como llegan a la perfección y a destacarse mucho de los demás en todas las actividades. Lo que 188
conviene particularmente a ambos, a los que enseñan y a los que aprenden, es que estos últimos aporten las cualidades naturales precisas y los maestros eduquen a quienes las tienen. Común para ambos es el ejercicio referido a la práctica. Pues es preciso que los maestros dirijan con cuidado a los educandos y que éstos perseveren con firmeza en lo ordenado [71]. Esto es lo 189
que decimos para todas las ciencias. Pero si alguno pasara por alto lo demás y me preguntara cuál de estos requisitos es el más eficaz para el aprendizaje de la retórica, le respondería que el requisito de las cualidades naturales es imprescindible y el que más se destaca de todos. Pues quien tiene una naturaleza capaz de inventar, aprender, trabajar y recordar, una voz y una claridad de dicción tal que pueda convencer a sus oyentes no sólo con sus palabras sino también con la buena disposición de ellas, y además una auda- 190
cia, no la que es señal de desvergüenza, sino la que tiene prudencia, y prepara el alma para no confiar menos al hablar ante todos los ciudadanos que al pensar consigo mismo, ¿quién ignora que el que sea así, al recibir una educación no esmeradísima sino superficial y general, resultaría un orador como no sé que ningún griego lo haya sido? Sabemos que, incluso 191
aquellos que tienen una naturaleza inferior, al distinguirse en los conocimientos y en la práctica, llegan a ser superiores no sólo a los de su condición sino también a los bien dotados que se han descuidado mucho [72]. Así, cada una de estas circunstancias haría a uno temible en la palabra y la acción, y, si ambas se reu-

[71] Cf. *Contra los sofistas* 15-18.

[72] En la rivalidad «dotes naturales» (*phýsis*)/«educación» (*paideía*), parece que Isócrates se decide por la última.

nieran en uno mismo, harían que fuera insuperable
192 para los demás. Esto es lo que conozco sobre las condiciones naturales y la experiencia. En cuanto a la educación, no puedo decir un discurso semejante. Porque su poder no es igual ni semejante a lo anterior. Si uno escuchara hasta el fin todo lo que se refiere a la retórica y lo examinara con mayor minuciosidad que otros, sería un autor de discursos más elegante que muchos, pero, al encontrarse ante una muchedumbre privado sólo de esto, de la audacia, no podría ni emitir un sonido.

193 Que nadie piense que yo rebajo mi compromiso ante vosotros, mientras que al hablar con quienes quieren estudiar conmigo digo que lo puedo todo. Para evitar estas acusaciones, cuando comencé a dedicarme a esta actividad divulgué un discurso escrito en el que dejaba claro que criticaba a quienes hacen prome-
194 sas excesivas y exponía mi propia opinión[73]. Dejaré de lado lo que acusaba a los demás. Pues excede la actual ocasión. Pero intentaré explicaros lo que declaraba. Empezaba desde aquí:

Del contra los sofistas

Y si es preciso no sólo criticar a los demás sino aclarar mi propia manera de pensar (§ 14).

Hasta

Pero si quedara olvidado algo de lo dicho, necesariamente en eso estarían peor los que estudian (§ 18).

195 Esto está escrito con más elegancia que lo que se ha dicho antes, pero quiere aclarar lo mismo. Esto debió ser para vosotros la mayor prueba de mi honradez. Pues, si cuando era joven no se me vio alardear ni hacer grandes promesas, después que he disfrutado de mi profesión y he envejecido, tampoco en este momento empequeñezco la filosofía. Por el contrario, he utilizado los mismos discursos cuando estaba en la flor de mi edad y cuando ésta ha pasado, y tengo valor y corro riesgos tanto ante quienes quieren reunirse conmigo como ante los que van a emitir su voto sobre mí. De forma que no sé cómo alguien podría señalar a otro que haya sido más sincero o justo con la filosofía.

Añádase esto a aquello que hemos dicho antes. No 196
ignoro que nada de lo dicho es suficiente para apartar de esta manera de pensar a los descontentadizos, sino que aún se precisan muchos discursos y de todo tipo si van a adoptar otra opinión en vez de la que ahora
tienen[74]. No debemos renunciar a enseñar y hablar, 197
pues de ello se deducirá una de estas dos cosas: o haremos cambiar sus opiniones o demostraremos que son falsas las difamaciones y acusaciones que usan contra nosotros. Estas son de dos tipos. Dicen unos que pasar el tiempo con los sofistas es una frivolidad y un fraude, porque no se ha descubierto un tipo de educación que haga a uno más hábil en sus discursos o más sensato en sus acciones, sino que quienes destacan en ambas cosas aventajan a los demás por sus
condiciones naturales. Otros reconocen que los que se 198

[73] Queda claro aquí que la base del programa de la escuela de Isócrates fue el *Contra los sofistas* (Kennedy, *The Art...*, pág. 185).

[74] Isócrates replica a los que dudan de la *paideía*: así como se puede amansar a las fieras, se puede educar el espíritu del hombre. La duda sobre la posibilidad de una educación es refutada con argumentos tomados de los antiguos sofistas. Tal es la famosa «trinidad pedagógica» que los sofistas antiguos explicaban así: la agricultura requiere una buena tierra, un buen cultivador y una buena simiente; la naturaleza humana es el terreno, el cultivador es el educador y la simiente las doctrinas transmitidas por la palabra hablada (Jaeger, *Paideia...*, págs. 285 y 286).

dedican a esta práctica se hacen más hábiles, pero se corrompen y resultan peores. Pues cuando consiguen ese poder intrigan por lo ajeno. Tengo muchas esperanzas de aclarar a todos que lo que unos y otros dicen no es razonable ni verídico.

199 Pensad en primer lugar que quienes dicen que esta educación es una frivolidad, desvarían ellos mismos abiertamente. Pues la ridiculizan al decir que no sirve para nada y que es engaño y fraude. Y quieren que nuestros discípulos tan pronto se acerquen a nosotros
200 sobrepasen a los demás, que cuando hayan pasado en esta ocupación unos pocos días, parezcan más sabios y capaces en los discursos que quienes les aventajan en edad y experiencia, y que, si se mantienen un año sólo, sean todos excelentes y completos oradores, y que no sean peores los negligentes que quienes desean trabajar, ni los ineptos que los que poseen espíritus vigo-
201 rosos. Esto es lo que nos mandan, sin que nos hayan oído hacer promesas semejantes y sin haber visto que esto ocurra en otras especialidades o educaciones. Por el contrario, estos conocimientos nos vienen con dificultad[75], y entre nosotros no es igual la manera de llevar a la práctica lo que aprendemos, sino que de todas las escuelas sólo surgen dos o tres maestros en la oratoria y los demás salen de ellas como oradores
202 vulgares. Entonces ¿cómo no considerar insensatos a quienes se atreven a pedir a una ciencia que, según dicen, no existe unos poderes que no tienen ni las demás técnicas reconocidas, y a reclamar más utilidad a una enseñanza de la que desconfían que a las que
203 parecen haber alcanzado una mayor perfección? Las personas inteligentes no deben hacer juicios desiguales sobre asuntos semejantes ni rechazar una educación que lleva a cabo las mismas cosas que la mayoría de las técnicas. Porque ¿quién ignora que muchos de vosotros que estuvieron con los sofistas no resultaron engañados ni tratados como éstos dicen, sino que unos 204
se hicieron hábiles oradores, otros fueron capaces de enseñar a otros, y cuantos desearon vivir como personas particulares, en las reuniones son más agradables de lo que antes lo eran y han podido hacer juicios sobre los discursos y consejos con más exactitud que la mayoría? ¿cómo desdeñar esta ocupación que puede dar semejante preparación a quienes se sirven de ella? Antes bien, todos reconocerían que en 205
todas las técnicas y oficios manuales consideraríamos los más expertos a quienes enseñan a sus discípulos a trabajar de la manera más parecida posible entre ellos. Se verá que esto es lo que ocurre en la filosofía. Pues cuantos tuvieron un maestro sincero e inteligen- 206
te, descubrirían que tienen en sus discursos una capacidad tan semejante que a todos les parecería que han participado de una educación idéntica. Ya que, de no haber tenido ningún hábito común ni una práctica sistemática, no habría forma de que llegaran a esta semejanza. Además, entre vosotros no habrá nadie que 207
no pudiera decir que muchos de vuestros condiscípulos, cuando eran niños, parecía que eran los más atrasados de los de su edad, pero que, al llegar a viejos, sobrepasaron mucho en inteligencia y oratoria a quienes les habían dejado atrás durante la infancia. Por esto cualquiera comprendería qué poder tiene el ejercicio. Pues está claro que todos utilizan la inteligencia con la que nacieron desde un principio, pero que, al hacerse hombres, sobresalieron y cambiaron su capacidad intelectual porque unos viven con derroche y despreocupación y otros con la atención puesta en los asuntos y en sí mismos. Cuando, por su propio 208

[75] Isócrates repite aquí su teoría sobre los diversos grados de eficacia de la *paideia*; ya en *Contra los sofistas* 14-15, se subrayaba el diverso grado de influencia de la *téchnē* sobre los distintos talentos (JAEGER, *Paideia...*, pág. 937, n. 94).

ejercicio, algunos se hacen mejores ¿cómo no aventajarían más a sí mismos y a los demás si hubieran encontrado un maestro maduro y experimentado en muchos temas, tanto en los ya conocidos como en los que personalmente hubiera descubierto?

209 No sólo por estas razones sino por otras que quedan, todos se admirarían con razón de la ignorancia de quienes se atreven a desdeñar tan a la ligera a la filosofía. En primer lugar, a pesar de saber que todas las actividades y técnicas se aprenden con práctica y afición al trabajo, piensan que estas cualidades no tienen ningún poder para el ejercicio de la inteligencia.
210 Además, aunque niegan que haya un cuerpo tan defectuoso que no pueda ser mejorado por la gimnasia y el trabajo, creen que las almas, superiores a los cuerpos por su condición natural, no se hacen más diligentes al recibir educación y alcanzar un cuidado adecuado.
211 Más aún, ven que hay algunos expertos en caballos, perros y en la mayoría de los animales que consiguen hacerlos más vigorosos, más dóciles y más inteligentes; pero creen que no se ha hallado para el carácter humano una educación semejante, que pueda llevarlo a los mismos resultados que se consiguen con las fie-
212 ras. Nos han condenado a todos nosotros a tanto infortunio que, aun reconociendo que con nuestras inteligencias se podría hacer mejor y más útil a cada uno de los seres vivos, se atreven a decir que nosotros mismos, poseedores de esa inteligencia con la que dignificamos todo, no podríamos hacernos bien unos a
213 otros para alcanzar la benignidad. Y lo peor de todo: cada año contemplan en los espectáculos a leones que se comportan con más mansedumbre con sus cuidadores que algunos hombres con sus bienhechores, y osos que dan vueltas, luchan e imitan las destrezas
214 humanas, y ni con estas pruebas pueden comprender cuánta fuerza tienen la educación y el cuidado, ni que

ambas podrían ayudar con mucha más facilidad a nuestra naturaleza que a la de los animales. Por eso no sé si es más justo admirarse de la mansedumbre que se produce en las fieras más salvajes o la ferocidad que existe en las almas de hombres semejantes.

Se podría decir más sobre esto. Pero si hablo de- 215
masiado de aquello en lo que la mayoría está de acuerdo, temo dar la impresión de no saber hacerlo sobre lo que se discute. Dejaré pues eso para volverme a aquellos individuos que no desprecian la filosofía, pero la acusan con mucha acritud, y transfieren las maldades de quienes se llaman sofistas pero se dedican a otra cosa, a los que en absoluto se ocupan en las actividades de aquéllos[76]. Yo no voy a hablar para defen- 216
der a quienes prometen que pueden enseñar, sino a los que, con justicia, tienen fama de ello. Creo que demostraré suficientemente que nuestros acusadores se apartan mucho de la verdad, si queréis escuchar mis palabras hasta el final.

En primer lugar hay que delimitar qué pretenden 217
y qué quieren conseguir los que se atreven a delinquir. Si definimos bien esto, conoceréis mejor si son ciertas o falsas las acusaciones que se pronunciaron contra nosotros. Yo sostengo que todos hacen todo por placer, ganancia y honra. Pues fuera de estos deseos no veo que ningún otro sea innato a los hombres. Si la 218
cosa es así, sólo queda examinar cuál de estos deseos obtenemos al corromper a los jóvenes. ¿Acaso disfrutamos al ver o saber que ellos son malvados o lo parecen a sus conciudadanos? Y, ¿quién es tan insensible que no sufra al verse envuelto en una calumnia tan grande? No seríamos admirados ni alcanzaríamos 219

[76] Intenta Isócrates poner a los maestros de retórica a salvo del reproche de que sus discípulos nada malo aprenden de ellos; lo mismo en *Nicocles* 2 y sigs. (JAEGER, *Paideia*..., pág. 844, n. 43).

un gran honor si formáramos semejantes discípulos, sino que seríamos mucho más despreciados y odiados que los reos de otros delitos. Y aunque no fuéramos despreciados, no ganaríamos mucho dinero si expu-
220 siéramos esta educación. Creo que todos saben que la ganancia más hermosa y mayor para un sofista es que algunos de sus discípulos resulten hombres honrados, sensatos y con buena reputación entre sus ciudadanos. Pues tales discípulos hacen que muchos deseen participar de la educación, mientras que los malos alumnos apartan de ella a los que antes pensaban seguirla. Por eso, ¿quién ignoraría lo que es mejor, cuando las circunstancias son tan diferentes?

221 A esto quizá alguno se atrevería a responder que muchos hombres por falta de autodominio no son fieles a la lógica sino que se despreocupan de lo que conviene para dedicarse a los placeres. Yo reconozco que hay muchos y también algunos pretendidos sofistas
222 que tienen esta manera de ser. Pero, con todo, ninguno de ellos es tan débil como para aceptar que sus discípulos fueran así[77]. Pues no podría participar de los placeres producidos por la obediencia de aquéllos, pero le tocaría la mayor parte de esa fama procurada por la maldad. Además ¿a quiénes corromperían y cuál sería la disposición natural de los discípulos que reci-
223 bieran? Hay que explicar también esto. ¿Acaso se trataría de individuos ya viciosos y malvados? Y, ¿quién intentaría aprender de otro lo que ya sabe por su propia manera de ser? ¿Se trataría entonces de individuos discretos y deseosos de buenas costumbres? Entonces ni uno de los que son así se atrevería a conversar con

[77] Desde aquí hasta el final del parágrafo 224 hay muchas divergencias en los MSS. Algunos (Keil, Muenscher, Havet, Drerup) han hablado de una interpolación. Orelli, al que sigue Mathieu, cree que el propio Isócrates modificó su primitiva redacción.

quienes dicen o hacen algo malo[78]. También me gus- 224
taría preguntar a quienes nos aborrecen qué es lo que opinan sobre los que navegan desde Sicilia, el Ponto y otros lugares (hacia nosotros) para educarse. ¿Creen, acaso, que hacen el viaje porque carecen allí de hombres malvados? Sin embargo por todas partes uno encontraría abundancia de individuos que desean asociarse a maldades y crímenes. [Pero[79] no es justo calumniar a quienes se sirven bien de la filosofía porque haya gente débil de carácter o malvada. Pues, aunque algunos ciudadanos sicofantas e intrigantes son como mi acusador, no conviene pensar que todos los demás son así, sino que es preciso juzgar a cada uno por separado. Por eso mismo os leí antes mis discursos y os conté quiénes habían tenido relación conmigo, con la intención ⟨de aclararos⟩[80] cuánto nos alejamos unos de otros. Descubriréis que no hay nada parecido ni en nuestras costumbres, ni en lo que decimos, practicamos o prometemos. Ni siquiera quienes tienen trato con cada uno de nosotros busca lo mismo. Unos quieren participar de la fanfarronería, otros de la educación. Aparte de esto, veríais que los primeros son justamente odiados [en] todas las ciudades griegas porque molestan y buscan a cualquiera que puedan perjudicar, pero de todas partes navegan para encontrar a los más sinceros y honrados. Sobre esto me gustaría preguntar a Lisímaco, a ver qué opina sobre quienes navegan hacia nosotros desde Sicilia, el Ponto y otros

[78] A la educación hay que juzgarla por sus representantes buenos y valiosos; ¿es posible asociar al concepto de la verdadera cultura el abuso o la ineficacia, como pensaba Platón? Isócrates enfoca el concepto de la cultura en un sentido más bien instrumental (Jaeger, *Paideia*..., pág. 938).

[79] El texto entre corchetes es el que nos ha transmitido el *Laurentianus* LXXXVII.

[80] Añadido por Orelli.

lugares para recibir educación. ¿Cree, acaso, que hacen este viaje hacia aquí porque allí les faltan hombres malvados? Sin embargo, por todas partes podría encontrarse abundancia de individuos que desean aso-
225 ciarse a maldades y crímenes]. ¿Van a pagar mucho dinero para hacerse intrigantes y sicofantas? En primer lugar, quienes piensan así, con mucho más gusto se apoderarían de lo ajeno antes que dar cualquier cosa de su propiedad. ¿Habría incluso algunos que gastarían dinero para ser malvados cuando pueden serlo en el momento en que quieran sin gasto? Pues estas acciones no tienen que aprenderse, sino sólo intentar-
226 se. Está claro que navegan, dan dinero y hacen todo, por pensar que los educadores de aquí son más inteligentes que los suyos propios. Sería justo que todos los ciudadanos honraran y estimaran muchísimo a quienes fueron los causantes de esta fama para la ciudad[81].
227 Pero algunos son tan ignorantes que, aún sabiendo que los extranjeros que vienen y los responsables de la educación no hacen daño alguno, sino que son los más retraídos de la política de entre los habitantes de la ciudad y quienes se mantienen con más tranquilidad, que sólo se ocupan de sí mismos y sólo se reúnen
228 unos con otros; que, además, viven cada día con mucha frugalidad y modestia y ansían no los discursos que se pronuncian en contratos particulares ni que perjudican a algunos, sino los que procuran buena fama entre todos los hombres, a pesar de ello, se atreven a difamarlos y a decir que hacen este ejercicio para triunfar
229 en los procesos en contra de la justicia. ¿Quiénes querrían vivir con más prudencia que los demás, si se ejercitasen en la injusticia y en la maldad?, los que hablan así ¿a quiénes han visto alguna vez aplazar y

[81] Para MATHIEU, *Isocrates...*, III, pág. 159, n. 1, este párrafo está inspirado por TUC., II 41: cf. también *Panegírico* 50.

acumular sus maldades en vez de usar en seguida el carácter que tienen?

Aparte de esto, si la habilidad en la oratoria hace 230
desear los bienes ajenos, convendría que todos los que son capaces de hablar fuesen intrigantes y sicofantas. Pues una causa idéntica tiene que producir en todos los mismos efectos. Pero ahora descubriréis que de 231
quienes se dedican a la política en la actualidad y de los que han muerto recientemente, han sido los mejores al subir a la tribuna los que ponían en sus discursos el mayor cuidado. Incluso entre los antiguos, los mejores oradores y los más famosos fueron la causa de bienes importantísimos para la ciudad, empezando por Solón[82]. Aquél, después de establecerse 232
como jefe del partido popular, tan bien legisló, organizó los asuntos y dispuso la ciudad, que aun ahora se aprecia el gobierno por él establecido. Después, Clístenes, arrojado de la ciudad por los tiranos, convenció con su palabra a los Anfictiones para que pagasen al dios su dinero[83], y guió al pueblo, expulsó a los tiranos y estableció aquella democracia que fue causa de enormes bienes para los griegos. Tras éste, Temístocles 233

[82] Isócrates cita a Solón, Clístenes, y también a Temístocles y Pericles; para él, estos hombres son los que admiraban los atenienses antes y después de Platón; eran la suprema pauta de la *aretê*. Al defender a Temístocles y Pericles, atacados en el *Gorgias* y *Menón* platónicos, es indudable que Isócrates se identificaba con los atacados. (JAEGER, *Paideia...*, págs. 938 y 943, n. 126). CLOCHÉ, *Isócrates...*, pág. 89, destaca que, al elogiar aquí a Solón como el que estableció la democracia, olvida Isócrates que en el parágrafo 232 dirá que «se hizo jefe del partido popular», esto es, con la democracia ya establecida por Clístenes.

[83] Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, participó, en la segunda mitad del siglo VI a. C., en la reconstrucción del templo de Delfos; se ha supuesto que el dinero depositado en el templo habría sufragado los gastos contra los tiranos de Atenas.

fue general en la guerra pérsica, aconsejó a nuestros antepasados abandonar la ciudad[84] —¿cómo podría haberles convencido de no ser un orador muy aventajado?—, y llevó sus asuntos a tal punto que tras pocos días de estar desterrados se hicieron señores de los
234 griegos por mucho tiempo. Finalmente Pericles[85], que era un buen partidario del pueblo y un estupendo orador adornó tanto la ciudad con templos, monumentos y todo lo demás, que todavía ahora quienes llegan a ella piensan que no sólo merece gobernar a los griegos, sino a todos los demás pueblos. Aparte de estas obras, subió a la Acrópolis no menos de diez mil
235 talentos. Ninguno de estos hombres que tantas hazañas llevaron a cabo desatendió los discursos sino que pusieron en ellos más atención que los demás. Por eso Solón fue llamado uno de los siete sofistas y tuvo este sobrenombre que ahora es deshonrado y criticado entre vosotros, Pericles fue discípulo de dos sofistas[86], Anaxágoras de Clazómene y Damón, que en aquél tiempo era considerado el más prudente de los ciudadanos.
236 ¿Cómo podría demostraros alguien con más suficiencia que la habilidad oratoria no hace intrigantes a los hombres? Pero los que poseen el mismo carácter que el acusador, pasan su vida, según creo, usando palabras y acciones malvadas.

237 Tengo que señalar en qué lugares los que lo deseen pueden ver a los intrigantes y a los que son reos de las culpas que estos cargan a los sofistas. Están por fuerza en las tablas expuestas por los magistrados: en las de los tesmotetas están ambos, quienes injurian a la ciudad y los sicofantas, en las de los Once, los malhechores y sus jefes, en las de los Cuarenta, los que delinquen en asuntos privados y los que acusan judicialmente con injusticia. En ellas veréis que figuran escri- 238
tos mi acusador y sus amigos, mientras que yo y los que se dedican a mi misma ocupación no aparecemos en ninguna, pues nos hemos organizado de tal manera que no hemos precisado de los procesos que existen entre vosotros. Y quienes no se dedican a esas activi- 239
dades, ni viven en el libertinaje, ni han cometido ninguna otra acción vergonzosa, ¿cómo no habrá que alabarlos mejor que juzgarlos? Porque es evidente que enseñamos a nuestros discípulos las mismas costumbres que practicamos.

Por lo que os voy a decir comprenderéis aún mejor 240
qué lejos estamos de corromper a los jóvenes. Si hiciéramos algo así, no sería Lisímaco el que se enfadara ni ninguno de sus semejantes, sino que veríais a los padres de nuestros discípulos y a sus familiares indignarse, acusarnos y buscar tomar venganza de nosotros. Pero ahora aquéllos nos traen a sus hijos y nos pagan 241
dinero, y se alegran cuando ven que pasan los días con nosotros. Los sicofantas, en cambio, nos censuran y nos crean dificultades. ¿Quiénes verían con más gusto que muchos ciudadanos fueran corrompidos y se hiciesen malvados? Pues saben que ellos mismos tienen poder sobre los que son así, mientras que los hombres honrados e inteligentes los aniquilan cuando los alcanzan. Por eso éstos piensan bien cuando buscan destruir 242
todas estas actividades en las que creen que los ciudadanos se harán mejor, más duros con sus maldades y falsas acusaciones. A vosotros os conviene obrar de manera contraria y pensar que es la más hermosa de las ocupaciones aquella que veáis que éstos combaten con más ardor.

Me ocurre algo extraño. Y os lo diré aunque algu- 243
nos digan que soy muy inconstante. Hace un poco decía que muchos hombres honrados, engañados con la filo-

[84] Cf. *Panegírico* 96 y *Arquidamo* 43.
[85] Cf. *Sobre la paz* 126.
[86] Cf. PLAT., *Alcibíades* 118 C, PLUTARCO, *Pericles* 4, 6.

sofía, eran muy duros con ella. Pero ahora he creído
que los argumentos pronunciados son tan claros y evi-
dentes a todos que, según me parece, nadie desconoce
el poder de la filosofía ni nos acusa de corromper a
los discípulos, ni tiene el sentimiento de nada de lo
244 que hace un momento yo censuraba. Pero si hay que
decir la verdad y lo que ahora tengo en el pensamiento,
creo que todos cuantos me envidian, desean una buena
inteligencia y oratoria, pero se despreocupan de ello,
unos por pereza, otros porque desprecian su propia
naturaleza, otros por motivos diferentes, que son mul-
245 titud. Y ante quienes ponen mucha dedicación y quie-
ren alcanzar lo que ellos mismos desean, se enfadan,
los envidian, agitan sus espíritus y les ocurre lo mismo
que a los enamorados. Porque ¿qué otra inculpación
246 convendría más echarles en cara que ésta? Ellos cele-
bran y envidian a quienes pueden usar bien la palabra,
pero censuran a los jóvenes que quieren alcanzar este
honor. No hay nadie que no suplique mucho a los dio-
ses el dominio de la palabra para sí mismo; y si no,
247 para sus hijos y parientes. Pero a quienes intentan
conseguir con el trabajo y la filosofía lo que ellos quie-
ren pedir a los dioses, les acusan de no hacer nada
conveniente, algunas veces pretenden reírse de ellos
como de gente burlada y engañada, pero, cuando llega
la ocasión, cambian su actitud al decir que son capa-
248 ces de pronunciar discursos para aprovecharse. Cuan-
do algún peligro sobrevino a la ciudad utilizan como
consejeros a quienes hablan mejor sobre los asuntos
y hacen lo que ellos les advierten. Pero piensan que
hay que calumniar a los que se toman como tarea pre-
parar a ésos para que sean útiles a la ciudad en estas
circunstancias. Echan en cara a los tebanos y a otros
enemigos su ignorancia, pero se pasan la vida inju-
riando a quienes buscan escapar de esa enfermedad
249 del modo que sea. Y esto no sólo es señal de pertur-

bación mental, sino también de desprecio hacia los
dioses. Pues creen que la Persuasión es una diosa y ven
que la ciudad le hace un sacrificio cada año, pero sos-
tienen que quienes quieren participar del poder que
tiene la diosa, al desear una cosa malvada se corrom-
pen. Y lo peor de todo es que, a pesar de reconocer 250
que el alma es más preciosa que el cuerpo, aun sabién-
dolo, aceptan mejor a los que hacen gimnasia que a los
que filosofan. Entonces ¿cómo no va a ser absurdo
aplaudir más a quienes se ocupan de lo más simple
que a los que se dedican a lo más importante, y eso
cuando todos saben que la ciudad nunca consiguió
hazañas famosas por el vigor del cuerpo, y fue, en
cambio, la más próspera y grande de las ciudades grie-
gas gracias a la inteligencia de un hombre?

Podría recoger muchas más contradicciones uno 251
que fuera más joven que yo y que no tuviera que preo-
cuparse por la circunstancia presente; porque sobre
este mismo tema se podría añadir lo siguiente: si algu-
nos después de recibir mucho dinero de sus antepasa-
dos no fueran útiles a la ciudad, sino que injuriasen
a los ciudadanos y deshonrasen a los niños y mujeres
¿habría alguien que se atreviese a reprochar a los
causantes de su riqueza, en vez de indignarse con los
propios delincuentes? Si algunos, tras haber aprendido 252
a combatir con armas, no utilizasen sus conocimientos
contra los enemigos, y, en cambio, se sublevasen y
matasen a muchos ciudadanos, o, si quienes fueron
educados de la mejor manera posible en el pugilato
y en el pancracio descuidasen los certámenes gimnás-
ticos y golpeasen a quien se les pusiera por delante,
¿quién dejaría de aplaudir a sus maestros y de matar
a los que usan mal lo que aprendieron? Por eso hay 253
que tener con las palabras la misma manera de pen-
sar que se tiene sobre otras cosas y no opinar lo con-
trario sobre asuntos idénticos ni mostrarse hostil con

una cualidad que es de todas las que existen en la naturaleza humana la causa de muchos bienes [87]. Con las demás cualidades que tenemos, como ya dije antes, en nada aventajamos a los animales, sino que incluso somos inferiores a la mayoría de ellos en rapidez,
254 fuerza y otros recursos. Pero como existe en nosotros la posibilidad de convencernos mutuamente y de aclararnos aquello sobre lo que tomamos decisiones, no sólo nos libramos de la vida salvaje, sino que nos reunimos, habitamos ciudades, establecimos leyes, descubrimos las técnicas y de todo cuanto hemos inven-
255 tado la palabra es la que ayudó a establecerlo. Ella determinó con leyes lo que es justo e injusto, lo bello y lo vergonzoso, y, de no haber sido separadas estas cualidades, no habríamos sido capaces de vivir en comunidad. Con la palabra censuramos a los malvados y encomiamos a los buenos, gracias a ella educamos a los ignorantes y examinamos a los inteligentes. Porque el hablar con propiedad es para nosotros la mayor prueba de una buena inteligencia, y una palabra sincera, legítima y justa es imagen de un alma buena y
256 fiel. Con la palabra discutimos nuestros pleitos y examinamos lo que no conocemos. Las pruebas con las que convencemos a los demás al hablar son las mismas que utilizamos en nuestras reflexiones, y llamamos retóricos a quienes son capaces de hablar en público, y tenemos por buenos consejeros a los que razonaron consigo mismo los asuntos de la mejor ma-
257 nera. Si hay que hablar en general de su poder, descubriremos que en nada de lo que se hace con inteligencia deja de aparecer la palabra, sino que ella es guía de todas las acciones y pensamientos y que la

87 A partir de aquí comienza un encendido elogio de la palabra, similar al ya expresado en *Nicocles* 5-9. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 938, n. 105, es un himno en toda regla.

usan muchísimo los más inteligentes. Nada de esto pensó Lisímaco cuando se atrevió a acusar a quienes desean lo que es causa de tantos y tan grandes bienes.

¿Por qué admirarse de esto, cuando algunos de los 258
que se dedican a la erística calumnian los discursos comunes y útiles, igual que los hombres más malvados? No ignoran su fuerza, ni que ayudan a quienes los usan, pero tienen la esperanza de que, si los desacreditan, harán más estimables los suyos propios [88].
Podría hablar sobre ellos con más acritud que ellos 259
lo hacen sobre nosotros. Pero creo que no debo ni hacerme semejante a unos individuos destrozados por la envidia ni vituperar a quienes no obran mal con sus discípulos pero pueden hacer menos bien que otros. No dejaré de acordarme un poco de ellos, sobre todo porque nos aludieron, y también para que conozcáis con más claridad su poder y nos consideréis a cada uno
según es justo. También para dejar claro que nosotros 260
nos dedicamos a los discursos políticos, que aquellos tildan de provocadores de odio, aunque somos mucho más dulces que ellos. Pues dicen siempre algo malo de nosotros, pero yo no voy a decir nada semejante, sino
que me serviré de la verdad. Creo, en efecto, que los 261
príncipes de la oratoria erística y los que se dedican a astronomía, geometría y otras ciencias semejantes no dañan, sino que ayudan a sus discípulos, pero menos de lo que prometen y más de lo que parece a otros.
La mayoría de los hombres, en efecto, piensan que 262

88 Isócrates echa en cara a los filósofos el que, conociendo como nadie la fuerza del *lógos* se presten a rebajarlo y asientan a lo que critica la gente inculta, para triunfar sobre otros educadores. Para Jaeger, *Paideia...*, pág. 939, n. 108, y 940, n. 112, Isócrates diferencia a Platón de Aristóteles. Hay desde luego constancia de la crítica dura de Aristóteles contra Isócrates, cuando, parodiando un verso de Eurípides, dice: «Sería deplorable guardar silencio y dejar hablar a Isócrates».

estas enseñanzas son charlatanería y mezquindad[89]. Pues ninguna de ellas es útil ni para los negocios privados ni para los públicos, ni se quedan mucho tiempo en la memoria de quienes las aprenden, debido a que no se adaptan a la vida ni socorren en las acciones, sino que están totalmente alejadas de las necesi-
263 dades. Yo no opino así pero tampoco me alejo mucho de ello, y me parece que quienes creen que este tipo de educación es inútil para la vida práctica, piensan con corrección y que dicen la verdad los que la aplauden. He pronunciado un razonamiento contradictorio en sí mismo porque la naturaleza de estos estudios no
264 es la misma que la de los que enseñamos. Las otras materias pueden ayudarnos tan pronto como las conocemos, pero esas ni siquiera beneficiarían a los que profundizan en ellas, salvo en el caso de que decidieran vivir de ellas, y su utilidad es sólo para quienes
265 están aprendiéndolas. Pues los que se dedican con esmero y exactitud a la astronomía y a la geometría están obligados a poner su atención en asuntos difíciles de aprender y además se acostumbran a mantenerse y trabajar en las tareas que hemos dicho y demostrado y a que su pensamiento no divague. Por estar ejercitados y agudizados en ellas, pueden comprender y aprender con facilidad y rapidez los asun-
266 tos más serios e importantes. Creo que no hay que llamar filosofía a una actividad que en la actualidad no ayuda a hablar ni a obrar, sino que llamo ejercicio del espíritu y preparación a la filosofía a este entretenimiento, más propio de hombres que lo que los muchachos hacen en las escuelas, pero muy parecido[90].

[89] Contraste con *Contra los sofistas* 8, donde empleaban las mismas palabras, *adoleschía* y *micrología* para atacar a Platón.

[90] Aunque Isócrates se muestra dispuesto a considerar la dialéctica como una ocupación más varonil que la cultura musical de viejo estilo enseñada en las escuelas (*didaskaleîa*),

Porque los muchachos, después de trabajar con em- 267
peño la gramática, la música y la restante educación, no progresan nunca en hablar o deliberar mejor sobre los asuntos, pero sí se hacen más capaces de aprender los estudios más importantes y serios. Yo aconsejaría 268
a los jóvenes que pasen algún tiempo en este tipo de educación[91], pero que no permitan que sus dotes naturales se pierdan en ellas ni encallen en las palabras de los sofistas antiguos, de los que uno dijo que es infinito el número de seres, Empédocles que eran cuatro, y entre ellos había odio y amor, Ión que no eran más de tres, Alcmeón sólo dos, Parménides y Meliso uno, y Gorgias que no había absolutamente ninguno[92]. Creo 269
que estas extrañas teorías son iguales a las prestidigitaciones, que no sirven para nada y hacen formar círculo a los ignorantes. Quienes quieran hacer algo provechoso deben quitar de todas sus ocupaciones las palabras vanas y las acciones que nada aportan a la vida.

Sobre estos asuntos me basta lo que ahora he dicho 270
y aconsejado. En cuanto a la sabiduría y la filosofía,

sitúa, en general, sus efectos en el mismo plano que los de ésta. Al parecer, los representantes de la explicación poética se resintieron de estas manifestaciones despectivas acerca de la cultura literaria (cf. *Panatenaico* 18); la opinión la expresa JAEGER, *Paideia...*, pág. 941, n. 119.

[91] Cosas parecidas expresa Calicles en PLAT., *Gorgias* 484 C-D, al censurar en la cultura dialéctica de los socráticos el que aísle de la vida real a sus estudiosos.

[92] Ya en el *Elogio de Helena* 2-3, Isócrates había atacado a Protágoras, Gorgias, Zenón y Meliso como buscadores de paradojas. Ahora censura a Empédocles, Ión, Alcmeón, Parménides, Meliso y Gorgias, a este último no como retórico, sino por haber inventado la paradoja «el ser no es» cosa que a Isócrates le parecía inconcebible. JAEGER, *Paideia*, pág. 942, n. 121, destaca que como los diálogos platónicos *Parménides* y *Teeteto* se habían dedicado a estos estudios, el ataque de Isócrates debe ir también contra la Academia.

no conviene que hablen de estos temas quienes dispu-
tan sobre otros diferentes —pues son ajenas a todos
los negocios— y es a mí, puesto que soy juzgado por
ellas y sostengo que no existe la que algunos llaman
filosofía, a quien corresponde delimitar y aclararos la
271 que se considera auténtica filosofía[93]. Lo que sé sobre
ello es simple. Puesto que la naturaleza humana no
puede adquirir una ciencia con la que podamos saber
lo que hay que hacer o decir, en el resto de los sabe-
res considero sabios a quienes son capaces de alcanzar
lo mejor con sus opiniones[94], y filósofos a los que se
dedican a unas actividades con las que rápidamente
272 conseguirán esta inteligencia[95]. Puedo decir cuáles son
las actividades que tienen este poder, pero vacilo en
decirlas. Pues son tantas, tan extrañas y alejadas de la
manera de pensar de otros que tengo miedo no sea
que al comenzar a oírlas llenéis todo el tribunal con
tumulto y gritos. Aunque esto es lo que pienso, inten-
taré exponerlas. Sentiría vergüenza, en efecto, si diera
a algunos la impresión de traicionar la verdad por te-
273 mor a mi vejez y a la corta vida que me queda. Os pido
que no me achaquéis el ser tan loco que haya elegido,
estando en peligro, palabras contrarias a vuestras opi-
niones, como si no hubiera pensado que esas palabras
son consecuentes con las antedichas y creyera que
274 puedo demostrarlas con veracidad y suficiencia. Pien-
so que una técnica capaz de introducir la prudencia y
la justicia en quienes carecen de dotes naturales para

[93] Isócrates reivindica el título de *philosophía* sólo para su obra (JAEGER, *Paideia...*, pág. 846, n. 48 b).

[94] Isócrates no cree en la existencia de una ciencia absoluta (*epistêmē*) y piensa que hay que contentarse con la opinión (*dóxa*).

[95] JAEGER, *Paideia...*, pág. 943, n. 125, destaca el término «esta inteligencia» (*tḗn toiaútēn phrónēsin*), con lo que el conocimiento político-práctico de los valores reconocidos por Isócrates se contrapone a la frónesis teórica de Platón.

la virtud, no ha existido ni antes ni ahora, y que los
que hacen promesas[96] sobre ella renunciarán y deja-
rán de desvariar, antes de que se encuentre una edu- 275
cación semejante. Se harán mejores y más dignos si
pusiesen su empeño en hablar bien, si deseasen poder
convencer a sus oyentes, y si, además, buscasen la
superioridad, no la que piensan los insensatos, sino la
que tiene realmente este poder. Que esto es así por 276
naturaleza creo que rápidamente os lo aclararé. En
primer lugar, cuando uno se propone pronunciar o
escribir discursos dignos de aplauso u honor, no le está
permitido tomar argumentos injustos, de poca impor-
tancia o que se refieran a contratos privados, sino
temas importantes, hermosos, que beneficien a la hu-
manidad y traten sobre asuntos públicos[97]. Y si no los
encuentra de este tipo no logrará lo que pretende.
Además, de las acciones que se refieren al argumento, 277
escogerá las más convenientes y útiles. El individuo
acostumbrado a observar y examinar estas acciones
tendrá esta capacidad no sólo en el discurso empren-
dido sino en sus demás actuaciones, de forma que el
hablar bien y el reflexionar aparecerán al mismo tiem-
po en quienes preparan sus discursos con filosofía y
empeño. El que quiera convencer no desatenderá la 278
virtud, sino que en ella pondrá su mayor atención para
lograr la mejor fama entre sus conciudadanos. Porque
¿quién ignora que los discursos parecen más verídi-
cos si son pronunciados por personas bien considera-
das que por gente desacreditada, y que puede ofrecer
más confianza una vida que un discurso? Por eso,
cuanto más desee alguien convencer a sus oyentes,
tanto más se ejercitará en ser un hombre cabal y en

[96] La palabra «promesa» (*hypóschesis*) significa aquí lo que el profesor se compromete a enseñar a sus discípulos y es sinónimo de *epángelma* (JAEGER, *Paideia...*, 944, n. 122).

[97] Cf. *Filipo* 10 y *Panatenaico* 246.

279 ser bien considerado por los ciudadanos. No piense ninguno de vosotros que todos los demás saben cuánta fuerza de persuasión hay en agradar a los jueces, y que los filósofos son los únicos que desconocen el poder de la simpatía. Porque lo saben con más exacti-
280 tud que los demás, y saben también que lo verosímil, las pruebas y todas las formas de persuasión sólo ayudan según el momento en el que cada uno habla[98], mientras que parecer honrado no sólo hace más creíble un discurso sino también más apreciadas las acciones del que posee una fama así, cosa que deben procurar los inteligentes más que todos los demás.

281 Ciertamente lo que se refiere a la superioridad[99] es lo más difícil de lo que he dicho. Si alguno sospecha que es una superioridad conseguida robando, engañando, o haciendo algún daño, no piensa con corrección. Porque nadie en toda su vida lo pasa peor ni se encuentra en mayores dificultades ni vive con más vergüenza ni, en una palabra, es más infeliz que quienes
282 así actúan. Debe pensarse que son ahora superiores y lo serán aquellos quienes sean considerados por los dioses como más piadosos y cuidadosos con su culto, y por los hombres como los mejor dispuestos con sus
283 vecinos y ciudadanos y tengan la mayor fama. Esto está de acuerdo con la verdad y conviene hablar de ello de esta manera, puesto que ahora muchas cosas de la ciudad están tan revueltas y confundidas que algunos ni siquiera utilizan las palabras conforme a su sentido natural, sino que transfieren los nombres de las ha-
284 zañas más hermosas a las peores costumbres. Llaman bien dotados a los bufones y a quienes pueden burlarse y parodiar[100], cuando convenía conceder este título

98 Cf. ARISTÓT., *Retórica* 1356 a y sigs.

99 Esta superioridad, literalmente «apetencia de más» (*pleonexía*), tan criticada por Platón, cobra aquí un sentido positivo.

100 Cf. *Areopagítico* 20 y *Panatenaico* 131.

a los que su naturaleza hace mejores para la virtud. A los que se dedican a las malas costumbres y malas acciones y, aunque es poco lo que consiguen, adquieren una mala reputación, los consideran superiores, en lugar de a los más piadosos y justos, cuya superioridad está en lo bueno, no en lo malo. A quienes se 285
despreocupan de lo necesario pero aman las extrañas teorías de los sofistas antiguos, dicen que filosofan, mientras que se olvidaron de los que aprenden y cuidan los conocimientos con los cuales gobernarán bien su propia casa y los asuntos públicos de la ciudad, por cuyo motivo hay que esforzarse, filosofar y ejecutar todo. Vosotros excluisteis de ello a los jóvenes durante mucho tiempo, por aceptar los discursos de quienes difaman esta clase de educación. Habéis conseguido que 286
los más discretos pasen su juventud bebiendo, en reuniones, despreocupaciones y bromas, descuidados de instruirse para ser mejores, y que los peores pasen sus días en desenfrenos tan grandes a los que ni siquiera antes ningún buen criado se atrevió. Pues unos refres- 287
can el vino en la fuente Calírroe[101], otros beben en tabernas, algunos juegan a los dados en casas de juego y muchos pasan el tiempo en las escuelas de flautistas[102]. Y nadie de los que les incitan a ello jamás fue citado ante vosotros por los que dicen preocuparse de esta edad. En cambio, nos ocasionan dificultades a nosotros a quienes debían agradecer, si no otra cosa, que apartamos a nuestros alumnos de estas prácticas. Tan malevolente es con todos la casta de los sicofantas 288
que a los que gastan veinte o treinta minas en mujeres que aruinarán su restante hacienda, no sólo no les reprenden, sino que además disfrutan con esos des-

101 Según nos cuenta TUC. II 15, 5, esta fuente Calírroe había sido instalada por los Pisistrátidas; se le llamaba la fuente de los «nueve caños» y estaba cerca de la Acrópolis.

102 Cf. *Areopagítico* 49.

enfrenos, y, por el contrario, afirman que se corrompen quienes gastan algo en su propia educación. ¿Quiénes
289 podrían hacer una acusación más injusta que ésta? Se trata de individuos que en pleno vigor despreciaron los placeres, cuando éstos son lo más deseado por la gente de su edad; que, cuando podían estar negligentes sin gastar, prefirieron invertir su dinero en esforzarse; que recién salidos de la infancia se dieron
290 cuenta de cosas que muchos viejos no conocen, a saber: que quien gobierna su juventud con rectitud y dignidad y comienza bien su vida, debe atender primero a sí mismo que a sus bienes, y no ha de apresurarse ni intentar mandar sobre otros antes de conseguir un maestro de su pensamiento; que no ha de alegrarse ni enorgullecerse con bienes diferentes a los que surjan en su alma gracias a la educación. ¿Cómo no habrá que alabar más que censurar a los que así piensan, y considerar que son mejores y más prudentes que sus coetáneos?

291 Me causan admiración cuantos felicitan a quienes tienen dotes naturales para la oratoria y dicen que es buena y hermosa esta cualidad que les ha tocado en suerte, y, en cambio, censuran a los que quieren adquirirla como si deseasen una educación injusta y malvada. Porque, ¿qué hermosa cualidad natural resulta vergonzosa o malvada si se consigue por el trabajo? No encontraríamos ninguna que fuera así, por el contrario, aplaudiríamos más a los que pudieron adquirir algo bueno con su propio amor al trabajo
292 que a quienes lo recibieron de sus antepasados [103]. Y sería lógico. Pues en todas las demás actividades y especialmente en la oratoria, conviene celebrar no la suerte, sino el esfuerzo. Quienes fueron capaces de ser

103 HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 159, ve aquí la clara inclinación de Isócrates por la *paideía* frente a la *phýsis*.

buenos oradores por sus dotes naturales o la suerte, no ponen sus ojos en lo mejor, sino que acostumbran a utilizar sus discursos según les venga en gana. En cambio, los que adquirieron esta capacidad con la filosofía y el razonamiento, nada dicen sin reflexionar,
y se descuidan menos en sus acciones. Por eso, desear 293
que se eduquen muchos buenos oradores, es conveniente para todos, y sobre todo para vosotros. Porque sois los primeros y os diferenciais de las demás no en los cuidados de la guerra [104], ni en que os gobernéis mejor, ni en que conservéis muy bien las leyes que os dejaron los antepasados, sino en aquellas normas que han educado mejor para el pensamiento y la palabra a la naturaleza humana frente a los demás animales, y a la raza de los griegos frente a la de los bárbaros.
De ahí que sucedería lo peor de todo, si a quienes 294
quieren distinguirse de los de su edad en lo mismo en lo que vosotros os distinguís de los demás, votárais que están corrompidos y arrojárais alguna desgracia sobre los que utilizan esta educación de la que vosotros habéis sido guías.

No se os debe pasar por alto que nuestra ciudad 295
parece ser, lógicamente, maestra de todos cuantos tienen la capacidad de hablar o enseñar. Porque ven que ella ha dejado los más importantes premios para quienes tienen este poder, que ofrece los ejercicios más numerosos y variados a los que eligen disputar
en ello y a quienes quieren entrenarse, y, además, que 296
todos obtienen aquí la experiencia que más capacita para poder hablar. Aparte de esto, piensan que el carácter común de nuestra lengua [105], su proporción y también su donaire y facilidad para la dialéctica, con-

104 Ironía contra Esparta.

105 MATHIEU, *Isocrate...*, III, pág. 175, n. 1, señala que el ático se veía como un dialecto intermedio entre el dorio y el jonio.

tribuyó en no pequeña medida a la educación retórica. Por eso suponen con justicia que todos los buenos
297 oradores son discípulos de nuestra ciudad[106]. Mirad que no suceda un ridículo completo por juzgar desfavorablemente esta fama que vosotros tenéis entre los griegos, mucho mayor que la mía entre vosotros. Pues no haríais otra cosa que votar semejante injusticia
298 claramente contra vosotros mismos, y habríais hecho lo mismo que si los lacedemonios intentasen castigar a quienes practican la guerra, o los tesalios considerasen que hubiera que imponer un castigo a quienes se dedican a la equitación. Hay que vigilar que no os equivoquéis en nada de esto con perjuicio vuestro, ni que tengáis por más fiables los discursos de los que
299 acusan a la ciudad que los de sus panegiristas. Creo que no desconocéis que unos griegos os tienen malevolencia, mientras que otros os aman muchísimo y tienen en vosotros sus esperanzas de salvación. Y dicen estos últimos que sólo ésta es una ciudad, y las demás aldeas, que Atenas con justicia se llamaría capital de Grecia por su tamaño, por la abundancia de recursos que aquí hay para otros y, sobre todo, por la manera
300 de ser de sus habitantes. Pues dicen que no hay otros más amables y sociables, ni con los que alguien pasase más familiarmente toda su vida. Usan tales exageraciones que no vacilan en decir que con más gusto serían maltratados por un hombre ateniense mejor que beneficiarse de la dureza de otros. Otros ridiculizan esto, y, contando las crueldades y maldades de los sicofantas, acusan a toda la ciudad de ser insociable e
301 incómoda[107]. Es propio de jueces inteligentes matar a

[106] La idea aparece ya en Tuc., II 41, 1, y en *Panegírico* 50; Atenas es la madre de la cultura.

[107] Los delatores y demagogos son la gran mancha del nombre de Atenas, porque debe la grandeza sólo a la cultura. El

los responsables de discursos semejantes, porque se trata de individuos que causan la mayor vergüenza a la ciudad, y honrar, en cambio, a quienes la ensalzan cuando la citan en alguna parte, y honrarlos más que a los atletas vencedores en combates por una corona.
Porque obtuvieron para la ciudad una fama mucho 302
más hermosa que la de aquéllos y más apropiada. En efecto, en un certamen atlético tenemos muchos competidores, pero todos aceptarían que somos los primeros en lo que se refiere a la educación. Los que pueden razonar un poco, deben honrar claramente a quienes se distinguen en hazañas que dan fama a la ciudad, y no aborrecerlos ni pensar sobre ellos de manera con-
traria a los demás griegos. Pero nunca os ocupasteis 303
de esto, sino que tanto habéis equivocado vuestra conveniencia como para portaros mejor con quienes hablan mal de vosotros que con quienes os aplauden, y pensáis que los responsables de que la ciudad sea odiada por muchos son más demócratas que los que han conseguido que la estimen todos con cuantos tra-
tan. Si pensarais con cordura acabaríais con este des- 304
orden y no os portaríais con la filosofía como ahora, unos con dureza, otros con indiferencia, sino que consideraríais que el cuidado del espíritu es la más hermosa y honrada de las ocupaciones[108] y dirigiríais a esta educación y práctica a los jóvenes que tienen unos medios de vida suficientes y pueden dedicarle tiempo.
También tendríais en la más alta estimación a los que 305
quieren trabajar y prepararse para ser útiles a la ciudad, pero a los que viven abatidos y sin pensar en otra cosa que en gastar su herencia con desenfreno, a esos los odiaríais y los tendríais por traidores a la patria

pasaje es interesante porque distingue entre cultura y vida política contemporánea (Jaeger, *Paideia*..., pág. 948, n. 144).

[108] La excelencia de Atenas reside en su *philosophía*, no en la guerra.

y a la fama de sus antepasados. Pues si comprendieran cómo os comportáis con unos y otros, aunque es difícil, los jóvenes querrían abandonar su despreocupación para poner su atención en ellos mismos y en la filoso-
306 fía. Acordaos de la belleza y la magnitud de las hazañas realizadas por la ciudad y los antepasados, tratad entre vosotros y observad cómo era tanto por su nacimiento como por la forma en que fue educado el que expulsó a los tiranos, trajo de nuevo al pueblo y restauró la democracia. Y cómo era el que venció a los bárbaros en la batalla de Maratón y adquirió para la
307 ciudad la fama que de ella se derivó[109]. Cómo era también el que, tras aquél, liberó a los griegos, empujó a los antepasados a la hegemonía y poderío que tuvieron, se dio cuenta de las condiciones naturales del Pireo y ciñó la ciudad con una muralla a pesar de los lacedemonios; cómo era, por último, el que después de éste llenó la Acrópolis con plata y oro y consiguió que las casas privadas estuvieran repletas de prosperidad y
308 riqueza[110]. Si examináis en detalle a cada uno de estos hombres, descubriréis que no han realizado estas hazañas los que vivieron como sicofantas ni con despreocupación ni siendo iguales a la mayoría, sino que los causantes de todos los bienes han resultado ser quienes destacaron y sobresalieron no sólo por su nobleza de nacimiento y fama, sino también por su pensamiento
309 y oratoria. Es natural que, si reflexionáis en esto y véis que en los procesos por contratos privados se procura lo justo en favor de la mayoría y se busca la participación en los demás derechos comunes, a quienes

109 Elogia, sin nombrarle, a Milcíades.

110 Clara exposición del concepto de democracia, alabando a Clístenes, Milcíades, Temístocles y Pericles. A pesar de sus diferencias, los cuatro fueron hombres superiores y por eso no cayeron en los excesos de un gobierno demócrata avanzado (Levi, *Isocrate...*, pág. 102).

sobresalen por sus dotes naturales y sus estudios y a los que intentan igualarles los améis, honréis y cuidéis, sabiendo que dirigir hazañas hermosas e importantes, ser capaz de salvar a la ciudad de peligros y guardar la democracia, lo pueden hacer éstos y no los sicofantas.

Me quedan muchas cosas por decir y no sé cómo 310
colocarlas. Porque me parece que cada cosa de las que pienso va a mostrar su conveniencia cuando la diga, pero que si digo todas ahora se va a producir una gran confusión para mí y para los oyentes. Y tengo miedo de que lo ya dicho haya causado una sensación parecida debido a su longitud. Pues todos somos tan 311
insaciables en los discursos que a pesar de aplaudir la oportunidad y reconocer que no hay otra cosa como ella, cuando creemos que tenemos algo que decir, nos olvidamos de la proporción y añadiendo siempre un poco nos lanzamos a las peores inoportunidades[111]. Aunque yo digo esto y lo reconozco, a pesar de todo quiero aún hablar con vosotros. Porque estoy indigna- 312
do al ver que la acusación falsa tiene mejor fama que la filosofía, y que la primera acusa y la segunda es acusada. ¿Qué hombre antiguo habría sospechado que esto ocurriría, sobre todo entre vosotros que celebráis la sabiduría más que otros? Sin duda no ocurrió así 313
entre los antepasados, sino que ellos admiraban a los llamados sofistas y envidiaban a sus discípulos, mientras que consideraban que los sicofantas eran los causantes de las mayores desgracias. He aquí la mayor prueba: a Solón, el primero de los ciudadanos que recibió este nombre de sofista, le consideraron digno de ser jefe de la ciudad y establecieron leyes más duras para los sicofantas que para los demás. Pues para los 314

111 Ama Isócrates el sonido y fuerza de las palabras, así como el poder que ella da; lo mismo en *Panegírico* 48 y sigs., y *Nicocles* 5 y sigs. (Kennedy, *The Art...*, pág. 175).

mayores delitos hicieron que juzgara un sólo tribunal, pero contra los sicofantas establecieron acciones públicas ante los tesmotetas, denuncias ante el Consejo, y citaciones ante la asamblea popular, por creer que quienes se servían de estas artes sobrepasaban todas las maldades. Los demás, al menos, intentaban ocul-
315 tar sus delitos, pero los sicofantas mostraban ante todos su crueldad, inhumanidad y afición al odio. Y aquéllos así pensaban sobre los sicofantas. Pero vosotros, tan lejos estáis de castigarlos, que los utilizáis como acusadores y legisladores de los demás. Por eso convendría que los odiarais ahora más que en aquella
316 época. Pues entonces sólo dañaban a sus conciudadanos en asuntos marginales o en cuestiones internas de la ciudad. Pero después que la ciudad creció y logró el imperio, nuestros padres, por tener más confianza de lo que convenía, odiaron el poder de los hombres honrados que habían engrandecido a la ciudad y se aficionaron a los hombres malvados y llenos de osadía.
317 Creían que estos individuos por su atrevimiento y amor al odio serían capaces de custodiar la democracia, pero que por la inferioridad de su origen no serían soberbios ni desearían otra constitución política. De este cambio, ¿qué desgracia dejó de caer sobre la ciudad? ¿Qué daño terrible no cumplieron de palabra u
318 obra los individuos de esta naturaleza? ¿No echaron en cara su oligarquía y filolaconismo a los más renombrados ciudadanos que podían haber hecho con facilidad algún bien a la ciudad? ¿No cesaron de hacerlo hasta obligarles a ser lo que se les acusaba? Al maltratar a nuestros aliados, acusarles falsamente y expulsarlos de sus mejores posesiones, ¿no les pusieron en tal situación que desertaron de nosotros y desearon la
319 amistad y alianza de los lacedemonios? [112]. Por eso nos

112 Polémica contra la democracia avanzada, que se precisa en la acusación de su responsabilidad en la guerra del Peloponeso (LEVI, *Isocrate*..., pág. 102).

pusimos en guerra, y vimos a muchos ciudadanos o muertos o prisioneros de los enemigos, algunos incluso privados de subsistencia, la democracia destruida por dos veces, los muros de la patria derrumbados y lo que es peor, toda la ciudad a punto de ser esclavizada y la acrópolis ocupada por los enemigos [113].

Aunque me dejo arrastrar a la violencia por la cóle- 320
ra sé que nos falta agua y que estoy pronunciando discursos y acusaciones que duran todo el día. Omito la multitud de desgracias causadas por estos individuos y, tras rechazar la inoportunidad de las cosas que se podrían decir sobre sus falsas acusaciones, acabaré mi discurso recordando unas pocas cosas. Veo que cuando 321
otros corren un riesgo y llegan al final de su defensa, suplican, ruegan y hacen subir a la tribuna a sus hijos y amigos. Yo no creo que [esto] [114] convenga a la gente de mi edad, y además, por saberlo, sentiría vergüenza de salvarme por alguna otra circunstancia que no fueran los discursos pronunciados y escritos por mí. Porque sé que yo los he utilizado con tanta piedad y justicia en lo que se refiere a la ciudad, a los antepasados y especialmente a los dioses, que, si a éstos les preocupan en algo los negocios humanos, no creo que se olviden de lo que ahora me ocurre. Por eso no 322
temo lo que me ocurrirá de vuestra parte, sino que estoy animoso y tengo muchas esperanzas de que el final de mi vida llegará cuando me sea de provecho, y me sirve como señal de ello el que he vivido desde el pasado hasta el día de hoy como conviene a los hombres piadosos y amantes de los dioses. Por tener esta 323

113 Según CLOCHÉ, *Isocrate*..., pág. 90, Isócrates atribuye a Cleón, Andócides y Esquines la responsabilidad de las desgracias ocurridas a Atenas en la guerra del Peloponeso.

114 Sólo dan esta palabra algunos MSS.

manera de pensar y considerar que lo que decidáis será bello y provechoso para mí, votad en la forma que a cada uno de vosotros le guste y quiera.

FILIPO (V)

INTRODUCCIÓN

Hacía ya tiempo que Isócrates había dejado de confiar en la capacidad de Atenas para lograr la concordia de los griegos y dirigir la expedición militar contra Asia. Su mirada se había detenido en diferentes monarcas como posibles ejecutores de su plan político. Así, en el año 367 a. C. había escrito una carta a Dionisio de Siracusa, en el 356 al rey Arquidamo de Esparta; seguramente también había escrito al tirano Jasón de Feras, en una fecha no determinada pero quizá poco anterior al asesinato de Jasón, cometido el año 370 a. C.

Conservamos las cartas a Dionisio y a Arquidamo (la autenticidad de esta última está muy controvertida) y son bastante explícitas en cuanto a los planes de Isócrates.

Pero desde el año 359 a. C. había irrumpido en el mundo griego un nuevo y capaz político: el rey Filipo II de Macedonia. El progreso de su dominio sobre Grecia mediante la agresión o la acción diplomática revela una genialidad fuera de lo común. Inevitablemente la política de Filipo había chocado con la de Atenas: la ocupación por el macedonio de Anfípolis, antigua colonia ateniense (año 357 a. C.), la conquista de Olinto y de Tesalia (352 a. C.) eran los hechos más

significativos; sin embargo, el año 346 a. C. se firma entre Filipo y Atenas la paz llamada de Filócrates.

Precisamente en este año 346 Isócrates saca a la luz su discurso *Filipo*. Hasta entonces sus opiniones sobre Macedonia (en especial sobre su rey Amintas, el padre de Filipo) habían pasado desde la crítica al elogio [1].

En el discurso, Isócrates propone a Filipo dos tareas bien precisas: conseguir la armonía de los estados griegos para guiarlos a la conquista de Persia. Para G. Kennedy [2] el *Filipo* es el más vigoroso de los últimos discursos de Isócrates.

El desarrollo es el siguiente:

1-29. Introducción: propósito del discurso; alabanza de Filipo.
30-38. Deuda de Macedonia con los principales estados griegos.
39-56. Posibilidad de una reconciliación.
57-67. Ejemplos históricos de políticos que desde una situación difícil alcanzaron éxitos.
68-80. Méritos a que Filipo se hará acreedor si logra la armonía entre los griegos.
80-123. Superioridad de Filipo sobre los persas; elogio de Heracles, antepasado de Filipo; consecuencias favorables de la conquista del imperio persa, o, al menos, de Asia Menor.
123-155. Gloria que reportará a Filipo la acción.

¿Cuál fue la reacción de Filipo ante los consejos de Isócrates?; el argumento anónimo del discurso demuestra, según Mathieu [3], que la opinión general creía en una influencia directa de Isócrates sobre Alejandro, no sobre Filipo. Pero hay datos suficientes como para pensar que el macedonio no olvidó las advertencias de Isócrates [4].

Este discurso, conservado en muchos manuscritos, ha sido uno de los más leídos en la Edad Media y Renacimiento; literariamente es quizá el de mayor calidad.

[1] Cf. la opinión de Isócrates sobre el rey Amintas en el *Panegírico* 126, donde critica su monarquía, a la que están consolidando los espartanos, y la que expone en el *Arquidamo* 46, en donde aplaude su coraje.

[2] *The Art...*, pág. 199.

[3] *Les idées...*, pág. 214.

Argumento del discurso a Filipo, de escritor anónimo

Debe saberse que Isócrates escribió este discurso a Filipo tras la paz firmada por los compañeros de Esquines y Demóstenes. De ahí que tuviera la oportunidad de escribir al mismo Filipo, porque éste se había hecho amigo de la ciudad de los atenienses. Bajo la forma de un elogio, Isócrates aconseja a Filipo que, después de reconciliar las grandes ciudades griegas que luchaban entre sí, haga una expedición contra los persas. «Te conviene, dice, hacer esto, por ser descendiente de Heracles y tener tanto poder». Y Filipo, una vez que recibió el discurso y conoció su contenido, no fue convencido por los argumentos, sino que aplazó su decisión. Posteriormente el hijo de Filipo, Alejandro, leyó el discurso, se animó e hizo una expedición contra Darío II, también llamado Oco. Pues su nombre auténtico era Oco, pero los persas, por adularle, le dieron el apodo de Darío [5], como sus primeros antecesores.

Es una obra práctica, pues aconseja. Isócrates escribió el discurso cuando era viejo, poco antes de su muerte y de la de Filipo, según dice Hermipo.

Filipo no te asombres de que comience mi discur- 1
so no por lo que te voy a decir y señalar ahora, sino

[4] Mathieu, *Isocrate...*, IV, págs. 14-16, trata a fondo esta influencia.

[5] El autor anónimo del argumento confunde a Artajerjes III Oco, que fue rey de Persia entre los años 358 al 337 a. C., contemporáneo por tanto del discurso *Filipo*, con Darío III Codomano.

por lo que escribí respecto a Anfípolis[6]. Quiero hacer
un pequeño preámbulo sobre este tema, para aclararte
a ti y a los demás que me puse a escribir este discurso
para ti no por ignorancia ni porque me engañara mi
debilidad actual[7], sino con lógica, después de haberlo
pensado en detalle.

2 Al ver, en efecto, que la guerra que se inició entre
ti y nuestra ciudad por Anfípolis es causa de muchos
males, intenté hablar sobre esta ciudad y su territorio
con argumentos que no fueran iguales a los de tus
compañeros ni a los de nuestros oradores, sino muy
3 distantes de su manera de pensar. Porque éstos os em-
pujaban a la guerra, hablando de acuerdo con vuestros
deseos. Yo, en cambio, no mostraba opinión alguna
sobre lo que se discutía, y me ocupaba del argumento
que me parecía más apropiado para la paz, al decir que
ambos os equivocáis en el asunto: tú haces la guerra
en favor de nuestros intereses y la ciudad en beneficio
de tu poder. A ti te viene bien que nosotros tengamos
esa tierra, pero a la ciudad de ningún modo le conviene
4 conquistarla. Tal impresión causé en los oyentes al
exponer esto, que no alabaron ningún argumento ni
el estilo por su exactitud y pureza, cosa que suelen
hacer algunos, sino que admiraban el realismo de los
temas y pensaban que no había modo alguno de cesar
5 vuestras rivalidades, a no ser que tú te convencieras
de que te sería mejor la amistad de la ciudad que los

[6] La ciudad de Anfípolis, conquistada y colonizada por Atenas el año 437 a. C. era una plaza de excepcional importancia estratégica: situada en el curso del Estrimón, desde ella enviaban madera para las construcciones navales, y cerca estaban las minas de oro del Pangeo. El espartano Brásidas había conquistado la ciudad el año 424 a. C., lo que ocasionó el destierro de Tucídides, uno de los generales atenienses destinados en Tracia (Tuc., IV 107 y sigs.). Filipo la ocupó el año 357 a. C.

[7] Nacido el año 436 a. C., Isócrates tenía por estas fechas 90 años.

ingresos de Anfípolis, y nuestra ciudad pudiera com-
prender que debía huir de unas colonizaciones en las
que por cuatro o cinco veces habían muerto los ciuda-
danos, y buscar lugares alejados de pueblos capaces
de mandar y cerca de los acostumbrados a obedecer,
así como los lacedemonios establecieron a los de Cirene.
Aparte de estas consideraciones, tu deberías compren- 6
der que, prometiéndonos esta tierra, de hecho la domi-
narás tú y además ganarás nuestra benevolencia, pues
tomarás tantas garantías de nuestra amistad como
colonos enviemos hacia tu dominio. También alguien
debería señalar a nuestro pueblo que, si conquistá-
ramos Anfípolis, nos veríamos obligados a tratar tus
asuntos con la misma buena disposición que emplea-
mos con Amadoco el viejo[8], debido a los agricultores
del Quersoneso. Después de decir muchas razones se- 7
mejantes, quienes me escuchaban esperaron que cuan-
do mi discurso fuera divulgado, vosotros cesárais la
guerra y, reconociendo vuestro error, trazárais algún
bien común para todos vosotros. Si su opinión era
equivocada o correcta, es cosa que, en justicia, a ellos
les corresponde. Pero, mientras yo estaba en esta
tarea, os apresurásteis a firmar la paz antes de que
hubiera acabado el discurso, y actuásteis con pruden-
cia. Porque es mejor haberla hecho como sea, a pro-
longar los males que se derivan de la guera. Yo me 8
alegré por lo que se votó sobre la paz y pensé que nos
aprovecharía no sólo a nosotros sino también a ti y a
todos los demás griegos. Pero no era capaz de apartar
mi pensamiento del futuro, sino que me encontraba en
situación de examinar cómo lo que se había hecho nos
duraría y nuestra ciudad, tras dejar pasar un poco de

[8] Amadoco, rey de los odrisos en Tracia, firmó una alianza con el ateniense Trasibulo en el año 390 a. C. después que éste último le reconcilió con Seutes, jefe de los territorios de la costa (cf. Jenof., *Hel.* IV 8, 26).

9 tiempo, no desearía de nuevo otras guerras. Al discurrir sobre esto conmigo mismo, descubría que la ciudad no podría estar tranquila de ninguna forma, a no ser que las principales ciudades se reconciliaran entre sí para llevar a la guerra a Asia, y quisieran obtener de los bárbaros las ganancias que ahora éstos pretenden de los griegos. Esto es lo que he aconsejado en el discurso del Panegírico [9].

10 Así pensé y por creer que nunca habría descubierto un argumento más bello que éste ni más común ni que más nos conviniera a todos nosotros, intenté escribir de nuevo sobre él. No desconocía mis circunstancias personales, sino que sabía perfectamente que este discurso requería no un hombre de mi edad sino en pleno vigor y de condiciones naturales superiores
11 a los demás. Pero veía que era difícil pronunciar bien dos discursos sobre el mismo argumento, sobre todo si el que divulgamos en primer lugar ha sido escrito de tal modo que los envidiosos nos imitan y lo admiran más aún que quienes lo aplauden exageradamente.
12 A pesar de ello, desprecié todas esas dificultades, y he llegado a ser tan ambicioso en mi vejez que quise en las palabras que te dirijo, señalar también y hacer evidente a mis discípulos que molestar en las fiestas solemnes y hablar a todos los que en ellas se encuentran no vale de nada [10], sino que tales discursos son tan inútiles como las leyes y las constituciones políticas escri-

[9] Cf. *Panegírico* 17.

[10] Mathieu, *Isocrate*..., IV, pág. 22, n. 2, se pregunta si hay aquí una alusión a los *Discursos Olímpicos* de Gorgias y Lisias. Preguntaríamos nosotros, ¿y por qué no al mismo Isócrates?, pues el término empleado por él es *panegýresis*, «fiesta solemne», de donde viene el título de su *Panegírico*. ¿Reconocería entonces Isócrates que su *Panegírico* fue una pérdida de tiempo?; podría ser, aunque no criticando su discurso (cf. parágrafo 11), sino la ocasión en la que lo dio a conocer.

tas por los sofistas [11]. Es preciso, por el contrario, que 13
quienes quieran no decir tonterías vanamente sino hacer algo de provecho y los que crean haber descubierto algún bien común a todos, dejen a otros pronunciar discursos en las fiestas solemnes y ellos se propongan hacerse con algún protector de entre los que pueden hablar y actuar y tienen gran fama, si es que algunos quieren prestarles atención. Tras pensar 14
esto, me decidí a contártelo, no porque buscara agradecimiento, aunque me gustaría muchísimo que mis palabras te fueran gratas, pues no tenía esto en el pensamiento. Veía que otros hombres famosos vivían sometidos a las ciudades y a las leyes [12], y que no les estaba permitido hacer otra cosa que lo ordenado y que incluso eran muy inferiores a los asuntos que se

[11] Un pasaje muy significativo. Las palabras «leyes» (*nómoi*) y «constituciones» (*politeiai*) recuerdan las famosas y monumentales obras de Platón, muerto en 347 a. C., un año antes de este discurso. Según Jaeger, *Paideia*..., pág. 854, Isócrates considera ahora a Platón como el gran teórico del estado aunque su pensamiento, desgraciadamente, sea irrealizable. Isócrates se desvía ahora de su antigua elocuencia panegírica, que ya no tendría resultado; la pretensión del orador es lograr una política realista. Los discursos panegíricos no guardan más relación con la política real que las Repúblicas y Leyes de los teóricos del estado, entre ellos, evidentemente Platón (Jaeger, *Paideia*..., pág. 868, n. 47).

Francamente, nosotros no vemos tal elogio a Platón, que es de nuevo tachado de sofista. El contraste «leyes»/«constituciones políticas» es señalado por Levi, *Isocrates*..., pág. 100, quien insiste en que *politeía* no puede traducirse por «constitución», si se entiende este término como «suma de leyes fundamentales».

[12] Evidentemente, Filipo no vive «sometido a las ciudades y a las leyes»; por eso es el mejor para dirigir la empresa panhelénica. Mathieu, *Isocrate*..., IV, pág. 23, n. 1, cree ver aquí una referencia a Timoteo y Arquidamo, en quienes durante cierto tiempo pensó Isócrates para que fueran los ejecutores del proyecto.

15 van a contar. Veía también que tú eras el único que tenías un completo poder concedido por la fortuna para enviar embajadores a los lugares que quisieras y recibirlos de quienes te pareciera, de decir lo que consideraras provechoso, y que, además, habías adquirido riqueza y poderío como ningún otro griego, únicas cosas reales capaces de convencer y obligar. Creo que ellas
16 son también necesarias para lo que voy a decir. Quiero aconsejarte, en efecto, que tomes a tu cargo la concordia de los griegos[13] y la expedición militar contra los bárbaros. Para los griegos es conveniente persuadirse, y útil el atacar a los bárbaros. Tal es la aspiración de todo mi discurso.

17 No vacilaré en exponerte detalladamente los motivos por los que se molestaron algunos de mis discípulos. Creo, en efecto, que será algo provechoso. Porque, después de aclararles yo que deseo enviarte un discurso no para hacer un alarde retórico ni para alabar las guerras que has llevado a cabo, cosa que otros harán, sino para intentar dirigir tu atención a hazañas más apropiadas, hermosas y útiles que las que ahora estás
18 emprendiendo, tuvieron tanto miedo de que me hubiera puesto fuera de mí debido a la vejez, que se atrevieron a increparme, cosa que nunca antes solían hacer. Decían que intentaba empresas extravagantes y muy insensatas: «Quieres enviar a Filipo un discurso para aconsejarle, a Filipo, que si antes pensaba ser inferior a alguno en inteligencia, ahora por la magnitud de sus éxitos es imposible que no crea que puede deliberar
19 mejor que los demás. Además, tiene a su lado a los macedonios más diligentes, que, como es natural, aunque sean inexpertos en otras cosas, conocen mejor

13 BRINGMANN, *Studien...*, señala que la concordia (*homónoia*) entre estados es análoga a la concordia entre los ciudadanos.

que tú lo que conviene a Filipo. También verías que muchos de los griegos que viven allí no son hombres despreciables ni insensatos[14], antes bien, si Filipo consultara con ellos, no haría menor su reino sino que conseguiría cosas dignas de envanecimiento. ¿Qué le falta 20
pues? ¿Acaso no ha conseguido que los tesalios, antiguos dominadores de Macedonia, se comporten con él tan amigablemente que cada uno de ellos confía más en Filipo que en sus conciudadanos? ¿No ha adherido a su alianza a las ciudades de aquel territorio que se portaron bien con él, y, en cambio, devastó las que le molestaron mucho?[15]. ¿No sometió a los magnetos, 21
perrebos y peonios, y a todos, él solo, los hizo súbditos suyos? ¿No ha sido dueño y señor de la mayoría de los ilirios, salvo de los que viven junto al Adriático? ¿No estableció como señores de toda Tracia a quienes quiso? Y si ha realizado tantas y tan importantes hazañas, ¿no crees que acusará de gran insensatez al que le envió un libro y que pensará que este individuo se engaña mucho en lo que se refiere al poder de sus discursos y a su propia inteligencia?». Cómo, tras oír 22
esto, me puse al principio fuera de mí y cómo, de nuevo, me recobré y respondí a cada uno de estos argumentos lo dejaré de lado para no dar a algunos la impresión de que me recreo por haberles replicado con suficiencia. Cuando reprendí con mesura, según me parece, a quienes se atrevieron a increparme, terminé por prometerles que el discurso sólo se lo mostraría a los ciudadanos y que no haría ninguna otra cosa a este respecto en contra de su opinión. Se fueron después 23

14 Pitón de Bizancio, Eumenes de Cardia y más tarde Aristóteles.

15 En el año 352 a. C. Filipo inicia una segunda fase de la expansión de Macedonia; Filipo ataca Tracia primero, luego la Calcídica, donde toma Estagira, patria de Aristóteles, el año 350 a. C., y Olinto el 348, quedando destruidas ambas ciudades.

de oír mis palabras, no sé con qué intenciones. Pero
no muchos días después, ya terminado el discurso, y
una vez se lo hube mostrado, cambiaron tanto que se
avergonzaban de su atrevimiento, se arrepentían de
todas sus palabras, reconocían que nunca habían come-
tido un error tan grande, se esforzaban más que yo en
que este discurso te fuera enviado y manifestaban la
esperanza de que no sólo me agradeceríais mis pala-
bras tú y la ciudad, sino todos los griegos.

24 Te he relatado esto para que, si algo de lo que se
dice al principio te parece increíble, imposible, o in-
conveniente para ti, no te enojes y rechaces lo que
queda, y que no te ocurra lo mismo que a mis discípu-
los, sino que lo soportes con tranquilidad, hasta oír la
totalidad de los argumentos. Creo, en efecto, que diré
25 algo que precisas y te conviene. Ciertamente no se me
ha pasado por alto cuánto se diferencian en su poder
de convicción los discursos que se pronuncian de los
que se leen, ni que todos han entendido que los pri-
meros se dicen cuando se trata de asuntos serios y
apremiantes y los segundos se escriben para hacer una
26 demostración y como ejercicio personal. Y no es iló-
gica su opinión. Pues cuando el discurso queda privado
de la fama del orador, de su voz y de las variaciones
que se producen en las declamaciones, así como de la
oportunidad y del esfuerzo de su ejecución, cuando
nada hay que coopere y ayude a convencer, sino que
queda abandonado y desnudo de todo lo antedicho, y
uno lo lee sin convicción y sin imprimirle carácter,
27 como si contase números, entonces es lógico, según
creo, que ese discurso parezca malo a los oyentes.
Eso es lo que más perjudicaría y daría peor fama a
quien ahora lo presenta. Porque no hemos adornado
el estilo de este discurso con las buenas cadencias y
variedades de estilo que yo mismo de más joven utilicé
y enseñé a otros, para que hicieran sus discursos más

gratos y también más convincentes. Nada de esto pue- 28
do hacer ya a causa de mi edad, sino que me basta
si puedo explicar los simples hechos. Creo que tam-
bién a ti te conviene olvidarte de todo lo demás y
prestar atención sólo a ellos. Así observarías con la
mayor exactitud y perfección lo que pudiéramos decir;
si suprimieras las molestias que causan los sofistas y 29
los discursos leídos, y recordando cada uno de ellos
los examinases en tu pensamiento, sin considerarlo
como accesorio ni con indiferencia, sino con reflexión
y filosofía, actividad de la que también tu tienes parte,
según dicen[16]. Pues al examinarlos así, deliberarías
sobre ellos mejor que si contaras con la opinión de
muchos. Esto es lo que quería advertirte. Pero voy a 30
hablar ya de los hechos en cuestión. Sostengo que te
es necesario, sin descuidar ningún asunto tuyo particu-
lar, que intentes reconciliarte a la ciudad de los argi-
vos, a la de los lacedemonios, a la de los tebanos y a
la nuestra. Si pudieras unirlas[17], sin dificultad lograrías
que las demás tuvieran el mismo parecer. Pues todas 31
las demás están sometidas a las ciudades referidas y,
cuando tienen miedo, se refugian y reciben ayuda de
cualquiera de ellas. Por eso, si convences a sólo cuatro
ciudades a ser benevolentes, librarás también a las
demás de muchos males.

Te darías cuenta de que no te conviene menospre- 32
ciar a ninguna de estas ciudades, si te remontaras a
sus actuaciones con tus antepasados. Descubrirás, en
efecto, que cada una os ha dado mucha amistad y los
más grandes beneficios. Argos es la patria de tus ante-

---

16 Elogios de Isócrates a la educación de Filipo (HEILBRUNN, «Isocrates»..., pág. 162, n. 31.

17 G. DOBESCH, *Der panhellenische Gedanke im 4. Jahrhundert vor Chr. und der «Philippos» des Isokrates*, Viena, 1968, página 133, destaca que aquí se habla claramente de armonía entre ciudades y ya no dentro de Atenas.

pasados [18] y es justo que tengas con ella el mismo cuidado que con tus mayores. Los tebanos honran el fundador de vuestro linaje con más procesiones y sacrifi-
33 cios que a los demás dioses [19], y, a los descendientes de aquél los lacedemonios les han concedido para siempre la realeza y el poder [20]. Y aquellos en quienes confiamos para los asuntos antiguos dicen que nuestra ciudad contribuyó a la inmortalidad de Heracles —de qué manera, lo puedes averiguar fácilmente, pero no es oportuno que yo lo diga ahora— y a la salvación
34 de sus hijos. Pues nuestra ciudad fue la única que se expuso a los mayores peligros ante el poder de Euristeo [21] e hizo cesar su grandísima insolencia y libró a las hijos de Heracles del miedo que siempre les acompañaba. Por estos hechos nos deben tener agradecimiento no sólo los salvados entonces, sino también los que ahora existen. Porque gracias a nosotros viven y gozan de sus bienes. En cambio, si no se hubieran salvado sus antepasados, ni siquiera vivirían.

35 Cuando todas las ciudades han realizado actos así, no te conviene tener nunca desavenencias con ninguna de ellas. Pero todos hemos nacido con más disposición para equivocarnos que para acertar. Por eso es justo considerar lo que ha ocurrido anteriormente como responsabilidades comunes, y debe vigilarse para el futuro que no ocurra algo semejante y examinar qué bien puedes hacer a las ciudades para demostrar que has

18 HERÓDOTO, VIII 137, nos dice que Pérdicas I, fundador de la dinastía argiva en Macedonia, era descendiente del héroe argivo Temeno (G. NORLIN, *Isocrates*..., I, pág. 264, n. a); para MATHIEU, *Isocrate*..., IV, pág. 27, n. 1, esta tradición se apoya en una identificación del Argos peloponesio y del Argos de Orestides, en Macedonia.

19 Las fiestas en honor de Heracles en Tebas eran muy famosas (JENOF., *Hel.* VI 4, 7).

20 Cf. *Panegírico* 62.

21 Cf. *Arquidamo* 42, y *Panegírico* 56, 58, 59 y 65.

hecho cosas dignas de ti y de lo que aquéllas realizaron. Y ahora tienes una ocasión. Pues cuando les des el 36
agradecimiento que debes, creerán, debido al largo tiempo transcurrido, que eres el primero en hacer beneficios. Y es una cosa hermosa dar la impresión de que haces bien a las grandes ciudades, lo que te ayuda a ti no menos que a aquéllas. Aparte de esto, si has tenido 37
algún disgusto con algunas, todo eso lo terminarás. Porque en las circunstancias presentes los beneficios hacen olvidar los mutuos errores pasados. Y es manifiesto que todos los hombres tienen el mejor recuerdo de quienes les trataron bien en las desgracias. Ves 38
cómo han sufrido a causa de la guerra y cómo se parecen a los que pelean en combate singular. Nadie podría separarlos cuando su odio aumenta, pero cuando mutuamente se maltrataron, ellos mismos se alejaron sin que nadie los separara. Eso es lo que creo que harán, si tú antes no te preocupas de ellas.

Quizá alguien se atrevería a oponerse a mis palabras, 39
diciendo que intento persuadirte a unas acciones imposibles. Pues nunca los argivos fueron amigos de los lacedemonios, ni los lacedemonios de los tebanos ni, en general, quienes están acostumbrados desde siempre a dominar, nunca tendrán los mismos derechos entre sí [22]. Pero yo creo que cuando nuestra ciudad 40
gobernaba a los griegos y luego otra vez la de los lacedemonios, nada progresó, porque fácilmente cada una de ellas fue obstáculo para cualquier tentativa. Ahora, en cambio, no pienso lo mismo. Sé que todas son igualadas por las desgracias y por eso creo que ellas preferirán las ventajas de la concordia a las ambiciones

22 Distinción entre «dominio» (*pleonexía*) e «igualdad de derechos» (*isomoría*). La democracia representa la igualdad de derechos, la oligarquía en cambio, el dominio (BRINGMANN, *Studien*..., pág. 24); Cf. También TUC., VI 39, 1 sigs.

41 de sus anteriores actuaciones[23]. Además, reconozco que ningún otro podría reconciliar a estas ciudades, cosa que a ti no te es difícil. Veo, en efecto, que tú has realizado muchas cosas que a otros parecen inesperadas e increíbles, de manera que no sería extraño que sólo tú pudieras unirlas. Es preciso que quienes destacan y sobresalen no intenten cosas semejantes a las que cualquiera conseguiría, sino aquellas que ningún otro podría intentar, a no ser quienes poseen unas dotes naturales y un poder semejante a ti.

42 Me causan admiración quienes piensan que es imposible realizar nada de esto, como si ellos mismos no supieran o no hubieran oído de otros que se han producido muchas y terribles guerras, y que quienes las hicieron cesar fueron los responsables de enormes bienes mutuos. ¿Qué enemistad puede superar a la que los griegos sintieron por Jerjes? Sin embargo, todos saben que nosotros y los lacedemonios preferimos su amistad[24] a la de quienes nos ayudaron a preparar el
43 imperio de cada uno de nosotros. ¿Para qué hablar de cosas antiguas y que se refieren a los bárbaros? Si alguien reuniera y examinase las desgracias de los griegos, descubriría que no son ni una parte de las que nos han sucedido por causa de los tebanos y lacedemonios. No fue lo menos cuando, al hacer los lacedemonios una expedición contra los tebanos con el deseo de causar daño a Beocia y dividir las ciudades[25], nosotros ayudamos a los tebanos y estorbamos los deseos
44 de aquéllos. Y de nuevo cuando cambió la suerte y

[23] Lo que Isócrates intentó en el *Panegírico*, reconciliar a Atenas y Esparta, ha sido imposible. Por eso recurre ahora a la intervención de un rey extranjero (HEILBRUNN, «Isocrates...», págs. 154 y 155).

[24] Referencia a la paz de Antálcidas.

[25] Se refiere a la expedición de Agesilao durante el año 378 a. C.

los tebanos y todos los peloponesios intentaron destruir Esparta, nosotros fuimos los únicos griegos que nos aliamos con los lacedemonios y ayudamos a su salvación. Sería un completo insensato quien al ver que 45
se producen cambios semejantes y que las ciudades no piensan ni en enemistad ni en juramento ni en otra cosa a no ser en lo que según su opinión les puede ayudar, y que sólo con esto se contentan y ponen en ello todo su empeño, no creyera que ellas piensan ahora lo mismo, sobre todo si tú estás al cuidado de su reconciliación, si su interés les convence y les obligan sus males actuales. Yo creo que esto te ayudará a que todo resulte convenientemente.

Considero que como mejor comprenderás si las 46
ciudades tienen entre sí intenciones pacíficas o belicosas es si explicáramos de modo no muy resumido ni tampoco con excesivo detalle los asuntos más importantes de su actual situación, y empezáramos por la de los lacedemonios.

Los lacedemonios, señores de los griegos hasta no 47
hace mucho tiempo, por tierra y por mar, han cambiado tanto después que fueron vencidos en Leuctra[26], que quedaron privados de su dominio sobre los griegos y perdieron hombres que prefirieron estar muertos antes que vivir sometidos a quienes antes mandaban. Además de esto, vieron que todos los peloponesios[27] 48
que antes les acompañaban contra otros, atacaban su tierra en compañía de los tebanos. Contra ellos se vie-

[26] La impresión causada por la derrota espartana en Leuctra (371 a. C.) fue enorme en toda Grecia; los admiradores del régimen político espartano, como Platón, Jenofonte, Aristóteles e Isócrates, la explicaron diciendo que Esparta no supo usar sabiamente su poder (JAEGER, *Paideia*..., pág. 897).

[27] Acompañaron al tebano Epaminondas los argivos, mesenios, tegeatas, megalopolitas, aseatas y palantieos; no fueron, por tanto, todos los peloponesios (JENOF., *Hel.* VII 5, 5).

ron obligados a correr tan gran peligro no en la tierra para defender los frutos sino en medio de la ciudad ante los mismos magistrados por sus hijos y mujeres, que habrían estado a punto de perecer si no hubieran
49 tenido éxito. Pero, aunque vencieron, no cesaron sus males, sino que son atacados por sus vecinos, abandonados por todos los peloponesios, odiados por la mayoría de los griegos. También les saquean día y noche sus propios servidores[28] y no pasa un día sin que hagan una expedición contra algunos o luchen contra otros o
50 ayuden a quienes de entre ellos pasan apuros. Y el mayor de sus males es lo siguiente: viven con el temor de que los tebanos, tras reconciliarse con los focenses[29], de nuevo marchen tierra adentro y les lancen a mayores desgracias de las que antes tuvieron. ¿Cómo no creer que quienes están en semejante situación no verán con gusto una paz impuesta por un hombre digno y que puede acabar con las guerras que sufren?

51 En cuanto a los argivos, verías que se encuentran en una circunstancia parecida a la que se ha dicho o aún peor. Porque desde que habitan su ciudad, están en guerra con sus vecinos, como los lacedemonios, pero con la diferencia de que aquéllos luchan contra pueblos más débiles que ellos, mientras que los argivos lo hacen contra pueblos más poderosos[30]. Todos reconocerían que éste es el mayor de los males. Tan mal les va en la guerra que falta poco para que cada año vean con impotencia su tierra destruida y saqueada.
52 Y lo peor de todo: cuando sus enemigos dejan de hacerles daño, ellos mismos matan a sus conciudadanos

28 Los hilotas, piensa G. NORLIN, *Isocrates...*, I, pág. 275, n. e; según MATHIEU, *Les idées...*, pág. 31, n. 5, se trata de los mesenios, liberados por Epaminondas.

29 Tebas fue el principal enemigo de los focenses en la Guerra Sagrada (356-346 a. C.).

30 Contra los espartanos precisamente.

más ilustres y ricos[31], y, al hacerlo, disfrutan tanto como ningún otro pueblo al matar a sus enemigos. La causa de que vivan con este desorden no es otra que la guerra. Si tú acabaras con ella, no sólo les librarías de esto sino que también conseguirías que tomaran mejores resoluciones sobre otros asuntos.

Tampoco ignoras cómo están las cosas de los teba- 53
nos. Después de haber vencido en un glorioso combate y haber ganado con él un enorme prestigio[32], por no haber utilizado bien estos éxitos, no se encuentran mejor que quienes fueron vencidos y tuvieron mala suerte. Pues no terminaron de vencer a sus enemigos cuando, despreocupados de todo, molestaban a las ciudades del Peloponeso, se atrevían a esclavizar Tesalia, amenazaban a sus vecinos los megarenses, quitaban a nuestra ciudad una parte de su territorio, saqueaban Eubea, enviaban trirremes a Bizancio para mandar por tierra
y por mar[33]. Finalmente llevaron la guerra a los focen- 54
ses como si fueran a conquistar en breve tiempo sus ciudades, a apoderarse de todo el territorio circun-

31 Según DIODORO, XV 57, 58, el año 370 a. C. fueron asesinados en Argos un gran número de ciudadanos. Durante esta época la inestabilidad política en el Peloponeso entre oligarquías y democracias, o mejor entre pro-espartanos y pro-atenienses, fue absolutamente general.

32 La batalla de Leuctra.

33 A finales del año 370 a. C. el tebano Epaminondas invade el Peloponeso, respondiendo a una llamada de los arcadios, en guerra con Esparta. Epaminondas llegó hasta los suburbios de Esparta, que se salvó gracias a Agesilao, pero perdió Mesenia, estado independiente el año 369 a. C. Epaminondas realizó otras dos invasiones (año 369 y 367 a. C.) sin resultados importantes; sin embargo, el año 364, en una única expedición marítima, los tebanos consiguieron apartar de la alianza con Atenas a Bizancio, Quíos y Rodas. La última expedición tebana contra el Peloponeso terminó el año 362 a. C. con la batalla de Mantinea, sin que ni los beocios ni la coalición espartanos —mantineos, lograran un resultado cierto.

dante y a aventajar las riquezas de Delfos con sus propios recursos. Pero nada de esto les sucedió, sino que, en lugar de conquistar las ciudades de los focenses, han perdido las suyas propias[34], y, al atacar la tierra enemiga, hicieron menos daño del que sufrieron
55 cuando los enemigos vinieron contra la suya. Pues en Focea matan a algunos mercenarios para quienes es más ventajoso morir que vivir, pero al retirarse pierden a sus hombres más prestigiosos y más dispuestos a morir por su patria. Pero su situación sufrió tal revés que, después de esperar que todos los griegos estuvieran bajo su dominio, ahora tienen puesta en ti sus esperanzas de salvación. Por eso creo que rápidamente harán lo que tú les ordenes y aconsejes.

56 Nos quedaría hablar aún sobre nuestra ciudad si no hubiera sido más sensata que las demás al hacer la paz la primera. Ahora creo que ella te ayudará en lo que hagas, sobre todo si pudiera tener conciencia de que organizas esto como preparación a la expedición contra los bárbaros.

57 Creo que por lo dicho te resultará evidente que no te es imposible coaligar a estas ciudades. Pues bien, que lo harás aún más fácilmente, pienso explicártelo con muchos ejemplos. Porque si se viera que algunos de los antecesores no intentaron acciones más hermosas ni más sagradas que las que hemos aconsejado, pero realizaron cosas mayores y más difíciles que éstas, ¿qué argumento les quedará a quienes objetan que tú harás lo fácil en más tiempo que aquéllos lo difícil?[35].

58 Examina en primer lugar la actividad de Alcibíades[36]. Cuando él fue desterrado de entre nosotros, veía

[34] Orcómeno, Coronea y Corsia.
[35] Elogio encendido de las cualidades militares de Filipo.
[36] Es una crítica, suave desde luego, de Alcibíades; cf. con

que quienes habían sufrido la misma desgracia antes que él estaban abatidos debido al poder de la ciudad. Sin embargo no tuvo la misma manera de pensar que aquéllos, sino que, por creer que debía intentar volver
a la fuerza, decidió hacer la guerra a la ciudad. Si al- 59
guien intentase contar uno por uno todos los sucesos de entonces no podría hacerlo con exactitud, y quizá molestaría en la situación presente. Pero Alcibíades llevó tanto desorden no sólo a la ciudad, sino a los lacedemonios y a los demás griegos, que nosotros sufrimos lo que todos saben y los demás cayeron en males
tan grandes que ni siquiera ahora han desaparecido 60
las desgracias que por aquella guerra ocurrieron en las ciudades. Los lacedemonios, que entonces tenían fama de afortunados, se encuentran en su actual calamidad por culpa de Alcibíades. Porque, persuadidos por él, desearon el dominio del mar, y perdieron su hegemonía
terrestre, de forma que no podría demostrarse que 61
miente quien diga que el comienzo de los presentes males de los lacedemonios fue cuando lograban el dominio del mar[37]. Alcibíades, tras causar males tan grandes, regresó a la ciudad con un gran prestigio, pero sin contar con el aplauso de todos. Conón, no muchos
años después[38], hizo todo lo contrario. Pues, vencido 62
en el combate naval del Helesponto[39] no por su culpa sino por la de sus colegas, sintió vergüenza de volver a la patria y navegó a Chipre donde pasó un tiempo dedicado a sus asuntos[40]. Pero al enterarse de que Agesi-

las alabanzas que Isócrates le dirigió en *Sobre el tronco de caballos*.
[37] El mismo juego de palabras con los dos significados de *archḗ* («dominio» y «principio») se encuentra en *Panegírico* 119, y *Sobre la paz* 101.
[38] Las hazañas de Conón se enumeran en *Panegírico* 142 y siguientes.
[39] Egospótamos.
[40] Cf. *Evágoras* 52 y sigs.

lao había pasado a Asia con fuerzas importantes y de
que saqueaba el territorio, tuvo tanto atrevimiento
63 que, sin tener otro recurso que su persona y su inteli-
gencia, esperó abatir a los lacedemonios, señores en-
tonces de los griegos por tierra y mar, y envió emba-
jadores a los generales del rey persa prometiendo que
lo haría. ¿Para qué hablar más? Fue reunida una flota
cerca de Rodas para Conón y, tras vencer a los lacede-
monios en combate naval [41], les expulsó de su dominio,
64 liberó a los griegos y no sólo restauró las murallas de
su patria sino que devolvió a la ciudad la misma glo-
ria de la que había caído. ¿Quién pudo suponer que
un hombre tan abatido daría la vuelta a los asuntos
de Grecia, deshonraría a unas ciudades griegas y a
otras las haría predominar?

65 Dionisio [42] —quiero convencerte con muchos argu-
mentos de que es fácil la empresa a la que te estoy invi-
tando—, que era entre los siracusanos un individuo
insignificante por su nacimiento, su fama y todo lo de-
más, deseó la monarquía de manera absurda y extra-
viada y se atrevió a hacer todo lo que le llevaría a este
poder: se apoderó de Siracusa, conquistó todas las ciu-
dades griegas de Sicilia y se rodeó de tanta fuerza
terrestre y marítima como ningún hombre de los que
66 vivieron antes que él [43]. También Ciro, para que conoz-
camos lo que sucede entre los bárbaros, fue abando-
nado por su madre en un camino, y, recogido por una
mujer persa, cambió tanto su situación que llegó a ser
señor de toda Asia [44].

41 Batalla de Cnido, año 394 a. C.

42 Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa entre los años 406-367 a. C.

43 Según Diodoro, XIV 42, las fuerzas de Dionisio comprendían unas trescientas naves y unos veinte mil hombres.

44 Ciro el grande, fundador del imperio persa; cf. *Evágoras* 31; sobre la leyenda de su exposición véase Heródoto, I 108 y 112.

Por eso, si Alcibíades, un desterrado, Conón, en ple- 67
no infortunio, Dionisio, un hombre vulgar, y Ciro, que
tuvo un nacimiento tan miserable, llegaron a tanto y
realizaron tales hazañas, ¿cómo tú no vas a esperar
organizar con facilidad todo lo que antes se ha dicho,
si has nacido de tales padres, si eres rey de Macedonia
y señor de tantos?

Mira que vale la pena intentar con afán estas empre- 68
sas porque, si triunfas en ellas, adquirirás un prestigio
comparable a los primeros, y, si fracasas en tus espe-
ranzas, al menos conseguirás el afecto de los griegos,
adquisición mucho más hermosa que conquistar por la
fuerza ciudades griegas [45]. Pues tales acciones producen
odio, enemistad y muchas maldiciones, mientras que
a las que nosotros hemos aconsejado nada de esto les
corresponde. Si algún dios te dejara elegir aquello en
cuya ocupación y cuidado desearías pasar tu vida, no
escogerías ninguna otra mejor que ésta, si atendieras
mis consejos. Pues no sólo serías envidiado por los de- 69
más sino que tú mismo te felicitarías. Porque, ¿quién
podría esperar tanta felicidad cuando lleguen como em-
bajadores ante tu reino los más ilustres de las ciudades
más importantes y deliberes con ellos sobre la salvación
común, que será tarea tuya más que de ningún otro? [46].
¿Y cuando sepas que toda Grecia es próspera gracias a 70
tus consejos, que nadie tiene en menos tus decisiones,
sino que unos preguntan cómo están las cosas, otros
suplican que no fallen tus planes, y otros desean que
no te ocurra nada antes de que finalices tus hazañas?
Si las cosas están así, ¿cómo no vas a estar lógica- 71

45 La misma idea aparece en la *Carta II a Filipo* 21.

46 Mathieu, *Les idées...*, pág. 213, destaca que este ideal de Isócrates se cumplirá en la liga de Corinto, dirigida por un consejo (*synédrion*) de delegados de las ciudades griegas; podía ser una imitación del *synédrion* de la segunda confederación ateniense.

mente orgulloso? ¿Cómo no pasarás una vida muy alegre al ver que te has hecho guía de empresas tan importantes? ¿Qué hombre medianamente inteligente no te animaría a alegir unas actividades que pueden reportarte un doble fruto, placeres extraordinarios y honores imborrables?

72 Me bastaría lo que ya he dicho sobre estos temas si no hubiera descuidado un argumento, no por olvido sino por no atreverme a decirlo, aunque me parece que lo voy a aclarar ahora. Pues creo que te conviene oírlo y a mí también me viene bien hablarte con la franqueza que acostumbro.

73 Sé que eres difamado por los que te odian, gente que también acostumbra a sembrar el desorden en sus propias ciudades, que piensa que es una guerra contra sus intereses particulares una paz común para los demás. Ellos, despreocupándose de todo lo demás, dicen que tu poderío se incrementa en provecho propio y no para defensa de Grecia, que tú conspiras contra
74 todos nosotros desde hace mucho tiempo[47], que de palabra estás dispuestos a socorrer a los mesenios[48] cuando administras los asuntos de los focenses, pero, de hecho, pones al Peloponeso bajo tu dominio. Dicen que te pertenecen los tesalios, los tebanos, y que están dispuestos a seguirte todos los que participan de la Anfictionía[49], que los argivos, los mesenios, los megalopolitas y otros muchos también están decididos a lu-

---

47 Como caudillo y árbitro, Filipo no debe violar la autonomía de las ciudades griegas (cf. DOBESCH, *Der panhellenische...*, págs. 97 y 102 sigs.). La acusación sin duda venía de Demóstenes.

48 PAUSANIAS, IV 28, 2, nos dice que los mesenios tenían alianza con Filipo durante su guerra contra Esparta.

49 La Anfictionía era una federación de ciudades griegas bajo la protección del oráculo de Delfos. En ella fue admitido Filipo el año 346 a. C.

char a tu lado y a destruir a los lacedemonios. Que, si hicieras esto, fácilmente dominarías a los demás griegos. Al decir esto a tontas y a locas, sostener que 75
lo saben con exactitud y revolver rápidamente todo con su palabra, convencen a muchos, sobre todo a quienes desean las mismas desgracias que los oradores y también a quienes no razonan para defender los asuntos comunes, sino que están completamente embotados y muestran mucho agradecimiento a quienes fingen recelar y temer por ellos. Convencen incluso a quienes no rechazan la impresión de que conspiras contra los griegos, sino que consideran esta acusación como algo deseable. Y éstos están tan lejos de ser in- 76
teligentes que no saben que, utilizando palabras idénticas, cualquiera dañaría a unos y beneficiaría a otros. Es como si ahora alguien dijera que el rey de Asia conspira contra los griegos y prepara una expedición contra nosotros, y no diría con esto nada malo de él, sino que conseguiría que pareciera más enérgico y estimable. Pero si esta inculpación se le hiciera a uno de los descendientes de Heracles, que fue el benefactor de toda Grecia, le causaría el mayor deshonor. Porque 77
¿quién no se indignaría y tendría odio si se viera que conspira contra los mismos por quienes su antecesor decidió correr peligros, que no intenta conservar el afecto que aquél dejó a sus descendientes y que, despreocupándose de esto, desea cosas censurables y malvadas?

Es necesario que al reflexionar sobre esto no veas 78
con indiferencia este rumor que crece alrededor de ti, rumor que los enemigos desean atribuirte, y ninguno de tus amigos se atrevería a contradecir para defenderte. Y en lo que te conviene podrías ver muy bien la verdad en las opiniones de ambos.

Quizá piensas que es una mezquindad inquietarse 79
por los difamadores, los frívolos y los persuadidos por

éstos, sobre todo cuando sabes muy bien que no has cometido un error. Pero no hay que despreciar a la masa ni valorar en poco el estar bien considerado por todos, sino que debes de pensar que tendrás un prestigio bueno y grande, conveniente para ti, tus antepasa-
80 dos y vuestras empresas, cuando pongas a los griegos en la misma situación que ves que los lacedemonios tienen con sus reyes y tus camaradas contigo. No es difícil que esto suceda si quisieras ser sociable con todos y dejaras de tratar amistosamente a unas ciudades y a otras con hostilidad, y, además, si te decidieras a ejecutar empresas que te harán merecer la confianza de los griegos y el temor de los bárbaros.

81 Y no te admires de que, igual que escribí a Dionisio cuando logró la tiranía, te haya hablado con más audacia que otros sin ser general ni orador ni gobernante. Pues yo fui el más inepto de todos los ciudadanos en lo que se refiere al gobierno. Porque no tuve voz suficiente ni el atrevimiento que permite tratar con la muchedumbre, insultar y vituperar a quienes van y
82 vienen por la tribuna. Pero la inteligencia y la buena educación, aunque alguno dirá que este argumento es más vulgar, las disputo y me pondría a mí mismo en comparación con los más aventajados, no con los peores. Por eso intento aconsejar en la forma que me es propia y puedo, a la ciudad, a los griegos y a los hombres más renombrados [50].

83 Acabas de oír lo que me atañe y lo que debes hacer con los griegos. En lo que se refiere a la expedición militar hacia Asia, aconsejaremos a las ciudades que,

[50] Isócrates puede aconsejar a Filipo por la fuerza que le da su educación e inteligencia, aunque tenga deficiencias en política y ciencia militar. Este pasaje marca la transición entre los dos temas: Filipo pacificador de Grecia y Filipo caudillo de la guerra contra Persia (HEILBRUNN, «Isocrates...», págs. 155 y 163). La *phýsis* y la *dýnamis* derivan de la *paideía*.

según dije, debes reconciliar, cómo deben hacer la guerra a los bárbaros [51], cuando veamos que están concordes, pero ahora te hablaré a ti en particular aunque no con la misma intención que tenía en aquella edad cuando escribí sobre este mismo tema. Porque enton- 84
ces aconsejaba a mis oyentes que se rieran de mí y me despreciaran si se veía que mi discurso era indigno del tema, de mi renombre y del tiempo que había empleado en escribirlo. Ahora, en cambio, temo hablar de manera muy inferior a todos mis discursos anteriores. Pues, entre otros, el discurso llamado «Panegírico», que hizo más diestros a otros que se dedican a la filosofía me ha ocasionado un gran apuro. Porque ni quiero repetir lo que quedó escrito en aquél ni puedo ya buscar nuevas expresiones. Pero no hay que aban- 85
donar, sino decir sobre el tema que elegí lo que pueda encontrarse y ayudar para persuadirte a ejecutar estas cosas. Si descuido algo y no puedo escribir de la misma forma que en mis obras publicadas anteriormente, creo al menos que esbozaré con gracia para quienes puedan acabar la obra y esforzarse en ella.

Creo que el comienzo del conjunto del discurso lo 86
he hecho como conviene a quienes aconsejan marchar en expedición contra Asia. Porque no se debe actuar si antes no se consigue que los griegos cooperen o que muestren muy buena disposición para estas empresas [52]. Agesilao, que parecía el más sensato de los lacedemonios, menospreció esto, no por maldad sino por ambición [53]. Pues tuvo dos deseos, ambos hermosos, pero 87

[51] Este será el tema que Isócrates tratará en el *Panatenaico*.
[52] HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 156, señala que el argumento pacifista, expuesto en *Sobre la paz* 136-141, y el pro-bélico del *Panegírico* se conectan con la condición previa de que Filipo dirija las fuerzas griegas y la colonización junto con la guerra.
[53] Esta crítica a Agesilao vuelve a aparecer en la *Carta a Arquidamo* 13.

no ajustados entre sí e imposibles de realizarse simultáneamente. Había determinado hacer la guerra al rey y devolver a sus camaradas a sus ciudades y hacerles señores de ellas. Ocurrió que por su actividad en defensa de sus camaradas puso a los griegos en males y peligros, y que, debido al desorden producido aquí, no tuvo descanso ni pudo pelear contra los bárbaros.
88 De forma que por las equivocaciones de aquella época es fácil comprender que quienes deliberan correctamente no deben llevar la guerra contra el rey antes de reconciliar a los griegos y de hacer cesar la locura en la que están sumidos. Esto es lo que te hemos aconsejado.

89 Sobre esta cuestión ninguna persona inteligente se atrevería a contradecirme, pero creo que si a algunos les diera por aconsejar sobre la expedición a Asia, exhortarían diciendo que cuantos intentaron guerrear contra el rey pasaron todos de desconocidos a ilustres, de pobres a ricos, de modestos a señores de muchas
90 tierras y ciudades. Yo no te voy a animar con cosas así, sino con quienes parece que tuvieron mala suerte, me refiero a los que hicieron la expedición militar con Ciro y Clearco [54]. Está reconocido que aquellos obtuvieron tal victoria al luchar contra toda la fuerza del rey como si hubieran atacado a sus mujeres y que, cuando parecía que ya eran dueños de los asuntos, fracasaron por causa de la precipitación de Ciro. Pues por estar muy alegre y alejarse mucho de los demás, se encon-
91 tró en medio de los enemigos y pereció. Pero, a pesar de que ocurrió tal desgracia, tanto despreciaba el rey a la fuerza militar que le rodeaba que invitó a Clearco y a los demás generales a una conferencia y prometió darle grandes dádivas y enviar a los demás soldados la

54 Referencia a la expedición de los diez mil; cf. JENOF., *Anábasis*; el mismo tema aparecía en *Panegírico* 145-149.

paga completa y, engañándolos con tales esperanzas y las garantías que allí se consideran más grandes, los mató tras reunirlos y prefirió pecar contra los dioses antes que atacar a unos soldados que estaban tan indefensos. ¿Qué exhortación podría haber más hermosa 92
y fiable que ésta? Pues se ve que aquéllos habrían dominado el imperio del rey de no ser por Ciro. No es difícil que tú evites la desgracia que entonces se produjo y que prepares con facilidad una fuerza militar mucho más poderosa que aquella que venció al ejército del rey. Y si existen estas dos cosas, ¿cómo no va a haber que confiar al hacer esta expedición?

Nadie sospeche que quiero ocultar que he mostra- 93
do algunos argumentos de la misma manera que antes. Pues, tras detenerme en las mismas ideas, decidí no pasar trabajos para procurar decir de otro modo lo que ya había aclarado bien. Porque si hiciera un discurso de aparato, intentaría evitar todo esto, pero, 94
como te estoy aconsejando, sería necio si consumiera más tiempo en el estilo que en los temas, sobre todo si al ver a otros usar mis obras yo fuera el único que me abstuviera de emplear esas palabras mías anteriores [55]. Quizá usaría mis argumentos si la situación fuera muy apremiante y conveniente, pero no aceptaría los ajenos como tampoco hice en el pasado [56].

Así son las cosas. Pero me parece que tras esto hay 95
que hablar sobre los preparativos que tú tendrás y sobre los que tuvieron quienes fueron con Ciro. Lo más importante es que tendrás a los griegos bien dispuestos si quisieras perseverar en lo que hemos dicho sobre

55 Prácticamente Isócrates dice lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 74.

56 MATHIEU, *Isocrate...*, IV, pág. 44, n. 1, cree que con estas palabras Isócrates quiere contestar a quienes buscaban el origen de sus ideas políticas en los *Discursos Olímpicos* de GORGIAS y LISIAS.

ellos, mientras que aquéllos contaban con su mayor aborrecimiento, debido a las decarquías establecidas por los lacedemonios. Los griegos creían que si Ciro y Clearco tenían éxito, los esclavizarían más aún, pero que si el rey triunfaba, cesarían sus males de entonces.
96 Y esto es lo que les ocurrió. En cuanto a soldados, tú reclutarás tantos voluntarios como quieras. Pues las cosas de Grecia están en tal situación que es fácil reunir un ejército más numeroso y fuerte con vagabundos que con ciudadanos. En aquellos tiempos no había un cuerpo de tropas mercenarias y por eso, al verse obligados a reclutar gente de las ciudades, gastaban más en regalos para los reclutadores que en la
97 paga de los soldados[57]. Y si quisiéramos examinar en detalle y compararte a ti, que vas ahora a dirigir la expedición y a tener poder decisorio sobre todo, con Clearco, el que estuvo al frente de aquella acción, encontraremos que aquél nunca antes dirigió un ejército naval ni terrestre y si se hizo famoso fue por el desas-
98 tre que sufrió en el continente. Tú, en cambio, has realizado tan grandes cosas que sería hermoso descubrirlas si dirigiera mis palabras a otros, pero como te hablo a ti, daría con justicia la impresión de ser necio e indiscreto si te contara tus propias hazañas.
99 Merece la pena acordarse de ambos reyes, de éste contra el que te aconsejo marchar y de aquél con quién Clearco guerreó, para que conozcas la manera de pensar y la fuerza de cada uno. El padre del rey actual venció a nuestra ciudad[58] y a la de los lacedemonios,

[57] Los griegos que marcharon con Clearco cobraban una soldada; es cierto que al enterarse de que aquello no era un paseo militar sino una guerra entre Ciro y Artajerjes, pidieron un aumento de paga; cf. JENOF., *Anáb.* IV 11.

[58] Artajerjes II comenzó a reinar el año 405 a. C., el mismo de la derrota ateniense en Egospótamos; no pudo, por tanto, ayudar decisivamente a Esparta contra Atenas.

pero éste[59], en cambio, nunca se impuso sobre ninguna de las expediciones que destruyen su territorio. Ade- 100
más, el primero obtuvo toda Asia de los griegos mediante tratados[60], pero el segundo tan lejos está de mandar sobre otros que ni siquiera es dueño de las ciudades que se le entregaron. Por eso cualquiera dudaría si hay que pensar que el rey renunció a ellas por cobardía o son ellas las que han despreciado y desdeñado el poder bárbaro.

Al estar así la situación en el país, ¿quién, al saber- 101
lo, no se animaría a pelear contra el rey? Porque en aquel tiempo, Egipto había hecho defección, pero tenían miedo de que si el rey en persona hacía una expedición se impondría a las dificultades producidas por el río y a todos sus otros preparativos. Pero ahora el rey les libró de este temor. Porque después de haber preparado la mayor fuerza militar que pudo y de marchar contra ellos, volvió de allí no sólo vencido sino ridiculizado y dando la sensación de que era indigno de reinar y de dirigir un ejército. Los territorios de 102
Chipre, Fenicia y Cilicia, y el lugar de donde obtienen la flota, eran entonces del rey, pero ahora unos hicieron defección, otros se encuentran en guerra y en tantos males que ninguno de estos pueblos le serán de utilidad, lo que te será conveniente si quieres guerrear contra él. Idrieo[61], el más rico de los reyes que hay 103
ahora en el continente, es lógico que sea más hostil con las empresas del rey que quienes le hacen la guerra. De no ser así, Idrieo sería el más criminal, si no quisiera derribar el imperio que ultrajó a su hermano, le hizo la guerra a él mismo, conspira siempre contra él y quiere hacerse dueño de su persona y de todas sus

[59] Artajerjes III, rey de Persia entre 359 y 339 a. C.

[60] La paz de Antálcidas.

[61] Idrieo, hermano de Mausolo, le sucedió el año 353 a. C.

104 riquezas. Como tiene miedo ahora, está obligado a servir al rey y a enviarle cada año más riquezas. Pero si tú pasaras al continente, aquél lo vería con gusto, al pensar que vienes a ayudarle, y alejarías del rey a otros muchos sátrapas si les prometieras la libertad y difundieras por Asia esta palabra, la cual, cuando se extendió a los griegos, derribó nuestro imperio y el de los lacedemonios[62].

105 Todavía intentaría aconsejarte sobre la clase de guerra con la que más rápidamente vencerías a la fuerza militar del rey. Pero temo ahora que algunos nos censuren, si me atreviera a aconsejarte a ti, que has realizado las más importantes y mayores hazañas en la guerra, yo que nunca he manejado asuntos militares. Por eso creo que no hay nada más que hablar sobre este asunto. Pero, sobre los demás, pienso que tu padre, que el fundador del reino y el primero de la dinastía, si a este último se le permitiera y los otros dos tuvieran esa posibilidad, te darían los mismos con-
106 sejos que yo. Me sirve como prueba lo que aquéllos han hecho. Tu padre tuvo buenas relaciones con todas estas ciudades que te animo a atender. El que adquirió vuestro imperio pensó más en sus conciudadanos que en su propio deseo de ser monarca, pero no pensó
107 igual que quienes tienden a ambiciones parecidas. Porque estos últimos adquirieron este honor provocando en sus propias ciudades revueltas, desórdenes y matanzas, pero aquél se despreocupó totalmente del territorio griego y buscó establecer el reino en Macedonia[63].

62 En los años 337 y 302 a. C. se estipuló una exención de tributos para las ciudades griegas de Asia Menor; era la idea que aquí está exponiendo Isócrates.

63 Filipo, como descendiente del arquetipo heroico que es Heracles puede ejercer, igual que él, un poder despótico sobre pueblos no griegos acostumbrados a ser tratados así (HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 161).

Sabía, en efecto, que los griegos no están acostumbrados a soportar las monarquías, pero que otros no pueden administrar su vida sin esta dominación. Y ocu- 108
rrió que, a causa de su singular conocimiento sobre esto, su reino resultó muy diferente de otros. Porque fue el único griego que quiso mandar sobre un pueblo de origen diferente, y el único que pudo escapar a los peligros que hay en las monarquías. Veríamos que quienes han hecho algo parecido entre los griegos, no sólo perecieron ellos mismos, sino que su propia familia desapareció de entre los hombres. En cambio aquél pasó su vida en la felicidad y dejó a su familia los mismos honores que tuvo.

Sobre Heracles los demás continúan cantando su 109
valor y enumerando sus trabajos, pero ningún poeta ni prosista ha recordado jamás sus otras cualidades espirituales[64]. Yo creo que esta oportunidad es mía y que está totalmente inexplorada, que no es tarea pequeña ni inútil sino llena de muchos elogios y de hermosas acciones, y que requiere a alguien capaz de explicarla dignamente. Si me hubiera encargado de esta tarea 110
cuando era más joven, habría demostrado con facilidad que vuestro antepasado aventajó a sus antecesores en inteligencia, honor y justicia más que en fuerza física. Pero ahora que llegué a ello y vi la cantidad de cosas que hay que decir, me reproché mis pocas fuerzas y me di cuenta de que resultaría un discurso doble al que ahora te estoy leyendo. Por estos motivos me aparté de otros temas y tomé sólo una acción que se acomodara y conviniera a mis palabras anteriores y que también fuera muy apropiada al tema actual.

64 Es constante en Isócrates el empleo de la mitología para dar un motivo legendario a su idea política y justificarla; Heracles hace aquí un papel paradigmático de protector, lo mismo que ocurría con Helena en la guerra de Troya y con Agamenón en el *Panatenaico* 76 sigs.

111 Heracles[65], al ver que Grecia estaba llena de guerras, revueltas y de muchas otras calamidades, hizo cesar esto y reconcilió a las ciudades entre sí. Señaló a la posteridad con quiénes conviene hacer la guerra y contra qué enemigos. Hizo una expedición contra Troya, entonces la mayor potencia de Asia, y tanto se destacó por su estrategia de los que después hicie-
112 ron esta guerra, que estos últimos con dificultad la conquistaron en diez años contando con el poder de Grecia, pero Heracles fácilmente la tomó por la fuerza en diez días o menos, y con pocos compañeros[66]. Tras esto, mató a todos los reyes de los pueblos que habitan una y otra ribera del continente[67]. Y no los habría podido tomar si no se hubiera impuesto sobre su poder. Cuando realizó estas hazañas, levantó las columnas llamadas de Heracles, trofeo sobre los bárbaros, recuerdo de su virtud y de los peligros corridos, y límites del territorio griego.

113 Te he explicado esto para que sepas que con mi discurso te estoy invitando a unas acciones que tus antepasados eligieron claramente con sus actos como las más hermosas. Es necesario que todos los inteligentes tomen como modelo al más fuerte e intenten emularle, y esto sobre todo te conviene a ti. Porque, al no ser preciso que tomes ejemplos ajenos sino propios, ¿cómo no es lógico que te animes y rivalices para
114 hacerte semejante a tu antepasado? No digo que podrás imitar todas las hazañas de Heracles —pues algunos de los dioses tampoco podrían[68]— sino que, al

[65] Mathieu, *Les idées*..., pág. 27, señala que Isócrates toma de Lisias (*Olímpico* 1-2) el elogio de Heracles, presentado como primer campeón de la unidad griega.

[66] Cf. *Panegírico* 83, y *Evágoras* 65.

[67] Todos reyes bárbaros: Diomedes de Tracia, el asiático Sarpedón, el egipcio Busiris, etc.

[68] El elogio desmesurado (y poco acorde con el espíritu grie-

menos, podrías equipararte a sus decisiones en lo tocante a su carácter, su filantropía y la benevolencia que sentía hacia los griegos. Si haces caso a mis palabras alcanzarás la fama que tú quieres. Porque es más 115
fácil adquirir desde la situación presente el prestigio más hermoso que conseguir el que ahora disfrutas por la herencia que recibiste. Mira que te estoy invitando a acciones por las que harás una expedición militar no con los bárbaros para atacar a quienes no es justo hacerlo, sino con los griegos contra pueblos a quienes conviene que ataquen los descendientes de Heracles.

Y no te sorprendas de que a lo largo de todo mi 116
discurso intente persuadirte a que hagas beneficios a los griegos y a ser afable y humanitario. Pues veo que la dureza es perjudicial para los que la tienen y para quienes la soportan, mientras que la afabilidad está bien considerada no sólo entre los hombres sino entre todos los seres vivos, y que a los dioses que nos origi- 117
nan bienes les llamamos Olímpicos, mientras que los que se han encargado de las desgracias y castigos tienen nombres peores. A los primeros, los particulares y las ciudades les construyen templos y altares, pero los segundos no son honrados en las súplicas ni en los sacrificios sino que nosotros les hacemos conjuros[69].
Al pensar en esto, es necesario que te acostumbres y 118
te preocupes para que todos tengan esa opinión de ti incluso más que ahora. Quienes desean un renombre mayor al de los demás deben proponerse unas hazañas posibles pero acomodadas a lo que se desea, y buscar el ejecutarlas según se presenten las ocasiones[70].

go) de Isócrates a Filipo es sin duda un camino hacia la futura apoteosis de los monarcas helenísticos.

[69] Referencia a las divinidades subterráneas como Hades, Poseidón, etc.

[70] Según Kennedy, *The Art*..., pág. 196, esto es la plena admisión del oportunismo político.

119 Por muchos ejemplos comprenderías de qué forma hay que actuar, pero sobre todo por lo que le ocurrió a Jasón[71]. Pues aquél, que no había realizado ninguna empresa semejante a las tuyas, alcanzó un enorme prestigio no por lo que hizo sino por lo que dijo. Hablaba, en efecto, de que pasaría al continente y haría la
120 guerra al rey. Y puesto que Jasón, utilizando sólo la palabra, tanto aumentó su prestigio, ¿qué opinión hay que esperar que tengan todos de ti, si hicieras esto e intentases sobre todo destruir todo el reino persa, o, si no, deslindar el mayor territorio posible y partir Asia, como dicen algunos, desde Cilicia a Sínope[72], y además adquirir ciudades en este lugar y establecer a quienes ahora andan errantes por la falta del sustento
121 cotidiano y hacen daño a quienes encuentran? Si no hacemos cesar su crecimiento procurándoles unos medios de vida suficientes, sin darnos cuenta se harán tan numerosos que resultarán no menos temibles para los griegos que para los bárbaros. De no tenerlos en consideración, ignoraremos un temor general y un peli-
122 gro que crecerá contra todos nosotros. Corresponde a un hombre ambicioso, amigo de los griegos, y que mire con su pensamiento más lejos que otros, utilizar a estos hombres contra los bárbaros, apropiarse de tanta tierra como antes hemos dicho para liberar a éstos que viven como mercenarios, de los males que tienen y causan a otros, para organizar con ellos ciudades, limitar con ellas a Grecia y colocarlas como defensa de

[71] Jasón de Feras, en Tesalia, tirano de su ciudad entre los años 380 a 370 a. C.; como decíamos en la introducción a este discurso, es posible que Isócrates le escribiera una carta, no conservada. De su proyectada expedición contra Persia nos habla también JENOF., *Hel.* I 12.

[72] En *Panegírico* 162, la expresión es «desde Cnido hasta Sínope».

todos nosotros[73]. Si realizaras esto, no sólo harías feli- 123
ces a aquéllos sino que a todos nosotros nos darías la seguridad[74]. Y si fracasaras, al menos conseguirías con facilidad la liberación de las ciudades establecidas en Asia. Pero por lo que puedas hacer o sólo intentar es seguro que serás mejor considerado que otros y con justicia, si tú mismo emprendes esto y empujas a los griegos. Porque ahora ¿quién no se admiraría lógica- 124
mente por lo sucedido y nos despreciaría porque entre los bárbaros que hemos considerado cobardes, inexpertos en la guerra y corrompidos por el lujo, hayan surgido hombres que pretendieron dominar Grecia, mientras que ningún griego ha tenido la ambición de 125
intentar que nosotros fuéramos señores de Asia? No ha sido así, sino que tan lejos de ellos hemos quedado, que los bárbaros no vacilaron en dar ejemplo de su odio contra los griegos, y nosotros, en cambio, ni nos atrevemos a defendernos por los males que sufrimos. Por el contrario, cuando aquéllos reconocen que en todas las guerras no tienen soldados ni generales ni cosa alguna de utilidad ante los peligros, sino que todo 126
esto lo obtienen de nosotros, tanto deseamos perjudicarnos a nosotros mismos que, cuando podíamos poseer sin reparo sus bienes, luchamos entre nosotros por cosas de poca importancia, les ayudamos a someter a quienes hicieron defección del imperio del rey, y nos olvidamos de que, al ayudar algunas veces a nuestros ancestrales enemigos, intentamos destruir a quienes pertenecen a nuestra misma raza[75].

[73] MATHIEU, *Les idées...*, pág. 215, cree ver una influencia de esta idea de Isócrates en las numerosas ciudades fundadas por Alejandro que hacían de defensa en el mismo sentido recomendado por el orador.

[74] Paz y seguridad, ideal del burgués, son presentadas como resultado de la guerra contra Persia (BRINGMANN, *Studien...*, página 24, n. 1).

[75] Las expresiones que aquí emplea Isócrates son las mismas

127 También por esto creo que te conviene ponerte al frente de la guerra contra el rey, cuando los demás se muestran tan cobardes. Y conviene a los demás descendientes de Heracles y a quienes están ligados a una constitución y a unas leyes contentarse con la ciudad que habitan. Pero tú, que estás libre, tienes que considerar a toda Grecia como tu patria [76], igual que vuestro antepasado, y correr peligros en su defensa igual que por lo que más deseas.

128 Quizá se atrevan a criticar quienes no pueden hacer otra cosa, porque preferí impulsarte a ti a la expedición contra los bárbaros y al cuidado de los griegos,
129 mientras dejaba a un lado a mi propia ciudad. Si yo hubiera intentado elegir a algunos otros para esta empresa antes que a mi patria, que por tres veces liberó a los griegos, dos del dominio de los bárbaros y una del de los lacedemonios, reconocería mi error. Pero se verá que yo la exhorté en primer lugar a ella con el mayor interés que pude, pero, al darme cuenta de que se interesaba menos por mis palabras que por quienes se ponen fuera de sí en la tribuna, la dejé de lado,
130 aunque no deserté de mi tarea [77]. Todos me elogiarían con justicia porque dediqué toda la capacidad que tengo y todo mi tiempo a hacer la guerra contra los bárbaros, a acusar a quienes no piensan igual que yo, y a animar a los que, según espero, podrían muy bien

que usó Lisias en su discurso *Olímpico* (Mathieu, *Les idées*..., páginas 27).

[76] Filipo puede considerar a toda Grecia como patria porque está libre de las restricciones impuestas por las *politeíai* y *nómoi*.

[77] Isócrates se defiende de la crítica de que es objeto por solicitar la ayuda de un extranjero. Pero es Atenas la culpable, no Isócrates. La conducta de Timoteo, descrita en *Sobre el cambio de fortunas* 114-128 es similar (Heilbrunn, «Isocrates...», pág. 155, n. 4). Para H. Ll. Hudson-Williams, «Isocrates and Recitations», *Class. Quart.* 43 (1949), Isócrates se refiere claramente al *Panegírico* en este parágrafo.

beneficiar en algo a los griegos y despojar a los bárbaros de su actual bienestar. Por ese mismo motivo tam- 131
bién ahora te dedico mis palabras, aunque no ignoro que muchos envidiarán lo que digo, pero que esos mismos se regocijarán todos con lo que tú hagas. Porque nadie se ha unido a mis palabras, pero no habrá quien no desee participar de las ventajas que se alcanzarán.

Examina qué vergonzoso es permitir que Asia esté 132
mejor que Europa, los bárbaros más prósperos que los griegos, que, además, quienes heredan el poder de Ciro, a quien su madre dejó en un camino, se llamen grandes reyes, y, en cambio, los descendientes de Heracles, a los que su antepasado por su virtud puso entre los dioses, reciban nombres más humildes que aquéllos [78]. Nada de esto se puede permitir, sino que hay que derribar y cambiar todo lo que está así.

Sabe bien que no habría intentado convencerte si 133
viera que de esta empresa iba a resultar sólo poder y dinero. Creo, en efecto, que de ambas cosas en la actualidad posees más de lo suficiente, y que sería muy insaciable quien prefiriera correr peligros para apoderarse de esto o perder la vida. Al hacer este discurso 134
no me fijé en tales adquisiciones, sino pensando en que de ello te resultaría un prestigio muy grande y muy hermoso. Piensa que todos tenemos un cuerpo mortal, pero que por la alabanza, los elogios, la fama y el recuerdo que nos acompaña en el tiempo, participamos de una inmortalidad a la que debemos tender aunque tengamos que sufrir cuanto podamos [79]. Verías 135
que los más discretos de entre los simples particulares no cambiarían su vida por nada, pero están dispuestos a morir en las guerras si obtienen una hermosa

[78] Los reyes de Esparta, simples «reyes», frente al «gran rey» con que siempre se designa al de Persia.

[79] Lo mismo en *A Nicocles* 37 y *Arquidamo* 109.

reputación y que, en general, son aplaudidos por todos los que desean un honor mayor que el que tienen, mientras que los insaciables de cualquier otra cosa de las que existen parecen más incontinentes y peores.
136 Y lo más importante de lo que he dicho: muchas veces sucede que los enemigos se hacen dueños del poder y de la riqueza, pero del afecto que nos tienen muchos y de lo demás que hemos hablado, no hay otros herederos que nuestros propios descendientes. Me avergonzaría si no fueran estos los motivos por los que te aconsejo hacer esta expedición, a saber, pelear y correr peligros.

137 Como mejor resolverás esta cuestión es si piensas que no sólo es este discurso el que te anima, sino tus antepasados, la cobardía de los bárbaros[80], los que se hicieron famosos y parecieron semidioses por su expedición contra éstos, y sobre todo la ocasión, ya que tú has adquirido tanta fuerza como ninguno de los que habitaron Europa y lucharás contra un individuo tan odiado y despreciado por todos como ninguno de los que antes reinaron.

138 Me gustaría muchísimo poder reunir todos los discursos pronunciados por mí sobre este asunto. Pues el discurso resultante parecería más digno del tema. A pesar de todo, es necesario que examines desde todos los puntos de vista lo que tiende y empuja a esta guerra. Porque así tu resolución será mejor.

139 No desconozco que muchos griegos consideran invencible el poder del rey. Hay que admirarse de ellos, si piensan que un poder conquistado y afligido con la esclavitud por un hombre bárbaro y mal educado, no puede ser destruido con la libertad por un griego muy

80 Proverbial entre los griegos; cf. EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulide* 1.400, y *Panegírico* 150.

experimentado en la guerra[81], y eso sabiendo que organizar todo es difícil, y fácil, en cambio, el desunirlo.

Piensa que todos honran y admiran a quienes son 140
capaces de ambas cosas, de organizar una ciudad y de dirigir un ejército. Cuando ves que son celebrados quienes demuestran esa manera de ser en una sola ciudad, ¿qué elogios debes esperar que se digan de ti cuando aparezcas gobernando con tus beneficios a todos los griegos y subyugando con tus ejércitos a los bárbaros? Yo creo que serán los más elevados. Porque 141
ningún otro nunca podrá realizar más que esto, ya que entre los griegos no habrá una hazaña tan grande como es conducirnos a todos nosotros a la concordia desde guerras tan encarnizadas, ni es lógico que entre los bárbaros se reúna un poderío semejante si tú destruyes el que ahora tienen. Por eso, ni aunque alguno de nues- 142
tros descendientes aventajara a los demás en dotes, no podrá hacer nada parecido. También puedo afirmar sin mezquindad, sino sinceramente, que has aventajado las hazañas de los antepasados con las que tú has realizado. Y tú, que has sometido tantos pueblos que no se pueden comparar con las ciudades que algún griego conquistó, ¿cómo, al compararte con cada uno de ellos, no demostraré fácilmente que has logrado más que aquéllos? Sin embargo, preferí abstenerme de este pro- 143
cedimiento por dos cosas: porque algunos lo emplean inoportunamente y porque no quería que resultaran inferiores a quienes ahora viven los que son considerados semidioses.

Para contar algún relato antiguo, piensa que la ri- 144
queza de Tántalo, el imperio de Pélope y el poder de Euristeo no los elogiaría ningún inventor de discursos

81 Contraste griego/bárbaro, Filipo/rey persa. MATHIEU, *Les idées...*, pág. 56, n. 2, hace ver que a Ciro se le llama *ánthrōpos* («hombre», término peyorativo) frente al término *anḗr* («varón») con que se designa a Filipo.

ni poeta, pero que, tras la superioridad de Heracles y
la virtud de Teseo, todos alabarían a quienes marcha-
ron contra Troya y a aquéllos que se les parecieron.
145 Sabemos que los más renombrados y mejores de ellos
tenían sus reinos en pequeñas ciudades e islotes [82].
Pero, a pesar de todo, dejaron una fama semejante a
la de los dioses y celebrada por todos. Porque se ama
no a quienes consiguieron para sí mismos un gran po-
der, sino a quienes han sido causantes de los mayores
bienes para los griegos.
146 Verás que la gente tiene esta opinión no sólo en lo
que se refiere a ellos, sino en todo. Porque nadie
aplaudiría a nuestra ciudad porque tuvo el dominio del
mar, ni porque, tras exigir de los aliados enormes ri-
quezas, las subió a la acrópolis [83], ni porque tuvo la
facultad sobre muchas ciudades de destruir unas, in-
crementar otras y a algunas administrarlas como quería
147 —pues todo esto podía hacerlo—, sino que de esta
situación se han producido contra la ciudad muchas
acusaciones. Sin embargo todos la alaban por la batalla
de Maratón, el combate naval de Salamina y, sobre
todo, porque los atenienses abandonaron su propia
ciudad para asegurar la salvación de los griegos. Y sobre
148 los lacedemonios existe la misma opinión. Estiman
más su derrota en las Termópilas que sus demás vic-
torias, aman y contemplan el trofeo que fue levantado
sobre ellos por los bárbaros, pero no aprueban los
que los lacedemonios levantaron sobre otros, sino

[82] Las ciudades e islas de las que eran reyes los atacantes de Troya eran, efectivamente, muy poco importantes en época de Isócrates.

[83] Crítica de Isócrates a la talasocracia ateniense; en cuanto al dinero subido a la acrópolis era el tesoro de la primera liga marítima, guardado al principio en Delos. Fue Pericles el que lo llevó a Atenas.

que los ven con disgusto [84]. Porque piensan que no son
señal de valor, sino de ambición.
Si, después de examinar todo y meditarlo contigo 149
mismo, algo de lo dicho fuera más flojo o inferior,
atribúyelo a mi edad por la que, en justicia, todos me
disculparían. Si hay algo igual a lo que ya antes ha
sido publicado, debes pensar que no es mi vejez la
que lo ha discurrido, sino que lo ha sugerido la divi-
nidad [85], no porque se ocupe de mí, sino porque se
compadece de Grecia y quiere que ella se libre de los
males presentes y que a ti te rodee un prestigio mu-
cho mayor del que tienes actualmente. Creo que no 150
ignoras de qué forma los dioses gobiernan los asuntos
humanos. No son autores ni de los bienes ni de los
males que nos ocurren, sino que a cada uno le inspi-
ran una inteligencia tal que por nosotros mismos nos
suceden unas cosas u otras. Quizá ahora de la misma 151
manera nos asignan a nosotros los discursos y a ti te
imponen las empresas [86], pensando que tú las regirás
muy bien y que mi discurso no será fastidioso para
mis oyentes. Creo también que tus empresas anteriores
no hubieran sido tan extraordinarias si algún dios no
hubiera contribuido a enderezarlas, no para que pasa- 152
ses el tiempo guerreando sólo contra los bárbaros que
viven en Europa sino para que te entrenases con ellos,
y cuando hubieras adquirido experiencia y te hubieras

[84] La frase donde se oponen los trofeos levantados sobre los bárbaros a los erigidos sobre los griegos era originaria de Gorgias, según nos transmite FILÓSTRATO, *Vida de los sofistas* I 9, 5 (MATHIEU, *Les idées...*, pág. 25).

[85] MIKKOLA, *Isokrates...*, págs. 121-124, hace un interesante análisis sobre la diferencia *theós/daimónion* en Isócrates. Señala que la divinidad llamada *daimónion* es algo colectivo, no individual como ocurría en el pensamiento socrático.

[86] DOBESCH, *Der panhellenische...*, pág. 202, n. 2, sugiere que Isócrates se atribuye aquí el papel de colaborador de Filipo, aunque más tarde pretenda asumir la dirección de la empresa.

dado cuenta de cómo eres, ambicionaras lo que te he aconsejado. Porque es vergonzoso cuando la suerte es una buena guía que te quedes atrás y no te ofrezcas a lo que se te quiere inducir.

153 Creo que debes honrar a todos los que dicen algo bueno de tus hazañas, pero que has de considerar que te alaban más quienes piensan que tus dotes naturales merecen empresas mayores que éstas, y los que no sólo en el presente lo han expuesto con gracia sino los que harán que la posteridad admire tus hazañas más que las de ningún otro antepasado. Aunque querría decir muchas más cosas así, no puedo. La causa la he dicho ya muchas más veces de lo necesario.

154 Me falta reunir lo que he dicho para que comprendas en resumen lo más importante de mis consejos. Afirmo que tú debes ser el bienhechor de los griegos, reinar sobre los macedonios y mandar sobre el mayor número posible de bárbaros. Si haces esto, todos te lo agradecerán, los griegos por los beneficios que reciban, los macedonios porque los gobernarás como un rey, no como un tirano[87], y los demás pueblos porque, libres de la dominación bárbara, tendrán un gobierno
155 griego[88]. Es de justicia preguntaros a vosotros mis oyentes cómo está escrito mi discurso en cuanto a la oportunidad y a los detalles. Pero creo saber bien que nadie te daría consejos mejores que éstos ni más acordes con la realidad.

---

87 Crítica a la tiranía, más suave que la condena que de ella hacía en *Sobre la paz* 111-115.

88 Mathieu, *Les idées...*, pág. 213, al estudiar la influencia de las ideas políticas de Isócrates en la política real, afirma que el estatuto de las ciudades de Asia escapará a la competencia del consejo de la liga de Corinto, quizá por lo que Isócrates aconsejó en cuanto al distinto tratamiento que se debía dar a griegos y bárbaros.

PANATENAICO (XII)

INTRODUCCIÓN

Es éste el último discurso de Isócrates, obra realmente importante y extensa para los 97 años que tenía cuando lo terminó. Por los datos que él mismo nos da[1], sabemos que la redacción del *Panatenaico* sufrió una demora de tres años debido a una grave enfermedad del autor. Es, pues, uno de los pocos discursos cuya fecha es segura: año 339 a. C.

¿Cuál es la finalidad del *Panatenaico*? Algunos comentaristas consideran esta obra extraña y poco satisfactoria[2]. Para Kennedy[3], el *Panatenaico* es una defensa de Atenas ante Filipo, defensa posible por la paz, firmada el año 346 a. C. Cloché[4] ve en el discurso de nuevo la admiración de Isócrates por la *pátrios politeía* y la actividad de ciertos hombres de estado particularmente ilustres, así como un nuevo elogio a las instituciones espartanas.

---

1 Especialmente los parágrafos 267 y 268-270.

2 Un estudio importante es el de Hans-Otto Kröner, «Dialog und Rede: Zur Deutung des isokrateischen Panathenaikos», *Antike und Abendland* 15 (1956), págs. 102-111.

3 *The Art...*, pág. 194.

4 *Isocrate...*, pág. 90.

Desde luego, como señala Mathieu[5], los graves sucesos históricos ocurridos en Grecia desde el año 346, fecha del *Filipo*, explicarían la actitud de Isócrates y el propósito del *Panatenaico*.

En efecto, Filipo, en el año 343 a. C. había comenzado la conquista de Tracia, en el 342 había entrado en contacto con los etolios y enviado tropas a Eretria, en Eubea. El enfrentamiento principal entre Atenas y Filipo era por Eubea y por el Quersoneso tracio. Argos, Mesenia y Megalópolis habían concertado un tratado con Filipo el año 343 a. C. Entretanto, Demóstenes pronunciaba el año 341 a. C. sus tercera y cuarta *Filípicas*, y lograba coaligar en una liga helénica los estados de Eubea, Acarnania, Acaya, Corinto, Mégara, Leúcade y Corcira. Derribada la estela donde se habían grabado las claúsulas del tratado de paz del año 346 a. C., Atenas declaró la guerra a Filipo. El 2 de Agosto del 338 a. C., en Queronea, triunfó Filipo. Es el mismo año de la muerte de Isócrates.

Los apartados del *Panatenaico* son los siguientes:

1-39. Introducción. Reflexiones personales del autor. Propósito de la obra: hablar de las hazañas de la ciudad y de los méritos de los antepasados. Crítica de otros oradores.

40-107. Elogio de Atenas que siempre ha superado a Esparta en poderío, hazañas y beneficios para los griegos.

108-176. Alabanza del sistema de gobierno ateniense desde sus orígenes, enlazando, como tantas veces, con una justificación mítico-histórica.

177-185. Crítica de Esparta, cuya historia se estudia desde la venida de los dorios al Peloponeso.

186-199. Nuevo elogio de Atenas.

200-265. Larga digresión donde intervienen discípulos de Isócrates, a los que estaba leyendo su discurso; ante la crítica de un discípulo admirador de Esparta se templan los juicios vertidos anteriormente sobre esta ciudad.

266-272. Cierran la obra unas reflexiones de carácter personal.

[5] *Isocrate...*, IV, págs. 74 y sigs.

Cuando era más joven decidí escribir unos discur- 1
sos que no fueran cuentos fabulosos ni llenos de portentos y mentiras, que son los que la mayoría prefieren a los que tratan de su salvación[6]. Tampoco quise escribir discursos que explicaran antiguas hazañas ni las guerras de los griegos, aunque sabía que estas obras se aplauden con justicia, ni aquéllos que parecen pronunciados con sencillez pero que no tienen sutileza alguna, cuyo uso recomiendan a los jóvenes los expertos en oratoria judical si quieren vencer a sus rivales.
Por el contrario, abandoné todos esos y me ocupaba 2
en aquéllos que aconsejan a la ciudad y a los demás griegos lo que les conviene, discursos cargados de pensamiento, con no pocas antítesis y parisosilabias, y con las demás figuras que brillan en las obras de oratoria y obligan al auditorio a la aprobación y al aplauso.
Pero ahora no me ocupo ni siquiera de éstos. Porque 3
creo que no corresponde a los noventa y cuatro años que tengo ni, en general, a quienes peinan canas, hablar todavía con aquel estilo, sino como todos esperarían hacerlo si quisiesen, y más fácilmente de lo que nadie podría, salvo aquéllos que quieran esforzarse y
poner mucha atención. Avisé esta circunstancia para 4
que si el discurso que voy a pronunciar les parece a algunos más flojo que los publicados con anterioridad no lo comparen con la habilidad de aquéllos, sino que

[6] Cf. *Elogio de Helena* 5 y sigs.

lo juzguen de acuerdo con el tema seleccionado actualmente[7].

5 Voy a hablar de las hazañas de la ciudad y del valor de nuestros antepasados, empezando no por estos sucesos sino por los que me han ocurrido a mí. Pues creo que ellos me apremian más. Auque he intentado vivir de manera irreprochable y sin causar daño a otros, no he pasado un momento sin ser calumniado por sofistas desacreditados y malvados y por algunos otros que, sin conocer cómo soy, se han hecho de mí una
6 idea de acuerdo con lo que oyeron a ajenos[8]. Quiero, por tanto, hablar previamente de mí y de quienes así se comportan conmigo, para que, en la medida en que pueda, haga callar a los calumniadores y saber a los demás en qué cosas me ocupo. Si consigo atender esto convenientemente en mi discurso, espero que pasaré el resto de mi vida tranquilamente y que los presentes prestarán una atención mayor a las palabras que voy a pronunciar.

7 No vacilaré en confesar francamente la agitación que ahora existe en mi pensamiento, el absurdo de lo que voy a decir, incluso que hago algo inconveniente. Porque cuento con los bienes más grandes que todos desearían obtener: en primer lugar, salud de cuerpo y alma, y no una cualquiera sino comparable a la de quienes han tenido más suerte en ambas. En segundo lugar tengo un bienestar económico que nunca me hizo carecer de placeres moderados ni de lo que un hombre
8 inteligente podría desear. Más todavía: no fui un hombre abatido ni despreciado, sino de aquéllos a quienes los griegos más renombrados recordarían y elegirían

[7] ¿Cuál es la mejor constitución para Atenas?, Jaeger, *Paideia...*, pág. 949, n. 148, ve que en este párrafo hay un creciente desprecio del estilo en favor del factor intrínseco de la oratoria: la política.

[8] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 4-8.

como personas virtuosas. Aunque he tenido todos estos bienes, unos en exceso, otros de manera suficiente, no disfruto al vivir así. Porque la vejez es tan difícil de contentar, tan puntillosa y tan regañona que muchas veces ya censuré mi propia naturaleza que ningún otro
ha menospreciado, y lamenté mi suerte, a la que no 9
tengo otra cosa que reprochar sino que por la filosofía que elegí, me han venido algunas calamidades y falsas denuncias, y eso que sé que mis condiciones naturales son más débiles y flojas de lo preciso para la acción, incompletas e inútiles por muchos conceptos para los discursos, sin duda más capaces para observar la verdad de cada asunto que quienes afirman conocerlo, pero, por decirlo así, inferiores para hablar de eso mismo en una asamblea de muchos hombres[9].

Tan falto estuve de las dos cosas que tienen más 10
eficacia entre nosotros, una voz apropiada y audacia, como no sé si algún otro ciudadano. Quienes no tienen esas cualidades llegan a estar más infamados en lo que respecta a su honor que quienes deben dinero al estado. Porque éstos últimos tienen esperanzas de pagar su deuda, pero aquéllos nunca podrían cambiar
sus cualidades naturales. Sin desanimarme por esto 11
no sufrí quedarme sin gloria ni en total anonimato, y puesto que fracasé en la vida política me refugié en la filosofía, en el trabajo y en escribir lo que pensaba, sin tratar sobre asuntos de poca monta ni sobre contratos privados ni sobre lo que algunos desvarían. Por el contrario, traté los asuntos de los griegos, de los reyes, de la ciudad, asuntos que, según creía, harían que me honrasen más que a quienes suben a la tribuna, porque yo hablaba sobre temas mayores y más hermosos

[9] Reiteración de lo que Isócrates decía de sí mismo en *Sobre el cambio de fortunas*.

12 que aquéllos[10]. Nada de esto nos sucedió. Todos saben
que muchos oradores se atreven a hablar ante el pue-
blo no de lo que conviene a la ciudad, sino de aquello
de lo que esperan sacar ingresos ellos mismos[11], mien-
tras que yo y los míos no sólo nos alejamos más que
otros de los bienes públicos sino que nos gastamos
los nuestros particulares en las necesidades de la ciu-
13 dad por encima de nuestras posibilidades[12]. Además,
esos oradores se insultan entre ellos mismos en las
asambleas[13] por una garantía depositada en manos de
un tercero, o injurian a los aliados o acusan en falso a
cualquiera de los demás. En cambio, yo he sido autor
de los discursos que animan a los griegos a la mutua
14 concordia y a la expedición contra los bárbaros, y de
los que aconsejan a todos nosotros enviar una colonia
conjunta a un territorio tan grande y de tal valor que
cuantos de él han oído hablar, están de acuerdo en que
si pensáramos con sensatez y cesáramos nuestra locu-
ra, nos apoderaríamos de él con rapidez y sin traba-
jos ni peligros, y en que aquella tierra recogería a
todos nuestros compatriotas privados de lo necesario.
Si todos reunidos tratáramos de conseguir esta empre-
sa, nunca encontraríamos otra más hermosa, impor-
tante o que más nos conviniera a todos nosotros.
15 Aunque estamos tan alejados en manera de pensar y
tan seria es la aspiración que yo he trazado, la mayoría
nos ha recibido no con justicia, sino con desorden y
de manera absolutamente ilógica. Porque los ciudada-

10 Es, sin duda, una alusión a sus grandes discursos políticos, especialmente el *Panegírico*, *Areopagítico* y *Filipo*.

11 Cf. *Areopagítico* 24.

12 El tema del pago de los impuestos extraordinarios o liturgias lo tocó ya Isócrates en *Sobre el cambio de fortunas* 145. Heilbrunn, «Isócrates...», pág. 160, destacaba el que para Isócrates el pago de las liturgias era el equivalente del ejercicio de la política en el «antiguo régimen».

13 Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 147-149.

nos censuran el modo de obrar de los oradores, pero
les hacen jefes de la ciudad y señores de todo, mien-
tras que aplauden mis discursos, pero me odian pre-
cisamente por esos discursos que aceptan. Tan des-
afortunado me encuentro con ellos.

¿Por qué admirarse de que la masa por naturaleza 16
se porte así ante toda persona superior cuando algunos
de los que se creen distinguidos, de los que me envi-
dian y desean imitarme me tratan peor que los ciuda-
danos corrientes? ¿Se podría descubrir a gente peor
—hay que decirlo, aunque a algunos les parezca que
digo palabras más imprudentes y duras de las que con-
viene a mi edad— que quienes, sin instruir a sus dis-
cípulos ni siquiera parcialmente en lo que yo he dicho,
utilizan mis discursos como ejemplo, viven de ello y
tan lejos están de mostrarme agradecimiento que ni
quieren despreocuparse de nosotros sino que dicen
siempre algo desagradable de mí? Mientras que inju- 17
riaban nuestros discursos cotejándolos con los suyos
de la peor manera posible, dividiéndolos incorrecta-
mente, recortándolos y alterándolos de todas maneras,
no me inquietaba por esas noticias, sino que me man-
tenía despreocupado. Pero poco antes de las grandes
Panateneas[14] me causaron un enorme disgusto. Se 18
presentaron ante mí algunos de mis íntimos y me de-
cían que cuando estaban sentados juntos en el Liceo
tres o cuatro sofistas del montón, que dicen saber todo
y en todas partes improvisan con rapidez, hablaban

14 Las Panateneas era la fiesta principal de Atenas en las que se conmemoraba cada año el cumpleaños de la diosa Atenea. Se celebraban el 28 del mes *hecatombaiōn* (primer mes del calendario griego, entre junio y julio). La tradición hacía de Teseo y Erictonio los fundadores de la fiesta. Desde el año 565 a. C. aprox. se instituyeron las grandes Panateneas que se celebraban cada cuatro años. En esa ocasión se llevaba en procesión el nuevo peplo a Atenea Polias.

de otros poetas y también de la obra de Hesíodo y Homero. No decían nada original, sino que recitaban sus obras y recordaban los comentarios de mayor calidad
19 que habían hecho algunos antiguos. Los circunstantes acogieron con agrado la conversación, y uno de los sofistas, el más atrevido, intentó calumniarme, diciendo que yo desprecio todo esto, que anulo las filosofías de los demás y todos los sistemas de educación, y que sostengo que todos desvarían salvo quienes han participado en mi ocupación. Cuando dijeron esto, algunos de los presentes se mostraron disgustados con nosotros.
20 No podría decir cuánto me disgusté y trastorné cuando oí que algunos aceptaron semejantes palabras. Porque creía que tan manifiesta era mi hostilidad hacia los jactanciosos, y mi manera de hablar comedida o más bien humilde, como para que nadie hiciera caso a quienes dijeran que yo me servía de semejantes fanfarro-
21 nerías. Pero no sin razón me lamentaba al principio de la mala suerte que siempre me acompaña en tales casos. Porque ella es la causa de las mentiras que se dicen de mí, de las calumnias, de la envidia, y de que no pueda haber alcanzado el prestigio que me corresponde ni el que todos reconocen ni el que me tienen algunos de mis discípulos que nos han observado desde
22 todos los puntos de vista. Al no ser posible que esto cambie, por fuerza habrá que contentarse con lo ya ocurrido. Aunque se me han presentado muchas ideas, no sé si acusar a mi vez a quienes tienen por costumbre mentir siempre sobre mí y decir cosas desagradables. Pero si se me viera esforzarme y hacer muchos discursos contra unos hombres a los que nadie ha considerado dignos de mención, con justicia parecería un
23 insensato. ¿Los despreciaré y me defenderé de esos ciudadanos que me envidian contra justicia, e intentaré demostrarles que su opinión sobre mí no es justa ni conveniente? Pero, ¿quién no me reprocharía una

gran insensatez si ante quienes me aborrecen no por otra cosa sino porque les parece que he hablado con gracia de algunos asuntos, a esos precisamente creyera yo que iba a calmar su disgusto ante mis palabras expresándome igual que antes? ¿No se enfadarían más, sobre todo si se ve que ni ahora, que soy tan viejo,
[he cesado] [15] de hablar a tontas y a locas? Pero nadie 24
me aconsejaría hacer eso, despreocuparme de estos individuos y dejarlos de lado para acabar el discurso que me propuse, con el deseo de mostrar que nuestra ciudad ha sido responsable de mayores beneficios para los griegos que la ciudad de los lacedemonios. Porque si hiciera ahora esto, sin poner fin a lo que ya he escrito ni enlazar el comienzo de lo que voy a decir con el final de mis palabras anteriores, me asemejaría a quienes hablan a la ligera, con inoportunidad y tratando en revoltijo lo que surge. De esto es de lo
que hemos de guardarnos. Lo mejor de todo es que dé 25
a conocer para terminar la opinión que me merece el tema de la acusación lanzada contra mí y luego aquello que al principio proyecté. Creo, en efecto, que si doy a conocer por escrito y aclaro la opinión que tengo sobre la educación y sobre los poetas, haré callar a quienes forjan mentirosas acusaciones y dicen lo que les viene en gana.

Tan lejos estoy de menospreciar la educación que 26
nos legaron los antepasados que aplaudo la que está establecida entre nosotros, me refiero a la geometría, la astronomía y las conversaciones llamadas dialécticas [16], cosas en las que los jóvenes disfrutan más de lo preciso, mientras que no hay anciano que afirmara que
son soportables. Con todo, yo aconsejo a quienes se 27

15 Este término «he cesado» (*pepauménos*) lo da sólo el manuscrito Γ.

16 Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 265.

dedican a esto que se esfuercen y pongan su atención en todas estas actividades, y afirmo que, aun a pesar de que estos estudios no pudieran lograr otro bien, al menos apartan a los jóvenes de otros muchos errores. Creo que nunca se encontrarían entretenimientos más útiles ni más convenientes que éstos para quienes es-
28 tán en edad semejante[17]. Afirmo, en cambio, que estas prácticas no armonizan con los ancianos ni con los hombres hechos y derechos[18]. Porque veo que algunos de los que han trabajado en estas disciplinas tanto como para enseñar a otros, ni utilizan con oportunidad los conocimientos que tienen, ni en las demás ocupaciones de la vida son más sensatos que sus discípulos. Pues no me atrevo a decir que lo son menos que sus
29 servidores. La misma opinión tengo sobre los que son capaces de hablar en público y sobre quienes gozan de fama por escribir sus discursos, y, en general, sobre todos aquellos que sobresalen en los oficios, las ciencias y el talento. Sé, en efecto, que la mayoría de ellos ni han administrado bien sus propios asuntos, ni son soportables en las reuniones privadas, y que, además, menosprecian la opinión de sus conciudadanos y están llenos de otros muchos y grandes errores. De forma que pienso que ellos no participan de la prácti-
30 ca de la que estoy hablando[19]. Entonces ¿a quiénes llamo personas bien educadas, puesto que rechazo los oficios, las ciencias y el talento? En primer lugar, a los que se valen bien de las actividades que ocurren cada

17 Para Isócrates es evidente que el estudio debe comenzar en la primera edad, deduce BURK, *Die Pädagogik...*, pág. 69.

18 MATHIEU, *Isocrate...*, IV pág. 94, n. 2, señala que una reserva parecida la sostiene Calicles en el GORGIAS platónico (484 C).

19 En el programa educacional de Isócrates apenas tiene cabida la actividad de la oratoria (HEILBRUNN, «Isocrates...», pág. 167, n. 60).

día y tienen una opinión adecuada a las oportunidades y capaz de acertar muchas veces en lo que conviene[20].
Después, a quienes tratan con dignidad y justicia a los 31
que siempre están con ellos, soportan de buen humor y con facilidad los enojos y orgullos de los demás y se muestran muy dulces y comedidos con sus compañeros. También a los que siempre dominan los placeres y no se abaten en exceso por las desgracias, sino que en ellas se comportan con valentía y de forma ade-
cuada a la naturaleza de la que participamos[21]. En 32
cuarto y principal lugar, a los que no se estropean con los éxitos, ni se ponen fuera de sí ni se vuelven arrogantes, sino que se mantienen en la categoría de hombres inteligentes, y no se alegran más con los bienes que les correspondieron por azar que con los que les vienen dados desde el principio por sus propias cualidades naturales e inteligencia. De quienes poseen una disposición de espíritu ajustada no sólo a una de éstas cualidades sino a todas, de ésos afirmo que son hombres inteligentes, completos y que tienen todas las vir-
tudes. Esto es lo que pienso sobre una buena educa- 33
ción. Quiero hablar también sobre la poesía de Homero, de Hesíodo y de otros, porque sé que podría hacer callar a quienes recitan sus obras en el Liceo y desvarían sobre ellos, pero comprendo que me saldría fuera de la proporción establecida para un proemio.
Es propio de un hombre inteligente no satisfacerse 34
con la posibilidad que cualquiera tiene de hablar más que otros sobre un mismo asunto, sino vigilar la oportunidad de los temas que puede tratar. Eso es lo que

20 Isócrates se esfuerza en describir el modo interior de ser del hombre culto, mientras que Platón encuadraba al hombre dentro del estado y traducía el valor de la educación en la capacidad que adquiría el hombre para cooperar con otros (JAEGER, *Paideia...*, pág. 1028, n. 67).

21 Cf. *A Demónico* 21, y *A Nicocles* 29.

debo hacer. Por tanto, hablaremos de nuevo de los poetas, si antes no me arrebata mi vejez. Porque tenemos que decir algo sobre asuntos más importantes que éstos.

35 Hablaré ya de los beneficios de la ciudad hacia los griegos, y no porque no le haya dedicado más elogios que todos cuantos se dedican a la poesía o a la oratoria [22]. Pero ahora no lo haré de la misma manera. Pues en discursos anteriores me acordaba de la ciudad a propósito de otras hazañas, pero ahora la tomé como
36 tema principal. No desconozco la magnitud de la empresa que inicio, teniendo en cuenta mi edad, sino que lo sé muy bien y he dicho muchas veces que es fácil aumentar con las palabras las hazañas pequeñas y difícil, en cambio, hacer elogios iguales a las acciones que
37 destacan por su grandeza y belleza [23]. Con todo, no hay que desertar de ello, sino cumplirlo si es que aún podemos vivir, sobre todo cuando muchos me animan a escribir sobre este tema, en primer lugar, quienes acostumbran a acusar con insolencia a nuestra ciudad, luego los que la elogian con amabilidad, pero sin cono-
38 cimiento ni suficiencia, también otros que se atreven a elogiarla en exceso fuera de los límites humanos, de forma que se granjean muchos enemigos. Sobre todo, me impulsa a ello mi edad actual, que a otros, lógicamente, les haría desistir. Porque espero, en caso de hacerlo bien, recibir un prestigio mayor que el que tengo, y si resulto inferior cuando haya hablado, que mis oyentes tengan conmigo una gran clemencia.

39 Esto es lo que he reflexionado sobre mí mismo y sobre los demás como cuando un coro [antes de la representación] se prepara a actuar. Creo que quienes

22 Para Kennedy, *The Art...*, pág. 195, a partir de este parágrafo se nota el gran amor de Isócrates por Atenas.

23 Cf. *Panegírico* 8.

deseen elogiar a una ciudad con exactitud y justicia no sólo deben hablar sobre la que han elegido, sino, igual que contemplamos y apreciamos la púrpura y el oro al compararlos con otros objetos que tienen un aspecto parecido y son tasados en un precio igual, así tam- 40
bién ha de hacerse con las ciudades, sin comparar las pequeñas con las grandes, ni las que siempre han estado sometidas a otras con las acostumbradas a mandar, ni las que precisan ser salvadas con las que pueden salvar, sino comparar las que tiene un poderío semejante, han realizado empresas similares y utilizado recursos parecidos. Pues así es como mejor daremos con la verdad. Si uno nos examina de esta manera y 41
nos compara no con cualquier ciudad sino con la de los espartiatas, que la mayoría elogia con mesura, pero que algunos la recuerdan como si allí hubieran gobernado semidioses, se verá que en poderío, hazañas y beneficios para los griegos les hemos dejado más atrás que ellos a otros [24].

Después hablaremos de los antiguos combates tra- 42
bados en defensa de los griegos, pero ahora hablaré de aquellos hombres, comenzando por el momento en el que ocuparon las ciudades aqueleas y dividieron el territorio con argivos y mesenios [25]. Porque es desde aquí desde donde conviene hablar de ellos. Quedará claro, en efecto, que nuestros antepasados procuraban la armonía con los griegos y con los bárbaros la enemistad que heredaron desde la guerra de Troya, y que

24 Los oligarcas en Atenas mantenían una gran admiración por las instituciones políticas espartanas. El propio Isócrates las ha elogiado varias veces en sus discursos; ya hemos indicado el prestigio que alcanzó Esparta tras su victoria en la guerra del Peloponeso, victoria de sus hombres más ilustres en realidad.

25 Isócrates se remonta al momento en que se produjo la invasión doria; véase n. 70 al discurso *Sobre la paz*.

43 se mantenían en esta misma situación. En primer lugar, en cuanto a las islas Cícladas, sobre las que se produjeron muchos conflictos durante el reinado de Minos de Creta, y que finalmente fueron ocupadas por los carios, nuestros antepasados, después de expulsarlos no se atrevieron a apropiarse del territorio, sino que establecieron en ellas como colonos a los griegos
44 más necesitados[26]. Después, fundaron muchas y grandes ciudades en las dos márgenes del continente, rechazaron del mar a los bárbaros, enseñaron a los griegos de qué forma gobernarían sus propias patrias y contra quiénes debían de luchar para engrandecer a
45 Grecia. Los lacedemonios, en cambio, en esa misma época distaron tanto de realizar alguno de estos actos nuestros, hacer la guerra a los bárbaros y beneficiar a los griegos, que ni siquiera quisieron mantenerse en paz. Aunque tenían una ciudad ajena y territorio no sólo suficiente sino como ninguna ciudad griega, no se
46 conformaron con esto, sino que aprendieron por lo que les había ocurrido que, según las leyes, parece que las ciudades y sus territorios son de quienes las han adquirido con justicia y legalidad, mas, en realidad, son de los que se ejercitan más en la guerra y pueden vencer en los combates a sus enemigos. Después de reflexionar así, se despreocuparon de los trabajos del campo y de todos los demás oficios y no cesaban de sitiar y hacer daño a cada una de las ciudades que hay en el Peloponeso, hasta que sometieron a todas, salvo
47 a la de los argivos[27]. Ocurría así que, como consecuencia de nuestras acciones, Grecia se desarrollaba y Europa se hacía más poderosa que Asia, que, además, los griegos sin recursos conseguían ciudades y tierras,

[26] Cf. *Panegírico* 34 y sigs.

[27] Véase la versión espartana de la conquista del Peloponeso en *Arquidamo* 16.

que los bárbaros, acostumbrados a ser soberbios, quedaban desposeídos de territorio suyo y eran más humildes que antes. Pero de las acciones de los espartiatas sólo su ciudad se engrandecía, dominaba a todas las del Peloponeso, era temible para las demás y obtenía de ellas mucha servidumbre. Es justo, por consi- 48
guiente, elogiar a la ciudad que ha sido causa de muchos bienes para los demás y considerar, en cambio, indigna a la que obtiene su propia conveniencia; hacerse amigos de quienes se comportan igual con ellos mismos que con los demás, y recelar y temer de los que son lo más amigos posible de ellos mismos, pero administran su ciudad de manera hostil y belicosa hacia los demás. Cada una de las dos ciudades organizó así su imperio.

Tiempo después se produjo la guerra pérsica y Jer- 49
jes, rey entonces, después de reunir 1300 trirremes, un ejército de tierra de 5 millones de hombres en total, y 700.000 combatientes, con una fuerza tan considerable marchó en expedición contra los griegos. Los espartia- 50
tas, señores del Peloponeso, para el combate naval que tuvo influencia decisiva en toda la guerra enviaron sólo diez trirremes, pero nuestros padres, que quedaron desterrados y habían abandonado la ciudad por no haber sido fortificada en aquel tiempo, suministraron más naves y con más poderío que todos sus compañeros de peligros. Los espartiatas eligieron como general 51
a Euribiades, quien, aunque al final cumplió lo que proyectaba hacer, no evitó que murieran los griegos. Los nuestros llevaron como general a Temístocles, reconocido por todos como el responsable tanto de que la batalla naval resultara victoriosa como de todos los demás éxitos de aquel tiempo[28]. Y ésta es la mayor 52
prueba: quienes compartieron con nosotros los peli-

[28] Cf. estos sucesos en HERÓD., VIII 57 y sigs.

gros quitaron el mando a los lacedemonios y lo dieron a los nuestros. Y, en verdad, ¿qué jueces resultarían más capacitados y fiables de lo que entonces ocurrió que quienes estuvieron presentes en los mismos combates? ¿Quién podría citar un beneficio mayor que el que pudo salvar a toda Grecia?

53 Después de esto, ocurrió que cada una fue señora del dominio del mar, dominio que proporciona a cualquiera que lo tiene el sometimiento de la mayoría de las ciudades. Hablando en general, no aplaudo a ninguna de las dos. Porque cualquiera las censuraría por muchos motivos. Pero en este gobierno nos distanciamos de los lacedemonios no menos que en las hazañas
54 hace poco relatadas[29]. Nuestros padres convencieron a sus aliados para que adoptaran la misma constitución política que ellos mismos seguían queriendo. Esto es señal de benevolencia y amistad, cuando algunos aconsejan a otros servirse de aquello que piensan que les conviene a sí mismos. Los lacedemonios no establecieron una constitución parecida a la suya ni a ninguna otra anterior, sino que hicieron a diez hombres señores de cada ciudad, individuos que si alguno intentara acusarlos durante tres o cuatro días seguidos, parecería que no había dicho ni una parte de los errores
55 cometidos por aquéllos. Es insensato hablar de cada uno, siendo tales y tantos. Pero quizá habría procurado, si fuera joven, contar unas pocas cosas que producirían en los oyentes una indignación proporcionada a los hechos. Ahora, en cambio, no me viene a la cabeza cosa semejante, sino lo que a todos, que aquellos individuos tanto aventajaron a sus predecesores en ilegalidad y codicia que no sólo perecieron ellos mismos, sus amigos y patrias sino que, al indisponer a los lacedemonios con sus aliados, les lanzaron a tantas

[29] Cf. *Panegírico* 104 y sigs.

y tales desgracias como nadie nunca esperó que les ocurrieran.

Uno podría comprender muy bien a partir de aquí 56
que nosotros nos preocupamos de los asuntos con más sobriedad y dulzura, y lo comprenderá más aún por lo que voy a decir. Los espartiatas gobernaron con dificultad diez años, nosotros retuvimos el imperio sin interrupción durante sesenta y cinco[30]. Todos saben que las ciudades sometidas a ajenos permanecen más tiempo bajo el poder de quienes les hacen menos daño,
Como consecuencia de esto, ambas ciudades fueron 57
odiadas y llegaron a la guerra y al desorden, situación en la que se vería que nuestra ciudad, cuando todos los griegos y bárbaros la atacaron, pudo hacerles frente durante diez años. Pero los lacedemonios, que aún tenían poder terrestre, lucharon sólo contra los tebanos y, fueron vencidos en una sola batalla, quedaron desposeídos de todo cuanto tenían y sufrieron parecidos in-
fortunios y desgracias a las nuestras. Y además nuestra 58
ciudad se recobró en menos años de lo que costó vencerla, mientras que los espartiatas, tras su derrota[31], con mucho más tiempo, no pudieron restablecerse en la misma situación de la que cayeron, sino que están igual todavía ahora.

Hay que aclarar cómo nos comportamos unos y 59
otros con relación a los bárbaros. Pues aún nos falta esto. Durante nuestra hegemonía no les fue posible ni

[30] Teóricamente, la hegemonía espartana duró desde el final de la guerra del Peloponeso (año 404 a. C.) hasta su derrota en Leuctra ante los tebanos (años 371 a. C.); G. Norlin, *Isocrates...*, II, pág. 406, n. a, razona que el triunfo de Conón en la batalla de Cnido (año 394 a. C.) limitaría a diez años la supremacía naval espartana.

[31] La derrota de Esparta en Leuctra (371 a. C.) causó en Grecia una fortísima impresión. Jeager, *Paideia...*, pág. 897 señala cómo a partir de Leuctra, cambian en la literatura política del s. IV a. C. los juicios sobre Esparta y sus instituciones.

bajar un ejército terrestre más allá del río Halis, ni
navegar con barcos de guerra desde Fasélide[32]. Cuando
dominaron los lacedemonios, no sólo tuvieron los bár-
baros la posibilidad de marchar y navegar donde que-
rían, sino que se hicieron señores de muchas ciudades
60 griegas. Y a la ciudad que firmó con el rey persa los
tratados más generosos y nobles, que fue la respon-
sable de los más grandes y peores males para los bár-
baros y de beneficios para los griegos, que incluso
arrebató a los enemigos la costa de Asia y otro mucho
61 territorio y lo adquirió para sus aliados, y detuvo la
soberbia de los primeros y la penuria de los segundos,
que además, luchó en su propia defensa mejor que la
más famosa en estos asuntos bélicos y se libró de las
desgracias con más rapidez que ésa misma, ¿cómo no
va a ser justo el elogiarla y honrarla más que a la
ciudad que ha resultado inferior en todas estas cir-
cunstancias? Esto es lo que tenía que decir en el pre-
sente sobre lo que hicieron unos y otros y los peligros
que conjuntamente corrieron contra los mismos ene-
migos.

62 Creo que quienes oyen con disgusto estas palabras
no contradirán la veracidad de lo dicho ni podrán
hablar de otras hazañas con las que los lacedemonios
causaron muchos beneficios a los griegos. Intentarán
63 en cambio, acusar a nuestra ciudad, como siempre sue-
len hacer, y relatar los sucesos más desagradables que
han ocurrido cuando tuvimos el dominio del mar[33], y
nos echarán en cara los procesos y juicios llevados a
cabo aquí contra los aliados y el cobro de tributos.
Especialmente se detendrán en los sufrimientos de los
melios, de los escionios y de los toroneos, pensando

32 Alusión a la paz de Calias, del año 448 a. C. por el que se reconocía la hegemonía de Atenas en el mar Egeo.

33 Cosas parecidas decía Isócrates en *Panegírico* 113.

que con estas acusaciones mancharán los beneficios de
la ciudad, beneficios que cité hace un poco[34]. Yo, ante 64
todo lo que se diga con justicia en contra de la ciudad,
ni podría replicar ni intentaría hacerlo. Porque me
daría vergüenza, como ya dije antes, que si otros pien-
san que ni los dioses son irreprochables, yo me empe-
cinara e intentara convencer de que nunca nuestra co-
munidad ha cometido errores. No es eso lo que pienso 65
hacer, sino demostrar que la ciudad de los espartiatas,
en los hechos referidos, ha sido mucho más cruel y
dura que la nuestra, y que quienes nos infaman para
defenderlos se comportan de la manera más insensata
posible y son los responsables de que sus amigos nos
tengan en mal concepto. Porque cuando nos reprochan 66
cosas de las que los lacedemonios son más responsa-
bles, no dudamos en acusarles de un error mayor que
el que nos reprochan. Así también ahora, si hacen
mención de los procesos que se celebran aquí contra
los aliados, ¿quién será tan inepto que no consiga res-
ponderles a esto que los lacedemonios mataron sin jui-
cio a más griegos de los que entre nosotros compare-
cieron ante un proceso y juicio desde que habitamos
la ciudad?[35].

Cosas parecidas podríamos decir sobre el cobro de 67
tributos, si dijeran algo. Pues demostraremos que di-
mos muchas más ventajas que los lacedemonios a las
ciudades que nos pagaban tributo. En primer lugar,
esto lo hacían sin que se lo hubiéramos mandado, sino
que ellos mismos lo decidieron cuando nos entregaron
el dominio del mar. En segundo lugar, no pagaban el 68
tributo para nuestra salvación, sino en defensa de la

34 MATHIEU, *Les idées...*, pág. 22, ve aquí una crítica de la hegemonía marítima de Atenas, deplorando su violencia. Nosotros no lo vemos en absoluto.

35 ¿Alusión a las maldades de los Treinta, sostenidos por los espartanos?

democracia y de su propia libertad, y para no caer, si se establecía la oligarquía, en males semejantes y tan grandes como los ocurridos bajo las decarquías y bajo el dominio de la ciudad de los lacedemonios. Más incluso: no los pagaban por lo que ellos mismos hubieran salvado, sino por los bienes que tenían a causa nues-
69 tra. Si tuvieran una pequeña facultad de razonar, con justicia nos darían las gracias por esos tributos. Porque después que recibimos sus ciudades, unas destruidas completamente por los bárbaros, otras saqueadas, las hemos hecho avanzar tanto que, aunque nos daban una pequeña parte de sus recursos, no tenían haciendas inferiores a las de los peloponesios que no pagaban tributo alguno.

70 En cuanto a las destrucciones producidas por ambas ciudades, cosa que algunos nos reprochan sólo a nosotros, demostraremos que las han hecho mucho más terribles aquellos a quienes se pasan la vida elogiando. Porque a nosotros nos ocurrió que cometimos faltas contra unos islotes tan importantes y grandes que la mayoría de los griegos no los conocen, pero aquéllos, después de destruir las ciudades peloponesias más grandes y principales por todos los conceptos, conser-
71 van lo que era de aquéllas. Unas ciudades que, en justicia, aunque no hubieran hecho bien alguno en el pasado, debían alcanzar de los griegos el mayor privilegio a causa de la expedición contra Troya, en la que fueron las primeras ellas mismas y sus jefes, y tenían no sólo las virtudes de las que participan incluso muchos mediocres, sino aquellas que ningún cobarde
72 podría asumir. Así Mesenia presentó a Néstor, el más sensato de los hombres de aquel tiempo, Lacedemonia a Menelao, el único digno de ser por su prudencia y justicia yerno de Zeus, y la ciudad de los argivos a Agamenón, quién no tenía una o dos virtudes sino todas las que se podrían decir, y no en un grado nor-

mal sino excepcional. Porque no encontraremos a na- 73
die que haya tenido entre manos hazañas más insólitas, hermosas o mayores, ni más útiles para los griegos, ni dignas de mayores aplausos[36]. Y si sólo las enumerara, algunos las pondrían en duda con razón, pero si hablamos un poco de cada una, todos reconocerían que digo la verdad.

No puedo ver con claridad, sino que vacilo en qué 74
palabras utilizar tras éstas para que mi propósito resultara bien. Porque me da vergüenza que si he comenzado a hablar en semejantes términos de la virtud de Agamenón, no me acordara de ninguna de sus hazañas y pareciera a mis oyentes igual que quienes fanfarronean y dicen cualquier cosa que se les ocurre. Veo también que cuantos hechos se relatan fuera del tema elegido no se aplauden, sino que parecen confusiones, y que, aunque son muchos quienes los han utilizado mal, son muchos más sus críticos. Por eso temo que 75
me ocurra algo parecido. Con todo, elijo ayudar a un hombre que ha sufrido lo mismo que yo y otros muchos, que por error ha quedado privado del prestigio que le correspondía y que, habiendo sido el causante de los mayores bienes en aquel tiempo, es menos alabado que quienes nada hicieron digno de mención[37].

Porque, ¿qué descuidó Agamenón, que tuvo tanto 76
honor como no se podría encontrar ni aunque todos

[36] Las comparaciones de Isócrates con el mundo de Homero pudieron influir en la posterior conducta de Alejandro de Macedonia, que tomó la Ilíada como pauta a seguir en su expedición al imperio persa. Así, desde su desembarco en Asia, con el sacrificio en honor de Aquiles, Alejandro comparaba su destino con el del héroe homérico (MATHIEU, *Les idées...*, pág. 214).

[37] BLASS, *Die attische...*, II, pág. 331, señala que generalmente Agamenón es un disfraz que emplea Isócrates para hablar de Filipo, por ser el primero el jefe de la expedición contra Asia, lo que Isócrates pretende que sea Filipo.

reunidos lo buscaran? Fue el único que mereció ser general de toda Grecia. No podría decir si fue elegido por todos o lo ganó por su cuenta. Pero, sea como fuere, no ha podido ser superado en gloria por los que
77 fueron honrados por cualquier otro concepto. Con este poder no hizo daño a ninguna ciudad griega, sino que tan lejos estuvo de ello que, habiendo encontrado a los griegos en guerra, tumultos y con muchas desgracias, les libró de esto y, tras establecer la concordia, despreció las hazañas desmesuradas, prodigiosas y que en nada ayudan a otros para reunir un ejército, que con-
78 dujo contra los bárbaros. No se verá que ninguno de los hombres famosos de aquella época ni de la posteridad haya realizado una campaña más hermosa y más útil a los griegos. Aquél la llevó a cabo y demostró a los demás que no obtuvo la fama que merecía gracias a quienes prefieren los prodigios a los beneficios y las mentiras a la verdad. Pero, aunque tal había sido su comportamiento, tiene menos prestigio que quienes ni se atrevieron a imitarlo.

79 No se le aplaudiría sólo por esto, sino por lo que hizo en aquel mismo tiempo. Llegó a tanta magnanimidad que no le bastó con recibir como soldados a los ciudadanos que quiso de cada ciudad, sino que a los reyes que hacían lo que querían en sus ciudades y que mandaban sobre otros, les persuadió a ponerse bajo sus órdenes y a acompañarle contra los que dirigía la expedición, a hacer lo que les mandara y a vivir como
80 soldados dejando su vida de reyes. También les convenció para que se arriesgaran y guerrearan no en defensa de su propia patria y reino, sino con la excusa de proteger a Helena, mujer de Menelao, pero, en realidad, para que Grecia no sufriera a manos de los bárbaros cosas parecidas a las que padeció antes [38], como la conquista de todo el Peloponeso por Pélope, de la ciudad de los argivos por Dánao y de Tebas por Cadmo [39]. ¿Aparecerá algún otro que haya previsto esto o que haya impedido que nada semejante se produjera, excepción hecha del carácter y la fuerza de Agamenón? Viene ahora lo que es menos importante 81
que mis palabras anteriores, pero mayor y más digno de mención que otras cosas encomiadas muchas veces. El ejército se había formado con gente de todas las ciudades, era tan grande como es lógico pensarlo, y tenía muchos descendientes de dioses o hijos de los mismos dioses, que no se comportaban igual que la mayoría ni pensaban lo mismo, sino que estaban llenos de cólera, valor y ambición. A pesar de ello, Agamenón 82
dirigió este ejército durante diez años sin grandes pagas ni gastos de dinero, con los que ahora todos gobiernan [40], sino con la superioridad de su inteligencia, con su capacidad para proporcionar a los soldados alimento de los enemigos, y, sobre todo, porque parecía que sus decisiones sobre la salvación de otros eran mejores que las de los otros sobre sí mismos. Y no 83
menos hay que admirar el final que dió a todos estos asuntos. Porque se verá que su actuación no fue inconveniente ni indigna de lo anteriormente dicho. Por el contrario, se dice que luchó contra una sola ciudad, pero, en realidad, lo hizo no sólo contra todos los habitantes de Asia, sino contra otros muchos pueblos bárbaros. Y aunque corría peligro, no rehusó ni lo dejó hasta esclavizar a la ciudad del que se atrevió a pecar y hasta acabar con la soberbia de los bárbaros.

No desconozco lo mucho que he hablado sobre la 84
virtud de Agamenón ni que, aunque sea tanto, si se

[38] Lo mismo en el *Elogio de Helena* 51.

[39] La misma mención en *Elogio de Helena* 68.

[40] Crítica a la costumbre de contratar tropas mercenarias, corriente en Grecia en todo el s. IV a. C.; cf. *Sobre la paz* 44 y sigs.

examinasen los argumentos uno a uno para ver cuál habría de rechazarse, nadie se atrevería a suprimir ninguno; pero al leerlos todos seguidos, quizá todos me
85 criticarían por hablar mucho más de lo preciso. Si no me hubiera dado cuenta de que hablaba en exceso, sentiría vergüenza de haber sido tan estúpido cuando intentaba escribir de un tema que nadie se atrevió a tratar. Pero sabía con más exactitud que quienes osaron increparme, que muchos me criticarían por esto. A pesar de ello, pensé que el que a algunos les pareciera inoportuna esta parte del discurso, era preferible a olvidar, al hablar de semejante varón, alguno de los beneficios que a él le correspondían y a mí me conve-
86 nía tratar. Creía también que sería celebrado entre mis oyentes más condescendientes, porque se vería que, al tratar sobre la virtud, iba a hablar de manera digna del tema, preocupándome más por ello que por la simetría del discurso, aunque me daba perfecta cuenta de que esta inoportunidad me haría perder fama, mientras que mi prudencia al tratar sus hazañas sería de utilidad a aquéllos a quienes elogio. Con todo, tras dejar a un lado mi provecho, elegí lo que era justo.
87 Pero se descubriría que tengo esta manera de pensar no sólo en el presente discurso sino en todos, porque veía que era más considerado por aquellos de mis discípulos que tienen fama por su vida y obras que por quienes parecen temibles oradores. Y aunque no tuviera nada que ver con quienes hablan bien, todos me harían responsable de ello, pero si todos saben que he sido consejero de los que obran con corrección, no habrá persona que no aplauda al que intervino en esos actos.

88 Pero no sé adónde me está llevando esto. Por pensar siempre que hay que añadir a lo que se ha dicho previamente su consecuencia, estoy completamente alejado de mi tema. No me queda más que pedir disculpas

para mi vejez por su olvido y prolijidad, cosas que les suelen ocurrir a los de mi edad, y regresar al punto desde el que caí en esta digresión. Creo que ya me doy 89
cuenta de donde me perdí. Yo replicaba a quienes echaban en cara a la ciudad las desgracias de los melios y de otras islitas parecidas, que eso no eran faltas, y les señalaba que los que ellos admiraban habían destruido muchas más ciudades que nosotros y más importantes. Al hablar de estas ciudades es cuando traté de la virtud de Agamenón, Menelao y Néstor, sin decir mentira alguna, pero quizá apartándome de la simetría.
Esto lo hacía porque pensaba que no habría falta más 90
grave para la común opinión que la de quienes se atrevieron a destruir las ciudades que engendraron y criaron unos hombres de tal categoría que, incluso ahora, se podría decir de ellos muchas y bellas palabras. Pero es una insensatez gastar el tiempo en una sola acción como si no se pudiera hablar de la crueldad y dureza de los lacedemonios, cuando es un tema muy amplio.
A los lacedemonios no les bastó con hacer daño a 91
estas ciudades y a hombres semejantes, sino que también se lo hicieron a quienes tenían su mismo origen, hicieron con ellos una común expedición y participaron de idénticos peligros, me refiero a argivos y mesenios. Porque desearon que éstos cayeran en las mismas desgracias que aquéllos. A los mesenios los sitiaron y no descansaron hasta expulsarlos del territorio[41], y con
los argivos todavía pelean con el mismo objetivo. En 92
cuanto a lo que hicieron con Platea, sería insensato si, tras haber hablado de esto, no lo recordara. Fue en su territorio donde acamparon con nosotros y los demás aliados, y donde se enfrentaron con los enemigos, sacrificaron a los dioses que los plateenses veneran y no sólo liberamos a los griegos que estaban con nos-

[41] Cf. *Arquidamo* 26 y sigs.

93 otros, sino también a quienes se vieron obligados a estar con el enemigo, y esto lo hicimos sin tener otros aliados en Beocia que los plateenses[42]. Sin dejar pasar mucho tiempo los lacedemonios, por agradar a los tebanos, después de sitiar a los plateenses, mataron a todos salvo a quienes pudieron irse corriendo. Nuestra ciudad, en cambio, no se portó igual con ellos[43].
94 Porque los lacedemonios se atrevieron a causar tal perjuicio a los benefactores de los griegos y a sus propios parientes, pero los nuestros salvaron a los mesenios y los trasladaron a Naupacto, hicieron ciudadanos a los plateenses supervivientes y partícipes de todo lo que poseían. Por eso, si no pudiéramos decir sobre las dos ciudades ninguna otra cosa, por éstas sería fácil comprender la manera de actuar de cada una y cuál ha destruido más y más importantes ciudades.

95 Sé que me ocurre un fenómeno contradictorio con mis palabras anteriores. Entonces llegué a hablar de ignorancia, digresión y olvido, pero ahora sé bien que no me mantengo con la misma tranquilidad que tenía cuando comencé a escribir el discurso, sino que trato de hablar de asuntos que no pensaba tratar, yo mismo me encuentro más animoso que de costumbre y sin ser dueño de algunos temas de los que hablo a causa de la multitud de cosas que me vienen a la cabeza.
96 Pero, puesto que me ha entrado el deseo de hablar con franqueza, tengo desatada la lengua y desarrollé el tema de tal forma que no está bien ni es posible dejar de lado los hechos por los que se puede demostrar que nuestra ciudad se ha comportado con los griegos mejor que la de los lacedemonios, no hay que callar

42 Referencia a la batalla de Platea (479 a. C.), la menos famosa de las guerras médicas pero la realmente decisiva.

43 Cf. el *Plateense*, y TUC., III 57 y sigs.

los demás males ocurridos a los griegos que nunca se han contado. Habrá que señalar, por el contrario, que los nuestros se han instruido tarde en hacer daño, mientras que los lacedemonios han sido los primeros en hacerlo o los únicos.

La mayoría acusa a ambas ciudades de que, bajo el 97
pretexto de correr peligro contra los bárbaros en defensa de los griegos, no dejaron que las ciudades fueran autónomas ni que gobernaran sus asuntos como a cada una le conviniera, sino que, después de repartírselas como si hubieran sido botín de guerra, las esclavizaron a todas y obraron igual que quienes quitan a otros sus servidores para darles la libertad, pero obligan a los primeros a ser sus propios esclavos. De que 98
se dijera esto y cosas aún mucho más duras, nosotros no hemos sido responsables, sino quienes ahora se oponen a lo que decimos, y en otro tiempo a todo lo que hicimos. Porque nadie podría demostrar que nuestros antepasados en los innumerables tiempos anteriores intentaran gobernar sobre ciudad alguna, ni grande ni pequeña. Pero todos saben que los lacedemonios desde que llegaron al Peloponeso no hacían ni pensaban en otra cosa que no fuera en cómo dominar mejor a todos, y si no a todos, a los peloponesios. En cuanto a 99
las revueltas, las matanzas y los cambios de gobiernos que algunos nos achacan a ambos, se verá que los lacedemonios llenaron todas las ciudades salvo unas pocas de semejantes desgracias y enfermedades, mientras que ninguno se atrevería a decir que nuestra ciudad haya hecho algo parecido con sus aliados antes del desastre del Helesponto. Pero cuando los lacedemo- 100
nios, que habían sido señores de los griegos, de nuevo quedaron apartados de los asuntos y en esa circunstancia se peleaban otras ciudades, dos o tres de nuestros generales —no ocultaré la verdad— las hicieron

daño [44], esperando que si imitaban las hazañas de los
101 espartiatas, podrían retenerlas mejor. Por eso, en justicia, todos acusarían a los espartiatas de haber sido los primeros y los maestros de semejantes actos, pero con los nuestros tendrían una indulgencia lógica, como discípulos engañados por quienes les hacen promesas y como gente equivocada en sus esperanzas.

102 Finalmente, ¿quién no conoce lo que los lacedemonios hicieron ellos solos y por su propia iniciativa? Cuando existía entre nosotros un odio común contra los bárbaros y sus reyes, nosotros, que estuvimos en muchas guerras, que alguna vez caímos en enormes desgracias, que vimos con frecuencia saqueada y destruida nuestra tierra, nunca confiamos en la amistad ni en la alianza con los bárbaros, sino que, por sus conspiraciones contra los griegos, no dejamos de odiarlos más que a quienes nos hacen daño en el presente.
103 Los lacedemonios, en cambio, aunque no sufrían daño alguno, ni lo esperaban, ni lo temían, llegaron a tal grado de insaciabilidad que no les bastó tener el dominio terrestre, sino que tanto desearon conquistar el poderío del mar que, al mismo tiempo de provocar la defección de nuestros aliados con la promesa de liberarlos, hablaban con el rey de amistad y alianza [45], diciéndole que le entregarían a cuantos vivían en Asia.
104 Y después de dar a unos y a otros garantías y de vencernos a nosotros, a quienes prometieron liberar los esclavizaron con más dureza que a los hilotas, y al rey le demostraron tanta gratitud que convencieron a su hermano Ciro, más joven que él, a disputarle el reino,

[44] Según G. NORLIN, *Isocrates...*, II, pág. 434, n. c, se refiere Isócrates a Cares, general rival de Timoteo, el discípulo y amigo del orador.

[45] Por el tratado de Mileto, del año 412 a. C. Esparta recibió ayuda monetaria de Persia a cambio de renunciar a las ciudades jonias de Asia Menor.

reunieron para él un ejército, colocaron a su frente a Clearco y lo enviaron contra el rey. Pero tuvieron mala 105
suerte en estos planes, quedaron al descubierto en lo que deseaban, fueron odiados por todos y se vieron en guerra y en tantos desórdenes como es de esperar que tengan quienes perjudicaron a griegos y a bárbaros. No sé qué más hay que decir sobre esto, a no ser que vencidos en el mar por el poderío del rey y la estrategia de Conón, firmaron una paz cual nadie po- 106
dría señalar otra más vergonzosa, censurable, despreciable para los griegos ni más contraria a lo que algunos dicen sobre la virtud de los lacedemonios [46]. Esos lacedemonios que, cuando el rey les hizo señores de los griegos, intentaron arrebatarle su reino y toda su prosperidad, pero que cuando los venció en combate naval, no le entregaron unos pocos griegos, sino todos los que viven en Asia. Además, escribieron expresa- 107
mente que el rey haría lo que quisiera, y no les dio vergüenza firmar estos acuerdos sobre hombres con cuya alianza nos vencieron, se hicieron dueños de los griegos y esperaron dominar toda Asia, sino que esos tratados los grabaron en sus templos y obligaron a sus aliados a hacerlo.

Creo que no se deseará oír otros hechos, sino que 108
con la comprensión de lo dicho se juzgará suficientemente cómo se comportó con los griegos cada una de las dos ciudades. Pero yo no pienso así, creo, por el contrario, que el tema que tomé necesita otros muchos razonamientos y sobre todo los que demostrarán la insensatez de quienes se atrevieron a contradecir mis palabras. Creo que estas razones las encontraré con facilidad. Pienso que los mejores y los más inteligen- 109

[46] La paz de Antálcidas, del año 387 a. C.; aquí esta paz es muy criticada, pero en el discurso *Sobre la paz* Isócrates aconsejaba retornar a ella como base para la política exterior (cf. n. 16 a ese discurso).

tes de quienes aceptan todas las acciones de los lacedemonios aplaudirán la constitución política de los espartiatas y tendrán sobre ella la misma opinión que antes [47], pero en cuanto a lo que hicieron con los griegos se mostrarán conformes con mis palabras. Pero
110 quienes son inferiores a éstos y a la mayoría de los hombres, que son incapaces de pronunciar un discurso soportable de cualquier otro asunto, pero no pueden dejar de hablar de los lacedemonios porque piensan que si exageran en los elogios que de ellos hacen recibirán la misma fama que los oradores que parecen más
111 vigorosos que ellos y mucho mejores, ésos, cuando se den cuenta que todas sus mañas han sido sorprendidas y que no pueden oponer ni un sólo argumento a mis palabras, creo que se volverán a hablar de las constituciones políticas y que elogiarán a Esparta comparando la que está allí establecida con la de aquí y sobre todo su prudencia y disciplina con nuestra des-
112 preocupación. En el caso de que intenten hacer algo así, conviene que las personas inteligentes piensen que ellos desvarían. Porque yo no me propuse tratar de las constituciones políticas, sino demostrar que nuestra ciudad se portó con los griegos mucho mejor que los lacedemonios. Si suprimieran algo de esto o hablaran de otras empresas comunes en las que aquéllos fueron mejores que nosotros, serían aplaudidos con razón. Pero si pretenden hablar de cosas de las que yo no hice mención alguna, darán a todos con justicia la impre-
113 sión de que son estúpidos. Con todo, como creo que ellos propondrán en público un discurso sobre las constituciones no vacilaré en hablar sobre ellas. Porque pienso que demostraré que también en esto nuestra ciudad sobresalió más que en lo ya relatado.

47 Los mejores se han inspirado en la constitución de los espartiatas, pero su fundador Licurgo se inspiró, a su vez, en el modelo ateniense (Cloché, *Isocrate...*, págs. 90-91).

Y que nadie piense que lo que he dicho se refiere 114
a la constitución que fuimos obligados a cambiar, sino a la de nuestros antepasados [48], que nuestros padres no despreciaron por desear la que ahora está establecida, sino que juzgaron que aquélla era muy conveniente para otras acciones y ésta la más útil para el dominio del mar. Cuando adoptaron ésta última y la aplicaron bien, fueron capaces de rechazar las intrigas de los espartiatas y la fuerza de todos los peloponesios que apremiaban a la ciudad sobre todo en aquel tiempo a luchar para sobrevivir. Por eso nadie con justicia 115
censuraría a quienes la eligieron. Pues no se engañaron en sus esperanzas, ni desconocían las virtudes y defectos de cada uno de estos poderes, sino que sabían bien que la hegemonía terrestre se ejercita con la disciplina, la prudencia, la obediencia y otras cosas semejantes, pero el dominio del mar no aumenta con esto, sino con la industria naval, con quienes pueden con- 116
ducir las naves y con los que, por haber perdido sus bienes, están acostumbrados a ganarse la vida con los ajenos [49]. Si estos individuos caían sobre la ciudad no era dudoso que el orden establecido por la anterior constitución se disolvería y la benevolencia de los aliados cambiaría con rapidez, cuando a los que antes daban tierras y ciudades se les obligara a pagar impuestos y tributos para tener una soldada que dar a éstos a los que me referí hace un poco. Pero, aunque 117
no ignoraban lo anteriormente dicho, pensaban que a una ciudad tan grande y de tanto prestigio le era ven-

48 La antigua democracia de Solón y Clístenes, tan alabada en el *Areopagítico*.

49 Esta nueva constitución era la de la política naval impulsada por Arístides y Temístocles. En el año 487 a. C., Temístocles consigue neutralizar la influencia del Areópago y aumentar la de los estrategos, que desde entonces tienen poderes administrativos y financieros.

tajoso y conveniente soportar todas las dificultades mejor que el dominio de los lacedemonios. Porque ante ambas propuestas, malas las dos, era preferible elegir el hacer daño a otros antes que sufrirlo uno mismo y mandar sobre los demás contra justicia a rehuir esta acusación siendo esclavizados injustamente por los la-
118 cedemonios. Esto era lo que eligieron y decidieron todos los inteligentes. Unos pocos que presumían de sabios habrían dicho que no, si se les hubiera preguntado. Los motivos por los que cambiaron la constitución que algunos criticaban por la que todos aplauden, aunque los expliqué con mucha amplitud, eran éstos.

119 Pero ya voy a hablar de la constitución que elegí como tema y de los antepasados, empezando por aquellos tiempos en que no existía el nombre de oligarquía ni el de democracia, sino que eran monarquías las que gobernaban tanto los pueblos bárbaros como todas
120 las ciudades griegas. Elegí el comenzar desde tan atrás por lo siguiente: en primer lugar porque creía conveniente que quienes disputan por la virtud sobresalieran de los demás desde su nacimiento, y, además, porque me daba vergüenza que si por hablar de hombres ilustres me había alargado más de lo que convenía, no hiciera ni una pequeña mención de los antepa-
121 sados que tan bien gobernaron la ciudad. Nuestros antepasados fueron tan superiores a quienes tenían el poder en otros lugares, como lo son los hombres más inteligentes y sensatos con respecto a los animales más feroces y llenos de la mayor crueldad. Porque, ¿qué acción desmedida por su impiedad y rigor no encontramos en las demás ciudades y sobre todo en las que entonces se tenían por más importantes y todavía ahora lo parecen? ¿No han sido incontables las
122 muertes de hermanos, padres y huéspedes? ¿Y los asesinatos de madres, los incestos y las procreaciones con

los propios padres?[50]. ¿Y la crianza de los niños, amenazada por sus parientes más cercanos? ¿No se produjeron destierros de hijos por sus padres, naufragios, cegueras y tal cantidad de maldades que nunca les han faltado a ninguno de los que acostumbran a representar en el teatro las desgracias que entonces ocurrieron?

Conté estos sucesos no con la intención de insultar 123
a aquellos hombres, sino para señalar que nada de esto se ha producido entre nosotros. No sería, por supuesto, una señal de virtud, sino de que nuestra manera de ser no es igual a la de los más impíos que han existido. Pero es preciso que quienes intentan elogiar a algunos en exceso no muestren sólo que no son malvados, sino que aventajaron a los de entonces y a los de ahora en todas las virtudes. Esto es lo que cualquiera podría decir de nuestros antepasados.
Gobernaron la ciudad y sus propios bienes con tanta 124
piedad y belleza como conviene a descendientes de dioses, a los primeros que habitaron la ciudad y se sirvieron de leyes, a los que siempre practicaron la piedad con los dioses y la justicia con los hombres y a los únicos de los griegos que fueron autóctonos y no
un pueblo formado por mezclas ni advenedizos. Tenían 125
como alimento la tierra de la que nacieron y la amaban como aman los mejores a sus padres y madres, y además de esto, eran tan queridos por los dioses que lo que parece más difícil y raro, encontrar que algunas familias de tiranos o reyes duren cuatro o cinco gene-
raciones, ésto les ocurrió sólo a ellos. Porque Ericto- 126
nio, nacido de Hefesto y de Gea, recibió su linaje y reino de Cécrope que no tenía hijos varones. Desde

[50] En este pasaje Isócrates puede referirse a la larga serie de crímenes de las leyendas argiva y tebana: Tiestes comió a su propio hijo que le sirvió su hermano Atreo; Edipo procreó con su propia madre, y sus hijos Eteocles y Polinices se dieron mutuamente muerte, etc.

entonces todos sus descendientes, que no fueron pocos, transmitieron a sus hijos sus posesiones y poderes, hasta llegar a Teseo[51]. De éste preferiría no haber ya hablado de su virtud y de sus hazañas. Pues encajaría mucho mejor tratarlas en este discurso sobre
127 la ciudad. Pero sería difícil, o mejor, imposible, eludir lo que ahora se me ocurrió sobre Teseo, y dejarlo para otra oportunidad que no sé si se volverá a producir. Con todo, dejaremos a un lado lo que ya utilicé anteriormente. Recordaré sólo una hazaña, que reúne las circunstancias de que nunca se habló de ella antes ni tampoco ha sido realizada por otro que no fuera Teseo, y que es la mayor señal de su virtud e inteli-
128 gencia. Pues aunque tenía un reino muy seguro y grande, en el que ya había realizado muchas y hermosas hazañas, todo eso lo despreció, y prefirió el prestigio que se deriva de los trabajos y de los combates y que siempre es recordado, a la indolencia y a la prosperidad que entonces poseía gracias a su reino.
129 Y esto lo llevó a cabo no cuando fue viejo ni cuando había disfrutado de los bienes que tenía, sino que en la flor de la edad confió al pueblo el gobierno de su ciudad, según se cuenta, y él pasaba su vida corriendo peligros por ella y por los demás griegos.

130 Ahora recordamos como pudimos la virtud de Teseo, pero ya antes contamos, sin pasarlas por alto, todas sus hazañas. En cuanto a quienes recibieron el gobierno de la ciudad que él les confió, no sé cómo podría elogiarlos en términos adecuados a su inteligencia. Ellos eran inexpertos en asuntos políticos, pero no se equivocaron al elegir una forma de gobierno reconocida por todos no sólo como la más imparcial y

51 Mikkola hace notar que en todas las obras de Isócrates se insiste en una élite dirigente, tanto en plan colectivo como individual: este último caso es el de Teseo.

justa sino también como la más conveniente y agradable para quienes la usan. Establecieron, en efecto, 131
la democracia, no la que gobierna al azar y cree que el desenfreno es libertad y felicidad el que cada uno haga lo que quiera, sino la que critica esto y se sirve de la aristocracia. Una aristocracia que, aunque es muy útil, la mayoría la cuentan entre los regímenes políticos que se basan en las riquezas, y lo hacen no por ignorancia, sino porque nunca se preocuparon de lo que debían. Yo afirmo que hay sólo tres clases de 132
regímenes políticos: la oligarquía, la democracia y la monarquía[52], y que de los pueblos que viven en estos regímenes, cuantos acostumbran a colocar en las magistraturas y al frente de los demás asuntos públicos a sus conciudadanos más capaces y que estén dispuestos a gobernar de la mejor manera y con más justicia, ésos, en todos los sistemas políticos, se administrarán mejor a sí mismos y a los demás. Pero quienes uti- 133
lizan para esas funciones a los individuos más atrevidos y malvados y a los que no piensan en lo que conviene a la ciudad, pero están dispuestos a sufrir lo que sea en provecho de su ambición, sus ciudades serán gobernadas de acuerdo con las maldades de sus jefes. Y quienes no se gobiernan así ni como antes dije, sino que unas veces confían y honran mucho a quienes les agradan con sus palabras, y otras tienen miedo y se refugian en los mejores y en los más sensatos, a ésos alternativamente les irá unas veces peor y otras mejor. Así son las naturalezas y las posibilidades de 134
los sistemas políticos. Creo que ellos ofrecerán a otros muchos más argumentos que los que ahora se han dicho, pero yo no voy a hablar de todos, sino sólo de la

52 Se habla aquí de las tres formas fundamentales de gobierno en un sentido no diferente al de Heródoto (III 80-12), y de sus posibles degeneraciones (Levi, *Isocrate...*, pág. 202).

constitución política de los antepasados. Porque pro-
metí demostrar que fue más útil y causante de más
135 bienes que la que estaba establecida en Esparta. El
discurso que voy a pronunciar no será molesto ni ino-
portuno para quienes me oigan hablar con gusto de un
sistema político útil, sino comedido y adecuado a mis
palabras anteriores. Sin embargo, a los que no les
agrade lo que se dice con mucha seriedad, sino que pre-
fieren a quienes se insultan en las fiestas solemnes,
o a los que, lejos de esta locura, alaban lo más vil
o a los más criminales, a ésos creo que mi discurso
136 les parecerá más extenso de lo preciso. Nunca me
interesaron tales oyentes a mí ni a los demás hom-
bres inteligentes, sino aquellos que recordarán lo que
dije al principio de todo el discurso, que no critica-
rán el número de mis palabras ni aunque fueran miles,
sino que pensarán que es tarea suya leer y tratar la
parte que quieran. Sobre todo, me interesan aquellos
que no escucharán con más gusto otro discurso que
no cuente las virtudes de los hombres y la manera de
137 ser de una ciudad bien gobernada. Si algunos quisie-
ran y pudieran imitar estas virtudes, vivirían en la
mayor fama y harían prósperas sus propias ciudades.
Ya he dicho qué clase de auditorio me gustaría tener,
pero temo que, aunque lo tenga, mi discurso resulte
muy inferior a los asuntos que quiero tratar. A pesar
de ello, intentaré desarrollarlos en la medida de mis
138 posibilidades. De que nuestra ciudad tuviera un go-
bierno distinguido sobre las demás en aquel tiempo,
atribuiremos la responsabilidad a sus reyes, de quie-
nes hablé hace poco. Pues aquéllos eran los que edu-
caron al pueblo en la virtud, la justicia y en la mayor
prudencia, y quienes les hicieron aprender por cómo
gobernaban (se verá que esto lo digo después de que
aquéllos lo realizaron) que todo sistema político es el
alma de una ciudad con tanto poder como la inteli-

gencia en el cuerpo[53]. Porque es él el que delibera
sobre todos los asuntos y custodia los bienes, el que
rehuye las desgracias y es causa de todo lo que les
ocurre a las ciudades. Cuando el pueblo aprendió esto, 139
no se le olvidó por el cambio político, sino que más
que a otros asuntos se dedicó a buscar cómo consegui-
ría jefes partidarios de la democracia, cuyo carácter
fuera semejante a quienes antes le gobernaron, a que
no se le pasara establecer como señores de todos los
asuntos públicos a quienes nadie confiaría los suyos
particulares. También procuró no ver con indiferen- 140
cia que reconocidos criminales se acercaran a los asun-
tos de la ciudad, ni soportar la voz de quienes, censu-
rables en sus personas, pretendían aconsejar a los
demás de qué forma obrarían con discreción y mejor
al gobernar la ciudad. Tampoco admitió a los que ha-
bían perdido sus patrimonios en los peores placeres,
ni a quienes intentaban reparar su menguada fortuna
con los bienes públicos ni a los que, por agradar, siem-
pre desean hablar, pero arrojan a los que convencen
a los mayores sinsabores y dolores. Todos y cada uno 141
creerían que debe apartarse de la deliberación a seme-
jantes individuos, y también a los que suelen decir que
las haciendas de los demás pertenecen a la ciudad,
pero se atreven a robar y saquear los propios de la ciu-
dad, y a quienes fingen amar al pueblo, pero hacen
que sea odiado por todos los demás. Asimismo a los 142
que de palabra se inquietan por los griegos, pero de
hecho los injurian, los calumnian y los ponen contra
nosotros, de tal manera que las ciudades en guerra
con más gusto y facilidad recibirían a sus asaltantes
que una ayuda nuestra. Cualquiera desistiría de escri-
bir si intentase enumerar todas sus malicias y perver-
sidades. Nuestros antepasados, por odiar estas mal- 143

---

[53] Lo mismo en *Areopagítico* 13.

dades y a sus autores, hacían consejeros y jefes suyos no a cualquiera, sino a los mejores, a los más sensatos y a los de vida más ejemplar, los elegían como generales y embajadores, y donde era necesario los enviaban, les confiaban también todos los poderes de la ciudad, por creer que quienes en la tribuna quieren y pueden aconsejar de la mejor manera, ésos, por sí mismos, tendrán la misma manera de pensar en todos los lugares y sobre todas las formas de actuar.
144 Y esto era lo que les ocurría. Porque, gracias a este modo de pensar, en pocos días vieron que habían sido inscritas las leyes, no como las de ahora, ni repletas de tanta confusión y contradicciones que no se podrían reconocer las útiles ni las superfluas, sino unas leyes que, en primer lugar, eran pocas, pero suficientes y fáciles de conocer para quienes las usaran, y, además, justas, convenientes y concordes entre sí, que atendían más a las ocupaciones públicas que a los contratos privados, y que eran las precisas para un pueblo
145 bien gobernado. Por este mismo tiempo situaron en los cargos públicos a los elegidos por tribus y demos [54], y esos cargos no los hicieron disputados ni deseables, sino mucho más parecidos a las liturgias, que son molestas para quienes las soportan, pero que les otorgan alguna clase de honor. Porque era preciso que los elegidos para el mando se despreocupasen de sus bienes particulares y se abstuviesen de los ingresos que se acostumbra a dar a las magistraturas no menos que de los bienes de los templos —¿quién aguantaría esto en
146 las circunstancias actuales?— Y quienes en esos cargos eran cumplidores, tras ser elogiados comedidamente, servían en otro con la misma dedicación, pero los que cometían alguna pequeña falta, caían en el peor deshonor y en los mayores castigos. De suerte que nin-

54 Cf. *Areopagítico* 22.

gún ciudadano se comportaba ante las magistraturas como ahora, sino que entonces preferían rehuirlas más de lo que ahora las persiguen. Y todos piensan que 147
no hubo democracia más sincera, más firme y que más conviniera a la mayoría que la que, al conceder al pueblo la exención de tan grandes esfuerzos, le hacía dueño de establecer las magistraturas y de castigar a los infractores, cosas que corresponden a los tiranos más afortunados. La mayor señal de que apreciaban 148
esta situación más de lo que he dicho es la siguiente: está claro que el pueblo lucha contra los sistemas políticos que no le agradan, que los derriba y mata a sus jefes. Sin embargo utilizó éste no menos de mil años y se mantuvo en él desde que lo recibió hasta la época de Solón y el gobierno de Pisístrato, el que, cuando se hizo demagogo, tras perjudicar mucho a la ciudad y desterrar a los mejores ciudadanos como sospechosos de oligarquía, acabó por derribar el gobierno del pueblo y hacerse a sí mismo tirano [55].

Quizá algunos dirían que soy extravagante —nada 149
me impide hacer una pausa en mi discurso— porque me atrevo a hablar, como si los conociera con exactitud, de asuntos que se realizaron sin mi presencia. Yo creo que actuar así no es extravagancia. Pues si fuera el único que confiara en lo que se dice sobre la antigüedad o en los escritos que de aquella época se nos han transmitido, sería criticado con razón. Pero ocurre que en la actualidad se ve que a muchos hombres inteligentes les sucede lo mismo que a mí. Al 150
margen de esto, si empleara la demostración y el razonamiento, podría señalar que todos los hombres

55 La tiranía de Pisístrato no fue tan terrible como Isócrates la presenta; hubo una reforma agraria, grandes obras públicas, fomento del culto a Dioniso (culto más democrático que el dedicado a Apolo), etc.; ARISTÓT., en *Const. de Aten.* 14 y sigs., presenta una imagen más favorable de Pisístrato.

tienen más conocimientos por lo que han oído que por lo que han visto y que, de los sucesos que saben, son mayores y más hermosos los que han oído de otros que aquellos a los que han asistido personalmente. Con todo, no está bien descuidar tales objeciones —porque podría ocurrir que si nadie las contradijera perjudicaran a la verdad— ni tampoco emplear mucho tiempo en refutarlas, sino sólo el suficiente para demostrar a los demás que estos individuos dicen tonterías, y luego volver a tratar el tema, tomando la narración desde donde la dejé. Esto es lo que haré.

151 Hemos aclarado suficientemente el conjunto del sistema político de entonces y el tiempo que usaron este tipo de gobierno. Nos quedan por explicar los sucesos producidos por este buen gobierno. Pues a partir de esos sucesos mejor se podría comprender que el gobierno que tuvieron nuestros antepasados fue mejor y más prudente que los demás y que se sirvieron de los jefes y consejeros que deben utilizar los
152 inteligentes. Con todo, no debo contarlos antes de hablar un poco sobre ellos. Porque si, despreciando las censuras de quienes no pueden hacer otra cosa, siguiese inmediatamente con otras hazañas que realizaron o con las costumbres bélicas de que se sirvieron nuestros antepasados para vencer a los bárbaros y tener prestigio entre los griegos, no habría forma de impedir que algunos dijeran que cuento las leyes que Licurgo estableció y están usando los espartiatas.

153 Reconozco que contaré muchas cosas de las que allí están establecidas, pero no porque Licurgo descubriera o discurriera ninguna, sino porque imitó de la mejor manera posible la organización de nuestros antepasados y estableció en su pueblo una democracia mezclada con la aristocracia[56], como la que había

entre nosotros, e hizo que las magistraturas no fueran a sorteo sino elegibles. Ordenó por ley que la elección 154
de los ancianos que gobernaban todos los asuntos se hiciera con tanta seriedad como, según se dice, había entre nuestros antepasados con los que iban a subir al Areópago, y también les atribuyó un poder idéntico al que sabía que tenía nuestro Consejo. Que estableció 155
allí la misma costumbre que antiguamente había en nuestras instituciones, lo podrían averiguar por muchos datos quienes deseen saberlo. En cuanto a la experiencia militar, los espartiatas no se ejercitaron en ella antes que nosotros ni la usaron mejor, y por los combates y guerras que, según todos reconocen, se celebraron en aquel tiempo, creo que lo demostraré tan suficientemente que ni los insensatos partidarios de Esparta podrán contradecir mis palabras ni tampoco quienes al mismo tiempo que las admiran, las critican y desean imitarlas. Empezaré con unas pala- 156
bras que quizá algunos no oigan con gusto, pero no será inútil el decirlas. Pero si alguno afirmara que las dos ciudades han sido responsables de los mayores bienes para los griegos y de los mayores males tras la expedición de Jerjes, no es posible que diera la impresión de no decir la verdad a quienes saben algo de lo que entonces ocurrió. Pues lucharon de la mejor ma- 157
nera posible contra el poderío de Jerjes y, tras realizar esta hazaña, cuando les convenía haber deliberado bien sobre el porvenir, llegaron a tal grado no de insensatez,

---

[56] Pasaje especialmente interesante, pues concuerda con lo que Isócrates expuso en sus obras anteriores y aporta, además, una definición bien clara y precisa sobre el régimen político preferido por Isócrates: no una simple democracia, sino un régimen mixto, en el que están asociadas, como en Esparta, la democracia y la aristocracia. Lo mismo en TUC., VII 97, cuando al hablar de la constitución de Terámenes del año 411, dice que es «una sabia combinación de oligarquía y democracia» (CLOCHÉ, *Isocrate...*, pág. 92).

sino de locura, que con el rey que hizo la expedición y quiso destruir por completo a ambas ciudades y
158 esclavizar a los demás griegos, con ese individuo al que con facilidad se habrían impuesto por tierra y mar, suscribieron una paz eterna[57] como si hubiera sido un bienhechor. Envidiaron, en cambio, sus propias virtudes y se lanzaron a la guerra entre ellas y a la rivalidad, y no cesaron de destruirse a sí mismos y a los demás griegos antes de hacer al enemigo común dueño de arrojar a nuestra ciudad a los peligros más extremos, gracias al poderío de los lacedemonios, y a su vez,
159 a la de éstos, gracias a nuestro poder. Y aunque quedaron tan atrás respecto al bárbaro en inteligencia, ni en aquellos tiempos se afligieron en proporción a lo que sufrieron ni a lo que les convenía, ni ahora las mayores ciudades griegas se avergüenzan de arrastrarse ante el oro del rey, sino que la de los argivos y la de los tebanos atacan a Egipto[58] junto con él, para que con mayor poder conspire contra los griegos. Y nosotros y los espartiatas, a pesar de haber suscrito una alianza, no nos mostramos menos hostiles entre nosotros que con los enemigos que tenemos cada uno.
160 Una prueba no pequeña es que no tratamos en común ni un solo asunto, y que por separado enviamos embajadores al rey, con la esperanza de que llegarán a ser dueños de la hegemonía sobre los griegos aquellos a quienes trate con más familiaridad, como si no supiéramos bien que tiene la costumbre de tratar con insolencia a los que le sirven, mientras que intenta apa-

57 La paz de Antálcidas.

58 La reconquista de Egipto por Persia la efectuó el rey Artajerjes III en el año 343-42 a. C., tras haber suscrito poco antes un pacto de no agresión con Macedonia. Egipto, sublevado el año 405 a. C., era independiente de hecho desde entonces.

ciguar por todos los medios las discrepancias de los que le hacen frente y desprecian su poder[59].

Conté esto aunque no ignoraba que algunos se atre- 161
verán a decir que utilicé argumentos que se apartan del tema. Creo, sin embargo, que nunca he dicho palabras más apropiadas a lo anterior que éstas, ni más claras para que cualquiera pudiera demostrar que nuestros antepasados gobernaron los asuntos más importantes con más sensatez que quienes administraron nuestra ciudad y la de los espartiatas tras la guerra con Jerjes. Porque está claro que las dos ciu- 162
dades en aquellos tiempos, después de hacer la paz con los bárbaros, se destruyeron a sí mismas y a las demás ciudades, y que ahora pretenden gobernar a los griegos tras enviar al rey embajadores para tratar de amistad y alianza. Quienes en otra época habitaban la ciudad no hacían nada semejante, sino todo lo contrario. Tan resueltos estaban a mantenerse lejos de las 163
ciudades griegas, como los más piadosos de los bienes de los templos y pensaban que la guerra más necesaria y la más justa era la de todos los hombres contra la crueldad de las fieras, y, después, la de los griegos contra los bárbaros, enemigos naturales y que siempre conspiran contra nosotros. Esto que he dicho no me 164
lo he inventado, sino que lo he deducido de lo que aquéllos hicieron. Porque, al ver ellos que las demás ciudades se encontraban en muchos males, guerras y desórdenes y que la suya era la única bien gobernada, pensaron que quienes decidían y actuaban mejor que los demás no debían despreocuparse ni ver con indiferencia que se destruyeran las ciudades de su misma raza, sino que había que reflexionar y actuar para que todas escapasen de sus males presentes. Después que 165
pensaron esto, intentaban suprimir las diferencias de

59 Cf. *Panegírico* 154-155.

las ciudades menos enfermas con embajadas y palabras, a las más revueltas enviaban a los ciudadanos que tenían entre ellos el mayor prestigio, para que les aconsejaran sobre sus circunstancias presentes. Socorrían a quienes no podían vivir en ellas y a quienes actuaban peor de lo que mandan las leyes, que son los que más perjudican a las ciudades, y les persuadían para que con ellos marcharan en expedición y busca-
166 ran una vida mejor que la que tenían. Al ser muchos los que se convencían y querían hacerlo, con ellos formaban un ejército, sometían a quienes ocupaban las islas de los bárbaros y a los que habitaban en ambas costas del continente y, tras expulsar a todos, asentaban en ellas a los griegos más necesitados[60]. Pasaban el tiempo en estas acciones y dando ejemplo a los demás, hasta que oyeron que los espartiatas, como dije, habían puesto bajo su poder a las ciudades que se asentaban en el Peloponeso. Después de esto, se vieron obligados a atender sus intereses particulares.

167 ¿Qué beneficio es el que resultó de esta guerra por las colonias y de este esfuerzo? Creo que esto es lo que más deseará oír la mayoría. Para los griegos, llegar a ser más prósperos en medios de vida y a que su concordia fuera mayor cuando se apartaran de esa masa de semejantes hombres. En cuanto a los bárbaros, se vieron expulsados de su propia tierra y fueron menos ambiciosos que antes. Y los responsables de estos hechos ganaron enorme prestigio y dieron la impresión de haber hecho a Grecia doble de lo que era al
168 principio. No podría descubrir un beneficio de nuestros antepasados que haya sido mayor que éste y más común para los griegos. Pero quizá podríamos haber citado otro más unido a la práctica de la guerra, no

60 Todo este pasaje es una alabanza a la colonización ateniense.

inferior en fama y más claro para todos. ¿Quién no conoce o quién no ha oído a través de los autores de tragedias en las Dionisíacas, las desgracias que le ocurrieron a Adrastro en Tebas?[61]. Porque, cuando que- 169
ría llevar a su país al hijo de Edipo, yerno suyo[62], perdió muchísimos argivos, vio muertos a todos sus comandantes y aunque él mismo se salvó con deshonor, como no pudo obtener treguas ni retirar sus muertos, llegó en calidad de suplicante a nuestra ciudad cuando Teseo aún la gobernaba[63]. Pedía que no se viera con indiferencia que tales hombres quedaran sin sepultura ni que fuera abolida una antigua costumbre y ley ancestral que todos los hombres practican desde siempre, no porque lo disponga la naturaleza humana, sino porque está ordenado por un poder divino. Cuando el pueblo lo oyó, no dejó pasar tiempo 170
alguno, y envió una embajada a Tebas para aconsejarles que sobre la retirada de los muertos tomaran una resolución más piadosa y dieran una respuesta más justa que la anterior. También les indicaron que nuestra ciudad no permitiría que transgredieran una ley común de todos los griegos. Después de escuchar los 171
que entonces eran jefes de los tebanos, su decisión no fue igual a la opinión que algunos tienen de ellos ni a lo que antes resolvieron, sino que razonaron este asunto con mesura, criticaron a sus atacantes y concedieron a nuestra ciudad la retirada de los muertos. Nadie piense que no me doy cuenta de que estoy 172
diciendo sobre los tebanos cosas contrarias a las que he escrito en el *Panegírico*. Porque creo que entre quienes hayan sido capaces de reconocer esto no habrá nadie tan lleno de ignorancia y envidia que no

61 Especialmente en los *Siete contra Tebas*, de ESQUILO, y *Las Fenicias* de EURÍPIDES.

62 Polinices, casado con Argía, hija de Adrasto.

63 Cf. *Panegírico* 54 y sigs.

me aplaudiría y me consideraría sensato por haber hablado sobre los tebanos de aquella manera entonces
173 y de ésta ahora[64]. Sé que he escrito bien y convenientemente sobre estos sucesos. En cuanto a que nuestra ciudad tenía superioridad militar en aquel tiempo —pues por querer demostrarlo conté lo ocurrido en Tebas— creo que aquella actuación aclaró suficientemente a todos que obligó al rey de los argi-
174 vos a suplicar a nuestra ciudad, y consiguió que los jefes de los tebanos prefirieran atenerse a las palabras de la ciudad que a las leyes establecidas por la divinidad. Nada de esto hubiera podido atender conveniente nuestra ciudad si no se hubiera destacado mucho de las demás en fama y poder.

175 Aunque puedo referir muchas y hermosas hazañas de los antepasados, estoy pensando en cómo contarlas. Porque esto me preocupa más que lo demás. Me encuentro en la parte de mi tema que dejé para el final y en la que anuncié que mostraría que nuestros antepasados aventajaron en guerras y combates a los espar-
176 tiatas más que en todo lo demás[65]. Será un argumento extraño para muchos pero igualmente sincero para otros. Ahora mismo dudaba qué peligros y combates contar primero, si los de los espartiatas o los nuestros. Pero me he propuesto relatar las hazañas de aquéllos, para acabar el discurso con las más hermosas y justas.

177 Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, dividieron en tres partes las ciudades y territorios [que][66] arrebataron a sus legítimos poseedores. Unos obtuvieron Argos y Mesenia y las habitaban de manera

[64] Confesión clara de que en política es imprescindible el saber cambiar; para KENNEDY, *The Art...*, pág. 196, esto es oportunismo.

[65] Cf. *Panegírico* 51-70.

[66] El pronombre fue introducido por BLASS.

similar a la de los demás griegos, pero los del tercer lote, a quienes ahora llamamos lacedemonios, tuvieron unas disensiones como ningún otro pueblo griego, según dicen quienes conocen con exactitud la historia de aquéllos. Y, aunque aventajaban en orgullo a la masa, no tomaban sobre lo ocurrido decisiones iguales a las de quienes habían conseguido cosas parecidas. Pues los demás pueblos mantienen como vecinos 178
en su ciudad a quienes lucharon contra ellos y les asocian a todo, salvo a magistraturas y honores. Pero los espartiatas inteligentes creen que no son sensatos quienes piensan que se puede gobernar con seguridad viviendo con individuos que les han puesto en los mayores aprietos. Nada de esto hacen, sino que entre ellos establecieron una igualdad de derechos y una democracia tal como necesitan quienes están dispuestos a tener siempre el mismo parecer. Hicieron, en cambio, que el pueblo viviera fuera de la ciudad y esclavizaron sus espíritus no menos que los de sus servidores[67]. Tras obrar así, la tierra que cada uno 179
debía tener en igual proporción, la consiguieron unos pocos, y no sólo la mejor sino tanta como ningún griego tiene. A la masa, en cambio, le asignaron un lote de la peor, de tal manera que trabajándola con laboriosidad apenas tienen el sustento de cada día. Después dividieron al pueblo en grupos tan insignificantes como fue posible y los asentaron en muchos y pequeños lugares y les dieron nombres como si vivieran en ciudades, pero su importancia es menor que la de nuestros demos. Y cuando les arrebataron todo 180
lo que deben tener hombres libres, les expusieron a la

[67] En líneas generales lo que Isócrates nos cuenta sobre Esparta coincide bastante con las escasas noticias que tenemos sobre su constitución, que son sobre todo *La Constitución de los lacedemonios* de JENOFONTE, la *Vida de Licurgo* de PLUTARCO, algunos datos que nos da HERÓDOTO, etc.

mayoría de los peligros. Pues en las expediciones que conduce el rey, las forman con ellos en orden de batalla hombre por hombre, y a algunos en primera línea, y si necesitan enviar un socorro y temen los esfuerzos, los riesgos o su larga duración, mandan a estos para
181 que afronten el peligro por los demás. ¿Para qué hablar con más extensión de todos los ultrajes que se hacen al pueblo, en lugar de contar el mayor de los males dejando los demás? Pues, aunque han sufrido desde el principio cosas tan terribles y son útiles en las circunstancias presentes, los éforos pueden matar sin hacerles juicio a tantos como quieran[68]. Entre los demás griegos no está permitido asesinar ni siquiera a los servidores más malvados.

182 Me he extendido mucho en contar su intimidad y sus faltas contra el pueblo para preguntar a los que aceptan todos los actos de los espartiatas si también aceptan éstos, y si creen que las luchas mantenidas
183 contra estos hombres son piadosas y hermosas. Yo creo que esas luchas han sido grandes y formidables, causa de muchos males para los vencidos y de provechos para los vencedores, y por eso se han pasado todo el tiempo peleando, pero que no son lícitas ni hermosas ni convenientes para quienes aspiran a la virtud, no la que se promete en las artes y en otras muchas actividades, sino la que se produce con la piedad y la justicia en las almas de los hombres honrados, vir-
184 tud sobre la que trata todo mi discurso. Menospreciándola, algunos elogian a los que cometen más faltas que otros, y no se dan cuenta de que, al mostrar su propio pensamiento, aplaudirían también a aquellos que, a pesar de haber ganado más de lo preciso, se atreverían a matar a sus propios hermanos, a sus camaradas y compañeros para apoderarse de sus bienes. Pues semejantes actos son comparables a lo que han hecho los espartiatas y quienes lo aceptan tienen que pensar igual sobre lo que acabo de decir. Me causa admira- 185
ción que algunos piensen que las luchas y victorias producidas contra justicia no son más vergonzosas y llenas de más reproches que las derrotas sufridas sin deshonor, y eso a pesar de saber que grandes fuerzas, pero malvadas, muchas veces se imponen a hombres honrados y decididos a correr peligros en defensa de su patria. Con mucha más justicia elogiaríamos a 186
éstos que a quienes desean resueltamente morir por obtener lo ajeno y a los que son como los mercenarios. Porque estas son empresas de hombres perversos, pero el que algunas veces los hombres virtuosos luchen peor que quienes desean injuriarles se podrían decir que es descuido de los dioses. Podría también 187
emplear este mismo razonamiento con el desastre sufrido por los espartiatas en las Termópilas. Todo cuantos han oído hablar de él lo aplauden y admiran más que las victorias ganadas sobre adversarios contra los que nunca debieron producirse[69]. Y aunque algunos se atreven a elogiarlas, no saben que nada de lo que se dice o hace contra la justicia es lícito ni hermoso. Los espartiatas nunca se preocuparon de ello. Pues no 188
miran a otra cosa que no sea cómo apoderarse de la mayoría de lo ajeno. Los nuestros, en cambio, no se preocupaban sino de alcanzar prestigio entre los griegos. Creían, en efecto, que ningún juicio es más auténtico ni más justo que el determinado por toda una raza. Y mostraban que eran así en las demás disposi- 189
ciones con que gobernaban la ciudad y en sus empresas más importantes. Tres guerras han sostenido los griegos contra los bárbaros además de la de Troya[70],

[68] Referencia clara a la precaria situación de los hilotas.

[69] Cf. *Filipo* 148.

[70] La cronología de estas tres guerras está invertida para

y en todas procuraron que nuestra ciudad fuera la primera. De estas guerras, la primera fue contra Jerjes, y en ella se destacaron de los lacedemonios en todos
190 los peligros más que éstos de los demás. La segunda fue por la fundación de las colonias, a lo que ningún dorio llegó para ayudarnos, mientras que nuestra ciudad se hizo guía de los necesitados y de otros que querían marcharse, y tanto cambió la situación que cuando en otro tiempo los bárbaros acostumbraban a apoderarse de las mayores ciudades griegas, hizo que los griegos pudieran causar el daño que antes sufrieron.

191 Ya hemos hablado suficientemente en el párrafo anterior de las dos guerras, y trataré de la tercera, que ocurrió cuando las ciudades griegas acababan de ser fundadas y la nuestra tenía todavía un régimen monárquico. Bajo estos reyes se sucedieron muchísimas guerras y grandes peligros y no podría descubrirlos
192 todos ni contarlos. Tras dejar a un lado la enorme cantidad de sucesos producidos en aquel tiempo, pero que ahora no es urgente el decirlos, intentaré mostrar de la manera más concisa que pueda los que atacaron a nuestra ciudad, los combates dignos de recordarse y comentarse, sus jefes y también los pretextos que alegaban y el poderío de los pueblos que les acompañaron. Contar esto bastará después de lo que hemos
193 dicho sobre nuestros adversarios. Los tracios se lanzaron sobre nuestra tierra con Eumolpo, hijo de Poseidón, que discutía a Erecteo la posesión de nuestra ciudad, afirmando que Poseidón la había conquistado antes que Atenea. Luego los escitas con las amazonas, hijas de Ares, que hicieron una expedición contra Hipólita, porque había transgredido sus leyes y, enamo-

permitir la digresión mítica que Isócrates pone a continuación.

rada de Teseo, le había acompañado desde allí y vivía con él. Después los peloponesios junto con 194
Euristeo, quien no había dado satisfacción a Heracles por sus faltas contra él, e hizo una expedición contra nuestros antepasados para llevarse por la fuerza a los hijos de aquél —pues se habían refugiado junto a nosotros— y sufrió lo que merecía. Porque tan lejos estuvo de hacerse dueño de quienes nos habían suplicado que, vencido en combate y prisionero de los nuestros, él mismo acabó su vida tras ser suplicante de aquellos a los que vino a reclamar[71]. Tras éste vinie- 195
ron las tropas enviadas por Darío para arrasar Grecia. Cuando desembarcaron en Maratón cayeron en peores males y mayores desgracias de las que esperaron causar a nuestra ciudad, y se fueron expulsados de toda Grecia. A todos estos que conté, que no nos 196
atacaron todos juntos ni al mismo tiempo, sino según las oportunidades y como les convino y quisieron, nuestros antepasados les vencieron en combate e hicieron cesar su insolencia, pero no cambiaron su manera de pensar. Aunque habían realizado tan enormes empresas, no les ocurrió lo que a otros que, por haber decidido bien y con prudencia, ganaron grandes riquezas y hermosa fama, pero, por el exceso de estas cosas, se hicieron arrogantes, perdieron su prudencia y llevaron sus asuntos a una situación peor y más modesta que la que tenían antes. Por el contrario, rehuyeron 197
todo esto y se mantuvieron fieles a las costumbres que tenían gracias a gobernarse bien, se engreían más por su disposición de espíritu y por su inteligencia que por los combates producidos, y todos admiraban más esa constancia y prudencia que el valor demostrado en los peligros mismos. Porque todos veían que el espí- 198

[71] Todas estas leyendas las trató ya Isócrates en los discursos *Panegírico* 68, *Arquidamo* 142, y *Areopagítico* 75.

ritu guerrero lo tienen muchos, incluso los que destacan en malas acciones, pero que del coraje útil para todo y que a todos puede ayudar no participan los malvados, sino que sólo surge en los bien nacidos, criados y educados, cosas que tenían quienes entonces gobernaban la ciudad y fueron responsables de todos los bienes enumerados.

199 Veo que otros terminan sus discursos hablando de las acciones más importantes y que más se recordarán, y pienso que son prudentes al pensar y obrar así, pero a mí no me conviene hacer lo mismo, sino que me veo obligado a hablar más todavía. El motivo que me obliga lo diré dentro de un momento, cuando haya tratado previamente unas pocas cosas.

200 Estaba revisando mi discurso hasta donde he leído con tres o cuatro muchachos de los que suelen pasar el tiempo conmigo[72]. Y cuando lo acabamos nos pareció que estaba bien y que sólo le faltaba el final. Yo creí oportuno mandar a buscar a alguno de los que conmigo se habían educado, que habían tenido parte en el gobierno durante la oligarquía y preferían elogiar a los lacedemonios, para que si se nos había pasado por alto algún error, él lo viera y nos lo aclarara.
201 Cuando vino el que llamé y leyó el discurso —¿para qué gastar tiempo contando lo que pasó en medio?— no rechazó nada de lo escrito, sino que lo elogió de la manera mejor posible y trató sobre cada una de sus partes de manera parecida a lo que nosotros pensábamos. Con todo, era evidente que no le gustaba lo que
202 había dicho sobre los lacedemonios[73]. Y lo manifestó con rapidez. Pues se atrevió a decir que, aunque los lacedemonios no hubieran hecho otro bien a los griegos, al menos en justicia todos debían agradecerles que descubrieron las mejores costumbres, que las practicaron y las transmitieron a otros.

72 Cf. nota 44 del *Areopagítico*.

73 KENNEDY, *The Art...*, pág. 181, ve en la discusión que viene a continuación un paralelo con la postura de Sócrates en el *Fedro* platónico.

Esto que digo tan breve y conciso fue la causa de 203
que no cerrara mi discurso donde quería, por entender que haría algo vergonzoso e indigno si veía con indiferencia que, ante mí, uno de mis discípulos[74] usase palabras viles. Con esta idea le pregunté si no pensaba para nada en los presentes ni le avergonzaba haber pronunciado un argumento impío, falso y lleno de muchas contradicciones. «Reconocerías que es así, 204
si preguntaras a algunos hombres inteligentes cuáles son las costumbres que consideran más hermosas, y tras esto, cuánto tiempo hace que los espartiatas viven en el Peloponeso. No habrá nadie que no considere que esas costumbres son la piedad con los dioses, la justicia con los hombres y la inteligencia en las demás acciones. Dirán también que los espartiatas viven allí desde hace no más de setecientos años[75]. Al ser así las 205
cosas, si dijeras la verdad cuando afirmas que los lacedemonios han sido los inventores de las costumbres más hermosas, es preciso deducir que las muchas generaciones que hubo antes de que los espartiatas vivieran allí no participaron de esas costumbres, ni tampoco los que hicieron la expedición contra Troya, ni los contemporáneos de Heracles y Teseo, ni Minos, hijo de Zeus, ni Radamanto, ni Éaco, ni ninguno de los demás que son celebrados en himnos por estas

74 G. NORLIN, *Isócrates...*, II, pág. 496, n. a, dice que es probable que este discípulo fuera el historiador Teopompo.

75 La fundación de Esparta se sitúa históricamente hacia el año 900 a. C. Así los espartanos llevarían viviendo allí unos 561 años, contando desde la fecha del *Panatenaico*. Si contamos hasta la invasión doria (1150 a. C. aprox.) en ese caso serían más años de los que nos da Isócrates. Pero esta fecha era tradicional y las diferencias no son excesivas.

virtudes, sino que el prestigio que todos tienen es
206 falso. Pero si estás hablando a la ligera y si es conveniente que los descendientes de los dioses practiquen esas virtudes más que los demás y que se las hayan mostrado a sus descendientes, no habrá modo de que no des a tus oyentes la impresión de que deliras cuando elogias a cualquiera tan a la ligera e injustamente.

Además, si los elogiaras sin haber oído mis palabras, hablarías neciamente, pero no se vería que dije-
207 ras cosas contrarias a ti mismo. Sin embargo, ahora, después que has elogiado mi discurso, en el que se muestra que los lacedemonios han cometido muchos y terribles errores con sus propios parientes y con los demás griegos, ¿cómo vas a poder decir que quienes son reos de tales delitos se han hecho los guías de
208 las costumbres más hermosas? Aparte de esto, se te ha olvidado que lo que se ha descuidado en cuanto a costumbres, técnicas y todo lo demás no lo descubre cualquiera sino los que sobresalen por sus cualidades naturales, los que son capaces de asimilar la mayor cantidad de los descubrimientos anteriores y desean prestar más atención que los demás a buscarlos. De esta manera de ser se alejan más los lacedemonios
209 que los bárbaros. Porque se vería que estos últimos han sido discípulos y maestros de muchos hallazgos, pero los lacedemonios han estado tan distantes de la educación y filosofía comunes que ni conocen las letras, tan importantes que quienes las saben y las usan no sólo se hacen expertos en lo que se realizó en su tiem-
210 po, sino también en lo que alguna vez ocurrió. A pesar de todo, tú te atreviste a decir que esos individuos tan ignorantes han llegado a ser los inventores de las más hermosas costumbres, aunque sabías que habitúan a sus hijos a dedicarse a unas ocupaciones de tal naturaleza como para esperar que, gracias a ellas, no resulten bienhechores de otros, sino capaces de causar

el mayor daño a los griegos[76]. Si contara todas estas 211
ocupaciones ocasionaría muchas molestias a mí y a mis oyentes, pero con comentar sólo una que les gusta y en la que ponen su mayor empeño, creo que aclararé toda su manera de ser. Los lacedemonios envían a sus hijos cada día desde que se levantan y con los compañeros que cada uno quiere, a cazar, según dicen, pero,
en realidad, a robar a los campesinos. En esta práctica 212
ocurre que los que son capturados pagan una multa pecuniaria y reciben azotes, pero quienes hacen las mayores fechorías y pueden escapar, tienen entre los jóvenes más prestigio que los demás, y cuando se hacen hombres, si perseveran en los hábitos en que se ejercitaron de niños, se encuentran cerca de las ma-
gistraturas más importantes. Si alguien me mostrara 213
una educación que entre ellos fuera considerada más deseable o conveniente, reconocería que no he dicho la verdad sobre ni un sólo tema. Pero ¿qué acción de éstas es hermosa o venerable en lugar de vergonzosa? ¿Cómo no considerar insensatos a quienes aplauden a los que tan alejados están de las leyes comunes y no
piensan igual que griegos o bárbaros? Porque los de- 214
más consideran los peores servidores a quienes hacen daño y roban, pero los lacedemonios piensan que los mejores muchachos son los que destacan en tales acciones y los estiman muchísimo. Por eso ¿qué persona inteligente no preferiría morir tres veces a ser reconocido como virtuoso gracias a semejantes costumbres?»

Cuando escuchó esto mi discípulo, no se atrevió a 215
replicarme a una sola de mis palabras, pero tampoco guardó un silencio absoluto sino que me decía: «Tú

---

[76] Para todas las noticias que Isócrates nos da aquí sobre Esparta cf. JENOF., *Const. de los Laced.* II 5 y sigs., y PLUTARCO, *Licurgo* 16-18.

has hablado como si yo aceptase todo lo de Esparta y creyera que estaba bien. Me parece, sin embargo, que censuras con razón la libertad que se da a los jóvenes y otras muchas cosas, pero a mí me acusas injusta-
216 mente. Porque me disgustó, cuando leí tu discurso, lo que has dicho contra los lacedemonios, pero no tanto como para poder contradecir en su defensa lo que habías escrito, pues estaba acostumbrado en otro tiempo a aplaudirte. Al hallarme en tal dificultad dije lo único que podía, esto es, que si no por otra cosa, todos debían agradecerles al menos que usaban las costum-
217 bres más hermosas. Dije esto sin referirme a la piedad, la justicia y la sensatez, cosas que tú contaste, sino a los ejercicios gimnásticos que allí están establecidos, a la práctica del valor, a la disciplina y, en conjunto, a su dedicación a la guerra, lo que todos aplaudirían y reconocerían que son los lacedemonios los que más se ocupan de ello.»

218 Acepté lo que mi alumno dijo, pero no porque deshiciera alguna de mis acusaciones, sino porque disimulaba sus palabras anteriores, cosa propia no de un hombre mal educado sino inteligente, y porque defendía los restantes temas con más prudencia que su anterior ligereza de lenguaje. A pesar de todo, abandoné aquel tema y afirmaba que sobre esos mismos puntos mi acusación era mucho más dura que sobre la afición
219 a robar de los jóvenes lacedemonios. «Porque con aquellas costumbres estropean a sus propios hijos, pero con las que referiste hace poco, arruinan a los griegos. Y es fácil comprender que esto es así. Creo, en efecto, que todos estarían de acuerdo en que los hombres peores y dignos del mayor castigo son quienes utilizan para hacer daño las prácticas que se
220 crearon para ayudar, y para hacer daño no a los bárbaros ni a los que injurian ni a quienes invaden su tierra, sino a los más íntimos y a los que son de su

misma raza. Esto era lo que hacían los espartiatas. ¿Cómo va a permitirse afirmar que hacen buen uso de las prácticas bélicas quienes se pasan todo el tiempo destruyendo a los que debían salvar? No eres tú el 221
único que desconoces quiénes se comportan bien en los asuntos, sino casi la mayoría de las griegos. Porque cuando ven o saben que algunos se dedican con afán a algo que se considera una hermosa costumbre, los aplauden y hablan mucho de ellos, aunque no saben cuál será el resultado. Es preciso que quienes 222
deseen juzgar con rectitud a hombres semejantes callen al principio y no tengan opinión alguna sobre ellos y que cuando llegue el momento en que les verán hablar y actuar sobre los asuntos privados y los públicos, entonces observen con rigor a cada uno de ellos, aplaudan y honren a quienes utilizan con legalidad y 223
bondad las ocupaciones a las que se dedicaron, pero a los que delinquen y hacen daño los censuren, odien y se guarden de su manera de ser. Pues deben pensar que las ocupaciones por su misma naturaleza ni nos ayudan ni nos perjudican, sino que, responsables de todo lo que nos ocurre, son el empleo y la ejecución que de ellas hacen los hombres[77]. Y cualquiera 224
lo comprendería por lo siguiente: las mismas cosas, en todas partes y sin que en nada se diferencien, son útiles para unos y perjudiciales para otros. Tampoco es razonable que cada ser tenga una naturaleza contraria a sí misma y no idéntica. En cambio, el que no resulten iguales para quienes obran con rectitud y justicia y para los que lo hacen con desenfreno y maldad ¿a qué hombre sensato no le parecería natural? Este mismo argumento también se ajustaría a las 225
clases de concordia. Pues ellas no son de diferente naturaleza a lo que hemos dicho, por el contrario,

---

[77] Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 251, y *Nicocles* 3-4.

descubriríamos que unas son causa de muchísimos bienes y otras de grandes males y desgracias.

Afirmo que una de estas últimas es la clase de concordia de los espartiatas. Porque se dirá la verdad, aunque dé la impresión a algunos de que cuento cosas
226 muy extrañas. Los espartiatas, por tener entre ellos idéntica opinión sobre los asuntos exteriores, hacían que los griegos se peleasen, cosa que consideraban un arte, y pensaban que el peor mal que les sucediese a las demás ciudades era para ellos mismos lo más provechoso de todo. Pues a las que estuvieran en esa situación podrían gobernarlas como quisieran. De forma que nadie en justicia les aplaudiría por su concordia no más que a los piratas, ladrones y a otra clase de malhechores. Porque los espartiatas, al estar de acuerdo entre ellos, destruyen a los demás. Si a algu-
227 nos les doy la impresión de haber hecho una comparación inconveniente para el prestigio de aquéllos, la omitiré y hablaré de los tríbalos[78], cuya concordia, según dicen todos, es como la de ningún otro pueblo, pero que destruyen no sólo a sus vecinos y a quienes viven cerca, sino también a cuantos puedan atacar.
228 Los que aspiran a la virtud no deben imitarlos, sino que mucho más han de procurar la fuerza de la sabiduría, de la justicia y de las demás virtudes. Pues ellas no benefician su propia naturaleza, sino que hacen prósperos y felices a quienes las mantienen cuando las recibieron. Los lacedemonios, por el contrario, destruyen a los que tienen trato con ellos y hacen suyos todos los bienes de los demás.»

229 Cuando hablé así, hice callar a mi interlocutor, hombre hábil, muy experto y entrenado en la oratoria no menos que mis demás discípulos. Los muchachos que habían sido testigos de todo no tuvieron la misma

[78] Véase la nota 40 al *Sobre la paz.*

opinión que yo, sino que me elogiaron porque había hablado con más espíritu juvenil del que esperaban, y porque había competido bien; en cambio, menospreciaron a aquél, pero su juicio no fue correcto, sino que se equivocaron sobre nosotros dos. Mi adversario se 230
fue más prudente y con un pensamiento más modesto, como deben tener los hombres inteligentes. Había experimentado lo que está escrito en Delfos[79] y se conocía a sí mismo y a la manera de ser de los lacedemonios mejor que antes. Yo me quedé con la idea de que quizá había hablado con éxito, pero, por eso mismo, me encontraba menos sensato, con más orgullo del que conviene a los de mi edad y lleno de una confusión juvenil. Y era evidente que estaba así. Porque 231
cuando recobré la tranquilidad no descansé hasta dictar a mi escribano el discurso que poco antes traté con gusto y que poco después me disgustaría. En efecto, cuando pasaron tres o cuatro días lo volví a leer y a repasarlo, y no me disgustó lo que había dicho sobre la ciudad —pues sobre ella había escrito todo con belleza y justicia—, pero lo que se refería a los 232
lacedemonios me molestaba y lo llevaba a mal. Me parecía, en efecto, que había discurrido sobre ellos sin mesura y no igual que sobre otros pueblos. Los había tratado con menosprecio, con mucha aspereza y con total irreflexión. Por eso muchas veces pensé borrarlo o quemarlo, pero cambiaba de opinión por compadecerme de mi vejez y del trabajo que había invertido en el discurso.

Como me hallaba en esta confusión y cambiaba 233
muchas veces de parecer, creí que era lo mejor mandar llamar a mis discípulos que vivían en la ciudad, deliberar con ellos si el discurso debía destruirse por

[79] El famoso *gnōthi seautón* («conócete a ti mismo») grabado en el frontispicio del templo de Apolo.

completo o divulgarse entre quienes quisieran aprenderlo, y cumplir lo que resolvieran, fuera lo que fuera. Después de tomar esta resolución no me entretuve, sino que al momento fueron llamados los que dije. Tras explicarles previamente por qué habían sido reunidos, les fue leído el discurso y fui aplaudido y aclamado y me sucedió lo que a los vencedores en las
234 declamaciones públicas[80]. Terminado todo esto, los demás discípulos hablaban entre ellos, claro está que de lo que habían leído. Pero el discípulo que habíamos llamado al principio para aconsejarnos, me refiero al que alababa a los lacedemonios, con el que había discutido más de lo conveniente, hizo que se callaran, me miró y dijo que no sabía cómo comportarse en la situación presente. Porque no quería desconfiar de mis palabras ni tampoco podía confiar completamente en
235 ellas. «Me admira que te disgustes tanto y lleves tan a mal, como afirmas, lo que has dicho sobre los lacedemonios —pues en tus palabras no veo escrito nada semejante— y que, si querías tener consejeros para tu discurso, nos hayas traído a nosotros de quienes sabes con exactitud que aplaudimos todo lo que dices y haces. Los inteligentes acostumbran a consultar aquello en lo que trabajan sobre todo con los que son más prudentes que ellos, y si no, con quienes están dispuestos a manifestar su propia opinión. Tú has
236 obrado al contrario. Por consiguiente, no acepto ninguna de estas palabras y me parece que nos has llamado y que has hecho el elogio de la ciudad no sin una segunda intención ni por lo que nos has explicado, sino con el propósito de intentar descubrir si filosofamos, nos acordamos de lo que se decía en nuestras conversaciones y podemos comprender el estilo con

[80] Estos eran los discursos epidícticos (de alarde) en los que fueron muy expertos los sofistas.

el que está escrito el discurso. Fuiste inteligente al 237
elegir elogiar a tu propia ciudad, para agradar a la masa de los ciudadanos y tener prestigio entre aquellos que son amigos vuestros. Tras decidir esto, pensaste que si hablabas sólo de la ciudad y sobre ella decías las leyendas que todos repiten, tus palabras serían iguales a lo que otros han escrito, y por eso tú sentirías mucha vergüenza y disgusto. En cambio, si deján- 238
dolas de lado, contabas las hazañas reconocidas y que han sido causa de muchos bienes para los griegos, si las comparabas con las de los lacedemonios censurando sus obras y aplaudiendo las de nuestros antepasados, entonces tu discurso parecería más verídico a los oyentes y tú te mantendrías en tu plan, lo que algunos admirarían más que los escritos de otros. Me parece 239
que así es como lo organizaste y decidiste al principio. Pero, al darte cuenta de que habías alabado el gobierno de los espartiatas como ningún otro lo ha hecho[81], tuviste miedo de que tus oyentes pensaran que eras igual a quienes dicen lo primero que se les ocurre, y de que ahora reprobaras a esos que antes elogiabas más que a nadie. Tras esta reflexión, examinaste cómo hablarías de ambos pueblos para dar la impresión de que tus palabras sobre ellos eran verídicas, cómo podrías elogiar a los antepasados, en la medida de tus deseos, y parecer que acusabas a los espartiatas ante quienes los aborrecen, sin hacerlo directamente sino como si se te olvidara alabarlos. Creo que cuando bus- 240
cabas esto hallaste con facilidad palabras ambiguas que no son más de elogio que de censura, que pueden

[81] Esta afirmación, que a G. NORLIN, *Isocrates*..., II, pág. 518, n. a, le parece una exageración, es bastante cierta. Todos los discursos de Isócrates hablan de su simpatía hacia el sistema político espartano por lo menos en líneas generales; por supuesto, como ya hemos dicho, no era el único escritor de su época que pensaba así.

tener doble sentido y muchas interpretaciones, palabras que, al usarse cuando se discute sobre contratos o sobre cuestiones de ganancias, son señal no pequeña de vicio y maldad, pero que si se habla de la naturaleza del hombre y de asuntos generales son hermosas
241 y filosóficas. Tal es el discurso que ha sido leído, en el que has hecho a tus antepasados pacíficos amigos de los griegos y caudillos de la igualdad de derechos en las constituciones, mientras que a los espartiatas los has presentado como orgullosos, belicosos y ambiciosos, igual que todos creen que son. Tal es la manera de ser de ambos pueblos, unos aplaudidos por todos y considerados benévolos por la mayoría, los otros odiados por muchos y soportados con dificultad, aunque
242 hay quienes los alaban y admiran, y se atreven a decir que tienen mejores cualidades que las de tus antepasados. Porque el orgullo tiene que ver con la respetabilidad, cualidad bien estimada, y a todos les parece que los orgullosos son más grandes que los caudillos de la igualdad de derechos y que los belicosos aventajan a los pacíficos. Pues estos últimos no pueden adquirir bienes ni ser buenos guardianes de los que tienen, pero aquéllos pueden hacer ambas cosas, apoderarse de lo que desean y salvar lo que conquistaron de una vez para siempre. Esto lo consiguen quienes tie-
243 nen fama de ser hombres hechos y derechos [82]. En lo referente a la ambición, creen que tienen mejores argumentos que los que se han pronunciado. Piensan que, en justicia, no se debe llamar ambiciosos a quienes defraudan en contratos privados, engañan y falsean sus razonamientos porque, en todos los asuntos, estos individuos están disminuidos por su mala fama, mientras que las ambiciones de los espartiatas, las de los reyes y las de los tiranos son dignas de ser deseadas

82 Cf. PLAT., *Rep.* 344 y *Gorgias* 483.

y todos las ansían, aunque vituperen y maldigan a los 244
que tienen semejante poder. No existe naturaleza humana que no suplique muchísimo a los dioses para conseguir este poder ella misma, y, si no, sus más íntimos. Por eso es evidente que todos consideramos como el mayor de los bienes tener más que otros. Me parece que el desarrollo del discurso lo has hecho con esta intención. Si creyera que tú ibas a perdonar mis 245
palabras y a dejar este discurso mío sin reprensión, ni yo mismo intentaría hablarte todavía. Pero ahora no di mi opinión sobre lo que fui llamado como consejero, ya que creo que en nada te vaya a preocupar, ni me parece que te preocupara cuando nos reuniste. Elegiste componer un discurso distinto de los demás 246
que pareciera simple y fácil de aprender a quienes lo leyeran con ligereza, pero se les mostrase arduo y difícil de comprender a los que lo examinasen con detenimiento e intentasen descubrir lo que a otros se les pasa por alto, lleno de muchas noticias históricas y de filosofía y henchido de artificios de todo tipo e invenciones, no de esas que se suelen utilizar con maldad para perjudicar a los conciudadanos, sino de las que pueden con educación ayudar o agradar a los oyentes. Al no haber pasado por alto ninguno de estos 247
procedimientos, tú dirás que yo comprendo el sistema que proyectaste, pero que cuando demuestro la eficacia de tus palabras y explico tu intención no me doy cuenta de que vuelvo el discurso tanto más vulgar cuanto más lo aclaro y hago comprensible a los lectores. Dirás también que al hacer nacer la ciencia en los ignorantes dejo el discurso vacío y le privo de la estimación que tiene gracias a los que trabajan y se ponen a sí mismos dificultades. Yo reconozco que mi inteli- 248
gencia está muy lejos de la tuya, pero precisamente por saberlo, también me doy cuenta de que cuando vuestra ciudad delibera sobre los asuntos más impor-

tantes, quienes dan la impresión de reflexionar mejor
algunas veces se equivocan en lo que conviene hacer,
mientras que entre los considerados como peores y
desdeñados sucede que uno acertó por casualidad y
249 pareció el mejor orador. Por eso nada tendría de sor-
prendente que en lo que ahora tratamos ocurriera algo
parecido, y que mientras tú piensas alcanzar el mayor
prestigio si dejas oculto durante el mayor tiempo posi-
ble el propósito que tenías al trabajar en tu discurso,
yo, en cambio, creo que obrarías mejor si la inten-
ción de que te servías al escribir pudieras aclarársela
cuanto antes a todos los demás y a los lacedemonios,
de quienes dijiste muchas palabras, unas justas y dig-
250 nas, otras insolentes y muy odiosas. Si alguno se las
mostrase antes de que yo las hubiera explicado, sería
imposible que no te odiasen y te tratasen con enemis-
tad como si hubieras escrito una acusación contra
ellos. Ahora, sin embargo, creo que la mayoría de los
espartiatas se mantienen en las mismas costumbres de
antes y que no prestarán mayor atención a las palabras
aquí escritas que a lo que se dice fuera de las columnas
251 de Heracles[83]. Con todo, los más inteligentes de ellos
y quienes poseen algunos de tus escritos y los admiran,
ésos, si consiguiesen uno que les leyera este discurso
y tiempo para meditarlo consigo mismos, no ignorarán
tus palabras, sino que se darán cuenta de los elogios
que sobre su ciudad has contado con pruebas y despre-
ciarán las injurias dichas a la ligera contra sus accio-
nes, injurias que se sirven de duras expresiones. Pen-
sarán que las difamaciones contenidas en tu libro su-
252 ponen el odio, pero que has escrito y recordado tam-
bién las hazañas y batallas de las que se engríen y

[83] Mediante esta ironía (las columnas de Heracles para un griego representan el fin del mundo) se critica duramente la indiferencia espartana hacia la cultura.

que les dan prestigio entre los demás, y que, al ha-
berlas reunido y parangonado, eres el responsable de
que muchos deseen conocerlas y examinarlas, no por-
que quieran oír las empresas de los espartanos, sino
con el deseo de aprender cómo las explicaste tú. Al 253
pensar y discurrir así, no olvidarán las antiguas haza-
ñas con las que has alabado a sus antepasados, sino que
conversarán entre ellos con frecuencia de que, siendo
dorios al principio, cuando observaron sus propias
ciudades sin gloria, pequeñas y con muchas privacio-
nes, tras despreciarlas marcharon contra las principa-
les del Peloponeso, contra Argos, Lacedemonia y Me-
senia. Cuando vencieron en el combate, expulsaron de 254
las ciudades y del territorio a los vencidos, se apode-
raron entonces de todos los bienes de aquéllos, que to-
davía ahora conservan. Nadie presentaría una hazaña
realizada en aquella época mayor ni más admirable, ni
una empresa más afortunada y amada de los dioses
que la que libró de su propia pobreza a sus autores
y les hizo dueños de la prosperidad ajena. Y estas em- 255
presas las realizaron con todos sus compañeros de
expedición. Pero, una vez que partieron el territorio
con los argivos y mesenios y se establecieron por su
cuenta en Esparta, en esas circunstancias afirmas que
tanta fue su ambición que, aunque no eran más de dos
mil, se consideraron indignos de vivir a no ser que
pudieran hacerse señores de todas las ciudades del
Peloponeso. Con este propósito empezaron a pelear y 256
no cejaron, aunque se encontraban en muchas cala-
midades y peligros, hasta que pusieron bajo su domi-
nio a todas las ciudades, menos la de los argivos. Ya
con un enorme territorio, un gran poderío y tanto pres-
tigio como conviene a los que han llevado a cabo haza-
ñas semejantes, no estaban menos ufanos de que sólo
a ellos de entre los griegos les perteneció un título
particular y hermoso. Pudieron decir, en efecto, que, 257

aunque su número era tan reducido, jamás acompañaron a ninguna de las ciudades más populosas ni obedecieron una orden, sino que se mantuvieron autónomos, y durante la guerra contra los bárbaros, fueron jefes de todos los griegos, honor que alcanzaron no sin lógica, sino debido a que libraron más combates que los hombres de aquel tiempo, sin que fueran vencidos en ninguno bajo el mando de su rey, y sí
258 venciendo en todos. Nadie podría contar una prueba mayor de su valor, firmeza y mutua concordia a no ser lo que se va a decir. Aunque es tan grande el número de ciudades griegas, no se podría mencionar ni descubrir una que no haya caído en las desgracias en las
259 que suelen hacerlo, pero en la ciudad de los espartiatas nadie señalaría una revuelta, ni asesinatos, ni destierros producidos en contra de la ley, ni saqueos de bienes, ni ultrajes a mujeres y niños, ni tampoco cambio de régimen político[84], abolición de deudas, reparto de tierra, ni otros males irreparables[85]. Cuando traten de estos temas, no habrá modo de que no te recuerden y agradezcan por haberlos reunido y explicado tan
260 bellamente. No tengo ahora sobre ti la misma opinión que antes. Pues en el pasado admiraba tus dotes naturales, la organización de tu vida, tu afición al trabajo y, sobre todo, la sinceridad de tu filosofía, pero ahora te envidio y celebro por tu felicidad. Pues me parece que tú, vivo aún, alcanzarás una fama no mayor de la que mereces —cosa difícil—, pero sí más amplia y

[84] Levi, *Isocrate...*, pág. 101, señala que aquí se habla del cambio (*metabolê* de la *politeía*, que es una modificación profunda de las condiciones de vida de la ciudad, pero no una variación de la forma de gobierno.

[85] Se ve aquí con claridad el pensamiento profundamente conservador de Isócrates. Al hablar de la abolición de deudas puede referirse a la constitución que promulgó Solón el año 594 a. C., donde se levantaban las hipotecas y la esclavitud de los deudores (*seisáktheia*).

más reconocida que la que ahora tienes, y que cuando acabes tu vida participarás de inmortalidad[86], no de la que pertenece a los dioses, sino de la que inspira a la posteridad un recuerdo hacia aquellos que sobresalieron en cualquier hermosa empresa. Y con justicia 261
lo conseguirás. Pues a ambas ciudades las has elogiado con belleza y conveniencia, a una de acuerdo con la fama que tiene entre la mayoría, fama que ningún hombre renombrado ha desdeñado sino que no hubo riesgo que no soportara con el deseo de alcanzarla, y a la otra ciudad a través de la reflexión de quienes intentan acertar la verdad, cuya buena opinión algunos la preferirían a la de los demás, aunque éstos fueran el doble de los que ahora son.

Aunque ahora tengo un deseo insaciable de hablar, 262
de decir muchas más cosas sobre ti, sobre las dos ciudades y sobre tu discurso, dejaré eso a un lado y mostraré mi opinión sobre aquello que, según dices, te ha hecho llamarme. Te aconsejo no quemar el discurso ni guardarlo en secreto. Si tiene algún defecto, tras corregirlo y añadir todos los argumentos que se han hecho sobre él, entrégalo a quienes deseen tenerlo, si es que quieres agradar a los griegos más discre- 263
tos, a los verdaderos filósofos y no a los simuladores, y disgustar a quienes admiran tus obras más que las de otros, pero censuran tus palabras ante la muchedumbre en las fiestas solemnes, donde son más los que duermen que los oyentes. Suponen que si engañan a semejantes individuos lograrán que sus discursos sean comparables a tus escritos, sin darse cuenta de que han quedado más lejos de los tuyos que de la fama de Homero los imitadores de su poesía».

Así habló, y cuando pidió a los presentes que mos- 264
traran su opinión sobre los temas por los que fueron

[86] Cf. *A Nicolcles* 37, y *Filipo* 134.

llamados, no se alborotaron, como acostumbran a ha-
cer ante los que se han expresado con elegancia sino
que le aclamaron como orador superior, y, rodeándolo,
le elogiaban, envidiaban y felicitaban. Dijeron que nada
tenían que añadir o quitar a sus palabras, que estaban
de acuerdo con él y me aconsejaban hacer lo que aquél
265 me advirtió. Tampoco yo me quedé callado, sino que
alabé sus dotes naturales y su solicitud. No hablé, sin
embargo, de los temas que trató, ni de que hubiera
acertado o fallado con el sentido de mi pensamiento,
sino que le dejé estar en la misma situación en la que
él se colocó.

266 Creo que he hablado suficientemente de los temas
que tomé como argumento. Pues recordar una por una
mis palabras no conviene a esta clase de discursos.
Quiero, sin embargo, explicar mi situación particular
en lo que afecta al discurso. Yo lo comencé cuando
267 tenía la edad que señalé al principio. Cuando estaba
ya escrita la mitad, me sobrevino un enfermedad que
sería superfluo describir, capaz de matar en tres o cua-
tro días no ya a los ancianos sino incluso a muchos hom-
bres vigorosos [87]. Me pasé luchando con ella tres años,
viviendo cada día con tanta laboriosidad que mis cono-
cidos y quienes por ellos se enteraban me admiraban
más por esta firmeza que por lo que antes me aplau-
268 dían. Ya había renunciado a mi obra a causa de la
enfermedad y de la vejez, cuando algunos que me visi-
taban y que habían leído muchas veces la parte escrita
del discurso, me pedían y aconsejaban que no lo de-
jara incompleto ni inacabado, sino que trabajara un
269 poco en el resto y le prestara atención. No hablaban
como gente que lo hace por compromiso, sino alabando
excesivamente lo escrito, y decían tales cosas que si las

[87] Adamantius Coray pensó que la enfermedad de Isócrates fue disentería.

oyeran quienes no fueran amigos nuestros ni nos tu-
vieran simpatía alguna, no habría forma de que no
creyeran que mis visitantes me engañaban y que yo
estaría afectado por la enfermedad y completamente
loco si hacía caso a sus palabras.

Encontrándome en esta situación por lo que se atre- 270
vieron a decirme, fui convencido —¿para qué hablar
más?—, y me apliqué a trabajar en el resto del dis-
curso, aunque sólo me faltaban tres años para cum-
plir cien y mi salud era tan mala que otro no sólo no
habría intentado escribir, sino que ni siquiera habría
querido escuchar lo que otra persona hubiera presen-
tado y trabajado.

¿Por qué conté estos detalles? No con la intención 271
de alcanzar disculpa para mis palabras —pues no creo
que haya hablado en este tono—, sino con el deseo de
aclarar lo que me había ocurrido y de elogiar a los
oyentes que acogieron tan bien el discurso y a otras
personas que piensan que son más importantes y filo-
sóficos los discursos escritos en plan didáctico y téc-
nico que los destinados a exhibiciones retóricas [88] y a
los tribunales, los que tienden a la verdad que los que
buscan engañar la opinión del auditorio y los que re-
prenden a los delincuentes y los amonestan que los
que se dicen para placer y diversión [89]. Quiero también 272
aconsejar a quienes piensan de manera contraria que,
en primer lugar, no confíen en sus propias opiniones,
ni crean que son verdaderos los juicios hechos por los
despreocupados, después, que no muestren precipita-
damente su parecer sobre lo que no saben, sino que
esperen hasta que puedan concordar su pensamiento
con quienes tienen mucha experiencia en los temas

[88] Cf. nota 80 a este discurso.
[89] Cf. *A Nicocles* 54.

señalados. Pues si así rigen su propia manera de pensar no habrá nadie que piense que son necios los que obran así.

CARTAS

INTRODUCCIÓN

Se han conservado nueve cartas escritas por Isócrates. Su transmisión varía según los MSS. [1] y la autenticidad de algunas de ellas es todavía motivo de discusión [2].

Todas están dirigidas a personajes políticos de primera fila. Con excepción de la IV y de la VIII, que son cartas de recomendación, las demás son consejos políticos, destacando sobre todo la idea panhelénica constante en la producción de Isócrates.

Carta I. — Dirigida a Dionisio el Viejo [3], tirano de Siracusa entre los años 405 a 367 a. C. Es el primer intento de Isócrates porque sea un príncipe y no Atenas la cabeza de una confederación panhelénica. El progresivo acercamiento entre Dionisio y Atenas, sellado con un tratado de alianza el año 367, hace situar

---

1 Véase Introducción al tomo I.

2 Aparte de los capítulos dedicados a esta cuestión en las obras generales de DRERUP, BEKKER, BLASS, etc., véase WILAMOWITZ-MOELLENDORF, «Unechte Briefe», *Hermes* 33 (1898), G. WEISS, *Zur Echtheit der Briefe des Isokrates: syntaktische Beiträge*, Schwabach, 1914, y la disertación de L. F. SMITH, *The Genuineness of the ninth and third Letters of Isocrates*, Lancaster, Pennsylvania, 1940.

3 Según el manuscrito Φ, el destinatario sería Licofrón de Feras; sin embargo, que la carta se dirigía a Dionisio lo atestigua el propio Isócrates en *Filipo* 81.

en este año la redacción de la carta. La muerte de Dionisio en la primavera del 367 explicaría que Isócrates no la terminara[4].

Carta VI. — Los destinatarios son los hijos de Jasón, tirano de Feras en Tesalia, asesinado el año 370 a. C. Isócrates les aconseja renunciar a la tiranía y establecer un gobierno aceptado por sus conciudadanos, así como reanudar con Atenas las buenas relaciones que tuvo Jasón. La carta está incompleta[5] y es la que presenta más graves problemas de autenticidad[6].

Carta IX. — Isócrates escribe esta carta a Arquidamo III, rey de Esparta, a quien ya había dedicado el discurso VI. La intención es la misma de la carta a Dionisio de Siracusa: animar a Arquidamo a emprender una campaña panhelénica contra Persia, que se encuentra ahora con graves problemas internos. La fecha de la carta es segura, porque Isócrates dice (§ 16) que tiene 80 años (356 a. C.). Como las anteriores, la carta está inconclusa[7].

Carta VIII. — Destinada a los magistrados de Mitilene, en demanda de amnistía para Agenor, profesor de música de los nietos de Isócrates. La fecha de la carta puede situarse hacia el año 350 a. C. (se habla de Timoteo ya muerto, hecho ocurrido el 354 y sabemos por

4 Así piensa MATHIEU, *Isocrate...*, IV, pág. 168.

5 MATHIEU, *Isocrate...*, IV, pág. 169, cree que esta circunstancia se debería al cambio de la situación política.

6 MIKKOLA, *Isokrates...*, págs. 290-292, se inclina por la inautenticidad siguiendo a C. WOYTE, *De Isocratis quae feruntur epistulis quaestiones selectae*, págs. 41-52, Disertación, Leipzig, 1907. A favor, en cambio, prácticamente todos los editores de Isócrates.

7 MATHIEU, *Isocrate...*, IV, págs. 172-173, piensa que la lentitud de Isócrates hizo que los acontecimientos se adelantaran a su propósito. Las ideas expresadas en la carta a Arquidamo las volverá a exponer en el discurso *Filipo*.

Demóstenes que la tiranía se establece en Mitilene el 347). No existen dudas serias sobre su autenticidad.

Carta VII. — Clearco, tirano de Heraclea en el Ponto, había sido discípulo de Isócrates. A Timoteo, su hijo, le escribe ahora Isócrates para felicitarle por su buen gobierno y recomendarle al portador de la misiva, un tal Autocrator del que no sabemos nada[8]. Como Timoteo comienza a gobernar entre 346 y 345, la carta puede fecharse en esos años[9]. No existen tampoco problemas de autenticidad.

Carta II. — Dirigida al rey Filipo de Macedonia, dos años después de haberle dedicado su discurso V. En la primavera del año 344, el rey macedonio había sido herido durante su campaña contra los ilirios; Isócrates le aconseja que refrene su temeridad y no se exponga a peligros innecesarios. Las relaciones entre Filipo y Atenas son bastante tensas en estos momentos; a pesar de ello, Isócrates vuelve a intentar la reconciliación entre su ciudad y el rey, y parece que sus consejos tuvieron eco[10]. La fecha oscila entere el año 344 y el 342 a. C.[11].

Carta V. — A Alejandro de Macedonia. Es un breve mensaje que acompañaba a una carta destinada a Fili-

8 Aunque se cree que este Autocrator se dedicaba también a la retórica, BLASS, *Die attische...*, II, pág. 330, ha supuesto por las palabras de Isócrates al hablar de su *téchnē*, que sería además médico o adivino.

9 BLASS y JEBB dan como seguro el año 345 a. C.; MIKKOLA también, pero con interrogación.

10 MATHIEU, *Isocrate...*, IV, pág. 176, señala un acercamiento de Filipo a Atenas mediante una política de concesiones, así como la respuesta poco favorable a una embajada del rey persa enviada a Atenas el año 343, a pesar de los intentos de Demóstenes y sus partidarios.

11 MATHIEU y MIKKOLA son partidarios del año 344; L. VAN HOOK, siguiendo a BLASS y JEBB, se inclina por el 342.

po, probablemente perdida [12]. Contiene algunos consejos sobre la educación del joven príncipe, entonces bajo la tutela de Aristóteles. La curiosidad de la carta está en que en ella Isócrates trasluce la rivalidad existente entre las escuelas cuando se trató de designar un preceptor a Alejandro [13]. La fecha, insegura, entre los años 342 y 340, en el que estalló la guerra entre Atenas y Filipo.

Carta IV. — A Antípatro, regente de Macedonia [14]. Se trata de una carta de recomendación a favor de Diodoto, personaje desconocido. Sabemos que Antípatro fue como embajador de Macedonia a Atenas en el año 346 y probablemente en 344 y 342. Ello explicaría el tono amistoso que tiene la carta, pues sin duda Isócrates, claro partidario de Filipo, mantendría buenas relaciones con su embajador. El carácter familiar de la carta, inhabitual en Isócrates, así como cuestiones de carácter lingüístico [15], han heho muy debatida su autenticidad [16]. En cuanto a la fecha, como al comienzo de la carta Isócrates menciona la situación

12 Van Hook, *Isocrates*, III, pág. 425, cree que este mensaje a Alejandro acompañaba a la carta II. Sin embargo, aludiendo a la edad que entonces podía tener el príncipe, Mathieu la sitúa entre las dos cartas enviadas a Filipo que se conservan.

13 Rivalizaron para obtener el puesto de preceptor de Alejandro los alumnos de Isócrates Teopompo e Isócrates frente a Antípatro de Magnesia, recomendado por Espeusipo. Como sabemos, al final fue designado Aristóteles.

14 Así lo indican los M S S. Γ y Δ; los demás destinan la carta a Filipo.

15 Presentan dificultades las palabras del parágrafo 11 *atta sínē* (= algo achacosa), así como el término *ligyrṓtaton* (parágrafo 4), (= el más agudo en el trato), único en toda la literatura griega.

16 A favor Blass, Jebb, Drerup y Mathieu; en contra Wilamowitz y Münscher.

de beligerancia entre Atenas y Macedonia, puede situarse a finales del año 340 o comienzos del 339 a. C.

Carta III. — En el mismo año de su muerte 338 a. C., Isócrates escribe su última obra, una carta a Filipo. Por lo que dice al comienzo sobre el «combate recientemente librado», éste no puede ser otro que la batalla de Queronea [17], sostenida en el otoño del 338. Isócrates vuelve a aconsejar a Filipo la expedición contra Persia; como él mismo dice no ha hecho otra cosa desde su discurso *Panegírico.* La autenticidad ha sido discutida en base a dos hipótesis: la pretendida muerte de Isócrates a los pocos días de la batalla de Queronea y el poco patriotismo de un ateniense que escribe al vencedor de su patria en términos tan elogiosos [18].

Además de estas nueve cartas tenemos noticias de una más, no conservada, destinada a Alejandro de Feras [19]. Alguna pretendida carta de Isócrates, incorporada en las ediciones modernas, no debe ser tenida en consideración [20].

Señalaremos, por último, que, al igual que hicimos en los discursos, mantenemos el mismo orden de la edición de Mathieu-Brémond; en cuanto al número romano que acompaña a cada carta, es el correspondiente a la clasificación de Wolf.

17 Así se dice en la *Vida de los diez oradores* del Pseudo-Plutarco (cf. tomo I).

18 Mathieu, *Isocrate...*, IV, págs. 180-183, demuestra convincentemente la autenticidad de la carta.

19 La noticia de esta carta la transmite Espeusipo. Su fecha podría ser el año 367 a. C., después de que Alejandro sucediera a Polidoro, hermano y sucesor de Jasón.

20 Tal ocurre con una pretendida segunda carta a Dionisio de Siracusa, incluida en la edición de Wolf con el número IX, mientras que la auténtica carta IX, que Wolf no conoció, fue recogida por Von Augen en la edición de 1782.

CARTA I

A DIONISIO

1 Si fuera más joven no te enviaría una carta sino que navegaría ahí para charlar contigo. Pero como no han sucedido simultáneamente el mejor momento de mi edad y el de tus asuntos, sino que yo me encuentro desfallecido ahora que tus cosas han alcanzado la madurez para realizarse[21], intentaré aclararte mi pensamiento sobre ellas, en la medida posible desde las circunstancias presentes.

2 Sé que a quienes intentan aconsejar les conviene más tratar no por escrito sino personalmente, no sólo porque sobre unos mismos temas cualquiera hablaría con más facilidad cara a cara que a través de una carta, ni porque todos ponen más confianza en las palabras que en los textos, y escuchan las primeras como opiniones y los segundos como creaciones literarias[22].

3 Además de esto, en las reuniones, si algo de lo que se dice no se entiende o no se cree, al estar presente el orador defiende ambas cosas, pero en las cartas y

21 Dionisio ha terminado su guerra contra los cartagineses y Esparta, derrotada en Leuctra el año 371 a. C., ya no es la potencia hegemónica de Grecia. Esta primacía puede tomarla ahora Dionisio.

22 Lo mismo en *Filipo* 25-26.

escritos si ocurriera algo parecido, no hay quien lo enderece. Pues, ausente el escritor, quedan faltas de defensor. A pesar de todo, si tú quieres ser juez de ellas, tengo muchas esperanzas en que se verá que nosotros decimos algo conveniente. Pienso, en efecto, que dejando a un lado todas las dificultades antedichas, tú aplicarás tu atención a los propios hechos.

Cierto que algunos de los que tuvieron trato conti- 4
go intentaron asustarme diciendo que tú honras a los aduladores, pero desprecias a los consejeros[23]. Si hubiera aceptado esas palabras estaría muy tranquilo. Pero ahora nadie me persuadiría de que haya sido posible sobresalir tanto en pensamiento y hazañas sin haber sido discípulo de unos, oyente de otros, descubridor de algunas cosas y sin haber admitido y reunido de todas partes aquello que hace viable el ejercicio de la propia inteligencia.

Por eso me decidí a escribirte. Voy a hablar de 5
asuntos de la mayor importancia, que a ti te conviene escuchar más que a ningún hombre. Y no creas que te invito con tanta resolución para que escuches una obra retórica. Porque ni yo soy muy aficionado a estos alardes ni tampoco desconocemos que tú ya estás harto de exposiciones semejantes. Además, todos saben que 6
son las fiestas solemnes las que armonizan con quienes piden un alarde oratorio —pues allí cualquiera podría esparcir su talento ante muchos— pero quienes desean lograr algo deben dirigirse a la persona que con rapidez realizará las empresas expuestas en su discurso. Si hiciera mi recomendación a una sola de las 7
ciudades, hablaría a sus jefes. Pero como me dispongo a aconsejar sobre la salvación de los griegos, ¿a quién me dirigiría con más justicia que al que es el primero de nuestra raza y poseedor del mayor poder?

23 Mathieu ve aquí una alusión al primer viaje de Platón a Sicilia.

8 Se verá también que no es inoportuno que recordemos esto. Cuando los lacedemonios tenían el imperio, no era fácil que tú te preocuparas de nuestro país, ni que actuaras contra los lacedemonios al mismo tiempo que luchabas contra los cartagineses. Pero después que los lacedemonios se encuentran en tal situación que se contentan con mantener su propio territorio y nuestra ciudad gustosamente se ofrece a combatir a tu lado si haces algún bien a Grecia, ¿cómo podría ocurrir una oportunidad más hermosa que la que se te presenta ahora?

9 No te sorprendas de que sin ser un orador popular, ni un general, ni tener ningún otro cargo[24], tome sobre mí una tarea tan pesada e intente dos cosas importantes, como son hablar en favor de Grecia y aconsejarte. Pues yo me mantuve alejado de la actuación en los asuntos públicos —sería para mí un gran esfuerzo decir por qué motivos—[25], pero se vería que no he estado privado de la educación que desprecia lo pequeño e
10 intenta acercarse a lo importante. De manera que no es absurdo que pudiera ver lo que conviene mejor que quienes gobiernan a la ligera y han obtenido un gran prestigio. Demostraremos si valemos algo no con dilaciones sino a través de lo que vamos a decir........

....

[24] Lo mismo en *Filipo* 81, donde Isócrates hace referencia a esta carta.

[25] Nueva alusión de Isócrates a sus pocas condiciones para la oratoria pública; cf. *Panatenaico* 9-10, *Filipo* 81, etc. También puede referirse a su desinterés por la política ateniense; cf. nota 8 al discurso *Sobre el cambio de fortunas*.

Carta VI

A LOS HIJOS DE JASÓN

Uno de los embajadores me comunicó que vosotros 1
le habíais llamado aparte de los otros y le habíais preguntado si yo me dejaría convencer para irme de mi país y vivir con vosotros. Con gusto iría a vuestro lado a causa de mis relaciones de hospitalidad con Jasón y Polialco[26]. Pues creo que si se produjera esta reunión nos aprovecharía a todos nosotros. Sin em- 2
bargo muchas cosas me lo impiden, sobre todo el no poder viajar y la inconveniencia de que los de mi edad vivan en el extranjero, porque todos los que se enteraran de mi marcha con justicia me despreciarían, si después de haber elegido en otro tiempo mantenerme tranquilo, ahora, en la vejez, decidiera marcharme. Lo lógico sería que aunque antes hubiera vivido en cualquier parte, ahora deseara volver a casa, estando tan

[26] El mejor manuscrito de Isócrates, el *Urbinas*, transmite *Polyalkoũs*, genitivo de un nombre femenino y masculino. Mathieu, *Isocrate*..., IV, pág. 169, piensa que se trataría de la primera esposa de Jasón, y los destinatarios de esta carta serían los hijos de un matrimonio anterior de esta mujer, hijastros, por tanto, de Jasón. Hay, sin embargo, un testimonio de Harpocratión, según el cual el antecesor de Jasón en el poder habría sido un tal Polialces, del que no tenemos más que esta referencia.

3 cerca el final de mi vida[27]. Además de estas conside-
raciones, temo por mi ciudad, ya que es preciso decir
la verdad. Veo, en efecto, que las alianzas hechas por
ella se están disolviendo rápidamente. Si ocurriera
algo parecido con vosotros, aunque pudiera escapar a
las acusaciones y peligros, lo que es difícil, a pesar de
todo sentiría vergüenza si diera a algunos la impresión
de que me despreocupo de vosotros por causa de mi
ciudad o de que la menosprecio por causa vuestra.
Al no ser comunes nuestros intereses, no sé de qué
forma podría satisfacer a ambos. Tales han sido los
motivos por los que no me es posible hacer lo que
quiero.

4 No creo que por haberos escrito sólo de mis asun-
tos deba despreocuparme de los vuestros, sino que in-
tentaré también ahora desarrollar, en la medida en que
pueda, aquellos temas que trataría si estuviera con
vosotros. No penséis que yo escribí esta carta con el
deseo de hacer un alarde retórico y no por mi rela-
ción de hospitalidad con vosotros. Pues no estoy tan
loco como para ignorar que no podría escribir una
obra mejor que las que edité anteriormente, estando
tan lejos del vigor de mi edad, y que si la hiciese peor,
ganaría una fama muy inferior a la que ahora me
5 corresponde. Además, si me hubiera aplicado a una
obra retórica y no a distraeros, no habría elegido de
entre todos este tema, sobre el que es difícil hablar
con conveniencia, sino que habría encontrado otros
muchos más hermosos y más propios de un discurso.
Porque ni antes ni nunca puse mi ambición en esta
clase de obras, sino en otras que a muchos les han pa-
sado desapercibidas. Tampoco ahora trabajé con esta
6 intención, sino que al ver que estábais ocupados en

[27] Isócrates ya nos tiene acostumbrados a las constantes quejas sobre su mala salud, su avanzada edad, etc.

muchos e importantes asuntos, quise mostrar la opi-
nión que ellos me merecen. Creo que tengo madurez
para aconsejar —pues las experiencias enseñan a los
de mi edad y hacen que podamos distinguir lo mejor
más que otros—, pero hablar de un tema propuesto de
manera atractiva, artística y laboriosa no es propio de
mi edad, sino que me daría por satisfecho si lo tratara
con alguna firmeza.

No os admiréis de que se me vea hablando de cosas 7
que ya antes habéis oído. Pues con unas quizás me en-
cuentro involuntariamente, pero otras, después de pen-
sar, las adapto si conviene al discurso. Sería un insen-
sato si, viendo a otros servirse de mis obras, fuera yo
el único que me abstuviese de lo que había dicho con
anterioridad[28]. Lo advertí porque lo que primero se
ofrece es una de las cosas que se repiten una y otra
vez. Acostumbro a decir a los que se dedican a nuestra 8
filosofía[29], que lo primero que se debe examinar es
cómo realizar el discurso y sus partes. Una vez que
hayamos descubierto esto y lo hayamos examinado mi-
nuciosamente, sostengo que hay que buscar los me-
dios con los que ejecutaremos y daremos fin a lo que
nos propusimos. Y esto que digo sobre los discursos,
es también lo fundamental en todas las demás activi-
dades, así como en vuestros asuntos. Porque no es 9
posible ejecutar nada con inteligencia si primero no
calculáis y deliberáis con mucha previsión cómo de-
béis gobernaros en el futuro, qué vida preferir, qué
prestigio desear y qué honores pretender: los que
vuestros conciudadanos os concedan voluntariamente
o los que resulten sin que ellos lo quieran. Cuando
hayáis examinado estas cosas, ya debéis observar las

[28] Lo mismo en *Sobre el cambio de fortunas* 74, y *Filipo* 93-94.

[29] Filosofía igual a educación, cultura.

actividades cotidianas para que tiendan al objetivo que
10 tuvieron desde el principio. Al buscar y filosofar de
esta manera acertaréis con vuestra alma como si apun-
tárais a un blanco y encontraréis mejor lo que os con-
viene. Pero si no os proponéis este objetivo, sino que
intentáis actuar a la ligera, por fuerza os equivocaréis
en vuestros pensamientos y fallaréis muchos asuntos.
11 Quizá alguno de los que han elegido vivir al azar
intentaría ridiculizar estos pensamientos y me pedi-
ría que aconsejara ya sobre lo que antes dije. Por eso
no hay que tardar en aclarar lo que sé sobre esto.
A mí me parece preferible y mejor la manera de vivir
de los ciudadanos corrientes a la de los tiranos, y con-
sidero más gratos los honores que existen en las demo-
cracias a los de las monarquías. Y es sobre eso sobre
12 lo que intentaré hablar. Y no se me ha olvidado que
tendré muchos oponentes, sobre todo de entre los
vuestros. Creo que éstos no son los que menos os em-
pujarán a la tiranía. Pues ven la naturaleza de esta
forma de gobierno sólo parcialmente, y se engañan
mucho en sus razonamientos entre ellos mismos. Ven,
en efecto, los poderes, ganancias y placeres, y aspiran
a disfrutarlos, pero no consideran con atención los
desórdenes, los miedos y las desgracias que les ocu-
rren a los gobernantes y a sus amigos. Les ocurre lo
mismo que a quienes intentan las acciones más ver-
13 gonzosas e ilegales. Esos no ignoran la maldad de sus
actos, pero esperan apoderarse de cuanto bueno haya
en ellos, escapar a todos los daños y males que se deri-
van de esta acción y organizar su vida de manera que
14 estén lejos del peligro y cerca del provecho. A quie-
nes tienen esta manera de pensar les envidio su des-
preocupación, pero yo me avergonzaría de que, al acon-
sejar a otros, me olvidara de ellos para pensar en mi
provecho, en lugar de recomendarles lo mejor, situán-

dome totalmente fuera de ventajas y de todo lo demás. Como es esta la opinión que yo tengo, atendedme......

....

Carta IX

A ARQUIDAMO

1 Arquidamo, al enterarme de que muchos se disponen a elogiarte a ti, a tu padre y a vuestra familia, preferí dejar a otros este tipo de discursos por ser muy fáciles. Yo, en cambio, pienso invitarte a unos mandos militares y campañas que no se parecen a las emprendidas ahora, sino que te harán responsable de los mayores bienes para tu propia ciudad y para todos
2 los griegos. Tomé esta decisión no porque ignorara qué discurso era el más cómodo, antes bien, sabía perfectamente que es difícil y raro hallar las acciones hermosas, importantes y convenientes, mientras que me sería fácil aplaudir vuestras virtudes. No necesitaría, en efecto, inventarme lo que iba a decir, sino que vuestras hazañas me proporcionarían tales y tantos pretextos como para que no pudieran compararse ni un poco los elogios que se hacen a otros con lo que diría
3 de vosotros. ¿Cómo alguien superaría la nobleza de nacimiento de los descendientes de Heracles y Zeus, que, como todos saben, sólo a vosotros está reconocida[30], o la virtud de quienes fundaron en el Peloponeso las ciudades dorias y retienen ese territorio, o el gran número de peligros y de trofeos levantados gracias a

30 Cf. *Panegírico* 62, y *Arquidamo* 8.

vuestra hegemonía y realeza? ¿Quién carecería de te- 4
mas, si quisiera exponer el valor de toda la ciudad y la prudencia y régimen político establecido por vuestros antepasados? ¿Cuántos discursos habría que dedicar a la inteligencia de tu padre, a su gobierno en medio de las desgracias, al combate que se produjo en vuestra ciudad del que tú asumiste la dirección y después de arriesgarte contra muchos con unos pocos y sobresalir entre todos fuiste el causante de la salvación de la ciudad[31], hazaña más hermosa que la que nadie po-
dría contar? Porque ni conquistar ciudades ni matar 5
muchos enemigos es tan grande y señalado como salvar de tales peligros a la patria, y no a una patria cualquiera, sino a la que sobresalió tanto por su virtud. No habría nadie que no fuera celebrado aunque contara estos sucesos no con gracia sino con simplicidad, ni adornándolos con su estilo, sino sólo enumerándolos y hablando con desorden.

También yo habría podido tratar estos temas con 6
suficiencia, pues sabía que es más fácil recorrer con comodidad lo pasado que hablar inteligentemente del futuro, y, además, que todos los hombres tienen más gratitud a los que les aplauden que a quienes les aconsejan —a los primeros les acogen como personas amigas, pero si los segundos les aconsejan sin que se lo
ordenen, consideran que molestan—. A pesar de ha- 7
berme dado cuenta de todo esto, voy a hablar de unos temas que ningún otro se atrevería a tratar, porque creo que quienes rivalizan por la equidad e inteligencia no deben elegir los discursos más sencillos ni más gratos para los oyentes, sino aquellos con los que ayudarán a sus propias ciudades y a los demás griegos.

31 El año 362 a. C., al invadir Esparta el tebano Epaminondas, Arquidamo le salió al encuentro con 100 hoplitas; cf. Jenofonte, *Hel.* VII 5, 9.

A esta clase de discursos me estoy dedicando ahora.

8 Me causa admiración que otros individuos capaces de actuar o hablar nunca se hayan dedicado a reflexionar sobre los asuntos comunes a todos, ni se hayan compadecido de la desgracia de Grecia, que se encuentra en una situación tan vergonzosa y terrible. No ha quedado ningún lugar griego que no esté cargado y repleto de guerra, revueltas, matanzas y males innumerables[32]. La mayor parte de estos males les ha tocado a quienes viven en la costa de Asia, pueblos que en masa según los tratados[33] hemos entregado no sólo a los bárbaros sino también a los griegos que participan de nuestra misma lengua, pero actúan de la misma ma-
9 nera que los bárbaros. Si fuéramos inteligentes no veríamos con indiferencia que éstos se agrupen y sean mandados por cualquiera, ni que se reúnan ejércitos mayores y más fuertes de desterrados que de ciudadanos. Ellos causan daño en una pequeña parte del territorio del rey, pero si atacan a alguna ciudad griega la destruyen, matan a unos, a otros los destierran
10 y a otros les roban las fortunas. Además violentan a los niños y a las mujeres, a las más hermosas las violan, a las demás les quitan lo que llevan encima, de suerte que aquellas que antes ni podían ser reconocidas por los ajenos cuando iban bien ataviadas, muchos las ven desnudas, y algunas de ellas languidecen vestidas con harapos a causa de su pobreza[34].

11 Ante esta situación que se viene produciendo desde hace mucho tiempo, ninguna ciudad de las que pretenden estar al frente de los griegos se indignó, ni lo llevó a mal ningún hombre principal, salvo tu padre. Porque Agesilao fue el único, que sepamos, que

32 Lo mismo en *Panegírico* 170-171.
33 Referencia a la paz de Antálcidas, del año 387 a. C.
34 Cf. *Panegírico* 167-168.

pasó toda su vida con el deseo de liberar a los griegos y de llevar la guerra contra los bárbaros. Pero se equivocó en una cosa. Y no te extrañes de que, al diri- 12
girme a ti, recuerde las decisiones incorrectas de tu padre. Pues, tengo la costumbre de hacer siempre mis discursos con libertad de expresión y preferiría suscitar odios por haber censurado con justicia a agradar con elogios inconvenientes. Esta es mi manera de pen- 13
sar. Agesilao, que sobresalió en todas las demás empresas, fue el más poderoso, justo y gran político, tuvo dos deseos, cada uno de ellos aparentemente bueno por separado, pero discordantes entre sí e imposibles de realizar simultáneamente. Quería hacer la guerra al rey, devolver a sus amigos desterrados a sus ciudades y hacerlos dueños del gobierno. Ocurrió que por su 14
actividad en favor de sus amigos puso a los griegos en males y peligros y a causa del desorden producido aquí no tuvo tiempo ni pudo pelear con los bárbaros. De forma que a través de los errores de aquella época es fácil comprender que quienes deliberan con corrección no han de llevar la guerra contra el rey antes de que alguien haya reconciliado a los griegos y nos libre de nuestra locura y rivalidad. Sobre esto ya he hablado antes y lo haré también ahora.

Algunos que sin haber recibido educación ninguna 15
prometen que pueden educar a otros y se atreven a censurar mis palabras[35], aunque desean imitarme, podrían decir que es una locura mi preocupación por las desgracias de Grecia, como si con mis discursos ella fuera a estar mejor o peor. Todos notarían con justicia la enorme cobardía y mezquindad de espíritu de tales individuos, que pretendiendo filosofar se afanan

35 MATHIEU, *Isocrate*..., IV, pág. 197, n. 1, ve aquí un antecedente de la autodefensa de Isócrates en su discurso *Sobre el cambio de fortunas*.

por pequeñeces y se pasan el tiempo envidiando a quienes pueden aconsejar sobre los asuntos más im-
16 portantes. Quizá hablarán así para defender sus propias debilidades y negligencias. Pero yo tengo tanta confianza en mí mismo que a pesar de mis ochenta años y de que estoy completamente agotado creo que me conviene mucho hablar sobre estos temas, que he decidido bien al dirigirte mis palabras y que de ellas
17 quizá se derive algún resultado conveniente. Creo que si se les pidiera a los demás griegos que eligieran de entre todos a quien mejor pudiera con su palabra invitar a los griegos a una expedición militar contra los bárbaros y a quien con más rapidez realizara las empresas que parecen más convenientes, no preferirían a otros en lugar de nosotros. Y así, ¿cómo no obraríamos de manera vergonzosa si nos despreocupáramos de esta tarea tan preciosa, de la que todos nos consi-
18 deran dignos? Mi tarea es inferior. Pues declarar lo que uno sabe no es cosa muy difícil. Pero a ti te conviene prestar atención a mis palabras y decidir si hay que desdeñar los asuntos griegos cuando tu linaje es el que hace poco relaté, cuando eres caudillo de los lacedemonios, te llaman rey, tienes el prestigio mayor entre los griegos, o bien si hay que hacer caso omiso de los asuntos actuales e intentar otros mayores.

19 Yo sostengo que es preciso que tú dejes todo lo demás para dedicar tu atención a estas dos cosas, a saber, cómo librarás a los griegos de las guerras y de los demás males que ahora tienen, y cómo harás cesar la insolencia de los bárbaros y el que retengan más bienes de lo que conviene. Que esto es posible y útil para ti, para la ciudad y para todos los demás, es tarea mía demostrarlo ....
....

Carta VIII

A LOS MAGISTRADOS DE MITILENE

Los hijos de Afareo[36], mis nietos, que han recibido 1
de Agenor[37] educación musical, me pidieron que os enviara una carta para que acojáis a éste, a su padre y a sus hermanos, ya que habéis dejado volver a otros exiliados. Al decir yo que tenía miedo de parecer muy inconveniente e indiscreto al buscar alcanzar un favor tan grande de hombres con los que nunca antes traté ni tuve confianza, mis nietos, tras oírme, insistieron
mucho más. Como no consiguieron nada de lo que 2
esperaban, se mostraron ante todos muy disgustados y enfadados. Al verlos más tristes de lo conveniente, acabé por prometerles que escribiría la carta y os la mandaría. Os he contado esto para no pareceros un loco o un inoportuno.

Creo que habéis decidido bien al reconciliaros con 3
vuestros conciudadanos, al intentar disminuir el número de los desterrados y aumentar el de conciudadanos y al imitar a nuestra ciudad en lo que se refiere a las

---

36 Sobre Afareo, hijo adoptivo de Isócrates, véase Pseudo-Plutarco, *Vida de los diez oradores* 23, 24.

37 De Agenor sólo sabemos que era un profesor de música muy estimado.

disensiones políticas [38]. Sobre todo se aplaudiría el que hayáis devuelto su hacienda a los que regresan. Pues demostráis y aclaráis a todos que los expulsasteis no por desear lo ajeno, sino temiendo por la ciudad.
4 Aunque no os hubiera parecido bien esto ni hubierais admitido a ningún desterrado, creo que os conviene hacer volver al menos a Agenor y su familia. Porque sería vergonzoso en una ciudad por todos reconocida como la más aficionada a la música, donde han nacido los más renombrados en este arte [39], que quedara desterrado de esta ciudad el más destacado de quienes actualmente se dedican a la investigación de esta educación. Porque los demás griegos conceden la ciudadanía a quienes sobresalen en (alguna) de las bellas artes, aunque no tengan parentesco con ellos, pero vosotros véis con indiferencia que vivan como metecos entre ajenos quienes tienen prestigio ante otros y son
5 de vuestro mismo origen. Me causan admiración cuantas ciudades creen merecedores de mayores premios a los que vencen en las competiciones gimnásticas en vez de a quienes con su inteligencia y laboriosidad descubren alguna cosa útil, y no se dan cuenta de que por naturaleza la fuerza y la rapidez mueren con los cuerpos, pero los saberes, al durar siempre, ayudan a
6 quienes los usan [40]. Es preciso que al pensar así los inteligentes tengan en la mayor estimación a los que gobiernan su ciudad bien y con justicia, y, en segundo lugar, a quienes pueden conseguir para ella honor y

[38] Referencia a la política de reconciliación establecida en Atenas el año 403 a. C., tras la derrota en la guerra del Peloponeso.

[39] Terpandro, Alceo y Safo, principales representantes de la poesía «mélica» (esto es, cantada), todos ellos naturales de la isla de Lesbos, donde se encuentra Mitilene.

[40] Lo mismo en *Panegírico* 1-2, y *Sobre el cambio de fortunas* 250.

prestigio. Porque todos consideran a estos hombres como ejemplo y creen que sus demás conciudadanos son semejantes a ellos.

Quizá alguien diría que conviene a quienes preten- 7
den conseguir algo no sólo alabar su ocupación, sino también demostrar que ellos mismos triunfan con justicia en aquello de lo que hablan. Así son las cosas. Yo me mantuve alejado de intervenir en política y de hablar en público. Pues no tuve voz ni atrevimiento suficientes. Pero tampoco fui totalmente inútil ni desacreditado. Se vería que he sido consejero y colaborador de los que eligieron decir algo bueno de vosotros y de los demás aliados y que personalmente he realizado más discursos en defensa de la libertad y autonomía de los griegos que todos cuantos han pasado su
vida en las tribunas. Por esto me deberíais tener la 8
mayor gratitud. Pues os pasáis la vida deseando ardientemente una institución semejante. Creo que si vivieran Conón y Timoteo, y Diofanto [41] viniera de Asia, pondría mucho empeño en querer que yo consiguiera lo que estoy deseando. No sé qué más decir de ellos, ninguno de vosotros es tan joven ni tan olvidadizo como para no conocer los buenos servicios de aquellos hombres.

Me parece que vuestra resolución sobre este asunto 9
será mejor si examináis quién es el que os suplica y en favor de qué hombres lo hace. Descubriréis que yo he tenido la mayor confianza con los responsables de los mayores bienes para vosotros y para los demás, y

[41] Conón y su hijo Timoteo, al que dedica un extenso elogio en *Sobre el cambio de fortunas*, fueron ambos discípulos y amigos de Isócrates. Diofanto era un general ateniense que, como indica el propio Isócrates, se encuentra en Asia. Este dato sirve para fechar con exactitud esta carta en el año 351-350 a. C. cuando Diofanto combatió al lado del rey de Egipto, Nectanebo, contra el rey persa Artajerjes Oco.

que las personas que defiendo son de tal categoría que no hacen daño a los ancianos ni a los políticos y procuran a los jóvenes un entretenimiento que es grato, útil y conveniente a los de esa edad.

10 No os asombréis de que os haya escrito una carta más vehemente y extensa que a otros. Pues quiero a la vez dar gusto a mis nietos y dejarles claro que aunque no sean oradores públicos ni generales, con que sólo imiten mi modo de vivir, no vivirán sin estimación entre los griegos. Me queda aún una cosa. Si os parece bien ejecutar alguna de mis propuestas, mostrad a Agenor y a sus hermanos que consiguen lo que deseaban en parte gracias a mí.

Carta VII

A TIMOTEO

Creo que has oído a muchos hablar de la familia- 1
ridad que existe entre nosotros, y me alegro contigo al saber, en primer lugar, que utilizas tu poder actual con más nobleza y prudencia que tu padre[42], y, además, que prefieres adquirir una hermosa fama a una gran riqueza. Das de tu virtud una señal no pequeña, sino la mayor posible, al pensar así. Si eres fiel a lo que se dice ahora de ti, no carecerás de personas que
alabarán tu inteligencia y resolución. Creo que lo que 2
se cuenta de tu padre contribuyó a que tuvieras mucha confianza en demostrar que eres benevolente y te distingues de los demás. Pues la mayoría de los hombres acostumbran a aplaudir y honrar no tanto a los hijos de padres reputados como a los de padres difíciles y duros, si demuestran que no son iguales a sus progenitores. Pues les resulta mucho más grato el bien que ocurre en contra de la lógica que los que suceden de acuerdo con ella y debidamente.

42 Clearco, tirano de Heraclea en el Ponto, padre de Timoteo, fue discípulo de Isócrates y Platón; cayó asesinado el año 353/2 y le sucedió su hermano Sátiro hasta el 346/5 en que Timoteo comenzó su gobierno. Las palabras de Isócrates se refieren a la crueldad con que Clearco ejerció el poder desde el año 364 a. C., en que regresó a Heraclea, hasta su muerte.

3 Si piensas así, necesitas buscar e investigar de qué forma, con quiénes, y qué consejeros vas a utilizar para enderezar las calamidades de tu ciudad, dirigir a los ciudadanos al trabajo y la prudencia y hacer que vivan mejor y con más confianza que en el pasado. Esta es la tarea de los tiranos justos y sensatos.
4 Algunos la despreciaron y sólo miran cómo vivirán ellos con el mayor desenfreno, cómo dañarán y cargarán de impuestos a los mejores, más ricos y más prudentes ciudadanos. No saben que conviene a los hombres inteligentes y a quienes tienen este cargo no procurarse a sí mismos placeres con daño ajeno, sino hacer más felices a los ciudadanos con sus propios
5 cuidados[43]. Tampoco les conviene comportarse cruel y duramente con todos y descuidar su propia seguridad, sino gobernar los asuntos públicos con tanta benevolencia y legalidad que nadie se atreva a conspirar contra ellos, y guardar su persona con tanto esmero como si todos quisieran matarles. Si pensaran así estarían fuera de peligro y gozarían de buena fama entre los demás. Difícil sería descubrir bienes mayores que éstos.
6 Mientras te escribía estaba pensando qué suerte has tenido en todo. Pues el bienestar, que necesariamente se adquiere con violencia, tiránicamente y granjeándose mucho odio, te lo ha dejado tu padre[44], y tú puedes usarlo con bondad y filantropía. En esto debes poner el mayor cuidado.

7 Esto es lo que yo pienso. Pero la situación es ésta: si amas las riquezas, mayor poder y los peligros con los que se adquiere lo anterior, debes llamar a otros consejeros. Pero si tienes lo suficiente y deseas una hermosa fama y la simpatía de muchos, tienes que prestar atención a mis palabras, emular a los que

43 Cf. *Sobre la paz* 91.
44 Cf. *Evágoras* 25.

gobiernan bien sus ciudades e intentar superarlos. Oigo 8
decir que Cleomis, quien tiene este poder en Metimna, es bueno y sensato en sus demás hechos y tan lejos está de matar a algunos ciudadanos, desterrarlos, confiscar sus bienes o hacerles algún otro daño que procura la mayor seguridad a sus conciudadanos, hace
volver a los exiliados, devuelve a los que regresan las 9
propiedades que perdieron e indemniza a cada uno de los compradores. Además, provee de armas a todos los ciudadanos como si ninguno fuera a intentar una revolución y, en caso de que algunos se atrevieran a ello, cree que le conviene morir después de haber mostrado tanta virtud a los ciudadanos mejor que vivir más tiempo habiendo sido para su ciudad causa de enormes males.

Más aún hablaría contigo de estos temas y quizá de 10
modo más agradable si no me fuera totalmente preciso escribir la carta con prisa. En otra ocasión te aconsejaremos si la vejez no me lo impide, pero ahora aclararemos algunos asuntos particulares. Autocrator[45],
portador de esta carta, es amigo nuestro. Nos hemos 11
dedicado a las mismas ocupaciones, muchas veces me he servido de su arte y últimamente le aconsejé sobre su viaje a tu reino. Por todo esto querría que tú le trataras bien y de manera conveniente para vosotros dos, y que él comprendiera que consigue algo de lo que necesita en parte gracias a mí.

No te asombres de que te escriba con tanto afecto 12
cuando nunca pedí nada a Clearco. Casi todos los que navegan desde vuestro país dicen que eres semejante a mis mejores discípulos. También a Clearco, en aquel tiempo que pasó a nuestro lado, cuantos le trataron reconocían que era el más liberal, afable y humano de los que participaban de nuestra ocupación. Pero des-

45 Véase Introducción a las cartas.

pués que consiguió el poder, dio la impresión de que cambió tanto como para admirar a todos los que antes
13 le conocían. Por este motivo me aparté de Clearco. Pero a ti te acojo con agrado y me gustaría muchísimo que fueras amigo nuestro. También tú aclararás rápidamente si tienes la misma opinión que nosotros. Porque te cuidarás de Autocrator y nos escribirás una carta para renovar la amistad y hospitalidad que antes teníamos. Pásalo bien y escríbenos si necesitas algo de lo que tenemos.

Carta II

A FILIPO

Sé que todos acostumbran a tener más gratitud a 1
los que les elogian que a quienes les aconsejan, sobre todo si uno intenta hacerlo sin que se lo manden. Yo, si antes no te hubiera aconsejado con mucho afecto aquello que, según me parecía, más te convenía realizar, quizá ahora no intentaría mostrar mi opinión
sobre lo que te ha ocurrido[46]. Pero, ya que elegí preo- 2
cuparme de tus asuntos a causa de mi ciudad y de los demás griegos, me daría vergüenza causar la impresión de que te he aconsejado sobre asuntos de poca importancia, sin haber hablado en absoluto de lo más urgente. Y eso a pesar de saber que aquello beneficia a tu fama, y esto último a tu salvación que pareces menospreciar, según opinan todos cuantos oyeron las di-
famaciones que de ti se han dicho. En efecto, no hay 3
nadie que no te haya acusado de exponerte al peligro con más ímpetu del que conviene a un rey y de buscar elogios más por tu valor que por tu política general. Tan vergonzoso es no aventajar a los demás cuando los enemigos nos rodean como sin ninguna necesidad lanzarse en persona a semejantes combates, en los que, si triunfas, no habrás ejecutado nada grande, y, si

[46] Se refiere a su discurso *Filipo*.

mueres, habrás destruido simultáneamente toda la pros-
4 peridad que tienes[47]. No se debe pensar que son hermosas todas las muertes en las guerras, sino que son dignas de aplauso las que ocurren en defensa de la patria, de los padres y de los hijos[48]. Hay que considerar vergonzosas, en cambio, todas cuantas perjudican y manchan las hazañas conseguidas con anterioridad y escapar de ellas como causantes de la peor reputación.

5 Creo que te conviene imitar a las ciudades en su modo de actuar cuando están en guerra. Todas ellas, en efecto, cuando envían una expedición militar, acostumbran a poner en lugar seguro al Estado y a los dirigentes que tomarán una decisión sobre lo que ocurra. Gracias a esto no les sucede que por un solo descalabro pierdan su poderío, sino que pueden soportar mu-
6 chos desastres y recuperarse de nuevo. Esto es lo que te conviene examinar y pensar que no hay un bien mayor que tu seguridad para que administres tus victorias convenientemente (y puedas reparar las desgracias que te ocurran). Verías también que los lacedemonios ponen el mayor cuidado en la seguridad de sus reyes y que sitúan como guardianes de ellos a los ciudadanos más renombrados[49], para quienes es más vergonzoso
7 dejarles morir que abandonar los escudos. Tampoco se te habrá pasado por alto lo que les ocurrió a Jerjes, el que quería esclavizar a los griegos, y a Ciro[50], el que luchó por la realeza. El primero, tras haber caído en tales derrotas y desastres como nadie supo nunca que les ocurriera a otros, gracias a haber salvado su vida, retuvo su realeza, la transmitió a sus hijos y gobernó Asia de tal modo que no fue menos temible para los griegos que antes. Ciro, en cambio, después 8
que venció a todo el ejército del rey y cuando se habría impuesto de no ser por su propia temeridad, no sólo perdió semejante poder sino que lanzó a sus acompañantes a las desgracias más extremas. Podría hablarte de muchos que fueron jefes de grandes ejércitos pero que por haber muerto prematuramente hicieron morir al mismo tiempo a muchos millares de hombres.

Debes reflexionar esto, no valorar el coraje que se 9
acompaña con una insensatez absurda y una ambición inoportuna ni buscar otros peligros sin renombre y más propios de soldados, cuando las monarquías tienen muchos riesgos particulares. Tampoco has de disputar con quienes quieren escapar de una vida infortunada o eligen al azar los peligros por una soldada mayor, ni 10
desear un prestigio como el que tienen muchos griegos y bárbaros, sino uno tan enorme que seas tú el único de los que existen que puedas adquirirlo. No tienes que amar en exceso las virtudes de las que incluso los malvados participan, sino aquellas que ningún cobarde tendría. No emprendas guerras mal reputadas y 11
peligrosas, cuando puedes hacerlas honrosas y fáciles ni aquellas con las que pondrás a tus más íntimos en tristezas y cuidados y harás mayores las esperanzas de tus enemigos, como las que ahora les diste. Por el contrario, te bastará tener sobre los bárbaros con los que ahora guerreas una ventaja suficiente como para asegurar tu propio territorio. En cambio, intentarás acabar con el que ahora se llama gran rey, para proporcionarte una gloria mayor y señalar a los griegos contra quién hay que luchar.

Habría preferido haberte enviado esta carta antes 12
de tu campaña, para que, en el caso de haberte convencido, no hubieras caído en semejante peligro. Y si no hubieras confiado en mí, se vería que no te aconse-

[47] Cf. DEMÓST., *Sobre la Corona* 67.

[48] Idea típica de la poesía griega elegíaca, en autores como Calino y Tirteo.

[49] Cf. *Sobre la paz* 143, y *Filipo* 80.

[50] Ciro el Joven. Cf. JENOFONTE, *Anábasis*.

jo lo mismo que lo que ya todos opinan debido a tu herida. Por el contrario, lo ocurrido demostraría que era correcto mi discurso sobre este asunto.

13 Aunque tengo mucho que decirte debido a la naturaleza del tema, dejaré de hablar. Pues creo que tú y tus camaradas más activos [51] añadiréis fácilmente a mis palabras cuanto queráis. Aparte de esto temo ser inoportuno. Porque ahora, avanzando poco a poco, se me pasó por alto que vine a dar no con la proporción de una carta, sino con la longitud de un discurso.

14 En cualquier caso, aunque las cosas estén así, no hay que olvidar los asuntos de mi ciudad, sino intentar animarte a la intimidad y relación con ella. Porque creo que son muchos los que te traen noticias y te cuentan no sólo lo peor que de ti se ha dicho entre nosotros, sino también lo que añaden por su cuenta [52]. A estos individuos no es lógico que les prestes aten-
15 ción. Harías algo absurdo si reprocharas a nuestro pueblo el que fácilmente haga caso a los calumniadores, y a ti mismo se te viera confiar en quienes tienen esta habilidad, sin darte cuenta de que cuanto más te hagan ver que nuestra ciudad se deja fácilmente conducir por cualquiera, tanto más te están indicando que ella te conviene. Pues si quienes no son capaces de hacer nada bueno consiguen con sus palabras cuanto quieren, sin duda a ti, que con la acción puedes causar los mayores beneficios, te corresponde no alcanzar fracaso alguno entre nosotros.

16 Creo que es preciso ante los que acusan con dureza a nuestra ciudad enfrentar a quienes dicen que todo esto es así y a los que afirman que ella no ha cometido ningún crimen, ni grande ni pequeño. Nada semejante podría yo decir. Pues me daría vergüenza atreverme a

[51] Cf. *Filipo* 80.

[52] Cf. DEMÓST., *Sobre el Haloneso* 23.

decir que nuestra ciudad nunca ha errado, cuando otros piensan que ni los dioses son irreprochables. Con todo, puedo decir sobre ella que no encontrarías 17
otra más útil que ella para los griegos y para tus asuntos. A esto es a lo que hay que prestar atención. Pues no sólo sería para ti causa de muchos bienes si fuera aliada tuya, sino aunque sólo diera la impresión de estar contigo en relaciones amistosas. En 18
efecto, retendrías más fácilmente a tus súbditos actuales si no tuvieran ningún refugio [53] y someterías con mayor rapidez a los bárbaros que quisieras. Por eso, ¿cómo no desear semejante amistad gracias a la cual no sólo retendrás con más seguridad tu poderío actual sino que también te hará adquirir sin peligros otro mayor? Me admiran los poderosos que pagan una sol- 19
dada a ejércitos mercenarios [54] y gastan mucho dinero a pesar de saber que un ejército así con más frecuencia agravió que salvó a quienes tuvieron confianza en él, y, en cambio, no intentan cultivar a una ciudad que ha conseguido un poderío tan grande y que ha salvado ya muchas veces a cada una de las ciudades y a Grecia entera [55]. Piensa que a muchos les pareció bue- 20
na tu decisión cuando trataste a los tesalios con justicia y provecho para ellos, aunque no son hombres manejables, sino orgullosos y revolucionarios. Es preciso que intentes ser así con nosotros, por saber que si los tesalios son vecinos tuyos por la situación de su territorio, nosotros lo somos por el poder, que debes tratar de granjearte por todos los medios. Es mucho más 21
hermoso, en efecto, conquistar el afecto de las ciuda-

[53] Atenas, en efecto, había sido refugio de los enemigos de Filipo: el año 348 a. C. había recogido a los refugiados de Olinto y el 346 a los focidios.

[54] Lo mismo en *Filipo* 120.

[55] Cf. *Filipo* 129.

des que sus murallas[56]. Pues este acto no sólo acarrea odio, sino que también se atribuye su responsabilidad a los ejércitos. En cambio, si pudieras ganarte la intimidad y el afecto, todos aplaudirán tu inteligencia.

22 Con razón me creerías en lo que he dicho sobre la ciudad. Pues se verá que no acostumbro a adularla en mis discursos, sino que la he censurado más que nadie[57]. Tampoco tengo buena fama entre la masa ni entre los que aprueban una cosa al azar, antes bien, no me conocen y me odian como a ti. No nos diferenciamos sino en esto, en que piensan así sobre ti debido a tu poderío y prosperidad, y de mí, en cambio, porque intento pensar mejor que ellos y porque ven que son más los que quieren hablar conmigo que con ellos.
23 Querría que a ambos nos fuera igualmente fácil escapar a la fama que tenemos entre ellos. A ti ahora no te será difícil, si quieres, deshacerte de ella, pero yo, por mi edad y otras muchas cosas estoy obligado a contentarme con la situación actual.

24 No sé qué más debo decir, salvo que es hermoso confiar la realeza y la prosperidad que tenéis al afecto de los griegos.

56 Cf. *Filipo* 68.
57 Especialmente en los discursos *Areopagítico* y *Sobre la paz*.

Carta V

A ALEJANDRO

Mientras escribía una carta a tu padre[58] pensé que 1
actuaría de manera absurda si a ti que estás en el mismo territorio que él, no te dirigiera la palabra, te saludara y te escribiera algo capaz de hacer creer a quienes lo leyeran que no desvarío por la edad[59] ni digo tonterías, sino que aún me queda una parte y un resto no despreciable de la capacidad que tuve cuando era más joven.

Oigo decir a todos que tú eres humanitario, amigo 2
de Atenas y filósofo, y no a la ligera sino con sensatez. En efecto, acoges con agrado a nuestros conciudadanos, no a los que se despreocupan de sí mismos y desean cometer crímenes, sino a aquellos cuyo trato no te perjudica ni te daña o injuria la reunión y comunicación con ellos. A este tipo de personas es al que deben acercarse los inteligentes. En cuanto a las escue- 3
las filosóficas, no rechazas la que se dedica a la erística[60], pero piensas que ella ayuda a triunfar en las discusiones particulares, aunque no armoniza con los

58 Véase nota 12 a la Introducción a las cartas.
59 Isócrates tiene entonces entre 94 y 96 años.
60 La crítica de Isócrates a la erística se había producido ya en *Contra los sofistas* y en el *Elogio de Helena*.

dirigentes del pueblo ni con los monarcas. Pues no sería útil ni conveniente a los que superan a los demás en inteligencia que discutieran con sus conciudadanos
4 ni que permitieran que otros les contradijeran. Esta ocupación no te agrada y prefieres la enseñanza de los discursos que utilizamos en los sucesos que ocurren cada día y con los que decidimos los asuntos públicos. Gracias a esta educación deliberarás convenientemente sobre el futuro, sabrás ordenar con sensatez a tus súbditos lo que cada uno debe hacer, distinguirás con acierto a los buenos y a los malos y a sus contrarios, y, además, honrarás y castigarás a cada uno como con-
5 viene. Actuas con prudencia al ocuparte ahora de estos estudios. Pues das esperanzas a tu padre y a otros de que, si cuando seas mayor perseveras en ellos, aventajarás en inteligencia a los demás tanto como tu padre ha sobrepasado a todos.

CARTA IV

A ANTÍPATRO

Aunque es peligroso entre nosotros enviar una carta 1
a Macedonia, no sólo ahora que estamos en guerra con vosotros, sino también cuando había paz[61], a pesar de ello, yo decidí escribirte a propósito de Diódoto[62]. Creía justo hacer mucho caso de todos los que han sido discípulos míos y han resultado dignos de nosotros, y no menos por esta razón que por su afecto hacia nuestras personas y por sus demás cualidades. Sobre todo 2
quería que Diódoto te hubiera sido presentado por nosotros. Pero como ya otros le han puesto en contacto contigo, sólo me queda darte mi testimonio sobre él y afirmarte en el conocimiento que de él has tenido. Porque muchos hombres y de todas procedencias han tenido relación conmigo, incluso algunos que gozan de gran prestigio[63]. De entre todos, unos han llegado a ser respetados por su oratoria, otros por su pensamiento

61 La guerra entre Atenas y Macedonia se reanudó en octubre del año 340 a. C. Isócrates, sin embargo, al hablar del peligro en tiempos de paz, alude a la difícil situación en que se hallaban los atenienses amigos de Filipo debido a los ataques del partido de Demóstenes. Cf. DEMÓST., *Sobre la corona* 51-52, 82, 136-137, 287, 296.

62 Personaje desconocido.

63 Cf. *Sobre el cambio de fortunas* 39-40 y 93-94.

y acción, y algunos son prudentes y amables en su manera de vivir, pero absolutamente incapaces para otras
3 prácticas y actividades. Diódoto, en cambio, ha tenido unas dotes naturales tan bien proporcionadas que es el hombre más completo en todo lo citado. Y esto no me atrevería a decirlo si no tuviera personalmente un exactísimo conocimiento sobre él y no pensara que tú te darías cuenta, unas veces al tratar con él, otras al
4 enterarte por quienes le conocen bien. De estos últimos no habría ninguno que no reconociera, a no ser que fuera muy envidioso, que Diódoto puede hablar y reflexionar mejor que nadie, que es el más justo, el más prudente, y el más moderado en el dinero, y, además, el más agradable y agudo[64] de todos en el trato cotidiano y en la vida en común, así como poseedor de la mayor franqueza, no la que está fuera de lugar, sino la que con razón es la mejor señal de afecto hacia los
5 amigos. Esta franqueza es la que honran como útil los príncipes que tienen un espíritu digno, pero que aborrecen quienes tienen un carácter inferior a su poder, como si ella les obligara a hacer algo que no quieren. No saben que quienes tienen el mayor atrevimiento para llevarles la contraria en lo que les conviene son precisamente los que les proporcionan la
6 mayor posibilidad de realizar lo que quieren. Es lógico que a causa de los que siempre prefieren hablar para agradar no sólo no puedan durar las monarquías que arrastran consigo muchos riesgos inevitables, sino tampoco los gobiernos que tienen más estabilidad. En cambio, gracias a los que hablan con toda libertad para conseguir lo mejor, se salvan muchas cosas, incluso las que parecen en peligro de desaparecer. Por este motivo conviene que en todas las monarquías tengan más consideración los que manifiestan la verdad que los que dicen todo para agradar pero nada digno de gratitud. Sin embargo, sucede que a los primeros algunos los
tienen en menor consideración. Esto es lo que le tocó 7
sufrir a Diódoto de algunos príncipes de Asia[65], a los que les fue muy útil no sólo con sus consejos, sino también con su actuación y peligros que corrió. Pero a causa de hablarles con franqueza de lo que les convenía, quedó desposeído de sus honores en la patria y de otras muchas esperanzas, y tuvieron más influencia las adulaciones de unos hombres cualquiera que sus bue-
nas acciones. Por este motivo, siempre que pensaba 8
marchar junto a vosotros, vacilaba, no porque creyera que todos son iguales a los que estaban por encima de él, sino que por las dificultades que había tenido con aquéllos también se encontraba desanimado en las esperanzas que tenía en vosotros. Según mi parecer, estaba en situación parecida a la de algunos navegantes que cuando por vez primera se topan con borrascas, nunca se vuelven a embarcar con confianza, aunque sepan que lo más frecuente es tener una buena navegación. A pesar de todo, puesto que se ha puesto
en contacto contigo, él obra bien. Opino que le será 9
útil, sobre todo pensando en tu humanidad, cuya posesión te atribuyen los extranjeros, y también porque, según creo, vosotros sabéis que lo más grato y conveniente de todo es adquirir con favores amigos que sean simultáneamente fieles y útiles, y obrar bien con aquellos que os granjearán el agradecimiento de muchos otros. Porque todos los hombres amables aplauden igualmente a quienes tienen buenas relaciones con las personas virtuosas y les honran como si fueran ellos

64 El término utilizado por Isócrates *ligyrṓtaton* en el sentido de «el más agudo en el trato» es único en toda la literatura griega. La palabra *ligyrós* siempre se refiere a la voz.

65 Estos príncipes eran Mausolo, su hermano Idrieo, Orontes, etc.

10 mismos los que disfrutan de sus servicios. Pero creo que el propio Diódoto te persuadirá para que te intereses por él. Exhorté también a su hijo a que se consagrara a vuestros asuntos y a que intentara progresar confiándose a vosotros como discípulo. Al hablarle así me contestó que deseaba vuestra amistad, pero que con ella le ocurría algo parecido a los certámenes
11 donde los vencedores se llevan coronas. En efecto, querría vencer en estos concursos, pero no se atrevería a bajar a la arena porque su fuerza no estaba en proporción con las coronas[66]. También desearía alcanzar vuestra estimación pero creía que no la conseguiría. Pues le espantaban su inexperiencia y vuestra gloria, y también creía que al no ser buena su salud sino algo achacosa estaría impedido para muchas actividades.

12 De todas formas, él hará lo que considere conveniente. Y si vive en inactividad junto a vosotros o por esos lugares, preocúpate de todo lo que pueda necesitar, y especialmente de su seguridad y la de su padre. Piensa que ellos son como una fianza que te hace mi vejez (que lógicamente merece mucha consideración), el prestigio que tengo, si es que es digno de alguna benevolencia, y el afecto que siempre os he profesado.
13 Y no te asombres de que te haya escrito una carta tan larga ni de que hayamos dicho en ella algo más superfluo y propio de la vejez. Pues me despreocupé de todo lo demás para pensar en una sola cosa, en demostrar que me preocupo por los que han sido para mí los más queridos amigos.

---

66 Referencia a los juegos panhelénicos donde los vencedores recibían coronas trenzadas con ramas de diversos árboles (*agōnes stephanītai*), mucho más estimadas que los premios en metálico concedidos en otros certámenes (*agōnes chrēmatītai*).

CARTA III

A FILIPO

Discutí con Antípatro[67] de los asuntos convenientes para la ciudad y para ti, suficientemente según me pareció, pero querría también escribirte con respecto a lo que, según creo, debe hacerse para obtener la paz, cosas parecidas a las que figuran en mi discurso[68], aunque de forma mucho más breve. 1

En aquella época te advertí la necesidad de que reconciliaras a nuestra ciudad, a la de los lacedemonios, tebanos y argivos, para llevar la concordia a los griegos. Pensaba que si convencías a las ciudades principales a pensar así, rápidamente las seguirían también las demás. Entonces era otra la situación, pero ahora no hace falta persuadirlas. Pues a causa del combate producido[69] todos se han visto obligados a ser sensatos, a desear aquello que, según piensan, tú quieres 2

---

67 Antípatro, futuro regente de Macedonia y Grecia durante la expedición de Alejandro, ya había tomado parte en las negociaciones previas a la paz de Filócrates (346 a. C.); Isócrates se refiere ahora a la presencia de Antípatro en Atenas con la misma misión.

68 El discurso *Filipo*.

69 La batalla de Queronea, librada en el otoño del año 338 a. C.

hacer, y a decir que han de cesar su locura y la ambición que tenían entre ellos, para llevar la guerra a Asia.
3 Muchos me preguntan si yo te aconsejé hacer la expedición contra los bárbaros o la defendí cuando ya la tenías proyectada. Yo contesto que no lo sé con seguridad, pues nunca me he reunido contigo, pero que creo que tú ya la habías decidido y que yo hablé de acuerdo con tus deseos. Al oírme todos me piden que te anime y exhorte a seguir pensando en ella, porque nunca ocurrieron empresas más hermosas y útiles para los griegos ni más oportunas de realizar.

4 Si tuviera la misma capacidad de antes y no me encontrase completamente desfallecido[70], no te hablaría a través de una carta, sino que me presentaría personalmente para incitarte y exhortarte a estas hazañas. Ahora te animo como puedo para que no te desentiendas de ellas antes de llevarlas a término. No está bien ser insaciable de cualquier otra cosa de las que existen. Pues la continencia goza de prestigio entre la mayoría. Pero desear un grande y hermoso prestigio y no considerarse nunca satisfecho es conveniente para los que sobrepasan en mucho a los demás. Esta es precisa-
5 mente tu situación. Piensa que tendrás una fama insuperable y digna de tus hazañas cuando obligues a los bárbaros (salvo a quines combaten a tu lado) a ser hilotas de los griegos, cuando logres que el que ahora se llama gran rey haga lo que tú le mandes. No te faltará sino ser dios[71]. Es mucho más fácil realizar esto desde tu situación actual que haber llegado al poderío y gloria que ahora posees desde el reino que al princi-
6 pio tenías. Sólo le tengo que agradecer a la vejez que me ha hecho llegar hasta este momento de mi vida

70 Isócrates va a morir dentro de poco.

71 Cf. *Filipo* 113 y 151.

para ver ya realizadas por tus hazañas algunas de las cosas que proyectaba cuando era joven e intenté escribirte en el discurso *Panegírico* y en otro que te envié. Espero que también las demás se realizarán.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS

La referencia a cada discurso es el número de la clasificación de J. Wolff:

Sobre la paz (VIII)
Areopagítico (VII)
Sobre el cambio de fortunas (Antídosis) (XV)
Filipo (V)
Panatenaico (XII).

En cuanto a las cartas, también según la clasificación de Wolff, salvo la IX que añadió Von Auger en el canon isocrático, la numeración es la siguiente:

A Dionisio (I)
A los hijos de Jasón (VI)
A Arquidamo (IX)
A los magistrados de Mitilene (VIII)
A Timoteo (VII)
A Filipo (II)
A Alejandro (V)
A Antípatro (IV)
A Filipo (III).

ÍNDICE GENERAL